

BECKA M. FREY

VIKINGOS

*Hijos de la furia
y la pasión*

SEÑORES DEL NORTE I

Título: *Vikingos: Hijos de la furia y la pasión*
© 2019, Becka M. Frey
De la edición y maquetación: 2019, Begoña Medina
Del diseño de la cubierta: 2019, Mónica Gallart
Corrección: 2019, RM Madera
Primera edición: Julio, 2019
Impreso en España

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Dedicatoria

A todas las mujeres
que hicieron historia.

Índice

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Epílogo

SOBRE MIS NOVELAS

SOBRE LA AUTORA

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi familia, a mis compañeras del baúl, Rosa Madera e Ivonne Vivier, por su incondicional apoyo.

A Mónica Gallart por esas preciosas portadas que me hace.

A Cecilia Pérez y el grupo de Divinas Lectoras por su apoyo en todo. A Picaronia.

A personas tan especiales que he tenido el gusto de conocer como Muraki Kazutaka, Maru Rasia, Flavia Farias, Anny Fermin, Alicia Brujilla, Diana Golay, Las ideas de Nuria, Rosa Andrade, María Buga, Lidia S. Balado, Jannis Sandgrose, Aura Lectora, Azaroa Sánchez, Vanessa María Mulero, Sandra Gabriel, Lara Beli, Trixie George, Bella Hayes, Luz Maestre, Rosaura York, Victoria Cuesta Prieto, Laura Duque, Rachel Rp, Jess Dharma, María Arribas, Arwen Mclane, Carme Rb, Susy Hope, Andrea Ureña y muchas más que me quedan y que seguro que me olvido.

A aquellos lectores y lectoras anónimos que me leen.

Gracias de corazón.

Nota de la autora

Antes de que te sumerjas en esta novela, quiero aclarar una serie de puntos, mis protagonistas no eran la madre Teresa de Calcuta, eran guerreros, asesinos. Una mujer con doce años ya era madre, por tanto, las edades de antes no se pueden comparar con las actuales por la dureza de la vida que les hacía madurar antes de tiempo.

Vas a viajar por una civilización en su época más oscura, de paganismo, mucha antes de la llegada del cristianismo. Así que, de paso, aprenderéis sus costumbres, ritos y religión. Lo he situado en el siglo VIII, cuando oficialmente se inauguró la era Vikinga. Aquí os vais a encontrar con muchos hechos históricos reales. Para alguien que haya leído sobre ellos o visto recientemente series, les sonará familiares, como el asalto al monasterio de Lindisfarne, perpetrado por este pueblo y con el que muchos historiadores no se ponen de acuerdo, algunos dicen que fue cosa de Ragnar Lodbrok, pero otros no concuerdan con esa afirmación. Por tanto, lo he situado en la época del padre de Ragnar Lodbrok. Y como las fechas de ambos difieren de la realidad, pues era imposible determinar con exactitud, (e imposible de que Ragnar viviera más de un siglo según se le atribuía), he decidido situar el asalto de Lindisfarne, por esto, en la época de Sigurd Ring.

En algunos yacimientos, descubrieron pinzas de depilar, navajas, etc. Lo que demuestra que era un pueblo muy limpio. Según algunos historiadores, las sajonas los preferían a los ingleses porque olían bien.

Y tras estas aclaraciones, espero que te guste y la disfrutes. Al final del epílogo, en el capítulo sobre mis novelas, dejo libre una votación para aquellos lectores que deseen elegir sobre el siguiente libro.

Muchas gracias.

De la furia de los hombres
del norte, libéranos, Señor.

Capítulo I

Febrero del año 783, Thorsteinn, Jutlandia, (Dinamarca)

Helga apremió a la niña rubia para que se acostara. Solía alegar que chiquillas tan pequeñas no debían estar despiertas a esas horas, por consiguiente, a Kaira no le quedó más remedio que obedecer. Además, hacía un frío terrible, así que se apresuró en desprenderse de la túnica de lana que cubría su cuerpo y doblar las ropas en el baúl de madera ricamente decorado que había junto a la cama, tal y como le habían enseñado.

Con motivo del paso a mujer por parte de Erika, prima de Kaira y sobrina de Helga, se había invitado a todas las mujeres del poblado para festejar dicho cambio en honor a Frigga^[1] y Freya^[2]. Los hombres no acudían hasta última hora. Kaira era aún muy pequeña para conocer el significado real de esa ceremonia, solo sabía que la homenajeadada recibía numerosos presentes por parte de los invitados: preciosos vestidos confeccionados por algunas vecinas diestras en la costura, un hermoso peine hecho de marfil que destacaba sobre todas las cosas y un montón de abalorios para que decorase su cuerpo. Erika estaba exultante de felicidad por aquellos presentes. Era muy coqueta. Desde hacía un tiempo atrás la visitaba un muchacho berserker^[3] de una aldea cercana y del que decían que pronto la comprometerían con él.

El padre de Kaira, Olaf, también era un guerrero berserker. Formaba parte del séquito real de Randver^[4], y al que muy pronto despediría, pues se rumoreaba que el rey no mantenía buena relación con su hermano Harald Hilditonn^[5] y, temiendo un enfrentamiento, había convocado a sus mejores hombres. Kaira no tenía en mucha estima a su padre. No solía fijarse en ella, más bien todo lo contrario: solía apartarla con rudeza en cuanto entraba en el jergón de su madre, como si de un piojo más se tratase. No era así con su hermano Ivar, al que profesaba especial adoración y del que esperaba que muy pronto se convirtiera en un fornido guerrero como él. Ya le quedaba muy poco para pasar las pruebas del ritual de pasaje, pronto cumpliría los quince años de edad y tendría que demostrar sus habilidades como hombre. A pesar de todo, Kaira adoraba a su hermano, puesto que él no era hosco con ella. Al contrario, solía protegerla de la furia del padre, algo muy habitual cuando se

pasaba con el hidromiel.

El jergón de Kaira era una especie de cajón situado al lado del de su madre, donde la paja mullida se asentaba sobre un entramado de cañas. Helga se sentó en el borde y cubrió a su hija hasta la barbilla con una manta de *Vadmal*^[6] a rayas mientras la observaba tiernamente con aquellos impresionantes ojos azules que tenía. Helga llevaba recogido el pelo rubio en una trenza larga que le llegaba hasta la cintura, asimismo, llevaba puesta una banda decorativa alrededor de la frente, que impedía que el pelo se escapara y le molestara en sus quehaceres diarios. Los párpados de la niña se esforzaban en no cerrarse para retrasar al máximo ese momento del que disfrutaban juntas.

—Cuéntame un cuento, por favor, madre —le rogó Kaira.

—Ahora no puedo, Kaira, tengo que irme con el resto de las mujeres. Debes descansar.

Kaira arrugó la naricilla en señal de protesta, aunque de poco le sirvió. En su lugar, recibió un beso en la frente y una advertencia:

—Venga, a dormir. No hay que ofender a las diosas, sobre todo, a Freya.

Helga se despidió con una sonrisa desde la puerta y cerró.

Tumbada sobre la cama, Kaira observó la techumbre de madera y juncos, y comenzó a temblar. Las historias de dioses eran sus preferidas a la luz del caldero, que solía absorber como buena niña. Sin embargo, en la soledad de ese cuarto no le resultaban tan divertidas, sobre todo, lo concerniente a Loki y los gigantes. Para alejar de la mente aquellas imágenes que recreaba, se concentró en el jaleo procedente del piso de abajo y terminó por cubrirse la cabeza.

Según su madre, ambas pertenecían a la nobleza, una categoría superior a la del resto de Thorsteinn y eso le aseguraría un buen matrimonio en el futuro. La vivienda en la que se hallaban más una serie de tierras que cultivaban los granjeros para ellas fueron la dote de su madre al casarse. Algún día, Kaira sería entregada a un hombre con una generosa dote. Sin embargo, era algo muy lejano en aquellos precisos instantes: tenía ocho años. Aun así, ya estaba recibiendo cierto adiestramiento sobre cómo organizar una casa y administrar una granja, en definitiva, sus deberes como mujer y en los que poco interés mostraba. Solía quedarse embobada como Hans, el herrero, templaba las espadas. Ya había recibido más de un coscorrón por quedarse parada en medio de la calle observando hipnotizada su trabajo.

Kaira cerró los ojos y comenzó a escuchar el mundano murmullo de los asistentes a la fiesta hasta que el sueño le venció.



Kaira despertó sobresaltada y escuchó con atención para lograr identificar el ruido que la había sacado de su descanso. Espió a través de un agujero del tamaño de una nuez en la madera y, bajo la tenue luz de una discreta lámpara de sebo de ballena, descubrió los cuerpos de dos personas que parecían agitarse. Un terrible chasquido en el camastro de su madre le alertó de que aquellos movimientos de telas y jadeos pertenecían a sus padres. Permaneció quieta sin atreverse a mover ni un solo músculo por miedo a que su padre le aplicara un castigo y trató de conciliar el sueño.

—Te he dicho que me obedezcas, Helga. ¡Abre las piernas! —gruñó Olaf.

Ante la poca colaboración de ella, el hombre la golpeó en la cara, arrancándole un gemido de dolor que mitigó a duras penas.

—Vas a despertar a Kaira. Estás borracho, Olaf, quita tus sucias manos de encima y lárgate con esa despreciable *thralls* ^[7] que calienta tu cama últimamente —siseó su madre con rencor.

El potente olor a hidromiel que desprendía la boca de su padre podía olerse desde donde Kaira se encontraba.

—Eres mi mujer y tienes que cumplir con tu deber. —La espada cayó con estrépito al suelo mientras Olaf continuaba pugnando por doblegar a su mujer.

De repente, el hombre pegó un alarido. Se incorporó de golpe y rugió:

—¡Me has mordido, zorra! Tú lo has querido, mujer.

A continuación, se escuchó un silbido producido por el rápido deslizamiento del cinturón de Olaf. Helga comenzó a patallar como una posesa puesto que el guerrero pugnaba por voltearla y colocarla boca abajo. Cuando lo consiguió, le rasgó la ropa con brutalidad y dejó la espalda expuesta a la furia de los incesantes latigazos que le propinaba el guerrero.

Kaira era una testigo muda que, impotente, observaba la escena horrorizada desde su rincón, paralizada por lo que estaba presenciando. Las lágrimas se agolparon en los ojos de la pequeña, que brotaron sin consuelo, empapando la piel sobre la que reposaba su cabeza, mientras que su madre gritaba de dolor hasta que dejó de emitir sonido alguno. Eso debió alertar a Olaf, que la agarró por los pelos y le izó la cabeza hasta el rostro enfurecido de él. Le habló como si pudiera escucharle:

—¿Ya te has desmayado, Helga? Eso te enseñará a no volverme a despreciar.

Con un movimiento brusco, le arrancó la ropa que cubría los muslos, le separó las piernas y se sacó de las calzas un músculo tieso que se frotó con satisfacción. Con una sonrisa torcida, se lo introdujo a Helga en la vagina y comenzó a moverse dentro de ella con movimientos rápidos que derivaron en un gruñido de placer. En ese punto, Kaira cerró los ojos asqueada. Cuando terminó, le oyó trajinar por la habitación lo que puso de nuevo en guardia a la niña, la cual seguía con ojo avizor todos sus movimientos. Para su alivio, en cuanto se vistió, se marchó del cuarto.

La niña tuvo que hacer un ingente esfuerzo por no levantarse de inmediato y aproximarse hasta la cama de su madre. Esperó lo que creyó un tiempo prudencial, hasta que se armó de suficiente valor para subirse al jergón. Se acercó despacito al cuerpo de Helga, al que empujó con suavidad para que notase su presencia. En vista de que no se despertaba y temerosa de que su madre estuviese ya de camino a Asgard^[8], salió a buscar a Inga, la esclava que estaba bajo los servicios de su familia y que dormía en los jergones junto al fuego. Bajó las escaleras con cuidado para que no crujieran y cuando llegó al piso de abajo, se topó con los cuerpos de numerosos hombres y mujeres dormitando por el suelo. Tuvo que prestar especial atención en no pisar a nadie hasta que llegó hasta ella. Le dio un par de toques al hombro y la mujer abrió los ojos somnolienta, pero, al descubrir la cara llorosa de Kaira bajo aquella etérea luz, se asustó. Kaira le exigió silencio con un movimiento de manos y le instó a acompañarla.

Inga la siguió hasta el cuarto y, nada más entrar, ahogó una exclamación al descubrir el cuerpo inmóvil de Helga que yacía semidesnudo y ensangrentado sobre la cama. Se acercó corriendo hasta su lado y le tocó la yugular. Con lágrimas en los ojos, se volvió hacia Kaira y le dijo:

—Vas a tener que ayudar si queremos que tu madre sobreviva.

Kaira asintió con vehemencia y esperó las indicaciones. Tuvieron que bajar entre las dos a por telas limpias, un cuenco de agua y vendas. Mientras Inga quitaba los restos de sangre que había adheridos a la piel desgarrada de Helga, Kaira debía controlar la temperatura de la frente de su madre. Cuando la zona quedó limpia, Inga aplicó a la lacerada piel una poción que se usaba para detener una posible infección y que la niña había visto fabricar en su aldea cientos de veces. Consistía en mezclar dos tipos de ajo y cebolla, vino y la bilis del estómago de una vaca. Ese emplasto se dejaba reposar en un

cuerno durante nueve días y luego se aplicaba sobre las heridas. Siempre había preparados de esos listos para poder usarlos. Cuando terminó con el unguento, Kaira tuvo que ayudar a Inga para vendar la maltrecha espalda de su madre, desnudarla y volver a vestirla.

Inga, asimismo, se deshizo de la colcha sucia y regresó con una limpia para hacer la cama de Helga. Cuando terminaron, la esclava se recostó junto a ella arropada con varias pieles y le ordenó a Kaira que durmiese.



El llanto de Helga fue el responsable de que Kaira despertara. Inga ya estaba a su lado y no solo ella, sino que también estaba acompañada de Gerda, su hermana, una mujer de carácter fuerte y a la que Kaira adoraba. Inga la habría buscado para mantenerla informada.

—¡Por Freya! Espero que Helga le solicite el divorcio a Olaf si se recupera de esta paliza. Porque ese malparido y cobarde ha partido para reunirse con nuestro rey, que si mi marido lo coge, lo mata. ¡Ojalá tenga a bien Odín^[9] llevárselo en la guerra! —maldijo Gerda—. Si la ha violado, mejor que no regrese, en esta aldea solo recibirá la muerte como castigo. Lo malo es que hay que testificar contra él y la única que puede haber presenciado algo es Kaira. ¡Pobre niña! —se lamentó.

La mujer se paseaba inquieta, mientras observaba a Inga curar de nuevo la espalda de Helga. En la sociedad en la que ellas vivían podían separarse de su pareja tanto ellas como ellos alegando malos tratos, mala gestión de la granja, infertilidad, etc. Al violador se le condenaba a muerte.

—Tiene fiebre, Inga, vamos a darle este caldo con estas hierbas. No quiero que te muevas de su lado en los próximos días. Yo me llevaré a Kaira. Ya sabes lo que tienes que hacer. —Se acercó hasta el jergón donde se encontraba la niña. Al verla despierta, le revolvió el alborotado pelo rubio con cariño y le dijo—: Eres una valiente, ¿sabes? Tu madre estaría muy orgullosa por lo que has hecho. Gracias a ti se va a poner bien. Pero, por el momento, te tienes que venir a trabajar conmigo.

La niña se levantó con reticencia, se resistía a ser separada de su madre.

—Kaira —la llamó Gerda—. Mamá tiene que ponerse buena, tú no puedes cuidarla. Inga se encargará de ella y en cuanto se levante, regresarás a su lado.

Cuando Kaira salió a la calle acompañada de Gerda, los cuchicheos se sucedieron de inmediato entre los aldeanos, que evitaban encontrarse con la mirada de la pequeña y a la que Gerda protegía de las malas lenguas con una mirada desafiante. A estas alturas, el suceso se había corrido por toda la aldea.

Amasar el pan no era el plan ideal para Kaira, que seguía la pista a Hans en cuanto que tenía que salir a por agua. Este, al descubrirla observándolo, esbozó una sonrisa y se acercó hasta el pozo donde se encontraba.

—¿Te gusta el acero, Kaira? —le preguntó.

Ella asintió con timidez.

—Te voy a hacer un regalo muy especial. —Le guiñó un ojo y se metió dentro de la herrería. Al rato, salió con un cuchillo de proporciones pequeñas que tenía unas runas inscritas en la hoja afilada. Se lo entregó con una advertencia—: Guárdalo bajo tus ropas. Toma, usa este cinturón de cuero. Y, cuando puedas, práctica puntería con él. Sé que vas a llegar a ser una gran guerrera. Lo llevas en la sangre.

Kaira posó los dedos con mucho cuidado por encima de la inscripción y levantó la cabeza con admiración. Señaló el cuchillo e hizo un gesto pidiendo permiso para quedársela. El hombre afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿Sabes lo que pone ahí? —le preguntó Hans.

Ante su negativa, él puso un dedo cerca de la primera runa y fue deletreando la palabra: MUERTE.

—Te aconsejo que le pongas un nombre el día que tengas una espada de verdad. Todo guerrero que se preste le da uno a su primera arma. Es la manera de que su poder se traspase a ti.

La niña se quedó pensativa, pero sus cavilaciones fueron interrumpidas por el grito de Gerda:

—¡Kaira! ¡El agua!

Ella cogió los regalos de las manos de Hans y el cubo de agua, y marchó presta adonde se encontraba la mujer con el ceño fruncido. En cuanto terminó sus tareas, salió a la parte trasera de la casa y lanzó el arma contra la pared. Tras varios infructuosos tiros, oyó una risotada a sus espaldas.

—Ven, Kaira —la llamó Ivar.

Su hermano le enseñó a colocar las manos, el cuerpo y la hoja en la posición adecuada, y le invitó a probar de nuevo. Se quedó clavada un instante y, al rato, cayó al suelo.

—Buen tiro —animó a la niña—. Sigue practicando y llegarás muy lejos.

Ella sonrió orgullosa ante el halago y recogió el cuchillo del suelo. Se volvió hacia él y lo observó largo rato. Su hermano contrajo la cara con un gesto de dolor al ver que la niña no hablaba. Posó la mano en su hombro con cariño y trató de animarla:

—Madre saldrá de esta. Ya lo verás.

Sin embargo, Kaira se encogió de hombros y torció la cabeza con tristeza mientras se arrugaba los pliegues del vestido con nerviosismo.

—Kaira, ¿viste lo que le hizo padre a madre? —le preguntó.

Ante la mirada horrorizada de ella, que comenzó a recular hacia la pared para huir de él, se apresuró a añadir:

—Tranquila, Kaira. No tendrás que preocuparte por él. Ha regresado junto a nuestro rey. No se encuentra aquí.

Ivar adoraba a Olaf. Quería convertirse en un berserker como su padre. Solían practicar desde el alba en el manejo de la espada y las mejores técnicas de defensa. También le daba numerosos consejos sobre cómo convertirse en un poderoso guerrero y no temerle a nada. Kaira había escuchado multitud de historias sobre los berserkers. Decían que tomaban un brebaje que los convertía en poderosos hombres que no le temían a la muerte. El Valhalla^[10] les esperaba con los brazos abiertos y a lo único que aspiraba todo guerrero era a morir con la espada en mano. Era algo que en esos momentos le deseaba Kaira a su padre: no quería volver a verlo.

De la traumatizada mente infantil surgió una determinación muy fuerte de la que nadie se percató y que, más tarde, demostraría que a ella ningún hombre la poseería por la fuerza o se encontraría con la espada clavada en su vientre.

La niña observaba el cuchillo que tenía en la mano, el poder que le transmitía aquel hierro, que ahora empuñaba, le daba cierta seguridad. Lo agarró con tanta fuerza que los nudillos se tornaron blancos y lo lanzó con rabia. Ivar se quedó asombrado. Lo arrancó de la tableta de madera y se lo entregó.

—Kaira, debes volver adentro. Guárdalo.

La niña obedeció sumisa y lo escondió bajo sus ropas. Exceptuando los sábados que era el día que tocaba adecentarse con un buen baño, el resto de los días Kaira no tendría que tomar tantas precauciones. No quería tener que explicarle a Gerda por qué llevaba un cuchillo a todas partes.

Capítulo II

Febrero del año 783, Uppsala, Suecia

Las risotadas de los dos jóvenes espantaba a su paso a los animales del bosque boreal de coníferas que, recientemente, había sido rociado con un manto de lluvia. El cántico de los pájaros se había unido al paso del agua entre las torrenteras, cubriendo la orilla con un renovado manto verde en aquellas zonas terregosas en las que ahora se arrodillaba el más bajo de los dos jóvenes para beber agua. Muy pronto y en honor a la primavera, los ciudadanos de Uppsala organizarían una fiesta para rendir homenaje a sus dioses. Asimismo, era la época elegida para que los jóvenes superasen una serie de pruebas para convertirse en hombres.

El que más fuerte hablaba era Gerd, un joven alto y de fuerte constitución, que caminaba al lado de su rubicundo amigo Haakon. Se jactaban de haber preparado una broma muy pesada al primo de Gerd en la serie de pruebas que realizaría similares a las del día del festejo. Cuando llegaron junto a él en la aldea, Gerd puso el semblante serio y le dio instrucciones a Ake sobre lo que esperaban de él.

—Ahora iremos hasta el bosque. Comenzarás en un tronco que hemos marcado en rojo. Allí habrás de coger una piedra que hemos dejado en el suelo y lanzarla lo más lejos posible. Desde donde caiga, te entregaremos una lanza que tendrás que clavar en otro tronco que hemos señalado en negro, espero que no yerres o te demorarás demasiado. Después, te harás con tu espada y sortearás un par de obstáculos que te hemos puesto en una sección de árboles, tendrás que hacerlo en zigzag y a la carrera, hasta que te encuentres con otro tronco pintado de rojo al otro lado. Te esperaremos ahí y te batirás contra uno de nosotros. ¿Te has quedado con todo, Ake?

El joven barbilampiño de unos quince años, con el pelo rojizo y ojos castaños, asintió con solemnidad. Se había tomado tan en serio aquel entrenamiento que tenía todo el cuerpo muy tenso, parecía que lo hubiesen trinchado con una lanza por el culo. Haakon tuvo que morderse los labios para no estallar a carcajadas, mientras que Gerd le guiñó un ojo cuando su primo les dio la espalda. Los tres abandonaron la seguridad de la fortaleza y se

internaron en el bosque de abedules y pinos por un risco escarpado. Comenzaron a ascender hasta una zona pedregosa e intransitable. Cuando llegaron al árbol señalado le dieron la señal al incauto de Ake.

Este cogió la piedra del suelo y la lanzó con todas sus fuerzas. Haakon le alabó por su buen tiro, mientras que Gerd asentía complacido. Le habían entrenado bien. Le hicieron entrega de una lanza y Ake visualizó la diana que habían dibujado sobre un tronco. Flexionó una pierna hacia atrás, agarró con la mano izquierda el arma por ser zurdo y la lanzó. La clavó en todo el centro. Los otros dos jóvenes aprovecharon para correr al otro lado y observar desde ahí a Ake. Este, nada más salir, tropezó con una cuerda que habían atado a dos árboles y escondido en una zona llena de matojos. Cayó de bruces, lo que ocasionó que los dos se doblaran de risa. Ake se levantó contrariado y comenzó de nuevo a correr, tratando de esquivar las trampas que ambos amigos habían colocado. De una de ellas se descolgó un tronco que si lo lleva a alcanzar, le arranca la cabeza.

—¿Os habéis vuelto locos? —les increpó.

Continuó el recorrido y, al llegar a un punto, los dos amigos se dieron un codazo. Ake tenía que saltar por encima de un arbusto obligatoriamente y, como ambos lo sabían, habían excavado un agujero tan grande como para que cupiese el cuerpo de Ake y todavía sobrasen unos cuantos palmos más. Al otro lado, le esperaba una caída profunda. Lo vieron tomar impulso y precipitarse con gran estruendo, lo que originó sendas carcajadas en Gerd y Haakon. Se acercaron hasta el agujero y descubrieron a Ake, que ya alcanzaba el borde con una mano, valiéndose de apoyo con la ayuda de su espada. La mirada furibunda que les dirigió les hizo huir entre fuertes risotadas, mas el muchacho corrió tras ellos como un gamo.

—¡Gerd! —tronó Ake—. ¡Cómo te coja, te mato!

Sin embargo, la cara se les congeló a medio camino: un oso de proporciones considerables, que se encontraba por los alrededores, se giró hacia ellos. Haakon se paró en seco, sacó su arcó y apuntó. Gerd, por su parte, ya estaba preparado para asestarle con la espada. Ake, que venía como un toro, derrapó y cayó al suelo justo detrás de Gerd. El animal les rugió amenazador y se arrancó una de las flechas que Haakon le había incrustado en un flanco, lanzándola al suelo desafiante y aproximándose a los jóvenes entre gruñidos.

—Vamos, Ake, demuestra que sabes defenderte. Será tu prueba de iniciación —le exhortó su primo, blandiendo la espada en alto.

Ake agarraba la empuñadura con las dos manos, hondeando el acero frente a la bestia. Los espumarajos de baba que colgaban de las fauces del animal era un indicativo de que estaba rabioso. El oso lanzó un zarpazo que Ake esquivó al rodar por el suelo a la vez que lo alcanzaba con su arma en una pata. El animal, aún más embravecido, rugió de dolor. Los dos amigos comenzaron a rodear al oso y a apuntillarle. El animal sangraba por múltiples heridas, aun así, no estaba dispuesto a sucumbir tan fácilmente. Se puso sobre dos patas y se lanzó contra Ake, que seguía en el suelo. Cayó con todo su peso sobre él, desgarrando la carne de los hombros con las garras, que se le clavaban con fiereza, y dispuesto a morderlo con las fauces. El joven le atravesó el corazón con la espada y evitó que los dientes se le incrustaran en la cara gracias a su primo, que le clavó el hacha en el morro con brutalidad desviando su trayectoria. Gerd levantó el hacha de nuevo dispuesto a separarle la cabeza al oso si fuese necesario con tal de salvar a Ake de una muerte segura, sin embargo, no hizo falta, el animal cayó con una última exhalación, y Haakon y Gerd tuvieron que quitarle el cadáver de encima para que no muriese por asfixia.

—Esa sangre, ¿es tuya? —le preguntó Gerd asustado cuando hicieron a un lado al animal.

Ake asintió no muy seguro. Aun teniendo varios desgarrones sanguinolentos con muy mala pinta, no sentía dolor debido a la adrenalina que todavía fluía por sus venas. Gerd le ofreció la mano y, al incorporarse, se quitó los restos de tierra y acículas^[11] que pudo.

—¿Puedes esperar a que nos llevemos al oso o prefieres ir al poblado a curarte? —preguntó Haakon.

—Venga, cojamos unos cuantos palos largos y transportemos al animal —contestó Ake sin darle importancia a sus heridas.

—Te haces un hombre, Ake. —Le palmeó su primo con orgullo, lo que le sacó una mueca de dolor.

—No he olvidado vuestra estúpida broma. ¿Qué pretendíais? ¿Que llegara con la pierna rota a las pruebas? —se revolvió furioso Ake.

—Vamos, no seas mujerzuela, Ake. Probablemente, ese día lo tengas más difícil, acabas de demostrar que eres todo un hombre —repuso Haakon conciliador.

Con un hacha pequeña que llevaban en el cinto cortaron las ramas de varios troncos largos y delgados, y pusieron el cadáver sobre ellos. Entre los tres arrastraron al oso para desollarlo en el poblado.

Verlos entrar con aquella pieza atrajo a muchos curiosos, entre ellos a Ingrid, una joven esclava que no disimulaba el enamoramiento que sentía por Ake. Se acercó hasta él y se asustó al ver las heridas del muchacho.

—¿Queréis que os lave la herida, mi señor? —se ofreció la muchacha.

Ake abandonó la compañía de su primo y amigo para dejarse colmar de atenciones, lo que le valió varias bromas crueles sobre lo domado que Ingrid le tenía.

—No les hagas caso, Ingrid —se disculpó Ake.

La muchacha trató de mostrar indiferencia aunque Ake la conocía de sobra y sabía que aquellos comentarios no eran de su agrado. Su familia se había endeudado con Bjorn, el señor de aquellas tierras, obligándoles a ponerse a su servicio. Habían ido a menos de un día para otro y, como consecuencia, podían disponer de Ingrid a su antojo. Ella contaba con una belleza muy particular que no pasaba desapercibida. Tenía el pelo del color del fuego, los ojos rasgados y de un verde claro estaban protegidos por espesas pestañas rizadas, tenía las mejillas sonrosadas y la piel pecosa. De momento y a pesar de haberse convertido en mujer hacía un par de años, Bjorn había denegado toda petición de matrimonio que le habían solicitado por ella hasta ahora, lo que aumentaba la sospecha de todos de que pensaba convertirla en su futura concubina.

—Dicen que si paso las pruebas, puedo escoger a una chica del poblado para pasar la noche —comentó Ake—. ¿Quieres que le pida permiso a tu señor para que seas la elegida?

Ingrid se le quedó observando con timidez. Sus ojos no ocultaban el orgullo que aquella noticia le producía.

—¿Me elegirías a mí? —preguntó sorprendida.

—Claro. Y si te puedo reclamar como mía, te haría mi mujer.

Una risa cristalina brotó de los labios femeninos.

—¡Que Frigg os oiga! Me haríais muy feliz, mi señor —contestó Ingrid abrumada por saberse correspondida en el sentimiento—. Sin embargo, para eso habéis de contar con la autorización de Bjorn. De momento, labramos sus campos y amasamos el pan que come, mas con él nunca se sabe. Si mi padre no consigue la libertad pronto, creo que pasaré a formar parte de su harén.

Ake cogió el mentón de ella con suavidad y le prometió con voz solemne:

—Te prometo que haré lo que haga falta para que eso nunca ocurra. Hasta trabajar para saldar vuestra deuda y comprar tu libertad.

Los labios dulces e inexpertos de Ake acariciaron los de Ingrid en un

tímido beso, que se vio interrumpido por el calambre repentino que le asoló en un hombro.

—Dejadme que os cure en condiciones —le regañó ella—. Hay que desinfectarlo.

Ingrid le pasó un emplasto por las heridas y le conminó a tomar una infusión de hierbas medicinales. Luego, le observó con ternura y le cogió de la mano.

—Mi señor, ¿puedo pedirlos algo?

—Dime, Ingrid.

—Si por el motivo que sea, Bjorn os deniega pasar la noche conmigo, quiero que os convirtáis en el mejor guerrero que jamás hayan poseído estas tierras. Y si alguna vez encontráis a una mujer que se gane vuestro corazón, espero que la améis como solo mi señor sabéis.

—Hablas como si pudieses predecir el futuro, Ingrid. Déjame que viva el presente —gruñó Ake enfadado.

No quería pensar en otras cuando tenía enfrente a la mujer más hermosa de todas. Ake comenzó a sentirse cansado y despidió a Ingrid. Necesitaba tumbarse un rato.



Se despertó algo mareado y con la vista nublada. Al incorporarse, su madre, entre un revuelo de faldas, se apresuró a llegar junto él para que no se precipitara contra el suelo. Le tocó la frente y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras, Ake?

—No muy bien, la verdad —confesó.

El joven tenía el semblante muy pálido y abultadas ojeras bajo sus ojos. Ake se tocó la tripa que rugía. Estaba visiblemente más delgado.

—Tienes hambre, ¿eh? Tengo aquí un buen potaje de carne y verduras. — Elin se dirigió al fuego del que sacó un cazo humeante.

Ake, al observar la puerta que daba a la calle, se asombró de que ya fuese de día.

—Me temo que he dormido demasiado. No sabía que era tan tarde —se disculpó.

—Hijo, llevas cinco días delirando. Creíamos que no despertarías —le

comunicó su madre con el semblante serio.

El muchacho entornó los ojos desorientado. Su primo Gerd entró en ese instante y, al verlo consciente, se acercó a saludarlo.

—¡Por Odín! No sabes cuánto me alegro de verte despierto, muchacho. Ese oso debía tener alguna enfermedad. Algo me dice que eres el elegido por nuestros dioses. Debes haber sido bendecido con el *hamindja*^[12].

Ake rodó los ojos en blanco ante la exageración de su primo y se apresuró a contradecirle con humildad:

—No creo que los dioses tengan nada que ver, Gerd.

—¿Cómo que no? Hemos hecho varias ofrendas y hemos pedido por ti. Los sacrificios con motivo del Dísablót^[13] han debido de gustarles. Nos han escuchado.

Era costumbre celebrarlo el Dísablót cada nueve años en febrero y durante nueve días. En Uppsala había un templo en cuyos alrededores los sacrificios se colgaban de los árboles y con los que Ake no comulgaba, sin embargo, lo presenciaba obligado como todos los ciudadanos. Era una celebración en la que hasta el rey y los nobles asistían religiosamente para solicitar a los dioses buenas cosechas y triunfos en las guerras venideras.

Ake arrugó la frente y bromeó:

—¿Habéis empezado la fiesta sin mí? Por eso hay carne para comer — dijo, llevándose una cucharada a la boca. Generalmente, la dieta en Uppsala era a base de pescado.

—Sí. Sacrificamos a un toro y a dos esclavos —masculló Gerd apenas imperceptible.

—¿Sí? ¿A quién? —se interesó Ake sin darle mucha importancia al comentario.

Gerd se atusó la barba con nerviosismo y desvió la mirada hacia su tía Elin en busca de ayuda.

—Hijo, lo importante es que estás bien. Gerd, ¿ya has terminado con el trabajo que te encomendó tu padre? —Elin levantó la ceja con una mirada de advertencia que a Ake no le pasó desapercibida.

La reacción de ambos era muy extraña. Frunció el ceño y los observó con detenimiento. En lugar de objetar, permaneció callado. Sabía que algo le ocultaban y pensaba averiguarlo. Cuando Gerd abandonó la casa, se levantó y probó a caminar. Las piernas no le sostenían con normalidad.

—Espérate a mañana. Debes volver a comer para coger más energía —le indicó su madre.

—Ya me encuentro mejor. No está bien que no celebre el Dísablót. Quiero dar las gracias a los dioses.

Además de que estaba deseando ver a Ingrid. No veía el momento de acercarse para hablar con Bjorn y pedirle su mano.

—Ake, creo que antes debería decirte algo —le llamó su madre.

Sin embargo, no la escuchó. Salió a reunirse con el resto de los aldeanos, que cantaban un salmo e iban en dirección al templo para rezar. A medida que se acercaba, vio los cuerpos de un hombre y una mujer. El pulso se le aceleró. Disimuladamente, se adelantó lo que pudo para observar de cerca el cuerpo de aquella mujer que tan familiar le resultaba.

«No. No puede ser».

Estiró el cuello y buscó con la mirada a Ingrid entre el gentío, mas no la halló. En su lugar, descubrió a su padre, que al ver que él se dirigía hacia donde estaba, se escabulló en dirección contraria. Haakon lo interceptó con un movimiento brusco.

—¿Adónde vas, Ake?

—Estoy buscando al padre de Ingrid. Quiero hablar con él.

—¿Ya te has enterado?

Esa pregunta le confirmó sus temores más internos. El dolor en el pecho fue horrible. Quiso gritar, llorar, mas no podía. Solo alcanzó a preguntar con la voz rota:

—¿Por qué Ingrid?

—Se ofreció ella, Ake, quería salvarte la vida al ver que enfermabas. — Haakon le sujetó del brazo y lo llevó a un lugar apartado lejos de los oídos curiosos. Miro a ambos lados y le susurró—: Escucha, sé lo mucho que la querías, pero debes sentirte honrado, no lo olvides. Deberías alegrarte.

Ake se libró de su agarre con furia y controló las lágrimas que amenazaba con derramar. Su pecho agitado subía y bajaba con la respiración fuerte. Le costó controlarse. Muchos de sus conocidos se acercaron a saludarle y le obligaron a subir al templo para ofrecer su respeto a los dioses. El sacerdote, al verlo, lo llamó.

—Hermanos, hoy tenemos un motivo muy grande de celebración. Los dioses han sido benevolentes y han querido congraciarse con nosotros. Este joven que hoy está aquí ha sido bendecido por Odín. Brindemos en su honor.

Le ofrecieron un cuenco con la sangre de un carnero y Ake dio un trago ante el grito de alegría de todos los presentes. Después, se unió al banquete en la casa principal, llamada *Skali*^[14], donde se vio obligado a compartir asiento

junto a Bjorn en su honor. No podía rechazar semejante invitación, hubiera sido una terrible ofensa. Sin embargo, en esos instantes, su odio se enfocaba en Bjorn por considerarlo el responsable de la vulnerable situación de Ingrid y de no hacer nada por evitar ese fatal desenlace. ¿Qué le importaba a él la vida de una simple esclava? Si no se hubiese enfermado...

Su señor le ofreció vino y él bebió para ahogar la enorme pena que sentía, a pesar de que lo único en lo que pensaba era estar en soledad. En cuanto que pudo retirarse de la mesa salió a contemplar el cielo estrellado y una lágrima se escurrió por su mejilla. Ahora ella estaba observándolo desde allí. No había podido acercarse al árbol. No quería ese recuerdo de Ingrid. Gerd se unió a él y durante un buen rato ninguno habló. El viento helado les recordó que, aunque se acercaba la primavera, el frío no aflojaba por las noches.

—¿Nos vamos? —sugirió Gerd.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó con tristeza.

—No tuve valor —admitió derrotado—. Bjorn tampoco quería, si te sirve de consuelo, pero no pudo negarse. El pueblo entero creyó que se enfurecerían los dioses si no admitían su sacrificio. De todas formas, quizá lo hizo porque nuestro señor la reclamó como su concubina. Ella nunca hubiera sido tuya, Ake.

Aquella confesión le dolió aún más. Apretó los ojos dolido y se hizo la firme promesa de que jamás dejaría que otra mujer entrase en su corazón.

—Cuando pase las pruebas, voy a tatuarme —le comentó a su primo.

—Me parece bien. ¿Algún dibujo en concreto?

—Sí, un *vegvísir*^[15].

—¿Y por qué ese precisamente? Si puedo saberlo —se interesó su primo.

—Para que Odín me guíe. Porque ahora estoy seguro de que Ingrid podía ver el futuro. Ella quería que fuese un gran guerrero y no pienso decepcionarla.

Omitió la segunda parte de su promesa, porque esa no pensaba cumplirla. No volvería a ablandarse jamás. Tampoco creía que hubiese nunca una mujer que pudiese superar a su amada.

Capítulo III

Helga se recuperó de las heridas lentamente. Aquellas cicatrices en su espalda serían un recordatorio continuo del tormento que sufrió tanto para ella como para Kaira. Y no sería lo único, su tripa comenzó a abultarse con el paso de los meses, lo que confirmó las sospechas de Gerda: Olaf se había aprovechado de su hermana cuando se encontraba desvalida. No hacía falta preguntarle a Kaira si había visto algo, estaba claro que la niña lo había presenciado todo, lo que la había traumatizado y, por ende, no hablaba desde aquel fatídico día. La madre no perdía la esperanza de que la niña recuperase el habla, pero con el paso de los meses fue perdiendo la confianza. Aun así, era muy persistente y trataba de buscar la manera para que Kaira reaccionase.

—Ven, Kaira, vamos a ir al bosque a por frutos.

Siempre que podían y el tiempo acompañaba se iban a coger fresas y moras. Pronto regresaría el frío invernal y la nieve cubriría la aldea. La niña cogió una cestita de mimbre y corrió tras la madre sumida en sus propios pensamientos. Helga observaba a su hija moverse con un sentimiento de lástima por ella misma y por la cría. Maldecía a Olaf cada día.

Kaira se acercó a un zarzal y, al coger una mora, se pinchó. Hizo un aspaviento con la mano, pero no gritó. Helga comenzó a hablar con ella para ver si así conseguía pillarla en algún renuncio.

—Ten cuidado con las ortigas. Suelen rodear a las zarzas y pican mucho. ¿Te has hecho daño?

Kaira asintió mirándose la mano y se la mostró. Una gota de sangre asomaba en el dedo.

—Bueno, no es para tanto, es solo un pinchacito de nada.

Se acercaron hasta un arroyo y Helga le limpió la sangre con un poco de agua. A continuación, le dio un beso con ternura en el dedo magullado y continuaron buscando frutos rojos. De repente, Helga se paró. Kaira se volvió preocupada y observó a su madre.

—No es nada, Kaira. Es solo un calambre en la espalda. —Pensó que era una de las cicatrices que aún le dolían, así que no le dio más importancia y continuó internándose en el bosque.

—Mira, Kaira, un cervatillo —susurró para no asustarlo.

La niña se asomó a través de los matorrales y alcanzó a verlo huir entre la

arboleda. Se volvió contenta hacia su madre y la abrazó por la tripa. Sabía que a ella le gustaba, era su forma de decirle que quería al hermanito que se estaba gestando dentro de ella. Su madre no parecía muy contenta con la espera y cuando creía que no la escuchaba, la oía llorar por las noches. Desde que había dejado de hablar, se había vuelto muy intuitiva y sabía que algo le reconcomía por dentro. Aunque tratase de disimularlo delante de ella, Kaira había escuchado una conversación que no comprendía con Gerda.

—Sé que no tiene la culpa, pero es que será un recordatorio toda la vida de cómo se gestó, Gerda —le comentaba su madre agobiada.

—Lo vas a querer igual, Helga, es tu hijo.

—Producto de una violación y de un hombre al que detesto —continuó su madre.

Para Kaira era un motivo de alegría poder compartir su vida con un nuevo miembro en la familia. Por eso, no entendía que su madre se angustiase de aquella forma.

Al rato, Helga se apoyó sobre el tronco de un árbol muy sofocada. Otro calambre le sobrevino y, esta vez, estaba segura de lo que significaba: el bebé venía en camino. Se suponía que no era la fecha prevista. Muy asustada, echó la mirada atrás y comprobó que se habían alejado demasiado del poblado. Otro calambre más fuerte la hizo doblarse en dos. Notó como una cálida humedad se escurría entre sus piernas. Kaira se acercó a ella y, al ver la mirada horrorizada de su madre, se preocupó.

—Kaira, necesito que regreses tú sola a la aldea. Busca a tía Gerda y tráela hasta aquí, por favor.

La niña no sabía si su madre iba a necesitar defenderse y, por miedo a que algún carnívoro que abundaban por aquellos bosques le atacase en su ausencia, se sacó el cuchillo de debajo de sus ropas y se lo entregó. No recibió ninguna mirada de reproche por haberle ocultado ese detalle, al contrario, pareció comprender sus preocupaciones y lo sujetó con fuerza.

—¡Aprisa, Kaira! —gimió al sentir otra contracción.

La niña echó a correr como perseguida por lobos. Solo tenía un único pensamiento: ayudar a su madre. Bajó la loma del monte todo lo rápido que sus piernas le alcanzaron y cruzó la aldea como un rayo. Buscó a tía Gerda, pero no la veía. Necesitaba encontrarla urgentemente. Tiró de la manga a Inga, pero esta no entendía lo que Kaira le decía por señas. Salió a la calle y se acercó al campo. Tampoco estaba. Desesperada, las lágrimas corrieron por sus mejillas y, ante la sorpresa de todos los que estaban a su alrededor,

comenzó a gritar:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Una vecina se acercó corriendo para saber qué sucedía.

—Mamá está en el bosque, el bebé —habló.

No necesitó dar más explicaciones, con eso fue suficiente para que comprendieran lo que sucedía. Varios hombres acompañados de dos mujeres siguieron a Kaira hasta el lugar donde había dejado a Helga. Se encontraba pariendo sola. La ayudaron a alumbrar al bebé entre gritos de dolor, hasta que se escuchó un llanto. Kaira se acercó a su madre y le dio la mano. Quería ver el rostro de su hermanito, sin embargo, las mujeres tenían el semblante turbado y lo escondían de su vista. Una de ellas se llevó a Kaira lejos mientras que la otra se lo mostraba a Helga a través del manto. Kaira quería saber qué pasaba con su hermanito o hermanita, nadie decía nada, a pesar de que todos parecían saber lo que sucedía. Dos hombres ayudaron a Helga a subirse a una especie de camilla improvisada con varios palos y una de las mujeres se quedó con el niño en brazos.

—Vamos, Kaira, andando —le ordenó su madre con el rostro roto.

Kaira enmudeció. La mujer con el bebé en brazos se estaba quedando retrasada junto a otro de los hombres que había venido con ellas. No hacía más que volver la mirada atrás hasta que los perdió de vista.

Cuando se acostó, se extrañó de que su madre no alimentase al crío ni lo mentase.



Pasaron los días y su madre comenzó a hacer su vida con normalidad, como si aquel niño nunca hubiese existido. Cansada de que nadie le dijese qué había pasado con él, buscó a Ivar y se lo llevó a un rincón.

—¿Por qué no está el bebé? —le susurró—. ¿Adónde se lo llevó esa mujer? Sé que lo sabes, Ivar, no me mientas.

Su hermano la observó meditabundo, cavilando si decírselo o no, pero la mirada suplicante de ella ablandó al chico.

—El bebé no venía bien, Kaira. Cuando un niño nace con malformaciones se deja abandonado en el bosque para que los espíritus se apiaden de él.

La niña abrió los ojos como platos y comprendió por qué nunca iba a

regresar. Esa sencilla explicación le hizo creer que los dioses habían castigado a su padre con un hijo insano por lo que le había hecho a su madre, así que Kaira nunca más volvió a mencionar al bebé.

Sin embargo, su madre comenzó a observarla con preocupación. Kaira seguía siendo una niña muy callada que solo era feliz cuando Ivar se la llevaba a escondidas para practicar puntería con el cuchillo. Ello lo sabía perfectamente, pero prefería mirar para otro lado como si lo ignorase. Así que terminó por hablar sobre ello con su hermana:

—¿Crees que debería dejar que Kaira sea guerrera, Gerda?

—Creo que Kaira ha demostrado que es toda una luchadora. Nuestra vida no es fácil, Helga, es mejor que sepa defenderse. Nunca está de más.

Mientras las dos mujeres cosían, Helga seguía dándole vueltas al asunto.

—Es que temo que quiera marcharse a la guerra —confesó Helga.

—Eso es decisión suya, Helga. Tú no eres quién para decidir su vida. Los hijos son dueños de su destino, como tú y yo lo hemos sido del nuestro —le recordó su hermana.

—Sinceramente, no sé qué me preocupa más: que marche a la guerra o que compare a los hombres con su padre. No quiere hablar de ese suceso. Se cierra por completo.

Gerda torció la boca con pesar y comentó:

—Está claro que la niña tendrá que aprender a superarlo. Ojalá Freigg tenga a bien ponerle en su camino un hombre bueno.

—Pediré por Kaira todos los años con una ofrenda diferente a los dioses. A ver si tienen a bien escucharme —comentó Helga con decisión.

—Me parece una idea muy sabia, hermana. Yo también pediré por ella.

Las dos mujeres siguieron con sus labores hasta que comenzó a oscurecer y tuvieron que dejarlo.



A la mañana siguiente, Helga llamó a Ivar y, aprovechando que Kaira estaba ayudando a su hermana, eligió ese momento para mantener una conversación con su hijo.

—¿Qué querías, madre?

—Quiero que enseñes a tu hermana a manejar una espada y a luchar como

una guerrera.

El joven sonrió y apreció que su madre confiara en él para su aprendizaje.

—Te prometo que así lo hare. Será una guerrera formidable.

Ambos esperaron a que regresase de acompañar a Gerda y cuando entró en la vivienda, Helga llamó a su hija.

—Kaira, he estado pensando que Ivar pronto se convertirá en un hombre y puede entrenarte como a una guerrera. ¿Te gustaría? —Helga observó cómo se le iluminaba el rostro.

—¿De verdad, madre? ¿Voy a poder entrenarme? —se aseguró Kaira.

Helga sonrió a su hija con ternura y asintió con lágrimas en los ojos. Kaira era su debilidad.

—Sí, pero, hermana, no creas que por ser mujer ni una niña lo vas a tener más fácil que cualquier hombre. Vas a morder el polvo igual —le advirtió Ivar.

Kaira asintió segura de aquella decisión.



Diez años más tarde...

Kaira cayó al suelo y rodó rápidamente. Su hermano se lanzaba a darle con la espada que, en vez de clavársele en el cuerpo, iba, para su frustración, al suelo. En un descuido, Kaira le golpeó en un costado y ganó algo de tiempo como para levantarse de un salto y volver a la posición de defensa. Ambos estaban sudando. Ivar llevaba el pecho descubierto con tierra y polvo adheridos a su piel. Por su parte, Kaira vestía pantalones, como siempre que entrenaban, y una protección de cuero en el torso. Los dos hermanos se observaban con cautela. Kaira ya era una hermosa mujer. No quedaba nada de la inocente niña, ahora era una guerrera que buscaba sus puntos débiles sistemáticamente. Había crecido mucho, hasta llegar a ser una de las mujeres más altas de su aldea.

Los entrenamientos de ambos hermanos eran motivo de espectáculo. Solían aglutinar tanto a aspirantes a futuros guerreros como a numerosos espectadores de ambos sexos. La belleza de los dos contrastaba ampliamente con la fiereza que demostraban en el combate. Ninguno tenía piedad. Lo daban todo hasta el

final.

—Chicos, siento interrumpir, pero es hora de comer —comentó Erika.

Su prima, desde que estaba embarazada, no perdonaba ni un minuto y, menos aún, quedarse sin comer. Como no estuviesen puntuales, les quedaban las migajas. Los dos hermanos se giraron con cara de fastidio y depusieron las armas.

—¿No va a regresar a la aldea de su esposo? —le susurró Ivar contrariado.

—Creo que no. Tía Gerda quiere ayudarla a alumbrar y por eso se ha venido —contestó Kaira.

—¡Buf! Nos esperan unos meses de lo más estrictos. Espero que cuando nazca el bebé, regrese a su nuevo hogar —se quejó Ivar.

—No sé yo. Si su marido está de viaje, lo mismo alarga la estancia.

Ivar rodó los ojos en blanco y enfundó su espada. Cuando entraron en la casa, se sentaron en la mesa a plato puesto. El salmón estaba acompañado de guisantes. Kaira se sentó al lado de su madre y observó la panza de Erika. Estaba muy abultada. Aun así, su prima se las arreglaba para moverse con bastante agilidad de aquí para allá. No paraba quieta un segundo.

—No me mires así, Kaira —le dijo su prima—. Estar embarazada no es sinónimo de estar impedida. Algún día estarás en mi estado y lo comprenderás.

Kaira casi se atraganta con el pan de centeno.

—No dejaré que ningún hombre me ponga la mano encima. Antes se la corto —replicó.

Helga bufó molesta con aquella actitud tan negativa de su hija.

—Kaira, algún día tendrás que cumplir con tus obligaciones como mujer y no podrás negarle a tu marido que entre en tu lecho.

Ivar observó a su hermana, que tenía la mirada puesta en el plato y con los dientes apretados. Esa plática era, últimamente, el tema de conversación favorito de las mujeres de la casa, que estaban empeñadas en casar a Kaira. Algo que él veía muy improbable. Su último pretendiente había acabado en el suelo con un cuchillo en la garganta. Nadie de la aldea se había vuelto a atrever a pedirla en matrimonio. Kaira pasó el resto del almuerzo taciturna y con el ceño fruncido, seguramente, deseosa de terminar la sobremesa.

Mientras las mujeres recogían los platos y cubiertos de madera para limpiarlos, Ivar le hizo una seña a Kaira para salir de la casa, algo que aceptó encantada. Cogió un arco y decidió cazar un par de conejos para el día

siguiente. Subieron al monte hasta una zona poblada de aquellos animalejos y cuando se encontraron a solas, Ivar decidió sacar a colación la conversación.

—Kaira, ¿podemos hablar sobre lo que harás si en un futuro te caso con un hombre por obligación?

Su hermana y él compartían mucha complicidad, algo que el resto de la familia no poseía con ella ni comprendía, pues Kaira no se abría a los demás miembros. Se caracterizaba por ser bastante introvertida y reservada en cuanto a sus sentimientos se refería. Los bonitos ojos de pestañas espesas que Kaira poseía oscilaron un par de veces antes de cerrarse por completo, abrumada por aquel tema que esquivaba a toda costa. Ivar era conocedor de su miedo, sin embargo, tras la muerte de su padre en batalla, por suerte para todos, él tenía que asumir aquella triste decisión y, antes de encadenarla a un hombre, intentaría que recapacitase para que no continuara rechazando a todos sus pretendientes. La fama que se estaba granjeando había llegado incluso a las aldeas colindantes, que atraía a numerosos guerreros dispuestos a batirse contra ella para hacerla suya, ganándose así el apodo de Corazón de Hielo.

—En ese caso, siempre puedo marcharme y unirme a otros guerreros. Necesitan mercenarios y yo puedo serles de mucha utilidad —comentó Kaira.

Ivar se pasó la mano por la cara frustrado y meneó la cabeza con disgusto.

—No ignores mi pregunta para salir con otra de tus respuestas vagas. Vas a obligarme a entregarte a un hombre que dicte yo y cumplir o serás repudiada por tu esposo. No puedes estar eternamente sin casar. Hasta Einar, que profesa amor a Esben, se ha visto obligado a cumplir con su esposa, independientemente de su libertad sexual.

Kaira envidiaba a aquellos dos hombres. Aunque entre ellos había una relación profunda y muy íntima, eran capaces de cumplir en la cama con sus mujeres, algo de lo que ella no se veía capaz. Su deseo sexual estaba reprimido, entre otras cosas, porque no sentía la necesidad de satisfacerlo ni lo echaba en falta. Era algo secundario para ella. No era una necesidad básica como podía ser el comer. Ciertamente que los dioses los habían creado para procrear y traer hijos al mundo, sin embargo, Kaira rechazaba la parte íntima. Ella tendría hijos si no fuera por eso. Algo que no podía confesar con sus más allegados porque no lo entenderían, como ahora le pasaba a Ivar.

—¿No vas a decir nada, Kaira? —insistió su hermano.

—No. No tengo nada que decir. No sé por qué estamos hablando de esto.

Ivar gruñó ante su respuesta y meneó la cabeza muy enfadado.

—Porque madre piensa que vas a ofender a los dioses si no lo haces por

las buenas. Espero que no se encapriche de ti ningún noble por el momento — rezó Ivar.

Ya se encargaría Kaira para que su pretendiente saliese espantado como todos los demás. Era bastante diestra con la espada y el cuchillo, y siempre llevaba escondido en la bota el que le regaló Hans por si a alguno se le ocurría pillarla desprevenida.

Aquella conversación nubló su carácter. Cada día veía más cerca el momento de una posible unión, ella siempre había evitado a los hombres y también porque, de momento, ninguno le había llamado la atención, y ahora se veía obligada a someterse a un posible enlace. Sabía que Ivar quería que lo hiciese con alguien de su agrado, pero es que no había encontrado a ninguno que la mereciese como esposa.

Simplemente, no quería tener la desgracia de caer en las manos de otro hombre como su padre, así que le urgía buscar a un posible candidato lo antes posible.

Capítulo IV

E l *drakkar*^[16] ya estaba preparado. Ake echó una última mirada al que había sido su hogar y se subió a *Cuervo del viento*, que era como habían bautizado a la nave. Su primo Gerd y Haakon siempre se unían a él en las expediciones, esta era la quinta para ellos. Ya eran fornidos guerreros que habían dejado atrás los rasgos aniñados. Ahora, sus músculos se habían robustecido así como crecido en altura, como Ake, que se había convertido en un impresionante hombre de casi un metro noventa. Su pelo había perdido el rojizo de antaño y se había oscurecido con el tiempo, tornándose casi castaño. Lo llevaba largo hasta los hombros con dos trenzas a ambos lados de la cara para que no le impidiesen ver. A diferencia de su primo, él odiaba la barba, por lo que la rasuraba con la navaja en cuanto le crecía.

—Toma. —Gerd le lanzó al vuelo las espadas envueltas en unas pieles.

Llenaron los barriles con ale^[17] y agua, y subieron numerosas provisiones. Pasaría mucho tiempo hasta que volvieran a pisar tierra.

—¿Ya te has despedido de Engla? Parecía bastante disgustada porque no te hubieras comprometido con ella antes de partir —le aguijoneó su primo.

—¡Vete al cuerno, Gerd! Si tanto te gusta, te la regalo. Seguro que te calentará muy bien la cama —contestó Ake con indiferencia—. El día que me veas encaprichado con una mujer, golpéame fuerte en la cara para sacarme de semejante embrujo.

Haakon, que subía en ese momento las jaulas con los cuervos, sonrió. Era habitual encontrar a Gerd molestando a su primo con ese tema. Ake no conservaba en su cama a una mujer más de dos semanas seguidas.

—¡Estoy deseando que llegue ese día para disfrutarlo! —le gritó Gerd con una sonrisa ladina.

Recibió un gruñido por contestación por parte de Ake y se alejó para hablar con el timonel.

—A la vuelta me pido a Engla —soltó Haakon intencionadamente.

La reacción de Gerd no se hizo esperar: soltó una sonora carcajada y se burló de él.

—¡No seas asno! Una dama espera que la consuele un hombre que sepa escucharla, no un bellaco como tú.

—Déjame intentarlo, ¿acaso tienes miedo de que me elija a mí, Gerd? —

Su amigo negó con la cabeza—. Entonces haremos lo siguiente: yo la cortejo. Si me rechaza, me retiro caballerosamente para dejarte libre el camino. ¿Qué me dices?

—Bueno, ya veremos —terció el otro no muy convencido.

Gerd solía ser el paño de lágrimas de las mujeres que su primo rechazaba, lo que le venía de perlas, pues terminaban acostándose con él sin necesidad de comprometerse. Haakon ignoraba cómo lo hacía. Tenía una labia digna de admiración que confundía hasta al más sabio.

—Además, no sé si este viaje será de retorno —añadió Gerd—. Ake está pensando en instalarse lejos de Uppsala.

—¿Tú tampoco piensas volver? —le dijo Haakon.

Gerd se encogió de hombros y, en lugar de contestarle, se dirigió hacia el resto de hombres agrupados en el centro para escuchar las indicaciones de Ake.

Cuando ya tuvieron todo listo, partieron rumbo al sur. Las aguas heladas y las numerosas corrientes tendían a llevarlos hacia la costa, sin embargo, Viggo, el timonel, los conducía con destreza por las frías aguas del Mar Báltico. Como buen marinero solía guiarse por los pájaros y el sol durante el día, y por las estrellas durante la noche.

Llevaban semanas en el mar. Tan solo habían parado en Jutlandia para coger provisiones y atravesar el estrecho en dirección al Mar del Norte. Mientras era el turno de Ake para remar, Haakon, al observar los nubarrones negros, le comentó a Gerd:

—Parece que va a llover.

—Sí, Viggo ya ha sacado la piedra solar para usarla como guía y sustituir a los astros. No podrá orientarse si cubren el cielo. Habrá que prepararse.

Tal y como Haakon predijo, la tormenta se desató y tuvieron que bajar para ayudar a recoger los remos y echarse un *Vadmal* encima. La nave se movía con furia mientras las olas amenazaban con tragárselos.

—¡Por Thor! —le gritó Ake a Gerd—. Como sigamos así, vamos a naufragar.

Le entregó a su primo un trozo de pescado seco y mordió el suyo mientras se agarraba al mástil para no caer. El viento soplaba con tanta furia que el pelo les fustigaba la cara.

Los rayos caían al mar cada vez más cerca de la nave y temían que los alcanzara. Viggo gritaba algo desde el otro lado que Ake no alcanzó a entender debido al ensordecedor ruido de la tormenta. Se atrevió a desafiar el cielo y,

con mucha dificultad, llegó hasta él.

—¡A los remos! ¡Hay que alejarse de esta tempestad! —gritó Viggo.

Ake regresó e hizo una señal a los hombres más fornidos para que cogieran los remos. Lucharon contra viento y marea para afrontar la tormenta y evitar ser hundidos, hasta el punto de que ninguno quería parar a descansar. Ni el agua que le chorreaba a mares por la cara a Ake ni el ardor en los músculos de los brazos y de los costados por el esfuerzo tan grande que estaba realizando le haría desistir. No fue hasta que consiguieron desviarse e ir a aguas más calmadas cuando lo relevaron. Como la tormenta quedaba lejos, era el momento oportuno para echarse un rato a dormir bajo la lona y coger fuerzas: estaba completamente agotado.



Lindisfarne, 8 de junio de 793

El sol pegaba fuerte cuando Ake se levantó. Comió algo de pan duro con queso y mandó echar a volar un cuervo. Si el ave regresaba pronto, significaría que no había tierra cerca, por el contrario, si no regresaba es que había costa. Cuando lo vieron volver, Ake gruñó y se fue junto a su primo.

—Lars dice que en cuanto que pisemos tierra extranjera, nos hagamos con el botín que podamos y regresemos rápidamente al barco. Será un saqueo rápido —le advirtió Ake.

—¿No vamos a coger prisioneros? —se extrañó Gerd.

—No son guerreros. Según Lars, su líder ha venido a convertir a la población al cristianismo: unos charlatanes con unas creencias muy extrañas de un solo Dios. No nos serían de utilidad. Yo perdono la vida a quienes se ganan ese honor en batalla y mi admiración por su valentía.

Lars era el guía de esa expedición. Los conducía a tierra de sajones según les había contado, en concreto, al monasterio de Lindisfarne^[18]. Había navegado por esas aguas para comerciar y conocía muy bien la zona, así como dónde obtener joyas y riquezas gracias a un esclavo que había apresado en uno de sus viajes y que renegaba del eclesiástico por no dejar que su hermana se divorciase de su marido, un animal que le pegaba. Aquello era impensable en su cultura, puesto que las mujeres tenían los mismos derechos y libertades que un hombre, y eran vengadas si se cometía un agravio. Para ello se convocaban

las asambleas o *Thing*^[19], que consistía en reunirse en un punto determinado a una hora específica a la intemperie. En aquel lugar se debatía y se hacían los juicios en caso de ser necesarios. Una mujer podía divorciarse de un hombre comunicando sus intenciones delante de un grupo de testigos al igual que podían hacerlo los hombres. Después de la separación, la mujer conservaba su dote y las propiedades que hubiera poseído antes del matrimonio. Lo que escuchaba de esos cristianos no le agradaba.

Los hombres afilaban sus hachas y espadas, y se aseguraban de que los escudos y cascos estuviesen en buenas condiciones antes del desembarco.

Como las noches podían ser muy solitarias daban buena cuenta del ale, volviendo audaces a los guerreros en sus intervenciones, que derivaban, la mayoría de las veces, en violentas discusiones entre insultos y bromas de muy mal gusto.

Ese había sido su pasatiempo nocturno hasta que avistaron la costa. Los pertrechos hombres estaban deseando entrar en acción, pero antes debían cumplir con la tradición de soltar los *öndvegissúlur*^[20] y esperar a que llegaran a tierra.

Ake se abrigó bajo su capa de pieles y estudió a sus hombres, a los que conocía prácticamente desde niños. A pesar de ser uno de los más jóvenes, tras su milagrosa recuperación y el sacrificio de Ingrid, lo creyeron favorecido por los dioses y se encontró liderando a aquellos guerreros bajo el apodo de Garras de Oso por haberse enfrentado a aquella bestia y haber salido ileso. La fea cicatriz de la que hacía gala en sus hombros y que mostraba sin pudor en cuanto se le presentaba una ocasión era la que le había dado ese singular sobrenombre. Para su pueblo era un honor recibir un mote. Algo que le enorgulleció enormemente, pues llevaba clavada una espina desde su infancia y de la que nunca hablaba ni con su primo: era su secreto más inconfesable. Por ello, para Ake fue una gran responsabilidad que le hizo exigirse más que a cualquiera para demostrar así que estaba capacitado. No se permitía ni un solo error. Motivo por el cual entrenaba todos los días y obligaba, asimismo, a sus hombres a imitarlo. Era muy exigente.

Gerd y Haakon se acercaron a él y se pusieron a su lado.

—Dicen que las sajonas son muy bellas. Estaba pensando que podíamos desviarnos un poco y llevarnos a una para comprobarlo —comentó Gerd a su primo.

—No pienso cargar con una de ellas. Ya puedes ir olvidándote. Solo sería un estorbo —le recriminó Ake.

—¿Por qué desde que murió Ingrid no te permites admirar a una mujer? Son criaturas hermosas, delicadas y sensibles. Lo mismo encuentras en tierras lejanas a esa compañera que necesitas y ¡quién sabe!, lo mismo se convierte en la madre de tus hijos. Sirven para algo más que calentar tu jergón. —Ake fulminó con la mirada a su primo.

—¿Y me lo dices tú que aún no te has emparejado? —se burló Ake con una fuerte carcajada.

—Sí. En parte llevas razón, puede que no lo haya hecho aún, pero porque no hacemos más que partir de misión en misión. Huyes de tu hogar. No obstante, desde que te ofrecieron ser el *jarls*^[21] de Skuldelev por ayudar a aquel compatriota llevas tiempo rumiando el quedarte allí a vivir. ¿Me equivoco?

Ake se encogió de hombros y, en su lugar, se quedó observando la inmensidad del océano. En esos momentos, las olas mecían la nave con suavidad, la espuma que se originaba al chocar contra el navío salpicó a Ake en la cara. Recordaba cómo habían atracado para coger provisiones. Al recorrer los alrededores, se vieron inmersos en un combate entre dos tribus. No pensaban meterse en medio, no era asunto suyo, pero cuando uno de ellos los atacó pensando que eran fuerzas enemigas se defendieron y terminaron por abatirlos. En agradecimiento, el anciano jefe quedó tan impresionado con él, que después de consultarlo con los suyos, le nombró el futuro sucesor de Skuldelev, pues había demostrado merecerlo. En ese momento, deseoso de vivir nuevas aventuras prometió regresar cuando hubiese conseguido bastantes riquezas. Si este asalto les salía bien, ahora que podía echar raíces, le parecía el lugar idóneo.

—Puede que lleves razón. Llevo mucho tiempo pensándolo y creo que después de esta misión y si consigo el suficiente oro, me pasaré a echar una ojeada por esa aldea. Me apetece descansar por un tiempo —comentó sin mucho entusiasmo.

—Tú dirás lo que quieras, pero desde que murió Ingrid no te permites disfrutar de la vida. Solo vives para matar. A veces pienso que estás esperando reunirte con ella en el Valhalla —repuso Gerd enfadado.

—No te pido que lo comprendas, Gerd —contestó con tristeza.

Haakon, que hasta ahora no había intervenido y viendo que este tema derivaría en una nueva discusión, decidió desviar la conversación por otros derroteros:

—¿Cómo repartiremos el botín, Ake?

—Ya veremos, depende de lo que haya cada uno se llevará una importante parte. Por eso no hay tiempo para los escarceos para buscar una falda —les recordó. No pensaba olvidarse de las insinuaciones de Gerd.

Advertencia que no gustó a ninguno. Aun así, se anudaron las pieles por encima de los petos de cuero y procedieron a trenzarse el pelo para evitar que les molestase durante la contienda. Lars repartió cuencos con pintura negra para extenderla por los ojos y el rostro a conveniencia y en absoluto silencio, pues se encontraban inmersos en el ritual previo al combate. Los tatuajes de Ake en honor a Odín asomaban con insolencia por el cuello y los brazos, lo que le confería un aire aún más feroz.

Viggo varó la nave lo más cerca que pudo de la costa adyacente al monasterio y los hombres comenzaron a arribar en varios botes. Los aseguraron en tierra y los camuflaron con ramas de la vegetación propia de la zona. El agua chocaba contra la arena provocando cierta inquietud. Atravesaron a la carrera la inmensa pradera de landas que había junto al mar y se internaron por las dunas.

—¿A cuánto queda de aquí esa fortaleza que hay que buscar? —preguntó Ake a Lars.

—A unas diez millas o así —contestó el aludido.

Ake asintió y comandó un grupo, mientras que Lars guiaba a otro. Avanzaban separados por aquellas praderas verdes por seguridad. A una señal de Lars, Ake les ordenó que se ocultaran, mientras que un par de hombres avanzaban para inspeccionar el terreno. La espera se hacía eterna. Acucillados o tumbados esperaron hasta apreciar movimiento de ramas. Cuando regresaron, los vigías les indicaron que había poca vigilancia y continuaron avanzando hasta aquel emblemático y singular edificio de piedra gris. Ake lo vigiló desde su posición y se aseguraron de que nadie se había percatado de su presencia. Lo primero que les llamó la atención fue la campana que sonó en ese momento. Los hombrecillos que trabajaban las tierras se recogieron adentro.

—¿Te has fijado lo raro que vestían esos hombres? —comentó Haakon a Gerd con cierto aire socarrón.

—Una cultura muy extraña con eso de ir vestido de mujer y el pelo rapado por arriba —describió Gerd.

—¿Para qué será ese colgante de madera que llevan al cuello? ¿Será un amuleto para protegerse de los espíritus? —continuó Haakon.

—¿Qué más te da? —lo acalló Ake—. No les va a servir de nada apelar a

los espíritus, vamos a entrar igualmente. Parecen muy desprotegidos.

Según Lars, en el interior de aquel monasterio se ocultaban grandes cantidades de riquezas hecha en oro y plata. El botín era bastante suculento, nada despreciable.

—Ellos veneran a un Dios cristiano que murió en una cruz —explicó Lars—. Nadie de su cultura ataca un monasterio, pues lo consideran un lugar sagrado. Por eso es nuestra oportunidad. No están protegidos. Venga, entremos.

Los hombres cogieron los escudos y portaron las armas en la mano y, a la señal de Ake, se lanzaron a la carrera hacia aquel portalón de madera que se encontraba abierto e irrumpieron en la iglesia profiriendo gritos de guerra. Los feligreses se vieron sorprendidos en medio de la misa por unos hombres armados hasta los dientes, el cura se adelantó hacia ellos en un acto de valentía y les habló en su idioma con voz calmada. Según Lars, les conminaba a abandonar la casa de Dios, algo que sacó carcajadas a aquellos hombres. Uno de los guerreros le clavó un hacha en la cabeza, dejándolo inerte en el suelo bajo un charco de sangre y ante el estupor de los cristianos.

—Pregúntales dónde esconden sus tesoros —le ordenó Ake a Lars—. Si se niegan a hablar, amenázalos con seguir la misma suerte que ese, a ver si así se les suelta la lengua.

Lars cogió del cuello al primer individuo que tuvo más a mano y le apuntó con la espada en el gaznate. El novicio comenzó a exudar gotas por la frente. Desviaba su aterrorizada mirada en dirección al prior. Lars se percató de eso y, soltando el cuerpo inerte tras cercenarle la garganta, se acercó a un hombre entrado en carnes y le apuntó al estómago.

—Hablad o moriréis. ¿Dónde están los tesoros?

—No-no sé de qué tesoros hablas, hijo, lo único que hay es este cáliz de plata. —El prior insistió tenaz, señalando una caja argenta que había sobre el altar. Gerd se acercó hasta ella para comprobar su interior y lo mostró sin mucho entusiasmo. Era muy poco botín para todos.

—¡No me tomes por estúpido! Mi contacto me dijo que hay unas escaleras que dan a un bajo sótano y es allí donde se encuentra. —El terror que se vislumbró en aquel cuerpo seboso le indicó que se encontraban en el buen camino—. Olf, busca una puerta secreta que dé a unas escaleras —ordenó.

El guerrero comenzó a abrir todas las puertas traseras, incluso las que se encontraban en el altar. Tras recorrerse prácticamente todo el edificio, no hallaron el lugar secreto, lo que impacientó a Lars. Le clavó la daga en el

cuello al prisionero, que comenzó a manar sangre, y le volvió a amenazar:

—No te hagas el despistado. O me dices dónde están los tesoros, bola de sebo, o ahora mismo prendo este edificio para que cuando caiga pasto de las llamas y me muestre la entrada que tanto empeño pones en ocultar.

—Este edificio es un-un lugar sagrado, ¿no-no pensarás ofender a Dios?
—replicó el prior entre tartamudeos varios para que parasen.

Ante su mutismo, varios guerreros derribaron una cruz de piedra a la orden de Ake, lo que originó numerosas protestas.

—Tu Dios no es el mío y Odín quiere tesoros. No he venido hasta aquí para charlar sobre ese Dios tuyo. ¡Hablad o pereceréis bajo el filo de mi espada! —le exigió Lars.

—¡Santa María, Madre de Dios! Nosotros defendemos el bien, ayudar al prójimo y ser buenos cristianos. Combatimos el mal con la palabra de Dios y el amor, no con las armas, hijo. Son reliquias de Dios. No podéis llevároslas —se quejó el cardenal.

Las palabras del capellán aburrían a aquellos hombres que nada conocían de aquella religión.

—¿Sabes lo que les hacemos a los que no hablan? —continuó Lars—. Les abrimos en canal, les sacamos los pulmones y se los ponemos encima para que se mueran lentamente.

El prior se mareó y cayó al suelo inconsciente de la impresión. Ake bufó ante el vergonzoso espectáculo, no soportaba a los cobardes. Reposó su brazo en la figura de piedra que había cerca del altar cansado de no obtener una pista clara del lugar del escondite cuando, de pronto, su codo se hundió en la piedra y activó el suelo. Ante la sorpresa de los guerreros, se descubrió una escalera subterránea de caracol que sacó una sonrisa entre los nórdicos.

—Mátalos a todos, Lars, y coged los tesoros —ordenó Gerd.

La avaricia se había apoderado de todos ellos y a las prisas por apoderarse del tesoro se adueñó la sed de sangre en honor a Odín.

Los gritos de los cristianos suplicando piedad se perdieron pronto bajo aquel pasadizo de piedra. Habían prendido una antorcha y, al iluminar la estancia, las joyas apiladas en un cofre de oro soltaron destellos al reflejarse la luz en ellos. Sonriendo, cogieron un arca de madera que había llena de ricas telas y metieron todo el oro y plata que encontraron en distintos cofres, así como monedas y demás joyas que pudieron. Era mucho más de lo que se habían imaginado. Con aquello, Ake bien podía retirarse por una larga temporada. Cuando salieron con el botín, prendieron fuego a las dependencias

y a los cuerpos apilados en un rincón, y se marcharon dejando una columna de humo a sus espaldas.

El camino de vuelta lo hicieron todo lo rápido que les permitió el terreno. Para cuando los sajones descubrieran que habían sido atacados, ellos ya se encontrarían muy lejos de su alcance. En concreto, en dirección a Jutlandia.

Capítulo V

Los rumores que llegaban a Thorsteinn no eran muy alentadores. El rey no estaba nada conforme con la forma de gobernar que tenía su tío Harald, y esas diferencias estaban creando malestar en Sigurd Ring^[22]. Ivar había decidido ir a Brávellir para unirse a sus seguidores y luchar a su lado. Kaira llegó de recoger leña del bosque a tiempo para despedirlo. Su madre estaba hecha un mar de lágrimas. Ella estaba muy orgullosa de Ivar y no dudaba de que regresaría sano y salvo. Así que cuando fue su turno, le dio un abrazo cariñoso y le revolvió el pelo.

—Más te vale que vuelvas entero —le previno.

Su hermano esbozó una sonrisa amplia de dientes perfectos y le contestó:

—Y tú más vale que no te metas en líos hasta mi vuelta. Te quiero ver casada.

—No me presiones más, Ivar, por favor —resopló Kaira airada.

—Cuida de madre en mi ausencia, cabezota —le susurró Ivar.

Kaira asintió. Ambos sabían que lo iba a pasar mal hasta su regreso.

Se acercó hasta el rocín de su hermano, un hermoso caballo blanco, y acarició su morro. El animal ya estaba ensillado y movía la cabeza inquieto. Cuando Ivar subió a lomos del cuadrúpedo, aseguró la espada y el escudo, y se volvió una última vez a observarlas. Levantó la mano para despedirse y espoleó a la montura para unirse al resto de jinetes que estaban agrupados en la salida del poblado. Su madre se dirigió adentro hacia el puchero que había en el centro del hogar y se enjugó varias lágrimas más.

La aldea se iba a quedar prácticamente sin hombres. Los pocos que aún quedaban eran enfermos, artesanos y agricultores. El resto, mujeres, ancianos y niños. Kaira se volvió apesadumbrada y se metió dentro para buscar un arco. Ahora, sin Ivar, sería ella la que iría de caza.

Cuando salió, no se percató de la figura del hijo del conde y señor de aquellas tierras que se encontraba por los alrededores: Asgern. Este se le acercó por detrás con sigilo y la agarró por la cintura con un movimiento rápido mientras la aprisionaba contra la pared de la casa y su pecho.

—¿No pensáis darme un beso de despedida, Kaira? —le susurró Asgern al oído mientras la acariciaba con lascivia.

Kaira hizo un rápido movimiento de pies y le dio de lleno en la

entrepierna, el guerrero se dobló en dos y se llevó las manos a ese lugar tan delicado con la respiración entrecortada. Una vez que se hubo desembarazado de él, sacó su cuchillo de la bota y le apuntó a la garganta.

—Perdeos, Asgern. No os habéis ganado semejante privilegio.

El guerrero, que seguía con la cara contraída por el dolor, cuando se recompuso, levantó el semblante dominado por la rabia.

—Cuando regrese, seréis mía, Kaira. Os reclamaré como mi esposa y tendréis que aceptarme —juró.

—Eso será si regresáis vivo. Porque siempre os pillo con la guardia baja —le dijo con desprecio.

Asgern se levantó a duras penas y se marchó de allí profundamente humillado.

De todos los hombres de la aldea, Asgern era el que más repulsión le provocaba en todos los aspectos. Su imponente físico de complexión tosca le provocaba rechazo al igual que su cara de facciones vulgares. Contaba con una nariz aguileña y una espesa barba entre rubia y pelirroja que semicubría unos labios finos, curvados siempre con una mueca de desprecio. La frente era estrecha con una cicatriz que partía una de sus pobladas cejas. Los oscuros ojos con forma rasgada tenían algo que le provocaba escalofríos. Ni los continuos rechazos a sus llamadas de atención le habían disuadido de acercarse a ella. No entendía por qué se empeñaba en cortejarla cuando había muchas otras mujeres hermosas que estarían dispuestas a ser desposadas con alguien de su categoría. Lo más insólito es que de no percatarse de su presencia había pasado a ser objeto de un desmesurado interés por su parte. ¿Por qué quería que fuese ella, precisamente, su pareja? Las palabras de Ivar urgiéndola a encontrar un marido retumbaron dentro de su cabeza como un dolor de muelas: o se buscaba uno antes de que regresase de la contienda o, llegado el caso, no podría negarse al enlace. Aunque para ello tendría que apelar a la bondad de la diosa Freya para encontrar marido antes de que ese desagradable de Asgern le pusiera una mano encima. Pero ¿dónde? Ya había buscado sin éxito. Ninguno cumplía los requisitos que ella exigía y el tiempo se le agotaba.

Ivar tampoco veía con buenos ojos a Asgern y, tras ese ultimátum, si algo había sacado en claro, es que se había fijado el objetivo de convertirla en su esposa a la vuelta. Y, conociendo a Asgern, sería exhibida igual que un trofeo de caza. En parte, debido a la fama que se había ganado por ser tan escurridiza con los hombres, por algo la apodaban Kaira Corazón de Hielo. Furiosa, tensó

el arco al descubrir a una liebre correr y disparó. El animalillo cayó a tierra con la flecha atravesada por la panza y Kaira recogió su presa. Le dedicó unas palabras de agradecimiento a los espíritus por la comida que le habían proporcionado y se levantó con la mirada dispersa por el bosque como si la solución a sus problemas estuviese ahí. El frescor que subía de la hierba húmeda se colaba por sus fosas nasales y le templaba el carácter. Allí se respiraba paz. Cerró los ojos y escuchó el canto de los pájaros. ¿Por qué no podía volar libre como ellos y escapar de su destino? Al abrirlos de nuevo, se fijó en un pájaro carpintero que picoteaba la corteza de un pino en busca de algún insecto. En aquel bosque, era Kaira sin más. Ningún animal la juzgaba ni cortaban sus alas.

Abrumada por las preocupaciones, se dijo que aún podía buscar suerte en otro lugar, aunque le doliese abandonar a su madre. Para Helga sería muy duro perder a dos hijos a la vez. Se encontraba entre la espada y la pared. Volvió sobre los pasos y entró en el hogar. La madre levantó la vista del fuego al verla.

—Ven, Kaira, siéntate aquí a mi lado. Tenemos que hablar.

El que quisiera conversar no auguraba nada bueno. La joven dejó la pieza de caza sobre la mesa y se dispuso a despellejarla mientras esperaba que su madre hablase.

—Sé que te sientes atada a mí, pero creo que debemos planear tu futuro. Asgern estuvo esta mañana aquí y me pidió tu mano. Yo no le dije ni que sí ni que no. Simplemente, le sugerí que hablásemos de eso a la vuelta, pues marchó con tu hermano como bien sabrás —le relató con preocupación.

—Así que el muy cerdo antes de abalanzarse contra mí ya había estado aquí —bufó Kaira—. No entiendo ese repentino interés en mí.

—Nunca hemos hablado de tu dote, pero es bastante generosa. Tu padre amasó una gran fortuna y era poseedor de varios terrenos que le vendrían muy bien a Asgern para demostrar su poderío, y él lo sabe —continuó Helga con las explicaciones.

—O sea, que lo que ve en mí es solo riqueza.

—Supongo que un enlace contigo le beneficia. Como, oficialmente, no estás comprometida con él, todavía tienes tiempo de sobra para encontrar esposo. Si regresa y no estás casada, ni tu hermano ni yo podremos hacer más por ti, hija. Tendrás que aceptarle. —Su madre le cogió la mano con cariño y le dio un apretón para hacerle saber que estaba con ella.

—¿Tienes algo en mente? Porque en nuestra aldea no queda nadie que

pueda servirme —cedió Kaira.

—Había pensado que fuésemos a visitar a tu prima Erika. Allí aún quedan hombres y, de paso, cambiamos de aires. Creo que nos vendrá bien a ambas y seguro que tu prima se alegra de vernos. ¿Qué te parece? —dijo Helga, tratando de sonar más animada.

Kaira se encogió de hombros. No le hacía gracia que su madre se sacrificase por ella, únicamente viajaba por ayudarla, pero no le quedaba más remedio que abandonar la aldea, era su única esperanza. No obstante, convinieron esperar unos días más y dejar la granja en funcionamiento antes de marcharse. Para ello, su madre dejaría a cargo a Gerda.



Despertó con el sonido de gritos y el estruendo de unos cascos de caballos. Un humo negro se coló por una brecha que se abrió en el techo y Kaira solo tuvo tiempo para coger el peto de cuero endurecido, que se puso a la carrera, y su espada.

—¡Inga! ¡Madre! ¡Nos atacan! —gritó.

Al salir, observó horrorizada cómo ardían las casas vecinas. El caos reinaba por toda la aldea. Estaban siendo atacados por otra tribu. Las mujeres corrían de un lado a otro siendo capturadas por aquellos feroces hombres. Ella levantó la espada y se defendió de uno de aquellos guerreros: no estaba dispuesta a dejarse capturar, antes lucharía hasta la muerte. Le asestó una estocada que lo derribó al suelo desde su montura. Se acercó hasta él y le cortó la garganta con rabia. La sangre de su enemigo le salpicó el vestido de lana. Buscó a su madre y a su tía, pero con el desconcierto reinante era imposible saber si estaban vivas o habían sido capturadas. El humo le nublaba la vista y le impedía ver con claridad. Comenzó a toser y decidió alejarse. Un jinete apareció de repente entre el humo y Kaira corrió en dirección opuesta, le esquivó y se alejó en dirección a la casa principal.

—¡Kaira!

El grito de Helga la hizo parar en seco, se volvió y recibió un golpe muy fuerte en la cabeza que le hizo perder el conocimiento.



El traqueteo de la montura mecía el cuerpo inerte de Kaira de un lado a otro. Fue aquel balanceo el que la despertó. Los párpados aún le pesaban, pero, poco a poco, se fue acostumbrando a la luz. Se encontró amarrada por la espalda y a lomos de un caballo blanco. El jinete iba riéndose de una broma de su compañero que le retumbó en la cabeza como horribles pinchazos. Sentía un dolor increíble en la nuca. No sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente. Miró disimuladamente a ambos lados y descubrió a varias chicas de su aldea conducidas en similares condiciones. Quizá un poco más cómodas que ella porque iban erguidas, pero con el semblante serio y asustado. Notaba la garganta seca y tenía ganas de hacer sus necesidades. Un estornudo repentino alertó a su captor de que se encontraba consciente.

—¿Ya se despierta la princesa? —se burló.

Paró su montura y la bajó. Era un hombre de estatura mediana, barrigón y una cara llena de viruela. Le cogió con rudeza el rostro y sonrió.

—Es hermosa, ¿eh, Erik? —le dijo al guerrero de al lado.

Kaira torció la cabeza con desaire lo que provocó una risotada en su captor.

—Y encima tiene genio. Sería bonito domarte. Me gustan las fierecillas. Lástima que seas muy importante para Asgot Brazo de Hierro y te quiera virgen —continuó.

—¿Puedo beber e ir a hacer mis necesidades? —preguntó Kaira con arrogancia.

—¿Las dejamos, Erik? ¿Tú qué piensas? —Al guerrero le divertía la actitud de Kaira.

—Por supuesto, Rolf. Las damas tendrán que vaciar la vejiga igual que nosotros. —El tal Erik se bajó con aire pomposo y obligó a la chica que iba detrás de él a desmontar con una reverencia exagerada, lo que ocasionó que el resto de los guerreros estallaran a carcajadas. Luego la besó con fiereza, provocando que la muchacha, que era púber e inexperta, se revolvió. Pero cuanto más se resistía, más le excitaba.

—¡Hazla tuya! ¡Demuéstrale tu hombría, Erik! —le jalearon.

Kaira sufría por el destino de Thora. Le rechinaban los dientes de la rabia. El muy bastardo, animado por sus compinches, le subió la falda del vestido

con violencia y la manoseó por debajo. Thora profundamente humillada y con el rostro encendido, rogaba que parase entre lágrimas, lo que provocaba que los hombres se burlasen más de ella.

El tal Erik paró de repente con una sonrisa petulante y les gritó:

—¡Apartaos, pedazo de animales! Se acabó el espectáculo.

Cogió a la chica en brazos y se la llevó detrás de unos matorrales. Los alaridos que dio la pobre muchacha pusieron la piel de gallina a todas las cautivas. Erik salió al rato subiéndose las calzas con desvergüenza, mientras Thora apenas se movía por miedo a ser vista medio desnuda.

—Venga, en marcha, si las señoras ya han hecho sus necesidades — apremió Rolf.

Tenían bastante prisa por llegar a la aldea. Estuvieron a caballo, prácticamente, un par de días completos. Kaira no perdía detalle de las armas que portaban encima aquellos guerreros, así como de cuántos eran. Temía que alguna más de ellas sufriera el mismo destino que Thora. Al tercer día, tal vez ya confiados, decidieron parar a descansar; montaron un campamento provisional y hablaron, incluso, de celebrarlo. Por suerte para Kaira, ese día le tocó ir al campo a hacer sus necesidades junto a Thyre, ambas se conocían de entrenar juntas. Aunque los hombres siempre las vigilaban, pudieron mantener una pequeña conversación.

—Dile a las demás que estén atentas. Si deciden beber, servirles cuerno tras cuerno, intentaremos desarmarlos cuando se encuentren ebrios.

La chica asintió con un leve movimiento de cabeza y se acercó a otra. Poco a poco, la voz se fue corriendo entre ellas.

Kaira sabía que a los hombres les gustaba beber para celebrar sus victorias. De su aldea habían robado varias tripas llenas de hidromiel, que ahora llevaban en las monturas. Al anochecer, se llenaron los cuernos y brindaron por las muchachas. Estaban pletóricos.

Rolf había obligado a Kaira a servirle la comida y sentarse muy cerca de él. De vez en cuando, la mano de él descansaba en sus hombros y le hacía arrumacos lascivos que provocaba que le dieran arcadas. Sin embargo, aguantó estoicamente el manoseo que se traía con ella y, con falsas atenciones, le servía más bebida para dejarle tumbado. Al igual que ella, el resto de las mujeres se dejaba besar y tocar, mientras que llenaban los cuernos sin cesar.

Cuando comenzaron a caer borrachos, Kaira se apropió con disimulo de la espada de Rolf. Thyre le hizo una señal desde el otro lado para comunicarle que también se había hecho con un arma. Esperaron un poco a que comenzaran

a roncar y, entonces, ella se levantó para hacer sus necesidades y marchó en dirección al centinela que tenía más cerca.

—¿Adónde crees que vas, preciosa? —la detuvo.

—A hacer pis, ¿no puedo? —dijo con voz melosa.

El centinela curvó los labios con una sonrisa lasciva y echó un vistazo al cuerpo dormido de Rolf. Luego, se volvió hacia ella y la agarró del pelo.

—Supongo que irás, pero después de hacerme a mí un servicio rápido —le dijo.

Kaira no se revolvió. En su lugar, le dedicó una sonrisa falsa para distraerlo. Pues había visto descubierto a Thyre acercándose a él por detrás como un felino. Con un movimiento rápido, Thyre le cercenó la garganta y Kaira le tapó la boca para que no alertase a sus compinches. Entre las dos, dejaron fuera de combate al centinela. Después, espionaron el campamento para comprobar que varias mujeres habían hecho lo mismo con los hombres que permanecían vigilando, así que ahora los tenían a todos a su merced. Sin un ápice de remordimientos, hundieron el acero en el pecho de aquellos bastardos y los asesinaron a sangre fría. Nunca vio tanta rabia como la que poseyó esa noche a Thora que, a pesar de haber dado muerte a Erik, seguía clavándole una y otra vez el cuchillo por el cuerpo. Tuvo que acercarse a ella y quitárselo para que no se hiciese daño. La chica terminó sollozando desconsolada en el suelo.

—Tranquila, ya está. Todo ha pasado. Lloro lo que necesites —le dijo.

Al ser de noche, cogieron las monturas y anduvieron un rato para dejar atrás los cuerpos que muy pronto serían pasto de los carroñeros, y desmontaron en un claro cercano. Se resguardaron bajo un asentamiento de piedras que les procuraba un escondite y se echaron a dormir por turnos, ya que al alba regresarían a la aldea o lo que quedaba de ella. Kaira necesitaba saber qué había sido de su madre y de su tía. Con ese último pensamiento, se durmió.



Por la mañana, lo primero que hizo Kaira fue hablar con Thyre. Quedaron en apartarse del grupo de mujeres para buscar el camino de vuelta. Mientras que Thyre fue hacia el este para encontrar el mar y guiarse por la costa, ella

fue hacia el oeste para buscar un riachuelo donde beber y limpiarse un poco la ropa manchada de sangre y, de paso, investigar la zona para evitar las aldeas. Si alguna tardaba en regresar o ante cualquier señal de amenaza, por el bien del grupo, partirían y buscarían ayuda, dejando las monturas sueltas para que ambas la recuperasen en caso de necesidad. Kaira anduvo bastante hasta que escuchó el murmullo del agua. No se veía ni un alma por allí y era el lugar perfecto para que sus monturas abrevasen. Dejó la espada en la hierba y se acercó al arroyo. Reparó en su desastroso aspecto al observar la imagen que reflejaba el agua cristalina de ella. Con las prisas por vestirse y escapar del fuego, no le había dado tiempo a coger ningún abalorio de los que poseía ni ninguna joya propia que determinara su clase y alcurnia: parecía una mujer llana. El pelo lo llevaba enmarañado en una trenza, la cual comenzó a deshacer y peinar con los dedos. Asimismo, se abrió el vestido y se lo deslizó por los hombros para asearse la cara y el cuello. Fue al levantar la mirada cuando lo descubrió. Se quedó paralizada. En su vida había visto a un hombre tan alto y tan atractivo. Parecía un dios venido de Ragnarok. Su porte era arrogante y seguro de sí mismo. Como el sol estaba a su espalda, los rayos se reflejaban en su pelo, que desprendía tonalidades rojizas parecidas al fuego. Sus castaños ojos, aunque la escrutaban con detenimiento, no la miraban con lascivia, sino con interés. Ella también le observó con descaro. Tenía el mentón cuadrado, nariz recta y labios gruesos. Llevaba la barba recién afeitada. Las espaldas eran anchas y robustas. De su estrecha cintura colgaba una espada vikinga. Kaira fue a echar mano de la suya, pero prefirió ser cauta. Se notaba que era un curtido guerrero y si le amenazaba, se vería obligada a luchar. Antes intentaría otra estratagema menos violenta y usaría la espada como último recurso. Continuó estudiándolo por si veía signos de amenaza, sin embargo, el guerrero ensanchó una sonrisa amplia de dientes perfectos y blancos, y le preguntó con cierto sarcasmo:

—¿No crees que deberías estar ayudando a tu señor y no holgazaneando por aquí? Para ser una esclava, eres un poco desconsiderada.

De todas las preguntas que podía haberle formulado, aquella le generó absoluto desconcierto. Abrió los ojos desmesuradamente, pero una idea descabellada cruzó por su mente antes de contestar. Si quería creer que era una esclava, no sería ella quien lo sacara de su error. Podría funcionar para escabullirse de allí sin necesidad de usar las armas. Sería una pena atravesar aquel hermoso cuerpo con su acero.

—Solo vine por un trago de agua, ya me marchaba. —Kaira trató de que su

voz sonara segura, pero el rubor que coloreó sus mejillas le hicieron perder la confianza. La intensa mirada de aquel hombre le perturbaba.

—Por esta vez, será nuestro secreto. ¿De acuerdo? —dijo.

—Gracias. Será mejor que me apresure. Un placer conoceros, mi señor —disimuló.

—Ake, por favor. —Su voz era grave y penetrante.

Un nombre que le iba a la perfección. Una lástima que sus caminos se separasen tan pronto.

Capítulo VI

Después de repartirse el inmenso botín y con los ánimos insuflados, Viggo puso la nave rumbo a Skuldelev. Calculaban que llegarían en Julio, así que tenían tiempo para celebrarlo por el camino.

—Lo primero que voy a hacer en cuanto pise tierra es meterme entre las piernas de alguna mujer —dijo uno de los guerreros.

Las grotescas pullas se sucedían de un guerrero a otro.

—¡No seas fantasma! En cuanto vean lo necesitado que estás, huirán despavoridas por miedo a que las partas en dos —se mofó otro. Lo que originó numerosas carcajadas.

Las bromas entre ellos eran lo único que tenían para alimentar el espíritu. Esas largas travesías en mar podían ser muy monótonas y, aunque Ake no participaba activamente, no podía evitar sonreír viendo cómo se jaleaban los unos a los otros.

—¿En qué piensas, Ake? —le dijo su primo.

—En cómo nos vamos a entretener si allí es un lugar tranquilo. Estos hombres están hechos para la guerra y el mar.

—No te preocupes por eso, hombre, ya nos inventaremos algo. —Gerd le palmeó la espalda con cariño—. Seguro que ahí tenemos trabajo.

Las palabras de Gerd no le tranquilizaban. Sabía que esos hombres le seguían a todas partes y le apoyaban. Eran sus fieles seguidores. Pero él necesitaba un poco de paz para pensar. Quizá su primo llevase razón: desde que murió Ingrid nada le satisfacía. Ni ahora con aquel botín se sentía bien. Era una alegría efímera. Se sentía vacío. Sin embargo, no quería compartir sus preocupaciones con Gerd, prefería quedarse observando la profundidad del mar y guardarse sus oscuros pensamientos para sí mismo.



Nada más aterrizar en la arena, el clima cálido que los recibió, en comparación al de su tierra natal, les agradó. El anciano jefe no le había olvidado. Stenkil se alegró de que Ake hubiese recapacitado. Además, al

verlos llegar con aquel inmenso botín, era considerado un prestigio para ellos tenerlo como futuro señor. Celebraron un banquete en su honor y fue presentado oficialmente como el nuevo señor. El oficial que estaba al frente le puso al tanto de los pormenores de su nuevo hogar. Ake sonrió satisfecho, aquellas tierras eran fértiles y tenían buenas cosechas. Lo primero que hicieron los recién llegados fue darse un buen baño. Las mujeres de la zona eran muy bonitas y todas querían ayudar al nuevo señor, pero Ake no estaba interesado. No quería una mujer noble y, mucho menos, soltera: siempre buscaban la manera de desposarlo. Ya encontraría una esclava. Con esas no corría peligro.

—Vamos, Ake, ¿no quieres que te enjabone una preciosa chica? —se burló Gerd.

Ake gruñó y cogió un *earspoon*^[23] para limpiarse los oídos. Luego, se rascó debajo de las uñas y se cepilló los dientes, que ya amarilleaban por ciertas zonas.

—No, Gerd. Te las puedes quedar —contestó Ake.

Hasta que sus hombres no se desfogaran, no le dejarían en paz y sería el centro de sus continuas pullas. Salió a buscar a Stenkil dispuesto a adueñarse de una esclava y, a ser posible, una mujer entrada en años para así acallarlos a todos. Lo encontró sentado en el porche bebiendo ale.

—¡Qué rápido te has aseado, muchacho! —Stenkil le invitó a sentarse junto a él y le ofreció un cuerno con bebida.

—Estaba pensando que por aquí habrá mujeres esclavas, ¿verdad? —repuso Ake.

—Cierto.

—Me gustaría que me recomendaseis una. Preferiblemente, que sea ya una mujer madura.

El hombre le observó con una sonrisa divertida.

—¿No quieres una jovencita? En la aldea de al lado hay una esclava que según cuentan es preciosa, Sigrid creo que se llama. Yo no la conozco. La describen como una mujer un poco remolona porque suele merodear por el campo en busca de leña, setas o frutos rojos, cuando lo cierto es que la mitad del tiempo se escarcea por ahí en compañía masculina. —Stenkil le guiñó un ojo con picardía—. De todas formas, hay más de una esclava que podría servirte: Aud, por ejemplo, es una mujer de mediana edad muy hacendosa.

—No, gracias. Buscaré a esa tal Aud. ¿Dónde la puedo encontrar? —Si encima era una holgazana, menos aún la quería cerca.

—Su casa está junto al río. Su familia labra las tierras que hay a la entrada —le indicó Stenkil—. Por cierto, muchacho, si no te importa, me voy a trasladar a una casa con mi familia que recién me han terminado de construir. Creo que va siendo hora de que me retire a disfrutar de lo que me queda y deje este lugar. Ahora te pertenece.

—Por mí no hace falta que salga de su hogar. Esta casa será siempre suya.

—No, porque seguirán viniendo a mí. Así dejo claro que la autoridad recae sobre ti a partir de ahora. Aquí íbamos a estar muy justos todos —explicó Stenkil.

—Muchas gracias. Entonces, que así sea. Larga vida, Stenkil —dijo Ake con un buen apretón de manos.

Tras la conversación salió en busca de la mujer. Caminó por entremedio de un cercado con heno, donde pastaban las vacas, y continuó por un sendero que se dirigía hacia las afueras. En la última casa había una mujer rubia, regordeta y con los mofletes sonrosados tendiendo. Supuso que era Aud. La observó y la vio moverse con energía de aquí para allá.

—Mami, *quero* comer —le gritó un niño pequeñito de unos tres años.

La mujer se adentró en la casa con rapidez para atender al crío. Ake bufó por lo bajo. Si tenía niños pequeños no le serviría. Tendría que atenderlos y le descuidaría. Decidió continuar por la campiña y observar el páramo. Allí se respiraba aire puro, el frescor que desprendía aquel verdor era magnífico para sus pulmones. Sonrió durante un buen rato y se dijo que la región estaba bien. Sin embargo, decidió explorar la zona boscosa de pinos y conocer su territorio. Una ardilla se asomó entre las ramas a curiosear al intruso y, al ver que seguía caminando, se ocultó en su nido a una velocidad pasmosa. Por el suelo descubrió el terreno levantado, señal de que por allí había jabalíes salvajes. Un buen entretenimiento para sus hombres a los que les gustaba la caza. Ascendió por un camino que se curvaba y dejaba un pequeño barranco arcilloso al otro lado y continuó hasta una zona despoblada. A lo lejos se divisaba otra aldea. Sería a la que había hecho referencia Stenkil. El murmullo de un arroyo le dio sed y se acercó para calmarla. Sin embargo, descubrió a una joven muy hermosa que se contemplaba en el agua. Se había descubierto la zona de los hombros dejando unas vistas preciosas de sus generosos montículos. Como no había reparado en él, continuó devorándola con los ojos. Se deshizo la trenza y dejó libre su impresionante cabellera trigueña. Tenía unos inmensos ojos azules cubiertos de pestañas largas que oscilaban con suavidad. Su nariz era recta y estrecha, y armonizaba perfectamente en su

rostro. Unos labios carnosos y rojizos se curvaban con disgusto al ver su imagen reflejada en el agua. Su rostro relajado se frunció en cuanto lo descubrió. Aunque la muy descarada no bajó la mirada, sino que le realizó un intenso escrutinio. ¿Sería la chica que le mencionó Stenkil? Tenía que serlo por lo osada que parecía: ¿qué mujer en su sano juicio se adentraría sola en un bosque? Unos celos primitivos le invadieron por dentro. ¿Con cuántos hombres habría estado? Hizo un cabeceo a modo de saludo para después increparle con aspereza:

—¿No crees que deberías estar ayudando a tu señor y no holgazaneando por aquí? Para ser una esclava eres un poco desobediente.

—Solo vine por un trago de agua, ya me marchaba. —El sonrojo de aquella tez inmaculada le hizo sentir que se había comportado con ella con demasiada rudeza.

—Por esta vez, será nuestro secreto. ¿De acuerdo? —suavizó.

—Gracias. Será mejor que me apresure. Un placer conoceros, mi señor.

—Ake, por favor —indicó. Quería que recordase su nombre.

La chica se apresuró a anudarse el cuello del vestido, pero permaneció en el mismo lugar, esperando a que él se marchase. Ake dio unos pasos para regresar, pero cambió de parecer. Le daba igual a quién sirviese, él era el nuevo señor y nadie se negaría a que ella pasara a ser de su propiedad. Así que se volvió hacia ella, saltó al otro lado del arroyo y cruzó la distancia que los separaba. Ella trastabilló hacia atrás con la mirada aterrada. Ake frunció el ceño. ¡Por Odín! No pensaba hacerle daño. Estaba consiguiendo enloquecerle.

—He cambiado de opinión. A partir de ahora me gustaría que te ocupases de mi bienestar, así que deja lo que estás haciendo y acompáñame —le ordenó.

—Pero, mi señor, primero tengo que ir a avisar a mi familia, además, ¿qué dirán si no hago mi trabajo? Me castigarán. De todas formas, no soy muy buena en esto de servir.

Su negativa le molestó bastante. Servirle debería ser un honor para ella, que una esclava se negase era una terrible ofensa hacia su persona.

—Ya me encargaré de hablar yo con tu dueño, por eso no te preocupes. ¿Tengo que obligarte o vienes por las buenas? —espetó Ake perdiendo la paciencia.

—Antes de continuar, ¿puedo saber en qué van a consistir mis tareas, mi señor? —Ella seguía sin moverse del sitio.

—Únicamente, atenderme a mí —señaló—. Te encargarás de que no me falte comida, de bañarme y de lavar mi ropa.

La joven abrió los ojos como dispuesta a replicar, pero se mordió la lengua. Aunque procuró disimular su enfado, Ake era muy observador y no le pasó por alto su reacción. Era la primera vez que una mujer se le resistía. Y si era de las que retozaba con cualquier hombre, que le rechazase le agrió aún más el carácter. Esto era nuevo para él. ¿Sería para reunirse con su amante? Si era así, ya podía irse despidiendo de él. Ya se encargaría de ocupar su tiempo en exclusiva. No le gustaba hacer uso de su posición, pero si continuaba con esa actitud le obligaría a tomar medidas drásticas, algo que no le gustaba usar con una mujer. Se consideraba un hombre atento con todas sus amantes. Jamás tuvo queja de ninguna.

Le indicó el camino con una mano y la conminó a ir delante de él.

—Me temo que si yo voy por delante, no sabré hacia dónde he de ir. Creo que será mejor que yo os siga —sugirió con voz aterciopelada.

Algo en su actitud le llevó a recelar de la chica. Era desconfiado por naturaleza y, gracias a ello, había salido victorioso en numerosas batallas. Por lo general, su olfato no le solía fallar. Sin darle tiempo a reaccionar, Ake la agarró del brazo y se lo retorció. La chica se revolvió con furia y peleó como una fiera mientras alargaba el otro brazo hacia atrás como si estuviese buscando algo. Eso le alertó, levantó la vista un segundo y advirtió un brillo metálico entre la hierba. Ella tiró con tanta violencia de él que le hizo perder el equilibrio, sin embargo, la agarró a tiempo y ambos rodaron en dirección contraria al resplandor. Aprovechó para palpar el vestido y comprobar si iba armada. Solo consiguió que se defendiese con más ímpetu y que buscase la forma de darle en la entrepierna para dejarlo fuera de juego. Ake torció el cuerpo para alejarse de las piernas de la muchacha, que le estaba acribillando a patadas, y recostó su peso sobre el tronco de ella para hacer más presión. De pronto, la joven se sacó un cuchillo de la bota y lo alzó dispuesta a clavárselo. Ake le aprisionó la muñeca a tiempo y con tal fuerza que la obligó a soltarlo.

—¡Soltadme! —exigió acalorada.

—¿Te burlas de mí? Has intentado matarme con este cuchillo y ni siquiera has vacilado. Yo soy tu señor y tú una simple esclava —espetó furioso mientras se guardaba el arma en el cinto.

—Porque me habéis atacado primero —se defendió.

—Porque pensabas escaparte. ¿Me crees tan ingenuo como para no darme cuenta de tus intenciones? —Dominado por la furia de que no quisiese ir con

él por las buenas, sacó una cuerda de su cinto y luchó para obligarla a estar de espaldas a él. Por supuesto, no se lo puso fácil y se resistió todo lo que pudo. Sin embargo, él era más fuerte y consiguió trabarle las manos a la espalda para atarlas y, a continuación, hizo lo mismo con los pies. Estaba sudando como nunca. Cuando se incorporó, se secó la frente y se acercó al lugar dónde había visto el brillo. Entre la hojarasca descubrió una espada.

—¿A quién le has robado esta espada, querida Sigrid? —le increpó.

La chica, únicamente, le fulminó con la mirada y se negó a contestarle. Desde luego, no parecía la típica chica desprotegida. Estaba claro que alguien le había enseñado a luchar. ¿Quizá su amante guerrero? ¿Sería él quien le había entregado el arma? Si iba de cama en cama se habría visto obligada a defenderse de algún enamorado celoso. Fastidiado por el curso de sus pensamientos, se acercó hasta ella y se la cargó en un hombro.

—¡Soltadme! ¡No tenéis ningún derecho sobre mí! ¡Os arrepentiréis de esto! ¡Lo juro! ¡Vendrán por mí! —siseó furiosa.

—¿Quién? ¿Tu amo? —se burló.

—No, pedazo de asno, un batallón de guerreros.

Aquello fue la gota que colmó su paciencia. Ake ya comenzaba a estar harto de sus amenazas, así que le advirtió con aspereza:

—Si continúas gritando, te juro que tu castigo será mucho peor. Así que más vale que te comportes.

Parecía que con eso la fierecilla se había calmado. Aun así, le debía un escarmiento. No iba a consentir semejante insolencia de una esclava. Por el camino, iba pensando en cuál sería el castigo idóneo a usar. Pero caminar por el bosque con ella a cuestas le estaba suponiendo un enorme esfuerzo, había mucha distancia hasta el poblado, aun así, no dejaría que fuese andando. Sabía que no desaprovecharía cualquier oportunidad para huir. Paró a coger aliento y se la colocó mejor.

—Si me soltáis, puedo ir caminando —sugirió la muy descarada.

—No. No caeré en tu trampa. He visto que sabes luchar. ¿Quién te han enseñado? ¿Tu amante?

La muy víbora se rio.

—¿Ahora eso es requisito imprescindible para que te enseñen? —replicó sarcástica.

—A una esclava sí.

De nuevo le dejó con la palabra en la boca. Su mutismo le enojaba.

—¿No vas a decirme de quién se trata? —Ake realmente estaba intrigado,

debía quererla mucho para hacer algo así.

—En primer lugar, no creo que sea relevante saber su identidad y, en segundo lugar, puede que os estéis equivocando conmigo —contestó con otra evasiva.

—Soy tu nuevo amo y si te digo que me lo digas, deberías obedecer. No te conviene callar.

—No le conocéis —fue su parca respuesta.

En su vida, una mujer, y encima esclava, le había desafiado como ella lo estaba haciendo. Eso era impensable en alguien de su categoría. Cuando avistó los pastos verdes de la aldea dio pasos más enérgicos para llegar antes. Ahora más que nunca se propuso separarla de cualquier hombre que hubiese pasado por su vida.

Cuando llegó al centro de la aldea, echó un juramento al toparse con su primo y Haakon. Ambos estaban charlando y, en cuanto lo vieron llegar con Sigrid, una sonrisa socarrona asomó en sus rostros.

—¿Has ido de caza? Habernos avisado, hombre. Te habríamos acompañado. ¿De dónde has sacado a esta belleza? —dijo un sonriente Haakon mientras estudiaba el perfil de la chica.

—¡Por los Dioses! Si querías una mujer, aquí tenías un regimiento. ¿Necesitabas más acción? —se burló Gerd.

—No, ahora se dedica a asaltar a mujeres inocentes en el campo —contestó Sigrid ante el asombro de todos.

Su intervención consiguió sacar fuertes carcajadas entre los dos amigos.

—¡No me lo puedo creer! Encima con carácter —se tronchó de la risa su primo.

Ake la bajó al suelo furioso. No consentiría que delante de sus hombres le faltase al respeto. Entonces sería el hazmerreír. No le dio más opción que humillarla delante de toda la aldea para que supieran que ella le pertenecía. La cogió del brazo con fuerza y pidió audiencia. Luego, la obligó a subir encima de un barril de ale con rudeza y gritó:

—Quiero que miréis bien a esta mujer para que no olvidéis su rostro —dijo, señalándola—. Es mi nueva esclava. Al que ose hablarle, ayudarla o dirigirse a ella será castigado. Esta insolente es de mi propiedad y nadie más que yo puede dirigirse a ella. ¿Ha quedado lo suficientemente claro?

Los reunidos asintieron sin ocultar cierta animadversión hacia ella. Las palabras escogidas por Ake no habían sido las más afortunadas, pero no dejaría que se granjease los favores de nadie. Quería que todos la ignorasen.

Luego, la bajó con poca delicadeza y la llevó hasta el herrero a trompicones.

—Quiero que me hagas unos hierros para sus pies —le ordenó.

Y marchó con ella para la casa principal. La llevó hasta su cuarto y le ató los pies a la cama. Ella en ningún momento protestó. En su lugar, alzó el mentón con altivez y le dirigió una mirada de profundo desprecio.

—¿También tengo que postrarme en la cama y abrirme de piernas o preferís violarme? Lo mismo eso os da más placer —espetó con insolencia.

Ake se acercó hasta ella muy enojado, pero se contuvo, solo quería enfurecerlo para que descargase su frustración con ella. En su lugar, apretó la mandíbula y la tomó de la nuca mientras sus dedos se enroscaban seductoramente en la dorada cabellera.

—Nunca pondría una mano encima a una mujer y mucho menos en contra de su voluntad. Tú vendrás a mí —sonrió burlón.

—¡Jamás! ¡Antes tendréis que obligarme! —replicó.

Dominado por el intenso deseo que ella estaba despertando en él dejó que sus ojos bajaran hasta aquella boca voluptuosa que le volvía loco desde la primera vez que la vio. Sabía que era una insensatez, mas necesitaba sentirla cerca. Ake estrujó la figura esbelta contra sí y atrapó los labios de Sigrid con fiereza. Impulsado por el frenético deseo de poseerla, se olvidó del carácter de ella, que aprovechó para revolverse y propinarle un buen mordisco en los labios. Un sabor metálico pronto se mezcló con su saliva. Se lo tenía merecido. Se tocó el labio y se limpió la sangre. A pesar de todo, ella temblaba como una hoja.

—No voy a pegarte. Ya te he dicho que yo no soy de esa clase de hombres.

Era mejor apartarse de ella hasta conseguir dominar sus instintos o no respondería. Esa mujer tenía la capacidad de sacar lo peor de él. Salió de la habitación dando un sonoro portazo.

Al bajar, su primo le esperaba con bebiendo ale.

—Parece que no consigues dominarla. ¿Necesitas que te eche una mano?

Negó con la cabeza furibundo y aceptó el cuerno que le tendía. Se lo bebió de un trago. Estaba fresco y entraba muy bien, lo que calmaría sus ánimos. No pensaba regresar a ese cuarto hasta que no estuviese borracho. Así no tendría que enfrentarse a esa fierecilla de nuevo, pues caería rendido y desoiría lo que tuviese que decirle.

Capítulo VII

Cuando se quedó sola, Kaira se dio cuenta de que Ake no le había soltado las muñecas y continuaba con ellas trabadas a la espalda. Se sentó en el suelo y recostó la cabeza sobre las mantas de la cama para buscar una postura más cómoda. Cuando su estómago rugió, se acordó de que aún no había probado bocado desde el día anterior y, por supuesto, no esperaba clemencia de aquel hombre. Además, ella no era de llorar. Su hermano le había enseñado que los guerreros nunca lloraban, mas su situación no podía ser peor. Había escapado de un villano para caer en los brazos de otro. Maldijo su mala fortuna. Su plan no había salido como ella esperaba. Pensó que sería fácil despistarlo y huir de ahí sin más enfrentamientos. ¡Qué ingenua! Aquel astuto guerrero había jugado muy bien su papel de señor condescendiente. El muy ladino la había engañado totalmente para apresarla y, para colmo, la había confundido con una tal Sigrid.

«¿Quién sería esa esclava? ¿Se parecerían?», pensó con rabia.

Ella procedía de una estirpe de guerreros berserkers. Nada podía ser más humillante que ser rebajada al último escalafón de la sociedad. ¡Cómo le hubiera gustado decirle quién era ella en realidad!, pero no quería descubrirse. Podría desposarla si se enteraba de su dote y eso era lo último que deseaba. No se casaría ni muerta con semejante bellaco, por muy atractivo que fuese. Y, aún menos, tras ese beso robado que le había dejado los labios hinchados e irritados. Se los humedeció con la lengua y bufó airada. Al menos le había dejado claro que él no era de su agrado. Puede que la tomase por la fuerza, pero jamás se lo pondría fácil.

Pasaba el tiempo y el aburrimiento comenzaba a hacer mella en ella. Sus esperanzas de ser rescatada enseguida no eran factibles. Aunque esperaba que Thyre y las demás mujeres estuviesen de regreso a la aldea; sin su hermano en Thorsteinn y sin guerreros, ya podía despedirse de que vinieran a buscarla. Demasiado rápido se había jactado ante ese monstruoso hombre de que un batallón vendría a por ella.

De pronto, la puerta se abrió. Kaira trató de controlar los nervios que le causaba ese guerrero, aunque no esperaba que Ake atravesase la habitación haciendo eses completamente embriagado. Apeataba a hidromiel. El recuerdo de su padre le aterrorizó en sus recuerdos y tensó el cuerpo, poniéndose, aún

más, a la defensiva.

Ake le echó un vistazo y le dijo con crueldad:

—No vengo porrrr ti, fierecilla. No me miresss así. Veo que sigues atada, una pena, pero no pienso soltarte.

Ake tropezó y cayó de bruces sobre la madera del piso. Se le escapó un juramento y, a continuación, una carcajada. Se levantó y le lanzó a Kaira una bolsa, que se estampó en el suelo muy cerca de ella.

—Ahí tienes pan y queso. Aunque no lo creas, me preocupo por ti. —Ake lo dijo como si le estuviese haciéndole un enorme favor.

—Muchas gracias, mi señor, pero os olvidáis que me tenéis maniatada. ¿Cómo esperáis que me alimente? ¿Como un perro? —repuso Kaira sarcástica.

Ake abrió los ojos vidriosos sin entender muy bien lo que le había dicho. Se recostó en la cama y pronto una respiración fuerte le indicó que se había quedado profundamente dormido.

Kaira no sabía si gritar o llorar de la frustración. Como pudo, se puso de rodillas y agachó la cara hasta tocar la bolsa con los dientes. La mordió y la agitó esperando que el contenido cayese. Aquello era humillante, mas tenía tanta hambre que probó a coger el pan con la boca y darle un mordisco. Luego, hizo lo mismo con el queso, que estaba tan duro que creía que se iba a dejar los dientes en el suelo. Desistió y se comió únicamente lo que pudo del pan. Le supo a poco, pero, al menos, había ingerido algo. Apoyó la cabeza en las mantas que colgaban de la cama de Ake y cerró los ojos. Estaba agotada.



Ake despertó con mucha sed en medio de la noche de un sueño plomizo. Le costó situarse en dónde se encontraba. Tenía serias lagunas, producto de la cantidad de ale que había bebido con su primo: la bebida no era buena compañera. Se incorporó en la cama y un increíble dolor le martilleó las sienes. Unos ruiditos cercanos y de lo más sugerentes le recordaron que no estaba solo en la habitación. ¡Maldijo a esa ninfa de cabellos dorados! Ella era la responsable de revolver su mundo. Había estado con cientos de mujeres, sin embargo, ninguna le había atraído como esa esclava lo estaba haciendo. ¿Por qué llamó su atención? ¿Por qué lo tenía tan cautivado?

Encendió una vela y buscó a Sigrid por el cuarto. Estaba acurrucada junto a su cama hecha una bolita aterida de frío. La observó y se quedó deslumbrado por la belleza que irradiaba dormida. Era muy tentadora con esa boca irritada por sus besos y el vaivén relajado de su pecho. Sonrió al descubrir una miga de pan pegada en un mechón, que apartó con cuidado para no interrumpirle el sueño. Al asomarse un poco, descubrió un queso entero en el suelo con restos de pan. Vagos recuerdos de su entrada le asaltaron repentinamente. ¿Le habría traído algo para que comiese? Se había embriagado tanto que ahora era incapaz de refrescar la memoria. Aun así, contrajo la cara, pues debió ser una tortura para ella, ya que le había dejado las muñecas trabadas a la espalda y las muescas de dientes que había dejado en lácteo le indicaban que había intentado morderlo sin éxito. Se apiadó de ella y la cogió en brazos, emanaba un agradable calor del que no quería desprenderse, pero al notar que su cuerpo reaccionaba, gruñó contrariado y la dejó sobre la cama con delicadeza mientras la tapaba con una piel.

Tragó saliva y notó que tenía la garganta muy seca, así que bajó a por algo de comida y de beber para compensarla por su poco tacto. Buscó a ver si quedaba algo de pescado ahumado, cogió una jarra de agua, agarró una lechera con leche fresca, el pan y regresó a su cuarto. Entró sin hacer ruido y lo dejó sobre un arcón que hacía las veces de asiento y que en ese momento haría de mesa. Cortó el queso en porciones y volvió la mirada hacia su cautiva. Dormida era toda paz. Nadie diría que tenía tanto genio.

Ya no recordaba los rasgos de Ingrid. Era como si se hubiesen difuminado en el tiempo. Si comparaba a Sigrid con su amor de juventud podría decir que eran como el día y la noche: Una era rubia, esbelta y muy alta, llena de generosas curvas, mientras que lo poco que recordaba de Ingrid era que tenía una bonita cabellera pelirroja, de baja estatura y sin curvas; ambas de ojos claros, no obstante, los de Sigrid eran increíblemente grandes y muy expresivos. Su mirada le taladraba el alma. Había algo en ella que le conmovía. No sabía si era que el recuerdo de Ingrid flotaba a su alrededor y le infundía nostalgia.

Cogió el cuchillo que acababa de usar con el queso y se sentó junto a ella. Lo usaría para deshacer las ligaduras de sus manos. Luego, posó un par de dedos en la mejilla de Sigrid y la acarició despacito para no asustarla. Tenía la piel tan suave como la de un melocotón. Parpadeó somnolienta, pero, al reconocer el lugar donde se encontraba, se tensó. Su mirada fue directa a la hoja que portaba en mano.

—No voy a hacerte daño. Voy a cortarte la cuerda y liberar tus manos. Eso sí, como hagas uso de alguna artimaña para intentar escapar, te quedas sin cenar, ¿entendiste? —le amenazó Ake.

Sigrid asintió y se giró dócil para que pudiese acceder hasta las cuerdas. Cuando las cortó, tenía las muñecas amoratadas con unas feas marcas que la chica aprovechó para masajear y oxigenar la sangre en cuanto se vio libre. A Ake le dolía habérselas apretado tanto, pero ella no había colaborado desde el principio.

—Gracias —susurró Sigrid.

—Un placer. Comamos. —Ake le acercó un plato con el pescado y el queso troceado, y le ofreció agua.

No hablaron. Algo que Ake agradeció. No soportaba a las mujeres que le hostigaban a preguntas. Mientras echaba las migas en la leche, caviló sobre la forma en la que la acomodaría a partir de ahora. Si la obligaba a dormir en su cama, sería demasiada tentación y era mejor poner distancias entre ellos por el momento. Primero, quería ganarse su confianza y hacerle cambiar de opinión sobre él.

—Mañana te pondré ahí una cama, en ese rincón —dijo Ake, señalando a la pared más alejada—. Hoy te dejo que duermas conmigo para que estés más cómoda. Eso sí, sintiéndolo mucho, tendré que atarte. Me has demostrado que no eres de fiar.

Sigrid no dijo nada. Parecía más concentrada en comer que en escucharlo.

—¿Me has oído, Sigrid? —Los ojos de Ake buscaron los de ella para ver alguna reacción en ellos.

—Sí, por supuesto. No tengo nada que objetar. Yo no tengo ni voz ni voto aquí, ¿cierto?

Su respuesta no le satisfizo. Seguía siendo muy sarcástica. Y eso le hacía sentir mal y no sabía por qué. Era una simple esclava. Cuando terminó de comer, Sigrid juntó las muñecas sin que él se lo dijera y se las ofreció.

—No voy a trabarlas en la espalda. Tendrás que tumbarte y alzar los brazos. —Cuando la chica comprendió lo que quería decir, sus mejillas se acaloraron y entornó una mirada asustadiza.

—¿Vas a violarme? —graznó.

Ake enarcó una ceja sin comprender. Avanzó hasta ella y posó un dedo en el mentón de Sigrid mientras la contemplaba fascinado. Por un momento, se quedó sin aliento con la mirada fija en los labios.

—No. Es por salvar mi gznate de tus garras. Pero te doy mi palabra de

que no te tocaré. —Le molestaba que creyera que era una especie de salvaje en la cama cuando era muy tierno como amante, pero estaba claro que ella opinaba diferente. Había levantado unas barreras como mecanismo de defensa que, de alguna forma, quería derretir sin hacer uso de la fuerza. Nadie le había preparado para una mujer como ella.

Sigrid se tumbó vacilante. La mirada aprensiva que reflejaba en aquellos dos inmensos pozos azules aumentó su enfado, aun así, alargó los brazos hasta el poste del cabecero. Ella le había atacado y bien podía intentar degollarlo mientras dormía. Se dijo que hacía lo correcto. Sin embargo, al distinguir las marcas en su piel, dejó a un lado los cuencos y platos, abrió el arcón y sacó un trozo de tela para proteger las muñecas de la rugosidad de la cuerda. No pensaba maltratar más su cuerpo. Luego, se tumbó a su lado, los arropó a ambos con las pieles y apagó la vela.

Ya a oscuras, Ake no conseguía conciliar el sueño. ¡Condenada esclava! ¿Cómo era posible que le hiciese sentir tan culpable con una simple mirada? A él, que bien podía obligarla a ser su concubina, pues estaba en su derecho y, sin embargo, quería ganársela por las buenas: así de estúpido era. Si su primo se enterase, se mofaría de él y lo consideraría un pusilánime.

Eso le recordó que no podía dejarla sola y sin vigilancia, y menos amarrada a la cama. Ake tenía asuntos que atender durante el día y ella tendría que apañárselas sola. Mañana iría a exigirle al herrero los grilletes. Con ellos no podría correr, de esa forma se aseguraría de que no se fugase. No quería arriesgarse. Todas las precauciones eran pocas. Había visto una determinación en ella que pocas mujeres poseían.

Las horas pasaban lentamente, enloqueciéndole, cuando lo que deseaba en realidad era pegar su cuerpo al de esa mujer que lo atormentaba, terminó por levantarse para ir a la herrería y después al carpintero a encargarle los tablones para el jergón de Sigrid. Se pasó por encima la camisa de lino y se puso los mismos pantalones de algodón que llevaba el día anterior. Sigrid dormía plácidamente. Ake cometió el error de observar aquellas facciones delicadas y, al hacerlo, el deseo prendió en él con violencia. Salió de allí confundido a causa de los sentimientos que ella despertaba en él.

A la vuelta, se cruzó con Stenkil que le saludó muy afable. Solía pasear a primera hora.

—Buenos días, muchacho. ¿Qué tal todo?

—Buenos días, Stenkil. Bien.

—He oído por ahí que te hiciste con una esclava, pero que te está dando

muchos problemas. No dejes que te desafíe o perderás el liderazgo —le aconsejó.

Los chismorreos corrían como la espuma. Ahora eran el blanco de todas las miradas. No había ni un alma que no supiera lo que había acontecido el día anterior.

—Está todo controlado, nada por lo que preocuparse —manifestó sin querer darle mayor importancia—. Ya que hablamos de ella, ¿a cuál de las mujeres que trabajan en la casa le puedo encomendar mi esclava? Me gustaría que no anduviese holgazaneando y ocupase su tiempo. Pero a la vez que sea maternal con ella. No quiero que el primer día haya una confrontación, es bastante belicosa.

Tenía que asegurarse de que ella seguía entera, pues la lengua tan afilada que tenía solo le traería problemas, y necesitaba a alguien capaz de pararle los pies con cabeza.

Stenkil arrugó la frente y se quedó meditabundo.

—Yo creo que Nerta es la persona que buscas. Es una mujer con mano izquierda pero de gran corazón. Es, además, muy buena cocinera. Seguro que sabrá manejarla.

Ake agradeció el consejo y marchó para su cuarto. Todavía no conocía al personal que estaba a su cargo y el anciano le era de gran ayuda. Cuando entró, como Sigrid ya estaba despierta, le mostró los grilletes.

—Me duele más que a ti ponértelos, pero, de momento, tendrás que llevarlos —dijo.

Sigrid no dijo nada. Se los dejó colocar y, cuando acabó, Ake le cortó la soga que ataban sus manos al poste de la cama. Se sentó enfrente de ella mientras dejaba que se frotase la piel magullada.

—Te vas a quedar con una mujer que se llama Nerta. Ella te dirá cuáles son tus labores. Yo tengo que marcharme. Obedece y tendrás tu recompensa. —Ella asintió sin mucho entusiasmo.

Los grilletes tintineaban al bajar las escaleras y le impedían moverse con naturalidad.

La condujo hasta el fogón y preguntó por Nerta.

—Soy yo, mi señor, ¿en qué puedo servirlos? —dijo una mujer oronda de cabello castaño. Tenía varios mechones pegados a la cara producto del calor. Aun así, removía con ímpetu el cucharón de madera dentro del caldero.

—Sigrid pasará a tu cargo. Dale tareas y no la pierdas de vista. —Le hizo una seña para que se apartara y le susurró al oído un par de advertencias, entre

ellas que no pusiera ningún objeto punzante a su alcance y que la vigilase bien. Luego, se giró, dando por sentado que se cumplirían sus órdenes.

Su montura ya le aguardaba preparada en la entrada. Había pedido salir a otear la zona con varios de sus hombres. Azuzó al caballo y comenzaron a recorrer las lindes del territorio. Su primo y Haakon se le habían unido a inspeccionar la zona.

Pudo comprobar como algunas vallas estaban en muy mal estado. Tendría que arreglar con urgencia aquellas partes que estaban más deterioradas. Después, visitaron la aldea de al lado. Se presentó a los lugareños como su nuevo señor y le juraron fidelidad.

—¿Quiénes de aquí sois guerreros? —se interesó Ake.

Varios hombres se adelantaron y contabilizó un buen número. En caso de una invasión, había combatientes suficientes para luchar y defender los dominios. Se preguntó cuál sería el amante de Sigrid. Sin embargo, no se rebajaría a indagar sobre él. Podrían considerarlo un signo de debilidad por aquella mujer y notar su inseguridad. Además, a estas alturas todos sabrían que él se había adueñado de ella. Como tampoco observó ningún indicio de animadversión hacia él en las caras curtidas de aquellos hombres, hizo una reverencia, presentó sus respetos a las damas nobles y se interesó en averiguar si tenían alguna necesidad que estuviese dentro de sus capacidades para solventarla. Su buena disposición a escuchar tuvo muy buena acogida entre los aldeanos. Su primo le felicitó al oído:

—Me parece a mí que te acabas de ganar a tu pueblo. Vas a ser un buen gobernante, Ake. Cada día me enorgulleces más. —Le palmeó la espalda con afecto.

—En parte debería agradeceróslo yo a vosotros. Habéis confiado en mí ciegamente —repuso con humildad.

—Creo que te lo has ganado a pulso. Tienes visión para saber lo que necesita la gente. Es indiscutible que eres un líder nato. Aunque me preocupa ese reguero de cadáveres que comentaban en la aldea. He visto sobrevolar varios carroñeros a lo lejos. ¿Crees que pertenece al grupo de hombres de los que hablaban? —manifestó.

—Vamos a echar una ojeada. —Ake se acercó al guerrero que lo había mencionado y le pidió que los guiara hasta el lugar.

No estaba muy lejos de donde había encontrado a Sigrid. Los asesinos bien podían haber estado por los alrededores. Examinaron los cadáveres, los cuales habían sido ajusticiados a sangre fría.

—¿Tú qué piensas? —le dijo a Gerd.

—Que este lugar apesta. Quien lo hizo fue por venganza. ¡Menudo festín para los gusanos y los buitres! —comentó su primo mientras escupía saliva al suelo.

—¿Son de la zona? —le preguntó Ake al guerrero.

—No. Son de otra tribu. En realidad, queda lejos de aquí y suelen dar bastante guerra. Ya hemos tenido varios encontronazos con ellos. Les gusta llevarse a las mujeres de otros —contestó con el semblante serio.

Aquello era una contrariedad que debía solucionar lo antes posible para demostrar su poder. Aun así, le preocupaba no saber quién podía haber ajusticiado a aquella tribu. Otra de sus innumerables tareas sería la de proteger los caminos.

—Apilar los cuerpos, vamos a quemarlos —ordenó Ake—. Reforzaremos las fronteras. No dejaremos que se lleven a nuestras mujeres —prometió.

Ya tenían trabajo sus hombres. No obstante, mandaría a algún comerciante para espiar esa aldea. Esperaba que pronto le trajese noticias frescas de lo que se rumoreaba. Al enemigo había que tenerlo siempre bien vigilado.

Capítulo VIII

Kaira no sabía qué pensar de Ake. La tenía completamente confundida. Primero, se la llevaba por la fuerza, la humillaba ante todos, le robaba un beso y, luego, se preocupaba por ella. Despertarse arropada y en la cama de él, le había cogido por sorpresa. Pero, más aún, le sorprendió que le hubiese subido comida. Y aunque parecía tratar de ser amable, ella no podía evitar contestarle con acidez: no se fiaba de él. Lo que le hacía gracia era que ese hombre dudara de ella. Era ella la prisionera, no él. Cuando le dijo que debía atarla de nuevo, al acercarse, creyó que la besaría, e incluso una parte de su cuerpo anheló ese contacto, pero se portó como un caballero. La delicadeza con la que le puso aquel trozo de tela en las muñecas le quitó la respiración. Los dedos largos y ásperos de Ake fueron como una caricia para su alma. Sentía que iba a enrojecer. Todo su cuerpo temblaba ante una deliciosa y traicionera excitación que se deslizaba sin control bajo su piel. Nunca creyó que un hombre pudiera hacerle vibrar de aquella forma en tan poco tiempo.

—Sigrid, ve a por más agua. —Sus cavilaciones fueron interrumpidas por la voz enérgica de Nerta.

La mujer no la dejaba ni respirar. Ella cogió el cubo y salió a la calle en dirección al río. Necesitaba un buen baño. Nunca se había sentido tan sucia. El olor que subía por el cuello de su vestido de lana era espantoso. Acarreó el cubo lleno hasta el borde y, al volver, se le cruzaron varios críos a la carrera derramando el agua por un empujón. Se volvió con la intención de regañarlos, pero ya corrían lejos. Tuvo que regresar al río. ¡Con lo que le costaba andar con aquellos grilletes! A pesar de los calcetines de lana, notaba que la piel se le estaba resintiendo. Al regresar, se cruzó con uno de los niños de antes. Caminaba con cierta cojera entre hipidos y lágrimas en los ojos. Al menos, esta vez no se chocó contra ella. Pero para cuando llegó, Nerta ya la estaba esperando con cara de perro.

—¿Han tenido que fabricar el agua para ti? —replicó.

—Ha sido culpa de unos condenados mocosos. Me han arrollado —se quejó Kaira.

—Vuelve a por más. No hago carrera contigo.

Kaira cogió el cubo indignada y salió con la espalda envarada. Cuando

llegó a la orilla, tres niños estaba empujando al que había visto cojear.

—Eres un lisiado. Mi padre dice que eres un desecho. ¡Tullido! ¡Enano!
—se burlaban los críos.

Algo se removió dentro de Kaira. En su sociedad, alguien con una malformación era relegado al último rincón. No consideraba que tuviese desarrollado su instinto maternal ni nada de eso, pero que aquellos niños se aprovecharan de su indefensión le animó a intervenir. Ella era una guerrera y estaba entrenada para defender a los débiles que no podían hacerlo por sí mismos.

—¡Eh! —les gritó indignada—. ¡Dejarle en paz! Loki os puede estar escuchando convertido en cualquier animal. ¿No querréis que la furia del Dios recaiga sobre vosotros por insultar a sus criaturas, verdad?

—¡Cierra el pico, esclava! No te metas —le ordenó uno de ellos con insolencia y empujó al niño con más fuerza.

Kaira cogió un palo que había en el suelo y sonrió con malicia.

—Cierto, soy una esclava, pero una que sabe luchar. —Ante la sorpresa de los muchachos comenzó a usar el palo como si se tratase de una espada y los apartó a palazos. Los muchachos huyeron despavoridos.

Se volvió hacia el crío y mojó el borde de su vestido en el agua para secarle las lágrimas. El niño esbozó una sonrisa tímida.

—¡Guau! Nunca había visto una esclava luchar.

—Pues no se lo digas a nadie. Será nuestro secreto. —Le guiñó un ojo y le sonrió—. ¿Por dónde está tu casa? ¿No deberías ir con tu familia? —le preguntó con cariño.

—Mi madre ha salido un momento. No quería preocuparla —confesó, escondiendo la cara con vergüenza.

—¿Eso quiere decir que le ocultas que estos chicos se meten contigo? —se sorprendió Kaira.

El niño comenzó a mover las piernecitas con nerviosismo a la par que ocultaba los ojos bajo el inmenso flequillo rubio que le caía sobre la cara. Como se negaba a hablar, Kaira se imaginó la respuesta, eso debía ser el pan de cada día de ese pobre muchacho.

—Está bien, ¿quieres que te acompañe a tu casa? —sugirió.

Los ojos del crío se iluminaron y asintió con una sonrisa franca.

—Claro. Es por ahí —le indicó.

Quedaba muy cerca de dónde ella se encontraba.

—Me llamo Ebbe —dijo el niño—. ¿Y tú?

—Ka... digo Sigrid.

Por poco se le escapa su verdadero nombre.

—Dicen que nadie debe hablarte, pero yo te voy a hablar a partir de ahora —le dijo el crío entre susurros.

¡Qué cosas tenían los niños! Eran tan nobles...

Cuando pasaron por delante de la casa de Ebbe, ambos se despidieron y Kaira se dirigió hacia su nuevo hogar. Pero, de repente, la interceptaron dos mujeres que le pusieron la zancadilla y la hicieron caer al suelo. Cayó despatarrada todo lo larga que era por culpa de los grilletes, volcándose encima el cubo de agua y embarrándose el vestido. Se levantó con toda la dignidad que pudo y se sacudió un poco la ropa. No bajó la cabeza como debía haber hecho una esclava. En su lugar, les dirigió una mirada de encono.

—Así que tú eres la esclava. ¿Qué te parece, Freda? ¿No es un poco insolente? —dijo una rubia de ojos marrones y cara regordeta.

—Eso parece. Habrá que enseñarle a comportarse como alguien de su clase, ¿no te parece, Brynja? —se burló la castaña de ojos verdes. De repente, atizó a Kaira tan fuerte en la cara que notó como la sangre le escurría por la mejilla—. Así aprenderás a no meterte con mis sobrinos para salvar a ese estúpido tullido —escupió Freda con rabia.

Los ojos de Kaira centellearon de ira. No dio muestras de debilidad ni de sentirse desprotegida. En su lugar, alzó el mentón con rebeldía y enarcó una ceja a la espera de que acabaran con aquello que tuviesen que decirle.

—Y otra cosa, ramera, puede que ahora seas la concubina del señor, pero tú nunca podrás ostentar el título de señora, solo eres eso: una puta. Algún día, tendrá que prometerse a una mujer y nosotras somos las primeras en la línea. Así que más te vale que comiences a mostrar más respeto por los de nuestra clase o me encargará de que seas castigada —le amenazó la rubia.

Las dos se marcharon entre estridentes carcajadas mientras se alejaban, dejándola allí completamente humillada. Nerta lo había presenciado todo impotente desde la puerta. No podía hacer nada por ella. Eran simples esclavas.

—Entra dentro. Será mejor que vaya yo a por el agua —la apremió, aunque quiso que su voz sonora firme, la preocupación se reflejaba en su rostro.

Kaira se masajeó la zona dolorida y obedeció sin rechistar. Olvidaba que allí no era nadie. Educada para mandar, le costaba hacerse a la idea de que era una simple esclava. No le ayudaba tampoco que siempre hubiese sido una

guerrera y rebelde. No se arrepentía de haber defendido a Ebbe. Volvería a hacerlo, sin embargo, acababa de descubrir que Ake era objeto de deseo y que ella era considerada un obstáculo. En parte le hizo gracia. Ella no significaba nada para él. Si ellas supieran... No era una necia para comprender que cuando consiguiese lo que quería de ella, sería relegada al último rincón.

Cuando regresó Nerta, miró el aspecto tan desaliñado que tenía y meneó la cabeza disgustada.

—Una esclava nunca mira de frente a alguien de su alcurnia. Recuérdalo o te traerá muchos problemas —le advirtió. Posó los ojos en su herida y suavizó el gesto—. Al señor no le va a gustar nada esto —comentó.

Kaira no entendía a qué se refería. Si por su aspecto sucio o por lo que había sucedido con aquellas dos desagradables mujeres. Ella era insignificante en comparación con ellas, tenía claro quién iba a salir perjudicada.

Un escalofrío le sacó una tiritona y Nerta la obligó a acercarse al fuego para que se le secara un poco la ropa. El ruido de unos cascos le alertaron de que Ake regresaba con sus hombres. Las piernas comenzaron a temblarle. Nerviosa, se ocupó de la comida y no levantó la vista del caldero. Ake entró charlando animadamente con otro hombre y no pareció advertir su presencia. Aun así, se puso de perfil del lado que no estaba maltratado para que no reparase en él, no quería tener que dar explicaciones. Rezaba para que no le pidiese nada, pero eso no ocurrió.

—Sigrid, sírvenos de comer a mi primo y a mí —tronó Ake.

Ella hizo un leve movimiento de cabeza y preparó los platos. Se echó el pelo por la cara y cubrió su rostro magullado. Les sirvió a toda prisa, dispuesta a desaparecer, sin embargo, un brazo de hierro la detuvo. Al levantar la vista, Ake apartó su pelo y observó el cachetazo que tenía en la mejilla. Aquella mujer le había pegado con algún anillo y le había dejado una herida profunda. Ake recorrió la herida con suavidad lo que le sacó una mueca de dolor. Reparó en su vestido y preguntó:

—¿Qué te ha pasado, Sigrid? —Tenía la mandíbula tensa.

—Nada, mi señor. Me caí al suelo —mintió. Era mejor así. Que pensara que era una torpe a que supiese la verdad. No estaba para más enfrentamientos—. ¿Desean algo más los señores?

Pensó que Ake la dejaría marchar, sin embargo, enarcó la ceja oscura y la observó con escepticismo.

—¿Seguro?

Ella asintió. Cuando se vio libre de su escrutinio, regresó al fogón y se ocultó en el rincón más oscuro. Se sentía muy desdichada, nunca había tenido un aspecto tan horrible como el que debía ofrecer ahora con toda esa capa de mugre encima. Cuando Ake terminó de comer, recogieron y se dispuso a limpiar los platos, pero Nerta no la dejó.

—Iré yo al río —dijo.

—No puedes mantenerme encerrada eternamente para protegerme de ellas —replicó Kaira—. Tarde o temprano tendré que salir y ambas lo sabemos. Sé apañármelas sola. Confía en mí, la próxima vez tendré más cuidado.

—¿De quién? —preguntó una voz grave y masculina a sus espaldas—. He hecho una pregunta —demandó Ake.

Kaira pegó un bote al notar el aliento cálido de Ake en la nuca.

—De nadie —se apresuró a contestar Kaira.

—Nerta, ¿qué me estáis ocultando? —El tono de Ake era enfadado y no daba lugar para réplicas.

La mujer se retorció nerviosa el delantal.

—Ha tenido un tropiezo con dos mujeres de aquí por defender a un crío, parece que se molestaron, mi señor —la defendió Nerta presa del nerviosismo.

Ake contrajo el rostro y frunció el ceño.

—Los nombres de esas dos mujeres —exigió Ake furioso.

—Ha sido mi culpa —trató de zanjar Kaira con voz resuelta—. No volverá a ocurrir.

—Eso lo decidiré yo. Que seas una esclava no significa que tengan que faltarte al respeto. ¿Qué parte no han entendido de que nadie debe acercarse a ti? No consentiré que nadie te trate mal mientras yo esté al mando —rugió.

—Solo vais a conseguir empeorar mi situación —suplicó Kaira—. Por favor, no les digáis nada. Lo mismo no vuelven a molestarme y eso solo ha sido un incidente aislado.

Ake se quedó observándola durante largo rato, luego relajó las facciones tensas y le colocó un mechón detrás de la oreja.

—Está bien —cedió—. Prepara un baño para los dos. Nerta tráele un vestido limpio. No puede estar así de sucia.

Luego, se alejó, dejándolas solas y con la boca abierta. ¿Había dicho un baño para los dos? Tenía que tratarse de un error. Disimuladamente, Kaira se guardó un cuchillo en el vestido.



Ake regresó junto a su primo hecho una furia. Le hizo una seña y lo conminó a salir. Cuando estuvieron fuera, le susurró:

—Entérate de quién ha pegado a mi esclava. No sé quién lo ha hecho, pero quiero saber los motivos. Ven a verme en cuanto lo averigües.

Su primo se marchó a indagar por ahí y él regresó para dentro. Las encontró calentando agua para llenar la tina. Como aún tardarían un rato, Ake marchó a por los tablones que había encargado al carpintero y se dispuso a fabricar el jergón. Estaba martilleando un madero, cuando el clavo se torció y en su lugar se atizó en el dedo.

—¡Por las barbas de Odín! —aulló furioso.

Se había hecho sangre. Cuanto más miraba la cama, menos ganas tenía de acabarla. Era un error y lo sabía. Exasperado, se atusó el pelo con vehemencia mientras cavilaba qué hacer. El tintineo de las cadenas de Sigrid, le hizo levantar la vista.

—El baño ya está preparado —dijo.

—Bien, entonces, vayamos. —Como un caballero, le cedió el paso para ir detrás. En realidad, disfrutaba viendo cómo contoneaba aquellas caderas con cada paso que daba. El vestido se pegaba a sus curvas y eso hacía volar la imaginación en su cabeza.

Cuando llegaron a la sala, ordenó a Nerta que saliese y los dejase solos.

—¿Quiere que le ayude a lavarse? —dijo Sigrid con voz neutra.

Sin decir palabra, sacó la llave de los grilletes y se los quitó. Bajó los calcetines de ella y le acarició los tobillos. Tenía una piel muy delicada, estaba enrojecida y por varios sitios, incluso, había perdido algo de piel.

—Supongo que con unas botas de cuero altas solucionaremos este problema —murmuró más para sí—. Ahora desnúdate y metete en la tina.

—No pienso meterme en la tina, mi señor —replicó asustada Sigrid.

—El agua se enfriará enseguida, así que nos meteremos los dos. No veré nada que no haya visto antes en otras mujeres. —A Ake le sorprendió aquel pudor para ser una mujer que se suponía que había pasado por tantas camas, no comprendía esa inusitada timidez.

—No me obliguéis, por favor —suplicó.

Ake gruñó frustrado.

—¿Me vas a obligar a meterte por la fuerza?

Dio dos pasos, pero Sigrid se refugió al otro lado de la tina y la usó como barrera.

—No pienso meterme ahí. Puedo asearme con agua fría —repuso con vehemencia.

Aquello era increíble. Ambos comenzaron a dar vueltas como dos críos sin perder de vista al contrario. Ake hizo un movimiento de despiste en dirección opuesta y, rápidamente, cambió. La atrapó de un brazo y tiró de ella hacia él con violencia. Ella se revolvió como una fiera.

—¡Soltadme o juro que esta vez no fallaré! —dijo, amenazándolo con un cuchillo de cocina que sacó de entre sus ropas.

Ake le atrapó la mano y presionó con fuerza. Ambos forcejearon hasta que consiguió que soltase el cuchillo, que lanzó lejos, rebotando con un golpe seco en el suelo. Comenzó a tirar del vestido hacia arriba mientras ella resollaba con impotencia. La calidez que desprendía las piernas desnudas de Sigrid le excitó al encontrarse ambos pegados tan íntimamente. Como estaban muy cerca de la tina, entre empujón y empujón, los dos cayeron al agua con ropa incluida. Salieron tosiendo y escupiendo agua.

—Increíble que tenga que luchar contigo para todo. Quítate la ropa ahora mismo o voy a por ese cuchillo y te la arranco yo —ordenó Ake.

—¿Para qué? Dijisteis que no me tocaríais.

—No. ¡Claro que no! —se exasperó por tener que repetirlo mil veces.

Los ojos azules de Sigrid relampagueaban de ira. Hizo un último y desesperado intento de huir, pero Ake la detuvo sujetándola con firmeza entre sus brazos. Durante un buen rato, solo se escuchó la agitada respiración de ambos.

—Sigrid, no voy a hacerte daño. Me miras como si fuese una especie de monstruo. ¿Acaso te he tratado mal desde que te he traído?

Notó cómo el cuerpo de ella temblaba. Ake la acunó como a un niño para que se tranquilizase y así permanecieron durante un buen rato, abrazados, hasta que su cuerpo quedó lánguido.

—¿Prometéis que no vais a hacerme daño? —preguntó Sigrid, girando la cabeza para enfrentarlo.

—Lo prometo si me tratas de tú en la intimidad. Para ti, soy Ake —le susurró al oído con la voz ronca.

Renuente, Sigrid se deshizo el abrazo y comenzó a sacarse el vestido muy despacio por la cabeza. Luego, se puso de pie dentro del agua y se sacó la

prenda íntima. Ya solo le quedaba una camisola fina de algodón blanco que se ajustaba a sus maravillosas curvas. Las transparencias de la prenda dejaban entrever unos pechos turgentes y generosos. Un brillo cálido se instaló en los ojos de Ake al descubrir los pezones sonrosados y atrevidos que sobresalían sin pudor a través de la tela. No poder alargar la mano para acariciarlos le estaba suponiendo un esfuerzo titánico.

—¿Y esa prenda? —señaló con un movimiento de cabeza.

Sigrid se ruborizó. Con el rostro encendido, se sumergió en el agua, cogió la pastilla de jabón e hizo espuma. Luego, se deshizo de la prenda con un movimiento rápido, cubriendo su desnudez con los brazos.

Ake aprovechó para desprenderse rápidamente de la suya. No ocultó la erección que tenía. Para él era algo de lo más natural.

—No voy a tocarte hasta que tú me lo pidas, Sigrid. Pero soy hombre y tengo mis necesidades. Te deseo desde la primera vez que te vi. Prometo ser gentil contigo. Pero este fuego que siento por dentro hay que apagarlo. No puedes tenerme eternamente sin comer —susurró.

—Yo-yo no puedo —dijo con la voz entrecortada.

—Pues habrás de poder. ¿A qué le tienes miedo? —Tragó saliva con dificultad.

—A usted, mi señor.

Ake respiró profundamente. No quería invadir su espacio, aunque lo único en lo que pensaba era en llenar aquel cuerpo de caricias.

—Iremos poco a poco. Te prometo que no voy a hacer nada que no desees. ¿Puedo confiar en ti para que me frotes la espalda? Esto será una prueba de confianza para los dos. Luego, haré yo lo mismo.

Sigrid agachó la mirada con las mejillas arreboladas y asintió con timidez. Ake se puso de espaldas a ella y notó cómo las manos de ella se posaban en su piel. Le frotó con suaves caricias los músculos del trapecio y surcó los hombros en círculos, dibujando tímidas líneas hasta su cintura. Ake cerró los ojos para sentir con mayor intensidad aquellos dedos femeninos y exhaló un suspiro.

—¿Paro? —preguntó indecisa.

—No. Quisiera que se congelase el tiempo para disfrutar de tus atenciones indefinidamente —confesó.

Sigrid se movió en el agua y le echó agua en el pelo. Le masajeó el cuero cabelludo y las sienes. ¿Cómo podía ser que le resultara tan excitante aquel baño? Su miembro palpitaba con insistencia bajo el agua. Frustrado, le ordenó

que parase. Terminó de lavarse y se volvió hacia ella.

—Ahora es mi turno. Te toca a ti confiar en mí —masculló roncamente.

Como un cervatillo asustadizo, le dio la espalda sin dejar de espiar por un lateral con el cuerpo rígido. Ake la rodeó por la cintura y la pegó a su torso.

—Relájate, mi bella. Aunque tenga que cortarme las manos, pararé si algo no te gusta —le susurró al oído.

Capítulo IX

Kaira se había quedado helada al escuchar sus intenciones. Se había rebelado todo lo que había podido, pero Ake dominaba la situación en todo momento. Su pecho subía y bajaba presa del miedo. Tenía muy presente la violación de su madre. Esas terribles imágenes no se le iban de la cabeza. Si hubiese podido, habría huido, pero él la hubiese perseguido y obligado. Sin embargo, tenía algo que le atraía como la miel a la abeja: su seductora mirada y su forma de hablar era puro bálsamo para sus oídos. ¿Confiaba en él? Sí. De todos los hombres que había conocido ninguno había tenido tanta paciencia con ella y eso que desde su posición como esclava bien podía haber sido una desventaja. Ake era inflexible cuando daba una orden, pero parecía tener un gran respeto por las mujeres. Todos los hombres que había conocido solo querían retozar con ella a la fuerza, mientras que él, aun sin ocultar su deseo, estaba siendo considerado. Una parte de su cuerpo le pedía cordura y que se resistiese, sin embargo, otra deseaba perderse en un mar de sensaciones. Por primera vez en su vida, le picaba la curiosidad por saber qué se hacía en la cama. Cuando Ake se dio la vuelta, sus anchas y robustas espaldas tenían unas feas cicatrices a la altura de los hombros aunque se disimulaban bajo unos preciosos tatuajes. Kaira hizo espuma en la palma de su mano y comenzó a frotar aquella piel curtida. Se mordió el labio inferior al sentir un calor en el estómago. Ese hombre causaba estragos en ella. Se deleitó al pasarle la mano por encima y cuando él jadeó, creyó que había notado su admiración. Tenía las mejillas encendidas.

—¿Paro?

Su respuesta le indicaba que él estaba disfrutando tanto con las caricias como ella al hacérselas, pero cuando mencionó que era su turno, ella entró en pánico, aun así, no podía negarse: debía obedecer.

La cálida y callosa mano de Ake reposó en su espalda y le apartó el pelo a la altura de la nuca. Posó su boca en el hombro y la besó. Los suaves labios masculinos eran como dos ascuas: por donde pasaban, dejaban un rastro cálido en su piel. El brazo que la sujetaba por la cintura para que no huyera, estaba cubierto de un vello espeso que le producía un cosquilleo delicioso bajo el agua. Cuando los dedos de Ake se deslizaron lentamente por sus hombros y recorrieron su espalda, un escalofrío le erizó la piel y el deseo se

instaló en su vientre. Aquellas sensaciones eran nuevas para ella y la abrumaban.

—Quisiera explorar tu cuerpo con mis manos —ronroneó como un gatito cerca del lóbulo de su oreja—, pero entonces tendría que poseerte aquí y ahora.

La mano que reposaba en su cintura le realizaba sutiles caricias en la cadera en una dulce tortura. Su virilidad dolorosamente inflamada le recordó lo dispuesto que estaba para ella.

—Necesito besarte, Sigrid.

—No quiero convertirme en una ramera, Ake —suplicó con las pocas fuerzas que le quedaban.

Notó como sus músculos se tensaban.

—Ya que me has recordado de forma muy insultante que eso es en lo que te convierto, será mejor que te laves y regreses al agujero del que has salido —dijo profundamente molesto.

Kaira no se lo pensó dos veces. Se aseó entera y salió de la bañera. Ake también lo hizo. No cubrió su desnudez de inmediato. Ese cuerpo masculino era un pecado para los ojos, así que le dio la espalda para no verlo. Kaira se puso el vestido limpio y esperó a que Ake le ajustara de nuevo los grilletes.

—Prepárame la cena. —Esas fueron sus únicas palabras.

Kaira se peinó el cabello y se hizo un recogido rápido. Se detuvo a mirar la tina y se dijo que había estado muy cerca de caer en sus brazos. Salió con las pieles que habían usado para secarse y las tendió en la parte trasera. Luego entró a ayudar a Nerta a pelar patatas. La mujer, aunque era bastante discreta, la contemplaba con cierta tristeza. Ella prefirió mantenerse callada y no sacar el tema a relucir. Sabía que los hombres valoraban mucho la hombría y negar que había caído en los encantos de su señor podía perjudicarles a ambos.

Por la noche, le sirvió el cuenco con la comida, pero Ake no levantó la mirada. La ignoró. Y, por primera vez, le molestó su indiferencia.

Subió cuando terminó de hacer sus tareas y descubrió que habían desaparecido los tablones de madera con los que, supuestamente, estaba construyendo su cama. Se quedó parada en el vano de la puerta y dudó. Ake estaba afilando la espada.

—No hay cama, no. No la busques. Dormirás con el resto de la servidumbre. Nerta te dirá cuál es tu sitio.

La voz de Ake era cruel y distante. Bajó las escaleras y buscó a Nerta. Ahora dormiría en una casa aparte con todos los esclavos y en un jergón de

paja. Se subió a él y trató de conciliar el sueño con el corazón estrujado.



Los días veraniegos estaban llegando a su fin y como Ake la evitaba, Kaira empezó a gozar de cierta libertad. Solo lo veía durante las comidas, pero él ni siquiera levantaba la vista, así que comenzó a fraguar su huida. No pensaba quedarse en ese lugar. Durante varios días se dedicó a observar dónde quedaban las armas, el camino más solitario, los caballos... Cada vez que tenía que ir a por agua, se atrevía a desviarse un poco más y poder así conocer la aldea como la palma de su mano. Observaba a todos los hombres que entraban, tanto comerciantes como carreteros. Lo tenía todo preparado, solo le quedaba hacerse con una ganzúa y ¡listo! Llevaba varios días pasando por delante del herrero y sabía dónde escondía una. Podría liberarse de las cadenas que le impedían la movilidad y ser libre por fin. Tan pendiente iba de esas cosas que no divisó a Freda y a Brynja. Se había relajado. Pero cuando las tuvo de frente, las dos mujeres se miraron con complicidad y esbozaron una sonrisa cruel. Kaira miró a ambos lados buscando una calle por dónde escapar, sin embargo, se encontraba caminando por el callejón más solitario de todos.

—¡Vaya, vaya! Mira a quién tenemos aquí. La chivata que le va con el cuento al señor —dijo Brynja, la rubia estaba disfrutando de ese encuentro fortuito.

De repente, sus caras se congelaron, oyó que alguien la llamaba a sus espaldas:

—¡Sigrid! ¿Eres tú?

Al volverse, Kaira no reconoció la cara de esa mujer, pero agradeció su intervención. Esas dos arpías estaban como aves de rapiña, estaba claro que nunca la dejarían en paz. Ambas se marcharon con un gesto airado sin tan siquiera saludar a la desconocida. Era una mujer rubia muy bella de unos veintiocho años.

—¿Nos conocemos? —preguntó Kaira.

—Soy la madre de Ebbe, Aila. Quería agradecerte lo que hiciste por él el otro día.

Por las joyas que decoraban su cuerpo se notaba que era de clase alta. Se

preguntó que le llevó a decidir quedarse con el niño. Su madre lo abandonó en el bosque sin tan siquiera pestañear.

—No hay nada que agradecer, mi señora. Eran muchos contra uno solo. Unos cobardes —repuso Kaira.

—En realidad tengo mucho que agradecerte. —La asió del brazo con cariño y caminaron por la calle—. Gracias a ti, el señor ha acogido a Ebbe entre sus alumnos para enseñarlo a protegerse y convertirse en un guerrero.

Los ojos de la mujer se humedecieron al contarlo. Se secó las lágrimas y sonrió.

—Soy una tonta, pero es que no puedo evitar emocionarme —dijo.

Kaira abrió tanto la boca del asombro que la otra mujer se rio de su expresión.

—Vaya, eso es-es una estupenda noticia —reaccionó al fin—, pero no creo que yo haya tenido nada que ver en eso. —Ake era una caja de sorpresas.

—Me temo que sí. Se enteró de lo que lo que hiciste por mi hijo y vino a buscarlo. Creí que iba a pedirme que lo ocultase de su vista, estoy acostumbrada a que mi hijo sea motivo de burla y de desprecio, no que viniese a preocuparse por Ebbe.

—¿Ake... digo el señor le dijo eso? —preguntó sorprendida Kaira.

—Sí. Es un buen hombre y ese gesto tan noble de su parte dice mucho de él. Ni el padre de Ebbe quiso mirarle cuando decidí quedármelo. Se divorció de mí el mismo día que nació. —Aila contrajo la cara con tristeza. Se veía que había sufrido mucho.

—Fuisteis muy valiente. Y teniendo una madre así, creo que Ebbe es muy afortunado.

La mujer ensanchó la sonrisa con orgullo.

—Sí, adoro a mi hijo. Es un buen chico. ¿Quieres ver la cuña que le ha puesto el señor? Ya casi no se le nota la cojera.

Kaira aceptó y dejó que la guiase hasta el lugar donde se entrenaban. Era en un prado que tenían despejado. Había numerosas dianas, muñecos y demás artilugios que usaban para practicar. Ebbe estaba en ese momento entrenando. Se le veía muy concentrado y, a pesar de que Ake lo trataba como a uno de sus hombres, el crío tenía tal afán de superación que a Kaira se les saltaron las lágrimas de orgullo. Ahora entendía a la madre.

Al observar a Ake sintió que se le aceleraba el pulso. Llevaba el pelo recogido. El torso desnudo brillaba por el sudor, lo que resaltaba los abdominales y esos maravillosos pectorales masculinos, que se contraían con

los movimientos que ejercía. Era demasiado atractivo. De repente, Ake paró y se giró en su dirección. Kaira se dio la vuelta y se excusó con Aila.

—Tengo que regresar. Nerta lleva mucho rato esperando y tengo obligaciones.

—Oh, sí, qué desconsiderada soy. Te acompaño. No pienso dejar que te regañen por mi culpa.

Ambas cogieron la calle en dirección a la casa principal y la cara de Kaira se ensombreció al advertir las altísimas murallas que se estaban construyendo alrededor de la aldea. Los hombres de Ake trabajaban sin descanso desde hacía días. ¿Cómo no había reparado en ese *pequeño* detalle?

—¿No es fabuloso? —dijo Aila al advertir su turbación—. Con esas murallas vamos a estar muy bien protegidas de posibles asaltantes.

Kaira no hizo ningún comentario. Para ella era un obstáculo. Cuando Nerta la vio llegar, Aila se apresuró a disculparla y se marchó.

—Has desatendido mucho tus obligaciones —le regañó Nerta—. Date prisa.

—Perdón. Si no llega a ser por ella habría tenido otro encontronazo con esas dos desagradables mujeres.

—Ten cuidado con Brynja y Freda. No son de fiar. Un día las vi hablando con el señor. No sé qué les diría, pero no pusieron buena cara.

Kaira pensó que Nerta lo interpretaba erróneamente, Ake no estaría allí para defenderla a ella, más bien sería por otros asuntos, era evidente que había pasado a un segundo plano. Aunque no quería reconocerlo, sentía su orgullo herido. A ella le hubiese gustado que él la viese con otros ojos, no como a una esclava, sino como a una mujer. Aunque dada su situación tampoco le sorprendía: ella era insignificante, poco para él. Estaba en clara desventaja y, además, tenía que admitir que era una gran desconocedora en lo que a cuestiones amorosas se refería; una ignorante, porque nunca se había preocupado por llamar la atención de ningún hombre, más bien todo lo contrario: su especialidad era espantarlos. Y, tal y como parecía, seguía siéndolo. Pero, a medida que conocía nuevas facetas de Ake, se daba cuenta de que muy probablemente lo había juzgado erróneamente. No obstante, no pensaba quedarse en esa aldea. Pensaba escapar en cuanto le diesen la mínima posibilidad, lo tenía decidido.

Subió, como siempre, a limpiar el cuarto de Ake y comenzó a tatarrear una canción de su aldea mientras barría. La usaban para ahuyentar a los espíritus. Como no era habitual que a esas horas regresase Ake se permitió la licencia

de desabrocharse un poco el cuello del vestido y quitarse el mantón de lana. Nerta la había obligado a cubrirse el pelo con un paño. Las esclavas solían llevar el pelo rapado. Pero como ella no lo llevaba cortado, debía recogerlo y cubrirlo. Se dejó la melena suelta e hizo la cama. Cuando terminó, sonrió satisfecha con su trabajo.

—Así que cuando no estoy te desprendes de la ropa —comentó Ake sarcástico.

Kaira se volvió asustada. Lo encontró reposando en el vano de la puerta con los brazos y las piernas cruzadas mientras la observaba con una mirada cálida. Llevaba el torso descubierto. Varios mechones se habían desprendido de su pelo, lo que le daba un aire algo insolente y salvaje. Se incorporó en toda su altura y cerró la puerta, trabándola.

—No quiero interrupciones —explicó con una sonrisa ladina.

Se acercó hasta ella como un felino, estudiándola, por si pensaba huir y, como no lo hizo, cuando llegó a su altura le apartó un mechón que le cubría la cara y le levantó el mentón para enfrentarla.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Sigrid? —ronroneó.

—No. ¿Qué queréis? —masculló intimidada.

—¿Qué quiero? ¿Acaso no es obvio? A ti —dijo con la voz ronca.

Ake posó sus labios sobre los de ella mientras le enroscaba los dedos en el pelo y le apretaba la nuca para presionarla contra su boca. Con la otra mano, la rodeó por la cintura y dejó que descansase en sus nalgas. Kaira se dio cuenta de que su cuerpo no era inmune a esos besos e, inconscientemente, se encendió por dentro. Con timidez, le rodeó con los brazos por la cintura y apretó su cuerpo al de él, que la besaba con labios hambrientos, un beso de un hombre que llevaba mucho tiempo reprimiendo su deseo.

—Abre la boca, Sigrid, déjame probar tu miel... —suplicó Ake.

Obediente, ella entreabrió los labios y Ake hundió la lengua en su boca, saboreando con ardor lo que se le ofrecía tan desvalidamente, esperando que ella le respondiera con la misma pasión ferviente que le dominaba a él.

En un momento dado, la elevó del suelo y, sin dejar de besarla, la tumbó sobre la cama y comenzó a acariciarle los muslos.

—¿Qué soy para ti, mi se... eh, Ake? —jadeó Kaira, desprendiéndose de sus apasionados besos.

—No me preguntes, porque no tengo respuesta. Lo único que sé es que me enloqueces de deseo, que quiero que seas únicamente mía, quiero borrarte cualquier rastro que te haya dejado otro hombre para que solo pienses en mí

—susurró a su oído.

—Por vuestro distanciamiento creí que no pensabais convertirme en vuestra amante ya —insistió Kaira.

—Créeme que he intentado alejarte de mis pensamientos, Sigrid, pero no puedo. No me pidas que pare, porque esta vez no voy a poder. —Las pupilas de Ake estaban completamente dilatadas fruto de la pasión que le poseía. Suplicaban perdón, pero ella tampoco tenía fuerzas para resistirse.

Ake bajó su boca al cuello y posó besos húmedos en la piel de Kaira mientras tiraba del vestido hacia arriba. Le sorprendía que la encontrara deseable cuando todo lo que hacía ella era rechazarle. Cuando él deslizó un muslo entre los de ella y Kaira pudo sentir el empuje de aquel miembro endurecido contra su pierna, inexperta como era, le pareció de lo más natural apretarse invitadora contra él. El calor repentino que se había adueñado de todo su cuerpo la impulsaba a volverse más audaz. Ake trataba de desprenderse de los pantalones cuando unos insistentes porrazos en la puerta interrumpieron aquel momento tan fogoso.

Ake gruñó por lo bajo y gritó de mal humor:

—¡¿QUÉ?!

—Ake, soy Gerd. Tienes que bajar. Han atacado la aldea de al lado. Se han llevado a varias mujeres.

Con el pulso acelerado y la respiración agitada, Ake soltó un exabrupto y se vistió. Luego se volvió a ella y le advirtió:

—Esto queda pendiente. No creas que me voy a olvidar.

Cuando salió, la dejó en tal estado de confusión que ella no reaccionaba. Sentada sobre la cama trató de normalizar la respiración. Kaira estaba completamente desconcertada con la respuesta tan traicionera de su cuerpo. Era increíble cómo Ake había conseguido que quedara lánguida y dispuesta para él. Una parte de su ser había quedado insatisfecho y clamaba por el dueño de semejantes caricias incendiarias. Pero el raciocinio se impuso y se recriminó ser tan casquivana.

Se cerró el cuello del vestido, se recogió el pelo y, cuando estuvo lista, cogió los utensilios de limpiar y salió a buscar a Nerta. La encontró con la mirada perdida dando vueltas al cucharón de madera. Esperaba que no advirtiera el rubor que cubrían sus mejillas.

—Nerta, he oído decir al señor que han atacado la aldea de al lado, ¿es verdad? —comentó en voz baja.

—Sí. Estoy preocupada por mi hermana. Ella trabaja allí.

—Lo siento.

La mujer volvió a abstraerse. Así que decidió seguir limpiando ella el comedor principal. Necesitaba tener la cabeza ocupada.



Fuera, sus hombres le esperaban con la montura preparada. Dio un salto al caballo y tiró de las riendas. Los caballos corrían a toda velocidad.

—¿A cuánto estamos de esos vándalos? —preguntó Ake al hombre que había venido a avisarlos.

—A un día más o menos. No obstante, les persiguen varios de nuestros hombres.

—Bien, pues azucemos a nuestras monturas. No los dejaremos escapar. Si ellos van con las chicas pararán, sus monturas se cansarán antes.

El rocín negro de Ake exudaba por la nariz y la boca del esfuerzo. Sus patas largas avanzaban a gran velocidad y guiaban al resto con majestuosidad. El que se les echara la noche no fue impedimento. Encendieron antorchas y avanzaron a través de la espesa arboleda por un sendero que les indicó el guía.

—Por aquí estamos dando más vueltas, pero así nos aseguramos de que no vean nuestras antorchas, estamos en la otra cara de la colina. Estoy seguro de que ellos habrán enfilado por el camino más corto y seguro.

El segundo día y durante un buen trayecto, tuvieron que desmontar, pues el camino se estrechaba, era pedregoso y bastante empinado. La bajada no fue mejor. Los caballos tropezaban y debían tener cuidado de que no se despeñaran. Sin embargo, cuando salieron a campo abierto, ya salía el sol. Dieron de beber a los caballos en un arroyo que había cerca antes de continuar.

—¿Crees que los cogemos? —preguntó Gerd al guía.

—Si nos damos prisa, mañana podríamos llegar, incluso, antes que ellos.

Mientras montaban en los rocines, uno avanzaba siempre para asegurarse de que todo estaba despejado. Solo por la noche avistaron señales del grupo de fugitivos.

Decidieron evitar hacer fuego para que estos no descubrieran su posición. Por la mañana, Ake hizo un alto.

—Estad atentos ahora —advirtió—. Puede que nos topemos con ellos. Preparad los escudos.

Se pusieron los cascos y atravesaron un grupo de pinos. Justo al otro lado, los estaban acechando ya los hombres que habían salido primero. Ake y su grupo los interceptó por delante y les obligaron a frenar. Al grito de guerra del que comandaba el grupo, se lanzaron a luchar contra ellos.

Las espadas resonaban con fuerza al chocar contra los escudos o el acero. Las chicas estaban asustadísimas, sin embargo, las que lograban desmontar se alejaban como podían, esquivando las patas de los animales. Otros, las usaban como escudos. Ake atravesó a uno de esos cobardes por la espalda. Una vez libre, la muchacha guio al caballo lejos y desmontó junto al grupo de mujeres que ya se habían visto libres de sus captores.

El enemigo pronto quedó abatido, dejando un reguero de sangre y muerte en el bosque. Ake tenía salpicaduras de sangre y algún que otro corte. Aun así, se acercó al grupo de mujeres y se interesó por ellas.

—¿Falta alguna? —preguntó Ake.

—Solo Grunilda —dijo una de ellas.

Los hombres buscaron por los alrededores hasta que encontraron el cuerpo sin vida de la muchacha. Uno de sus captores la había matado a sangre fría.

—Enterradla. Avisaremos a su familia —prometió Ake.

Las chicas permanecían quietas y con la cara triste todo lo que duró el enterramiento. Una vez que terminaron de colocar varias piedras encima para coronar la tumba, tomaron el camino de regreso a la aldea. A pesar del cansancio, solo pararon para cazar y beber. Ake no quería entretenerse por miedo a una emboscada. Hasta que no avistaron las columnas de humo de las casas tras varios días de travesías, no se permitió parar. La gente, al verlos regresar sanos y salvos junto a las muchachas, los recibieron entre vítores festivos como si fuesen héroes. Cada familia recogía a la muchacha capturada para llevarla de vuelta a la casa entre lágrimas de alegría. A Ake le tocó la difícil tarea de confortar a la familia que había perdido a Grunilda. Decidió dejar a más hombres para que terminaran de asegurar el perímetro. A pesar de la amabilidad de la gente, solo se tomaron un día para descansar. Cuando se levantaron, desayunaron, y Ake les instó a regresar. Solo tenía pensamientos para la esclava que le esperaba en su aldea.

Los caballos iban al trote. Ya no tenían prisa.

De repente, el rocín de Ake meneó la cabeza. Él conocía a su montura, sabía que había olfateado intrusos. Sacó su espada justo a tiempo de que

fuesen asaltados por varios hombres.



Ake no regresó esa noche. Ni la siguiente. A Kaira comenzó a asaltarle un mal presentimiento.

—¿Crees que les ha pasado algo? —preguntó a Nerta al cuarto día.

—No lo sé, muchacha. Salieron en los caballos. La aldea de Brazo de Hierro queda lejos y siempre está en guerra. Son unos bárbaros.

Al oír aquel nombre le provocó un escalofrío, pues recordó a los hombres que la raptaron: pertenecían a la misma tribu. Por si venían heridos, Kaira hizo el preparado que usaban en su aldea para prevenir las infecciones, ya que debía estar nueve días macerando para poder ser usada. El resto de los días, comenzó a entablar amistad con la madre de Ebbe. Aila estaba muy sola y su compañía era muy agradable. Se inventaba cualquier excusa para pasarse por allí y charlar. Cada día se sentía más unida a esa mujer a la que no le importaba que ella fuese una esclava y no hacía distinciones de clases.

Ebbe también solía ir a visitarla. Estaba muy orgulloso de sus avances. El niño ya no les temía a aquellos abusos. Había aprendido a defenderse. La cuña que le habían puesto en un zapato le hacía sentirse en igualdad de condiciones y hasta había comenzado a jugar con otros niños de su edad.



Ya era de noche cuando, entre sueños, los cascos y los gritos de un hombre la despertaron. Salió corriendo a ver qué pasaba cuando sorprendió a varios hombres trayendo a Ake herido. El corazón le dio un vuelco.

—Coge agua, trapos y lo que pilles de alcohol —le ordenó Gerd.

Kaira corrió rauda y les trajo todo lo que le habían pedido. Sus hombres lo dejaron tumbado cerca del fuego y le desnudaron. Tenía una herida muy fea en un costado. Pensaban quemarle la herida para cortar la hemorragia, pero Kaira les detuvo.

—Si me dejáis, puedo curarle y él no sufrirá tanto. Si no mejora, os dejo que le cerréis la herida de esa forma, pero creo que solo conseguiréis

empeorar su estado —observó.

—Escúchame, Sigrid, ¿verdad? —Kaira asintió—. Me da igual lo que hagas, pero más vale que lo traigas a la vida, porque te juro que te rebanaré la garganta si él muere —le advirtió Gerd.

Con mucha seguridad, coció en agua una aguja e hilo de algodón, se lavó las manos y limpió con agua y jabón la herida de Ake para quitarle cualquier resto que hubiese podido quedar en ella. Cuando lo tuvo todo preparado, comenzó a coserlo como habría hecho con una prenda de vestir. Por suerte para Ake, como estaba inconsciente, no hubo que sujetarlo. Aun así, los hombres la observaban con curiosidad. Ella había aprendido esas técnicas de su madre. Había curado cientos de veces heridas así a su hermano. Cuando terminó, le puso el emplasto que había preparado tiempo atrás y lo vendó. Luego, le tocó la frente y le puso un paño de agua fría.

—Hay que llevarlo a su cama. Necesita descansar. Me pasaré toda la noche poniéndole estas compresas de agua fría para bajarle la fiebre —se ofreció.

—Está bien. Yo te acompañaré. No creerás que voy a dejarte sola con Ake —dijo Gerd.

Por la forma en la que la miraba Kaira sabía que él desconfiaba de ella. Así que lo subieron a su cuarto, Gerd se recostó en una silla y ella en la otra.

Capítulo X

La noche estaba siendo muy larga. Ake se agitaba mucho en sueños, por lo que había que cambiarle los paños a menudo y reponer el agua constantemente. Sin embargo, la fiebre remitía a ratos. Una de las veces que lo hizo, él abrió los ojos y Kaira aprovechó para que bebiera una infusión.

—¿Qué es esto? Sabe a rayos —dijo con los ojos vidriosos.

Al ver que se resistía, Gerd se levantó de su asiento y le quitó el cuenco a Kaira de las manos y se lo acercó a los labios a la vez que le sujetaba la cabeza.

—Tómalo ya de una vez, cabezota, te curará —le ordenó.

Ake tragó con dificultad y se quedó dormido al instante.

—¿Qué le has dado? —se interesó Gerd oliendo los restos del caldo.

—Lleva varias hierbas medicinales. Son para bajar la fiebre y, de paso, lleva otra que es un sedante.

Gerd frunció el ceño y le tocó la yugular. Después, acercó el oído a su boca y escuchó si respiraba. A Kaira le hizo gracia cómo se aseguraba de que Ake seguía con vida. Le tocó la frente y se quedó admirado.

—Parece que está mucho mejor —dijo más convencido. Le dedicó una sonrisa y se acomodó de nuevo en la silla—. Ake es un buen hombre, se merece vivir. Por cierto, soy Gerd, su primo.

—Encantada, señor Gerd. Él es muy fuerte, seguro que sale de esta. ¿Fue muy difícil rescatar a aquellas mujeres? —se interesó Kaira.

—Sí. Los pillamos antes de que llegasen a la aldea. Se negaban a entregarlas, así que tuvimos que pugnar para rescatarlas. Ake protege a su gente. No es de los que se desentiende —explicó. Se notaba el orgullo que sentía—. A la vuelta, las devolvimos con los suyos y Ake dejó a algunos hombres allí para que ayudasen con la empalizada. Lo que me sorprende es que algunos hombres de esa tribu escaparan antes de nuestra llegada. Yo no vi a nadie huir. Es más, eran muy pocos hombres y los matamos a todos. Por eso no nos fue muy difícil reducirlos. Pero a dos millas de aquí nos tendieron una emboscada —rememoró—. ¡Los muy bastardos! Huyeron como ratas cuando vieron que no podían contra nosotros y eso que éramos menos. No me da cuenta de que le habían herido hasta que se desplomó del caballo. Estaba claro que el objetivo era Ake.

—¿Por qué creéis eso? —dijo, observando el rostro masculino y viril de Ake, que ahora se encontraba prostrado en la cama.

—Si matas al jefe, no tienen quien comande y defienda los territorios. No vale cualquiera para organizar estrategias de guerra. Los debilitas hasta que encuentras un sustituto digno —explicó Gerd

Kaira dio gracias a los dioses porque no se hubiesen llevado a Ake. A pesar de que en un principio le odió, cada día que pasaba sentía que empezaba a quererlo un poco más. Estaba consiguiendo ablandar su frío corazón. Ese hombre se estaba adueñando de él sin permiso.

—Eres muy bonita, Sigrid. Desde luego no eres como las demás mujeres que le he conocido. Tienes agallas para desafiarle —comentó con picardía.

Su comentario la sonrojó.

—¿Os ha contado algo sobre mí? —dijo completamente abochornada.

—Sí, mi primo tropieza siempre dos veces con la misma piedra —murmuró.

—¿A qué os referís? —Kaira quería saber más cosas de ese hombre. De repente, quería conocerlo todo sobre Ake.

—Cuando era un adolescente Ake se enamoró de una esclava.

Unos celos repentinos asolaron a Kaira. ¿Ake había amado a otra esclava?

—¿Qué pasó con ella?

—Se sacrificó en la fiesta de Dísablót. ¿Ves esas cicatrices que tiene en el hombro? —le señaló Gerd—. Se las hizo un oso. Por eso le apodan Ake Garras de Oso. Enfermó, y ella iba a ser la concubina de nuestro señor. Creo que se ofreció como sacrificio a los dioses para salvarlo y evitar su destino. Adoraba a Ake.

—Ella... ¿se parecía a mí?

—No. Ingrid era pelirroja y más bajita que tú. Una niña también —recordó con nostalgia Gerd—. Lo sintió mucho cuando se enteró. Que se vuelva a fijar en otra esclava cuando debería elegir una dama noble para desposar se me hace raro. Es como si no fuese capaz de amar a una dama.

A Kaira le hubiese gustado confesarle que ella lo era, pero no sabía si podía confiar en Gerd. Podían pedir un rescate o cualquier otra cosa. Así que optó por callar.

—Te pediría que te apartases de él, pero sé que no te va a dejar. Así que te pido que lo hagas feliz, aunque no lo quieras. Se lo merece —dijo.

—¿Me estás pidiendo que disimule? — Kaira se quedó petrificada.

—Sí. Quiero que le hagas feliz.

Kaira no dijo nada, se guardó para sí que empezaba a conquistarla y que no tenía necesidad de fingir.



Ake abrió un ojo y notó un dolor terrible en el costado. Movi6 la cabeza a un lado y descubri6 a su primo desparrado con la boca abierta a todo roncar. Tenía sed. Se gir6 y descubri6 a Kaira dormitando en una silla con la mano caída hacia un lado. Ake trat6 de incorporarse, pero su primo se despert6 al 6irlo trajinar y se levant6 r6pidamente.

—¿Ad6nde crees que vas, pedazo de bruto? No puedes moverte.

Kaira se espabil6 y se acerc6 a 6l. Le observ6 el costado vendado y dijo:

—Hay que curarlo otra vez. No te muevas —le pidi6.

Con la ayuda de Gerd, le quitaron las vendas. Kaira observ6 el costado y le hizo una seña a su primo.

—Mirad, ¿veis que alrededor de la herida est6 roja? Quiere decir que todavía tiene fiebre. Hay que echarle otra vez este emplasto. Pero es buena seña que 6l no la tenga.

Los dos examinaron la herida c6mo si 6l no estuviese ahí.

—¿Ya habéis terminado de estudiarme como a un bicho raro? —refunfu6 Ake.

—No te quejes, tienes suerte de que ella estuviese aquí. Creo que nosotros no lo hubiésemos hecho mejor. Llegaste abierto como un cerdo. Ese bastardo que te atac6 como un cobarde casi logra matarte si no llega a ser por tu peto y por ella —la defendi6 Gerd.

Luego, se volvi6 hacia Sigrid y le hizo un guiño c6mplice. La familiaridad con la que la trat6 le puso enfermo y los celos se apoderaron de Ake. Su primo era un hombre muy atractivo y no le hizo ninguna gracia que Sigrid le dedicara una sonrisa.

—Apártate de ella —gruñ6.

—No seas celoso. Ella solo me mostraba lo eficiente que es. No te va a quedar apenas cicatriz.

¡C6mo si eso le importase! Un guerrero se enorgullecía de cada una de las cicatrices que portaba su cuerpo, pues eran un recordatorio de las veces que se había batido contra un enemigo y había salido con vida.

—¿Qué me has hecho? —le preguntó a Sigrid.

—Coseros. Debéis de tener mucho cuidado de que no se salten los puntos. Durante quince días no podréis hacer esfuerzos ni cargar peso ni luchar.

Ake se sentía muy débil, así que se tumbó de nuevo en la cama y le dio instrucciones a Gerd de lo que debía hacer. Cuando se marchó, le pidió agua a Sigrid para aclararse la garganta y la mandó a por algo de comida. Le gustaba ser atendido por ella. Cuando regresó, reparó en las oscuras ojeras que portaba su rostro. Se le notaba cansada. Podía obligarla a dormir con él, pero prefería usar parte de su ingenio para convencerla.

—Sigrid, creo que tengo algo aquí —dijo, tocándose la barbilla.

—¿Dónde? —Le palpó la zona y acercó su rostro a examinarlo más de cerca—. No veo nada.

—Es que yo creo que es más arriba. —Se tocó el labio y contrajo el rostro con una mueca de dolor—. Acércate más y llámame Ake, de tú, por favor.

Sigrid se aproximó y al advertir el brillo burlón de sus ojos, bufó.

—Ake, si es una tetra para besarme, no tiene gracia. —Se alejó de él muy enfadada, lo que le sacó una carcajada.

—Creo que me merezco un beso —repuso con descaro—. Estoy muy enfermo.

—Yo lo que veo es a un caradura que se aprovecha de su estado —replicó enfadada.

—Ven, acuéstate conmigo. Necesitas descansar y yo también. Ahora tendrás que dormir aquí. Traba la puerta, no quiero interrupciones —le ordenó.

Con reticencia hizo lo que le mandó y regresó a su lado.

—¿Solo dormir? —preguntó con suspicacia.

—Solo. No tengo fuerzas para más. —Y era cierto. Había perdido mucha sangre y se notaba fatigado—. Pero cuando me despierte, podrías atender esa parte que tienes tan descuidada.

Le sacó una risa cristalina que le cautivó. Estaba muy hermosa cuando reía.

—Ya sabía yo que había truco. ¿Y si me niego?

—¿Vas a discutirle a un moribundo? —Ake abrió las mantas y palmeó el colchón de paja con una sonrisa pícaro en el rostro.

Cedió a regañadientes, pero en cuanto se metió en la cama junto a él le sobrevino un bostezo. Ake aprovechó para rodearle la cintura y quedaron entrelazados.



Kaira despertó al oír quejarse a Ake. Se giró preocupada y lo descubrió intentando levantarse.

—¿Puedo ayudarte con algo? —se ofreció Kaira.

—Perdona, te vi tan agotada que creí que necesitabas descansar. Pero ya que estás despierta, si me lo puedes acercar tú, mejor —respondió con otra mueca de dolor.

—Soy tu esclava, ¿recuerdas? Estoy aquí para servirte.

—No me gusta cómo suena esa palabra en tu boca —replicó molesto—. Para mí eres un ser humano igual que yo.

Kaira se mordió el labio inferior turbada por sus palabras. ¿Se daba cuenta de lo adorable qué era cuando le decía esas cosas? Se levantó con presteza y rodeó la cama.

—¿Es agua lo que quieres? —le preguntó.

—No. Quiero mi ropa. Necesito comprobar que han asegurado todo el perímetro.

—No debes moverte aún. Perdiste mucha sangre y debes comer primero para coger fuerzas. Tampoco te conviene desplazarte por los puntos. Además, si ya mandaste a tu primo ¿para qué vas a ir? ¿Quieres que vaya yo en tu lugar a buscar a Gerd para que te cuente?

—¿Gerd? ¿Desde cuándo te refieres a mi primo con tanta familiaridad? —Parecía molestarle que lo hubiese llamado por su nombre.

—Desde que se me presentó formalmente anoche.

—¿Y qué más te ha contado? —Sus ojos la observaban con un aire suspicaz.

—Pues... que eres un buen hombre. Y salta a la vista después de ver cómo has hecho feliz a la madre de Ebbe. Gracias a ti ese niño tiene una oportunidad de ser aceptado por los suyos —dijo con admiración.

—¿Solo te dijo eso? —insistió.

—Hablamos de muchas cosas. Ya no me acuerdo —mintió.

Le entraron las dudas de si habría escuchado algo durante su estado febril. Que estuviese enfermo no significaba que estuviese sordo.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Es que hay algo que no quieres que yo sepa? —

dijo Kaira socarrona.

—No. Simple curiosidad —terció Ake.

—Está bien. Entonces, ¿voy a buscar a tu primo? —insistió.

—No. Da igual. Seguro que viene él —respondió con sequedad.

Se movió incómodo y Kaira se acercó a mirarle la herida.

—¿Te duele?

—No. Me tiran los puntos esos que me has puesto. ¿Dónde has aprendido?

—En mi aldea, los guerreros venían muchas veces con heridas como las tuyas. Una mujer mayor me enseñó que así podía evitar más muerte por infecciones. —Eran medias verdades, pero no quería confiarle demasiada información personal. Él creía que era un tal Sigrid.

—Así que guerreros... Veo que conoces desde muy dentro ese mundo. Cada día me impresionas más, Sigrid. ¿Y alguno de esos hombres era especial para ti?

Ella desvió la mirada para que no advirtiera la melancolía que se instalaba en sus ojos. Ivar, ¿qué habría sido de su hermano? Ella estaba muy pendiente de cualquier noticia que escuchaba sobre su rey Sigurd Ring entre los comerciantes que llegaban. De momento, nada indicaba que su hermano fuese a regresar.

De repente, Ake le tomó la mano y le preguntó:

—Ese hombre al que no nombras, ¿lo amas?

—Sí, lo amo, pero no como tú crees —se apresuró a explicar.

—Entonces —tiró de ella hacia él y la obligó a sentarse a su lado—, aún puedo hacerte cambiar de idea para que lo olvides.

En algún momento malinterpretó sus palabras y, aunque ella quería contarle la verdad, solo podía dosificarla en pequeñas dosis para que, poco a poco, fuese uniendo las piezas del puzzle y descubriese por sí solo quién era ella en realidad.

—Nunca podré olvidarlo, Ake, pero eso no me impide amar a otra persona. —Los ojos de Ake entornaron una mirada extraña.

—Yo haré que con mis besos no lo recuerdes nunca más, mi bella.

Ake posó los labios en su boca para acallarla y la besó como solo un hombre como él podía hacerlo: con hambre desmedida. No eran besos inocentes, era algo más lujurioso que la llenaban de un inmenso placer. Kaira, inconscientemente, enredó sus dedos en el pelo rojizo de él y abrió los labios para explorar también los prohibidos confines de la boca de Ake.

—¡Oh, Sigrid, me enloqueces! —jadeó Ake mientras tiraba del lazo de su

vestido para descubrir la piel que había debajo.

Su cuerpo no ofrecía resistencia. Cuando él la impulsó hacia atrás, los brazos de Ake la estrecharon contra aquel torso duro y cálido que lejos de molestarla, la reconfortaron. Como si ambos fuesen un molde que, al nacer, había sido separado, se acoplaron a la perfección. Kaira no pensaba negarle lo que tanto ambicionaba de ella. La vida era corta. Prefería obtener todo el placer que ese hombre le estaba ofreciendo y sentirse amada por una vez, que renegar de algo que deseaba tanto como él y no probarlo nunca.

Pronto, la mano de Ake se deslizó por debajo y amasó con una deliciosa tortura la carne turgente y firme que encontró allí. Los pezones se le endurecieron con el contacto de aquellos dedos masculinos que la catapultaban hacia un torrente de deliciosas sensaciones.

Con manos inexpertas, buscó a tientas los pantalones de Ake para deshacerse de aquella incómoda barrera que le impedía sentir el miembro viril en toda su plenitud.

—Déjame que te ayude —le susurró Ake.

Él tiró de las calzas con una mano para abajo y, ayudándose con los pies, se las bajó en varios movimientos desesperados. El cuerpo desnudo de Ake se mostraba en toda su totalidad: espaldas anchas y robustas, brazos musculosos, un vello oscuro cubría su torso, opacado ahora por el vendaje, que derivaba en una estrecha cintura. Bajó la vista hacia abajo hasta aquellos rizos oscuros que rodaban su sexo, su propio semental de carne y hueso. Acercó su mano hasta aquella carne endurecida y lo recorrió con desvergüenza, pero Ake le sujetó la mano con firmeza y la separó de él.

—No podré darte placer si continúas con tus caricias. Ahora es mi turno de quitarte la ropa —le dijo con la voz enronquecida.

Lentamente, recorrió con las manos su enardecida piel desde la punta de los pies hasta la curvatura de sus senos, ascendiendo poco a poco sin soltar el vestido en ningún momento. Kaira tenía todos los sentidos puestos en el cuerpo duro y firme de él, aguardando expectante la próxima caricia. Por fin, le pasó el vestido por encima de la cabeza y lo lanzó al suelo, quedando expuesta a la mirada ardiente de él. Ake devoró su cuerpo desnudo con auténtica devoción, recorriéndolo centímetro a centímetro con aquellos ojos ambarinos.

—Eres muy hermosa, Sigrid, dolorosamente preciosa. —Hundió la punta de la nariz en su cuello y aspiró la fragancia que desprendía—. Deliciosa —dijo Ake excitado, apresando su boca.

Las manos de él bajaron a explorar el mórbido vientre con éxtasis, haciendo que Kaira deseara que acabase con aquella tortura de calor interno que tenía entre las piernas.

—Quiero que disfrutes. No tengas prisa —le dijo al advertir sus frenéticos movimientos.

Con manos expertas, Ake le separó las piernas y comenzó a frotarle el clítoris entre dulces promesas de intenso placer. La estaba preparando para hundirse dentro de su cuerpo y poseerla.

El deseo que había despertado en ella, la poseía sin control como si de un tsunami se tratase, llevándola a sentir un intenso placer como solo podía hacer un hombre que hacía del acto sexual un culto. Unieron sus bocas y entrelazaron sus lenguas con salvaje pasión. Kaira gimió al notar que los dedos de Ake se hundían dentro de su calidez. Perdida en aquellas embriagadoras sensaciones, le arañó la espalda y mordisqueó su hombro entre fuertes suspiros. Bajó sus manos hasta las nalgas prietas de él para forzarlo a entrar y calmar ese ardor que había despertado.

Los dos estaban abandonados a aquel anhelo salvaje que los dominaba con emociones muy primitivas y difíciles de controlar. Ake le abrió camino a su miembro endurecido con los dedos y comenzó a hundirse dentro de ella con movimientos lentos. Cuando se topó con su barrera, por un momento, se quedó paralizado y su mirada se cubrió de sorpresa. Pero, recuperado de esa pequeña impresión, continuó hundiéndose dentro de las profundidades de ella y llevándolos, otra vez, a una ola de intenso placer que ninguno podía controlar. Kaira gimió cuando algo explotó dentro de ella y le llevó a sentir un inmenso gozo que no terminó hasta que Ake se unió a ella con una embestida final que lo dejó exhausto, recostado sobre ella y con la respiración entrecortada. Se separó de ella con cierta pereza y la abrazó.

—¿Por qué no me dijiste que eras virgen? —La pregunta de Ake le sorprendió.

—¿Acaso importa? —Era la única mujer de su aldea que cuando se había hecho mujer se había negado en redondo a mantener una relación con un chico de su edad. Kaira Corazón de Hielo. Por algo la llamaban así. Si su hermano la viera en ese instante, no la reconocería. Ese hombre estaba metiéndose bajo su piel.

—Para mí sí. Podría haber sido mucho más gentil. La próxima vez, prometo amarte cómo te mereces. —Le dio un beso en la punta de la nariz y sus ojos castaños la observaron con una sonrisa que le congeló el alma.

Ella se encogió de hombros y reposó la cabeza en su pecho mientras deslizaba una mano hacia su vello y realizaba remolinos con ellos. Le encantaba Ake, iba descubriendo que bajo esa capa de apariencia fiera podía ser muy tierno en la cama. Sin embargo, tarde o temprano tendría que abandonarle. Ella no se dignaría a ser una esclava eternamente. El problema es que se le partía el corazón de solo pensarlo. Ahuyentó esa imagen y se dijo que lo mejor era disfrutar del presente.

Capítulo XI

La melena rubia de Sigrid le producía cosquillas en el hombro. Adoraba esa preciosa y dorada mata de pelo que tenía. El aroma afrutado de su pelo le embriagaba. Ake inspiró una vez más y su miembro reaccionó al instante como si fuese un perro en celo. Ya la necesitaba de nuevo, pero el recuerdo de ese guerrero al que amaba nubló sus ganas. Le tenía muy celoso. ¿Quién sería? ¿Por qué la había mantenido virgen? Si hubiese sabido que era su primera vez la habría colmado de caricias mucho más placenteras y no habría descargado su deseo tan rápido como un maldito novato.

Ahora que lo había averiguado de la forma más sórdida, odiaba las habladurías que corrían sobre ella. Quién decía que se dedicaba a pasar de cama en cama es que no tenía ni idea de lo que hablaba. Sería capaz de matar al próximo que fuese con otro chisme sobre Sigrid. Defendería su honor con la espada si era necesario. Ahora comprendía su reticencia a acostarse con él y el excesivo pudor que mostró desde el principio: él había sido el primero. Se mesó el pelo sin poder dar crédito aún. Había sido un completo asno por no darse cuenta. A veces era tan ciego que no veía más allá de sus narices. Tuvo todos los indicios delante y no se quiso percatar de ellos por culpa de aquellos infundados y estúpidos rumores.

La observó dormir y admiró el perfil delicado de Sigrid. Su cara era un óvalo perfecto de pómulos marcados y piel inmaculada. Cuanto más la miraba, más quería que ella fuese completamente suya en todos los sentidos, no solo en cuerpo, sino también en alma. Tenía que hallar la forma de que lo aceptase y se olvidase de aquel hombre. Lucharía por ganarse su amor. Quería ser el único hombre para ella, pero Sigrid era una mujer muy fuerte, independiente y nada dócil. Una pena que fuese una simple esclava. A esas alturas, ya se habría casado con ella porque cumplía todos los requisitos para ser su esposa, pero su reputación le impedía casarse con una dama de clase baja. Tendría que buscar la forma de ser aceptada entre los suyos y, para ello y muy probablemente, tendría que convertirla en una mujer libre y no sabía si sería capaz de otorgárselo. Saberla bajo su autoridad le hacía pensar que no huiría de él jamás.

Al darse cuenta del rumbo de sus pensamientos, la miró y se dio cuenta de que lo tenía embrujado. Nunca pensó que después de Ingrid se volviese a

interesar por otra mujer, pero que, nuevamente, una esclava se volviese a colar en sus pensamientos diarios lo desconcertaba. ¿Perseguía un fantasma? ¿Sería eso lo que le hacía fijarse en ella? No. Su cuerpo le decía que Sigrid era diferente.

Se miró el vendaje y arrugó la frente. Esperaba estar recuperado para el Høstblót^[24]. Todos los preparativos deberían llevarse a cabo para pedir a los dioses que bendijeran las cosechas y continuaran siendo fructíferas hasta la entrada del invierno. Había pensado invitar a los nobles de la aldea de al lado para unirse a ellos en aquella celebración. Sería un día memorable y no se podía dilatar más en el tiempo. No obstante, quería que las murallas estuviesen reparadas para entonces. No quería que les pillasen con la guardia baja. No se fiaba de Asgot Brazo de Hierro.

Sigrid cambió de postura y, con cuidado de no despertarla, Ake salió de la cama. Le tiraban los puntos, pero había de reconocer que se encontraba muy bien. Se vistió como pudo y cuando iba a marcharse, ella le llamó:

—Ake, ¿prometes no hacer esfuerzos innecesarios?

—Sí, no te preocupes. Vete a hacer tus obligaciones. Necesito salir, no estoy inválido. —Regresó a su lado, le dio un beso en la boca y añadió—: Ve hablando con Nerta para que organice el banquete para el Høstblót. Esta noche me cuentas.

Se agarró el costado un poco para caminar más cómodo y salió a la calle a buscar a Gerd. No quería dar sensación de debilidad. Si le veían levantado, correrían los rumores de su rápida recuperación e infundiría temor en sus enemigos.

No llevaría dados ni dos pasos cuando le pararon las damas Freda y Brynja para preocuparse por su estado. Esas dos mujeres no le agradaban, pero tuvo que comportarse amablemente con ellas.

Gerd le había contado por qué habían golpeado a Sigrid, quien debería haber agachado la cabeza sumisa por ser una esclava y, sin embargo, una parte de él se alegró de que fuese tan orgullosa y les plantara cara. Ella había hecho lo correcto al defender a aquel crío. Enterarse de lo de ese niño, Ebbe, le trajo amargos recuerdos de su infancia y quiso protegerlo.

Desde que tenía uso de razón, Ake recordaba llevar un brazalete ancho de cuero que ajustaba cada mañana en su muñeca izquierda y que le mantenía la mano recta. Por aquel entonces, sufría de terribles dolores musculares y su madre solía hacerle masajes por la noche para calmarle un poco las molestias. Solo tenía un poco de libertad en invierno, ya que solía llevar gruesas

manoplas de lana en las manos, así que comenzó a quitarse el brazalete, hasta que, finalmente, le descubrió su madre, pues debido a eso y al dejarla estática se le acentuaba la rigidez.

Ahora, aún le dolía recordar sus palabras. Ella le agarró muy fuerte de la oreja y se lo llevó a un rincón. Luego, le confesó que al nacer lo creyó tullido, pues su mano vino en una postura antinatural. Como tuvo un parto difícil y le costó traerlo mucho al mundo, temió que su padre se quisiese desprender de él y lo abandonara en el bosque, así que se lo ocultó. Le advirtió duramente que debía esconder esa mano a ojos de todos, hasta de su padre, si no quería ser señalado y, por ende, rechazado, y ella, castigada.

En aquel momento fue consciente de que no era como los demás, había nacido con una lesión en los músculos de la mano izquierda producto del difícil alumbramiento. A partir de aquel día, intentó corregir la postura para que nadie notara ese pequeño defecto y ambos trabajaron esos músculos. Con el tiempo, consiguió corregir esa rigidez gracias a su tesón y perseverancia, pues le tenía muy acomplexado. Si no hubiese sido por las madres que ambos habían tenido y que lucharon por sacarlos adelante, hoy no estarían en el mundo.

Por eso, repelía a las personas que eran como Freda y Brynja.

—Como le iba diciendo —continuó Freda con su aburrida plática—, creo que no es bueno que le cuiden las esclavas cuando hay mujeres como nosotras que sabemos atenderle mejor que *esas*.

—Sí, porque un hombre tan apuesto como mi señor, no merece rodearse de personas de clase baja. Eso da que hablar por aquí y no gusta —le tiró Brynja con malicia.

—¿Me estáis diciendo que a mi pueblo le molesta que me ocupe de alguien en particular? —Ake frunció el ceño y las escrutó con frialdad.

—Bueno, parece que tenéis preferencia por los esclavos y tullidos, mi señor —salió en su defensa Freda—. Pero eso lo solucionaríais casándoos con una mujer de nuestra alcurnia. Acallaríais los rumores.

Sus indirectas le hirvieron la sangre. Ejecutó una sonrisa cínica y cogiendo la mano de Freda, dijo:

—Agradezco vuestra preocupación por mi estado, pero, de momento, no puedo estar en mejores manos. En cuanto a lo de buscar esposa, me temo que no está dentro de mis planes más inmediatos. No obstante, seréis tenidas en cuenta el día que busque una mujer, al igual que el resto de las damas.

Hizo una reverencia con la cabeza a modo de despedida y se machó de allí

antes de que les diera tiempo a replicar. Aquel encuentro le había puesto de muy mal humor. Así que cuando llegó y vio que las murallas iban con retraso cargó su frustración con su primo:

—¡Por Odín! ¡Que la ira de Loki caiga contra vosotros! ¿Por qué vais tan retrasados?

—Estamos siendo constantemente atacados. Intuyo que son de la tribu de Brazo de Hierro, no tenemos otros enemigos. Estoy pensando seriamente en cargarme a su líder —le comunicó Gerd irritado.

Haakon bajó de un poste de un salto para saludar a Ake y se quitó el serrín que cubría su torso desnudo. Los observó a ambos y sugirió:

—Ake, déjame ir con un grupo de hombres. Les esperaremos en el bosque y le tenderemos una trampa. Ahora necesitas que Gerd esté aquí. Yo puedo ocuparme de eso.

Haakon era un formidable guerrero. Tras meditarlo un rato, accedió.

—No quiero que dejes a ninguno vivo —le ordenó Ake—. Será un aviso. A la próxima, iréis tras su jefe.

Haakon asintió con una sonrisa cruel. Eligió a unos diez hombres más y se fueron a por sus armas y escudos.

—Saldréis por la puerta pequeña —les indicó Ake cuando estuvieron listos.

Haakon se había trenzado el pelo al igual que varios hombres. La fiereza de sus miradas se acentuaba gracias a la pintura negra que se habían puesto en la cara. Ake les abrió la puerta y salieron a hurtadillas en dirección al bosque.

—Espero que esto les disuada de volver a intentarlo —dijo Ake a su primo.

—Te juro que como vuelvan a atacarnos no descansaré hasta que no separe la cabeza del tronco de ese bastardo —dijo Gerd visiblemente crispado—. Bueno, cambiando de tema, ¿qué tal con esa belleza?

La sonrisa burlona que asomó en su rostro y ese codazo que le dio en la costilla le sacó un gruñido.

—Yo no hablo de mis conquistas, Gerd. Lo que haga con ella es asunto mío.

—Bueno, pero, al menos, dime si es tan buena en la cama como dicen por ahí.

Sus insinuaciones le hicieron cogerle por el cuello con rabia mientras le gritaba:

—¡Jamás vuelvas a decir eso delante de mí! ¡Ella era virgen!

Su primo abrió los ojos como platos y se liberó de su agarre de un empujón.

—¿Virgen? Pero eso ¿cómo es posible?

—No lo sé. He conseguido que me diga que había un guerrero en su vida. Puede que la protegiese, no sé ya qué pensar. El caso es que ella parece amarlo, pero no sé de quién se trata —repuso Ake de mal humor.

—Pues oblígala.

Ake soltó una carcajada amarga.

—No la conoces. No me dirá nada. Antes se dejaría arrancar la lengua.

Gerd se mesó la barba rubia dirigiéndole una mirada seria.

—Ake, esa esclava ¿te gusta?

—No lo sé. Yo solo sé que ocupa mis pensamientos a todas horas. Y ahora encima esas dos víboras de Freda y Brynja quieren casarse conmigo para ahuyentar ciertos estúpidos rumores —espetó furioso.

—¿De qué rumores estás hablando? —se extrañó su primo.

—Dicen que no está bien que me relacione solo con esclavos y tullidos. Se referían a ese crío al que estoy enseñando a defenderse.

—Eso les debería enorgullecer: tienen a un hombre justo como señor. ¿Estás seguro de que no se lo habrán inventado? Yo no he oído circular nada de eso entre estas gentes —le aseguró Gerd.

Ake se encogió de hombros.

—Parece que no les sentó muy bien que les dijese que no se acercasen a tu esclava. No debiste ser lo suficientemente contundente —comentó Gerd.

—Traté de ser lo más neutral posible porque Sigrid me lo pidió. No quería ni que hablase con ellas. Solo les dije que sentía el carácter de mi esclava, pero que si alguien debía castigarla era yo. Y que ella había actuado por instinto protector. También que pensaba hablar con la madre del niño para que me contara su versión de los hechos. Algo que hice y distaba bastante de la de esas mujeres.

—No sé, Ake, pero me da la sensación que esas dos te van a causar muchos problemas. Pertenecen a las familias más ricas de esta zona, además de influyentes. ¿Por qué no las casas con algún guerrero que sepa ponerlas firmes? —sugirió Gerd.

—¿Cómo tú y Haakon? —se burló Ake.

—A mí no me casas con una de esas brujas ni borracho, fijate lo que te digo —replicó rápidamente su primo, lo que le sacó una sonora carcajada.

—Solo era una sugerencia, hombre.

—De muy mal gusto, por cierto. Yo no estoy desesperado. Todavía puedo conquistar a mujeres mucho más interesantes que ellas —espetó indignado.



Kaira no podía creer que ese hombre la hubiese hecho disfrutar en la cama. Ella, que siempre creyó que era inmune a ese tipo de gozo, y se encontraba con que Ake había despertado con sus caricias y besos ardientes una pasión dentro de ella que desconocía poseer, robándole más de un jadeo. Cuando despertó y vio que se marchaba, sintió que se alejase de ella. Echaba de menos ese cuerpo prieto y bien modelado.

Bajó a ver a Nerta y le comunicó las intenciones de Ake de celebrar el equinoccio de otoño. Era una fiesta que, por lo menos, adoraba en su aldea. Sacrificaban a un macho cabrío en honor de Odín y comían y bebían hasta hartarse entre cánticos y danzas. Había que hacer mucha comida, amasar harina para el pan y preparar grandes calderos. Nerta, simplemente, se limitó a asentir y se dedicó a dar las indicaciones justas para atender ese día. Por primera vez, Kaira no lo disfrutaría. Estaría en el otro lado, lo que le llenaba de profunda tristeza.

Ake reunió al pueblo esa tarde y les comunicó que se preparasen para la celebración. Kaira observaba desde dentro cómo los súbditos le aclamaban. A pesar de su porte erguido, Kaira notó un leve encogimiento del lado herido. Llevaba toda la tarde fuera y comenzaba a estar preocupada. Cuando entró, Ake le hizo un gesto de que subiese a su cuarto. Nada más entrar, su cara se contrajo con una mueca de dolor.

—Ake, ¿estás bien? Te dije que aún no te habías repuesto lo suficiente. Voy a prepararte un caldo con infusiones para que te aporten energía y vitaminas. Déjame ver la herida —le dijo.

Ake se desprendió de su camisa, no sin antes quitarle el pañuelo de la cabeza y soltar su melena.

—Me gusta tu pelo. Siempre que estés conmigo, llévalo sin recoger.

Kaira asintió arrobada por la intensidad con la que la observaba y procedió a quitarle el vendaje.

En ese momento, se oyeron gritos al otro lado y, al rato, un forcejeo, hasta que la puerta se abrió con brusquedad. Brynja entró enojada.

—Esta mujer —dijo, señalando a Nerta—, es una grosera. No me dejaba entrar a hablar con...

—Señor, lo siento, no me ha dejado avisaros primero —la interrumpió Nerta.

Al reparar en Kaira, Brynja no ocultó el desprecio que sentía por ella y, rápidamente, se disculpó con falsedad:

—Si interrumpo, puedo venir más tarde...

—No, no hace falta. Señorita Brynja, ¿a qué debo este honor? —dijo Ake con frialdad.

Los ojos de Brynja no perdieron detalle del torso desnudo de Ake, recreándose la vista con descaro.

—Si no os importa, preferiría que se fuese vuestra esclava. Es algo personal —respondió con arrogancia.

Sigrid, que no la soportaba, hizo ademán de marcharse, pero Ake la detuvo y le obligó a seguir con lo que estaba haciendo.

—Como podéis ver, me está curando. Sigrid es de mi confianza. Podéis hablar con libertad delante de ella.

Casi podía oír cómo Brynja rechinaba los dientes.

—En realidad, quería hablaros de esa fiesta. Vendrán muchas mujeres casaderas de la otra aldea y, bueno, mi familia cree que sería bueno que se buscasen enlaces convenientes. No sé si me entiende...

—No hay problema. Ya me hago cargo de eso. ¿Algo más? —repuso Ake molesto.

No le pasó desapercibido la mirada desaprobatoria de Brynja hacia su melena suelta.

—Sí. Una última cosa —dijo Brynja—. Para mi familia sería un honor compartir mesa a su lado.

—Será un placer —contestó Ake.

Brynja salió de allí con una sonrisa triunfal. Kaira no había entendido muy bien la conversación. Estaba segura de que le faltaba información importante y que esa víbora se traía algo entre manos.

—Sigrid, ve a buscar a mi primo, por favor. Su casa es la que está al lado del herrero. —El tono de Ake era tirante.

No creía que ella fuese el motivo, no obstante, fue a buscarle. Se arropó con una piel por encima y salió a la calle.

Ya había anochecido y un viento gélido se colaba por debajo de su abrigo con un silbido muy desagradable. Miró al cielo y apenas se distinguían las

estrellas: barruntaba tormenta, se dijo. El camino de tierra estaba lleno de excrementos de oveja que habrían traído al abrigo del establo, así que tuvo que sortearlos. Cuando llegó a la casa, dio un par de golpes y le abrió la puerta un hombre robusto, fuerte como un toro y con cara de pocos amigos que la observó con curiosidad.

—Busco a Gerd —dijo Kaira intimidada por su mirada.

—¡Gerd! —bramó el hombretón—. Te busca una mujer muy hermosa.

Todos los hombres al oírlo se asomaron a mirar. A uno se le escapó un silbido de admiración y recibió un capón por el aludido.

—Es de Ake y si no quieres que se ponga tus huevos de colgantes, ni la mires —repuso Gerd.

—Pero ¿no es la esclava que el otro día le cosió? —dijo otro.

—Sí. La misma. Es bonita. Cuando se canse de ella, avísanos, Gerd. Me la pido primero —se rio otro mientras lanzaba un cuchillo al aire, lo recogía con la mano y lo volvía a lanzar.

—¡Callaos ya! Al que toque a esta mujer se las verá no solo con Ake, sino conmigo también —les amenazó Gerd.

Los hombres no parecían intimidados. En su lugar continuaron con las bromas entre fuertes risotadas.

Una vez fuera, Gerd se volvió hacia ella con una ceja interrogativa.

—¿Le pasa algo a mi primo? —le preguntó.

—No me ha dicho para qué os llama. Lo siento.

De regreso en la casa principal, mientras Gerd subía a hablar con Ake, Kaira optó por quedarse a esperar sobre un montón de paja que había en un rincón de la cocina. Era un jergón provisional que usaban los esclavos para descansar. Cerró los ojos y se durmió.

Capítulo XII

Kaira despertó al alba con el canto del gallo. Se levantó con presteza, fue a por agua al río y se aseó rápidamente. Le gustaba oler bien, no era propio de una esclava usar perfume, pero se había fabricado uno a escondidas con esencias de flores y le gustaba echárselo. Nerta le había conseguido también un par de vestidos muy sencillos que, aun no siendo muchos, le procuraba mantenerse con un aspecto decente. Cierto es que tenía que lavarlos y cambiarlos más a menudo, al igual que sus prendas interiores, pero, al menos, se quitaba ese olor tan desagradable a guiso. Jamás le habían gustado las tareas domésticas y más ahora que se daba cuenta del arduo trabajo que suponían, sin embargo, cualquier excusa era válida con tal de estar cerca de él. Preparó un desayuno frugal para ella y otro más abundante para Ake, y subió a la primera planta. Al llegar a su cuarto, dio un par de golpes en la puerta y esperó. Ake la recibió con el ceño fruncido.

—¿No te dije que te quería durmiendo conmigo? —dijo, abriéndole la puerta.

—Estabas con tu primo y no quería molestar —explicó.

Ake le quitó la bandeja con la comida y la dejó en el arcón. En aquella basta habitación, la imponente presencia de Ake lo cubría todo. Kaira absorbió la imagen de aquel hombre arrogante, de belleza leonina que ocupaba su mente con avidez día y noche sin descanso. Con pasos elásticos, cubrió la distancia que había entre ellos y, rodeándola con los brazos por la cintura, la estrechó a su cuerpo.

—No quiero excusas, Sigrid. Te quiero aquí. No me gusta dormir solo —dijo mientras bajaba su cabeza para besarla.

Aquel hombre tenía el poder de encenderla con tan solo un beso. Saborear los labios de Ake se estaba convirtiendo en su perdición. Dejó que su cuerpo se pegase al musculoso de él y le rodeó el cuello con los brazos. Al notar el repentino bulto de su virilidad contra su vientre, le infundió una sensación de poder sobre él que le embargó. A pesar de estar encerrada, inexorablemente, en aquel estrecho abrazo, cuando Ake la levantó cogiéndola por las nalgas para tumbarla sobre la cama, no opuso resistencia. Ake le había enseñado a qué sabía el dulce néctar de la pasión y ahora estaba ansiosa por volverlo a degustar. Ese ardor que le consumía por dentro con voracidad le animó a

cambiar la forma de besar, volviéndose más audaz y dejando en evidencia el deseo que la poseía.

Los pechos de ella reaccionaron de inmediato, excitándose al contacto con aquel torso duro y anhelando una caricia más profunda de aquellas viriles manos.

—¡Oh, Sigríd! —gimió Ake—. Me enloqueces, fierecilla.

Él también estaba poseído por un fuego primitivo que lo impulsaba a desnudarla con maneras poco delicadas para zafarse de las barreras textiles que los separaba. Lanzó el vestido al suelo con un gruñido de satisfacción y se quitó las calzas con una prisa febril en un par de movimientos, impaciente por sentir el cuerpo tibio y dócil de ella. La mirada de Ake se tornó oscura cuando contempló los pezones sonrosados y turgentes que le apuntaban directamente. Los asió con la boca y tiró de ellos con los labios, los succionó y los recorrió despacio con suaves movimientos de la lengua. Kaira gimió y arqueó las caderas para pegarse más a él y frotarse contra su miembro.

—¿Qué-qué me haces?! —suspiró Kaira, abandonada a la sensualidad del momento tan erótico que estaba teniendo junto a Ake.

—Explorarte. Hoy no voy a dejar ni una sola parte de tu cuerpo sin tocar —le previno Ake—. Hay muchas formas de encontrar el placer y yo quiero enseñártelas todas. Siento mi comportamiento del otro día, actué como un principiante. Quiero compensarte por mi falta de tacto.

—Pero ¿hay más formas de gozo? —se maravilló Kaira con inusitada inocencia.

De la boca de Ake salió una risa grave y complacida.

—Mi querida guerrera, voy a enseñarte todos los entresijos del amor. —Acarició la curvatura de su cuello y esbozó una sonrisa ladina—. Me alegro poder ser tu maestro y moldearte en este arte.

Ake apresó su boca y hundió la lengua, mezclando el sabor dulce de su cuerpo con el salado de la suya. Una combinación que le enardeció los sentidos y le sacó un gemido.

Pronto, los besos no fueron suficientes para apaciguar el apetito de un hombre que demandaba tenerlo todo. Ake deslizó un muslo entre los de ella, frotándose contra la carne sensibilizada de ella y haciéndola enloquecer del todo.

—No es normal que mi cuerpo se haya convertido en un adicto a tus caricias —se quejó Kaira.

Ake se deslizó con la boca por sus pechos y bajó en dirección a su vientre,

hacia aquella parte tan sensible que palpitaba ansiosa. Kaira casi gritó, y quiso escapar del calor húmedo que le proporcionaba su lengua en aquel punto. Ake la sujetó con firmeza y lamió el dulzor que allí anidaba.

—Para, por favor, detente... —suplicó ella enfebrecida.

Pero Ake ignoró sus súplicas y continuó con aquella deliciosa tortura hasta llevarla a la cúspide del éxtasis. Nunca se había sentido tan viva en toda su vida. Su cuerpo tembló ante el orgasmo que le causó y, entonces, Ake se desplazó con pereza hacia arriba.

—Mi virginal Sigrid —dijo Ake besándola—, espero haberte hecho gozar.

—Me da vergüenza admitir que lo hiciste —expresó Kaira sin tapujos.

Su respuesta debió complacerlo, pues apresó su boca con salvaje satisfacción y la estrechó en un cálido abrazo.

Kaira quería también complacerlo, así que descendió el brazo hacia su miembro erecto y lo acarició con cierta torpeza.

—Así, mi bella —dijo Ake, cogiendo su mano para enseñarle cómo darle goce.

Un gruñido de placer emergió de la garganta masculina cuando ella comenzó a mover su mano de arriba abajo, tal y como él le había enseñado.

—Para, necesito entrar en ti —suplicó Ake.

Ella separó las piernas para recibirlo y Ake la embistió con rudeza. Se agarró con fuerza a su espalda y sus caderas se movieron al unísono. Ake no ocultó el deleite que le producía el gozo de su cuerpo. Sus movimientos se volvieron más frenéticos para alcanzar la ansiada cúspide que los catapultaría al éxtasis. Kaira, que estaba siendo llevada a un torrente de sensaciones a cuál más placentera con cada estoque de su carne dura, se agitó una última vez hasta que Ake se derrumbó de alivio.

Abrazados y sudados pero colmados por aquel acto tan impúdico, Kaira se sorprendió de lo mucho que había disfrutado. El desayuno que habían dejado olvidado, tras aquel intenso ejercicio, fue bien recibido en sus hambrientos estómagos. Mientras comían, Kaira levantó la vista y admiró la belleza masculina de Ake. Deseaba immortalizar de alguna forma aquellos momentos que pasaban juntos, algún día ella se marcharía para ocupar el lugar que realmente le correspondía y eso le dolía. La arruga de preocupación que cruzó por su rostro no pasó inadvertida para Ake.

—¿Qué te preocupa, Sigrid?

—Me preocupa el futuro —confesó.

—Entonces, disfruta del presente —contestó Ake.

—El problema es que no me veo siempre en tu cama —repuso Kaira, dividida entre lo que le dictaba su deber y lo que de verdad sentía su corazón.

—Solo habría un motivo para que no la compartiese contigo y ese sería por una esposa celosa. Pero ya buscaríamos nuestros momentos en otro lugar —solucionó Ake, sin darle mucha importancia a su comentario.

—Yo no compartiría al mismo hombre con otra. Pondría tierra de por medio —le advirtió ella con dureza.

Ake se rio al escucharla. Tanto que gruesas lágrimas escaparon de sus ojos. Por lo visto, le resultaba muy divertida su confesión. Kaira le había abierto el corazón porque es lo que sentía y él se lo tomaba a broma.

—Nunca dejaré que me abandones. Puede que tengas que compartirme, pero tú siempre serás la única. Además, ¿cómo vas a escaparte? No tienes adónde ir. Te encontraría y te arrastraría hasta aquí para amarrarte a mi cama. No me gusta que me amenacen, Sigrid —dijo Ake, tensando las facciones—. Yo tengo que cumplir con mis obligaciones.

Los celos se habían adueñado de ella y le habían hecho expresar en voz alta lo que sentía. Ella, Kaira Corazón de Hielo, la que nunca creyó que se enamoraría de un hombre estaba presa en las redes de ese guerrero que no la amaba. Ella era un objeto sexual, un entretenimiento y eso sí que no pensaba consentirlo. En cuanto que pudiese, robaría la ganzúa del herrero. Le iba a demostrar que con ella no se jugaba.

Alzó el mentón con orgullo y, con la espalda envarada, recogió el vestido del suelo. Se sentía usada, ultrajada, y ella era una dama. Merecía algo mejor que ese trato tan vejatorio.

—¿Adónde vas? —se sorprendió Ake al ver a la velocidad con la que se había vestido.

—A realizar mis tareas... si ya he acabado con mis servicios aquí —respondió con acidez.

—Sí, conmigo ya has terminado. Has resultado ser muy profesional. Puedes irte.

Kaira salió del cuarto con los ojos húmedos. Furiosa, bajó a por un cubo de madera y metió los platos para lavarlos. Necesitaba salir y que le diera el aire.

—Nerta, el señor ya ha desayunado. Voy a fregar los platos —dijo.

—Pues te acompaño, que tenemos que lavar también la ropa.

Con la colada y la vajilla en mano, Kaira olvidó recogerse el pelo. Salió a la calle con pasos rápidos, sin darse cuenta de que Nerta no podía seguirla.

Tampoco era consciente de que su belleza resaltaba entre esas gentes y los hombres se volvían a mirarla. Casi llegando al río, se cruzó con Brynja por las callejuelas. Por suerte para ella, iba acompañada de más personas y no se detuvo a increparle, pero sí advirtió su mirada de encono.



Ake estaba realmente furioso. Habían pasado juntos un momento increíble y, al instante siguiente, le saltaba con aquellas palabras tan hirientes. Cogió la ropa y se vistió, sin llegar a comprender ese cambio tan brusco. Al salir, uno de sus hombres le informó de que una nave había atracado en la palizada. Siempre era bueno tener noticias del exterior. Dirigió sus pasos hacia el puerto para comprobar que había llegado una imponente *Knar*^[25] con un sinfín de mercancías. Gerd se encontraba allí, diligente y con un par de hombres más, vigilando la descarga. Ambos se saludaron con un leve movimiento de cabeza.

—¿Les has preguntado qué noticias traen? —le preguntó a su primo cuando llegó a su altura.

—Sí. Por lo visto parece que Sigurd Ring se ha enfrentado a su tío. Dicen que lo ha vencido. Así que solo tenemos un rey —le puso al tanto Gerd.

Ake tomó la noticia con desinterés. A él no le suponía un gran cambio. Igualmente, tenía que defender sus territorios de las tribus cercanas. La única diferencia es que ahora le debía fidelidad a un solo hombre.

—¿Cuándo crees que podrás marchar a la otra aldea para anunciar lo de la fiesta? —le preguntó Gerd—. Podemos celebrar esta noticia también.

—No lo sé. Quiero esperar a ver cuándo me libero de estos odiosos puntos —replicó de mal humor Ake.

Entre el gentío se encontraba Brynja que, al verlos, no dudó en acercarse con su fiel amiga Freda. Ambas eran inseparables.

—Buenos días, caballeros —les saludó muy efusiva Brynja—. ¿Vienen también a indagar qué sucede en el resto del mundo?

—Supongo que hay que estar al corriente —contestó Ake por educación.

—Pensé que querríais ver las mercancías. Dicen que han traído hermosas pieles y oro. Preciosos regalos para las futuras novias, ¿no creéis? —comentó Brynja con un mohín coqueto.

Como Ake no decía nada, Brynja pisó a Freda para que hiciese un

comentario y alargar así la conversación.

—¡Oh, sí! ¿No pensáis comprar nada, mi señor? —preguntó Freda.

—Me temo que no. No tengo a quién —zanjó Ake sin prestarles demasiada atención. Su mirada estaba puesta en el barco.

—Bueno, tenemos que irnos. Un placer —se despidió Brynja ofendida al ver el poco interés de Ake en su persona.

Cuando se alejaron, su primo rompió a reír.

—La tienes prendada —se burló Gerd.

Ake bufó como respuesta.

—¡Muy gracioso! Me alegro de que lo encuentres tan divertido. ¿Ya has decidido cómo vas a averiguar quién es el más apropiado para esa odiosa mujer?

Por la noche, Ake había mandado llamar a Gerd para hablar del asunto que más inquieto lo tenía: Brynja buscaba desesperadamente ponerle la soga al cuello para obligarlo a casarse con ella y Ake no pensaba consentirlo. Quería que su primo buscara hombres que estuvieran dispuestos a casarse con ella y cerrar pronto un acuerdo.

—He estado preguntando un poco a ese viejo anciano, Stenkil. Dice que en la otra aldea tiene a un sobrino que es bastante adecuado para ella: estricto, soltero y que puede que acepte casarse con ella. Se llama Leif. Por cierto, he visto muy mal a Stenkil, Ake. Muy encorvado y andando con bastante dificultad. Ya no sale todas las mañanas a andar según me ha contado. No se encuentra bien —le dijo Gerd.

—Lo cierto es que, ahora que lo mencionas, hace bastantes días que no lo veo. Como se trasladó a vivir con su familia a una casa a las afueras de la aldea es verdad que no coincidimos. Iré a visitarle. Llevaré a Sigríd conmigo. Lo mismo esa bruja de pelo dorado puede hacer algo por él con sus pócimas.

—¿Problemas en el paraíso? Te noto de pésimo humor. —Su primo le conocía a la perfección y notaba sus cambios de carácter.

—¡Mujeres! No hay quién las entienda —dijo en su lugar.

—¿Ella no es complaciente? —Gerd arrugó la frente con creciente interés.

—No es eso, Gerd. Es como si se volviera posesiva conmigo y me amenaza con escaparse si me caso con otra. Les das cariño y mira cómo te lo agradecen —masculló furioso.

—No sé, Ake, pero esa esclava te trastorna. Aléjala de ti y búscate otra si te da tantos problemas. ¿No te estarás enamorando de ella?

—No —repuso tajante—. Me juré que después de lo de Ingrid no volvería

a enamorarme de otra mujer, sin embargo, no puedo dejarla ir de mi lado. Me volvería loco si la viera en brazos de otro.

—Tú dirás lo que quieras, pero yo a eso lo llamo amor. Que no lo quieras admitir es otra cosa.

Ake se giró hacia él y lo fulminó con la mirada. ¿Amor? Él solo se sentía atraído por ella, pero no la amaba. Y pensaba demostrárselo, ya que era ella la que había comenzado esta guerra. No iba a volver a tocarla hasta que no se lo pidiera.

Al rato, se oyó un grito que procedía de Haakon: había regresado. Se acercaron a él y le preguntaron:

—¿Qué tal os fue con esos bastardos piojosos?

—Los hemos matado a todos. No se esperaban que cayéramos sobre ellos. Hemos colgado en unas picas sus cabezas en la entrada —dijo Haakon.

—Prefecto. Espero que así les disuada de volvernos a atacar —repuso Ake contundente.

—Ake, antes de abordarlos, los escuché hablar de que buscaban a una mujer en concreto. En realidad, no estoy muy seguro del todo que fuesen de la aldea de Brazo de Hierro, llevaban otros distintivos en los escudos —comentó Haakon.

—¿No les torturasteis para sacarles más información? —quiso saber Ake.

—Sí, claro. A los pocos que sobrevivieron les interrogamos, pero no les sacamos ni una palabra, se dejaron morir antes que traicionar a su condenado jefe —contestó Haakon.

Ake le palmeó en la espalda, agradecido por sus servicios, y asintió comprendiendo.

—¿Por qué es tan importante esa mujer? Tened los oídos bien abiertos por si alguien hiciera un comentario al respecto. Me interesa saber los motivos y la identidad de la susodicha —les ordenó Ake.

Ambos hombres acordaron estar atentos.

—Me alegro de que estés de vuelta sin un rasguño —se alegró Gerd.

—¿Acaso dudabas de mí? —se jactó Haakon.

—Siempre luchamos juntos. El que te diviertas sin mí no me hace gracia —repuso Gerd.

—No siempre vas a ser tú el protagonista en todo —contestó Haakon divertido.

Ake los observó y se dio cuenta de que formaban muy buen equipo. Sin ellos no estaría allí. Quería compensarlos, así que se dijo que sería bueno

organizar la fiesta por todo lo alto en su honor. Les buscaría unas cuantas mujeres. Pero antes iría a visitar al viejo Stenkil para saber de su estado. Aunque para ello, tendría que llevarse a Sigrid. Esa condenada mujer que lo estaba volviendo loco.

La buscó por la casa y no la encontró. Preguntó a un esclavo y le indicó que estaba en la parte trasera tendiendo la colada.

Al acercarse, se quedó maravillado por la esplendorosa belleza de ella. Estaba de espaldas a él, así que pudo admirar la esbelta y curvilínea figura de Sigrid. De cintura estrecha, su cuerpo se ensanchaba a la altura de las caderas. Su mirada se posó en aquellas redondeadas y firmes nalgas que se movía con gracia al agacharse. El sol se reflejaba en su pelo en forma de destellos dorados que atraía la atención de manera inconsciente. El hecho de que un grupo de hombres estuviese allí por casualidad haciendo sus tareas, pero con la vista puesta de reojo en ella, provocó que un instinto primitivo surgiese dentro de él y quisiera marcarla a fuego como suya.

—¡Sigrid! —tronó.

Con su llamada de atención, los hombres se dispersaron a toda celeridad para su diversión. Ella pegó un respingo y se volvió con la cara huraña.

—Cúbrete esa melena y acompáñame —ordenó.

No quería que atrajera más la atención. Ese pelo tan hermoso sería solo para su disfrute personal a partir de ahora.

Ella se dirigió a la casa dispuesta a obedecerle con la espalda envarada, lo que le demostró que seguía molesta con él. Cuando salió, echó a andar sin tan siquiera dignarse a decirle a dónde se dirigían.

La casa de Stenkil era una construcción de madera, como la mayoría de allí, con el techo de juncos y sin ventanas. La puerta se encontraba abierta, así que se asomó y, como venía de la calle, la oscuridad de dentro no le permitía vislumbrar si había alguien en su interior. No fue hasta que sus ojos se acostumbraron que vio una vela llameante que se acercaba hasta él.

—Venía a ver a Stenkil —informó a la mujer que lo recibió.

—Se encuentra en la cama. No puede respirar bien —dijo la esposa—. Pasad.

Sigrid lo siguió al interior y esperó a una distancia prudencial.

—¿Cómo se encuentra? —El anciano jefe estaba muy demacrado. La cara afilada y delgada era síntoma de una persona enferma.

Stenkil le saludó con afecto y se incorporó un poco. Su esposa le ayudó a ponerse en una postura más cómoda, colocándole varias pieles en la espalda y

detrás de la nuca.

—Me temo que este cuerpo ya no aguanta —habló con una sonrisa amable.

—He traído a esta muchacha para ver si ella puede hacer algo por usted —dijo Ake. Le hizo una señal a Sigrid para que se acercara.

—Te agradezco el interés, muchacho, pero no creo que ya se pueda hacer nada. —Con la mano temblorosa, la posó en su hombro y le dio un par de consejos—: Espero que seas un buen señor, guíate por tus principios y escucha a tus súbditos. Otra cosa, despídeme con todos los honores el día que me muera.

Ake se despidió de él con pesar y se ofreció para ayudar en todo lo que estuviese en su mano.

Cuando salieron al sol, Ake se volvió hacia Sigrid y le preguntó:

—¿Crees que podrías hacer algo por él? Tú pareces saber bastante de remedios.

—No quiero sonar pesimista, pero me temo que mis medicinas solo podrían alargar un poco más lo irremediable.

Ake comprendió que era sincera y aunque le doliese despedir a aquel buen hombre, había llegado su hora.

Capítulo XIII

A ke no había vuelto a tocarla, pero sí la obligaba a compartir la cama cada noche. Un castigo de lo más cruel, pues aunque la razón le decía que era lo mejor dadas las circunstancias, su cuerpo no opinaba lo mismo. Después de haber probado aquella ambrosía, ahora anhelaba el contacto físico de ese hombre que la ignoraba y era indiferente a ella. Desde que dormían juntos, la despertaba bien temprano para ponerle los grilletes en los pies y se marchaba siempre con el ceño fruncido.

Hoy iban a visitar a aquel hombre anciano de nuevo. La esposa les había pedido que fuesen a verlo. Al llegar, lo encontraron muy desmejorado. Le costaba mucho respirar. Kaira coció unas hojas de menta y raíz de oso, y se lo dieron a beber. También le hicieron inhalar el vaho que desprendía para limpiar las vías respiratorias. Sentía que Ake profesaba un profundo respeto por ese hombre, así que se esforzó en enseñarle a la mujer cómo suministrarle una serie de plantas narcóticas para evitar que sufriese. Era triste ver cómo una persona se iba apagando poco a poco. Se despidieron del matrimonio con profunda pena.

El frío y la lluvia habían comenzado. Septiembre era época de cambios bruscos en los días, así que regresaron al hogar con rapidez. Procuraron evitarse, pero Kaira tenía que limpiar.

—¿Puedo pasar? —preguntó a la defensiva.

—No tienes por qué preguntar. Pasa —dijo Ake.

—No puedo barrer y hacer la cama si estáis encima. Os voy a llenar de polvo.

—¿Vuelves a tratarme con respeto? —Ake tenía el ceño fruncido.

—¿Acaso no hemos vuelto a ser señor y esclava? —replicó.

Ake dio un salto de la cama y Kaira se puso en guardia. Sin embargo, notó que se quedaba pálido.

—Creo que se me ha roto un punto —se mostró sorprendido.

—A ver que le eche un vistazo. —La cara de susto estuvo a punto de sacarle una carcajada, que reprimió mordiéndose los labios. Se notaba que no estaba habituado a ese tipo de curas.

Ake se levantó la camisa y Kaira pasó el dedo por encima de la cicatriz. La tenía muy bien.

—Ya os los puedo quitar, *mi señor*. —El volverle a tratar de usted era su venganza personal ya que parecía molestarlo.

Fue a por unas pinzas y comenzó a tirar del hilo. Cuando terminó, le lavó la herida y le echó aceite de menta, que era muy bueno para aliviar el dolor muscular. Al levantar la vista, los ojos de Ake tenían las pupilas ligeramente dilatadas.

—Ya está —dijo.

Ake apretó la mandíbula de un gruñido, se levantó con ímpetu y se marchó sin tan siquiera darle las gracias. Kaira lanzó con rabia la escoba a la puerta por dónde había salido Ake con un grito de frustración, partiéndola en dos.

—¡Por Freya! ¡Maldigo el día que lo conocí! —rechinó de rabia.

Bajaba a por otra escoba cuando escuchó una conversación que le hizo quedarse en el principio de las escaleras.

—Vamos, Nerta, no la defiendas —decía Nilsa, una esclava que trabajaba para Brynja—. Todo el mundo dice que esa esclava es demasiado altanera, parece un témpano de hielo. ¿Acaso no lo ves? No se comporta como tal. La gente se burla de él porque no es capaz de someterla.

—¿Qué sabrás tú, Nilsa? Tú no estás aquí. ¿Cómo se supone que debe tratarla el señor? ¿A palos? Eso es lo que quiere tu señora porque envidia a Sigrid —replicó Nerta.

La otra bufó.

—Me parece increíble que la defiendas. Desde que ha llegado solo ha sido un verdadero quebradero de cabeza para el señor. No le hace bien. Debe ser muy buena en la cama para que se desviva por ella de esa forma porque sino no lo entiendo.

Las palabras de Nilsa le escocieron. ¿Qué sabía ella de cómo era Ake en la intimidad? No la había forzado a acostarse con él, pero, prácticamente, había sido obligada. Llevaba los pies con pesados grilletes. ¿Qué más debía padecer? Ella era una guerrera y allí no era nadie. ¿Podía ser peor su situación? Indignada, esperó a que aquella chismosa se marchase para bajar a por otra escoba y realizar sus obligaciones mientras pensaba cómo escapar. Brynja la odiaba y no iba a permitir que estuviese con Ake. Tenía que regresar a Thorsteinn y recuperar su vida. Pero ¿quería volver a ser la de antes? En su interior no era lo que deseaba. Quería regresar sí, pero también tener una oportunidad con Ake como pareja para poder amarle con total libertad y sin ser criticada por ello o insultada. Se debatía entre intentar conquistarle o huir para olvidarlo.



Nada más salir de la casa, el aire y la lluvia le azotaron la cara con fuerza. Dirigió una mirada de fastidio al cielo y se arrepintió de estar como un pasmarote bajo la inclemencia del tiempo.

«¡Condenada esclava! Me está volviendo loco», pensó.

Sin embargo, no podía pasar más tiempo cerca de Sigrid o la metería por la fuerza en la cama. En su lugar, se acercó a la cabaña donde se alojaba su primo. Era el único refugio alternativo a su casa.

—¿Qué haces por aquí? —le saludó su primo.

—Buscar compañía más interesante —dijo sombrío.

—Quieres que hablemos, ¿es eso? —Gerd sonrió divertido.

Asintió con la cabeza y su primo se rio de él. Sabía por qué estaba así de mohíno. Le sirvió ale y se sentaron en una mesa apartada del resto.

—Quieres que charlemos del tiempo, de la vida aburrida en esta aldea o de esa mujer que según tú no quieres —citó Gerd.

—De lo que sea, menos de ella —gruñó.

—Bueno, entonces hablemos de la fiesta. Hay que ir ya a la aldea de al lado. Veo que llega el día y no los has invitado.

—Ya no tengo esos malditos puntos, así que podemos ir mañana mismo si el tiempo lo permite —sugirió Ake más animado—. Me interesa bastante, quiero librarme del atosigamiento de Brynja.

—Perfecto. Ya de paso iremos a hablar con ese hombre —repuso Gerd, dando un trago a su bebida.

Haakon, al verlo allí con Gerd, se acercó a saludarlo.

—¿Qué te trae por aquí? ¿No me digas que ya te has aburrido de ser el señor de estas tierras? —se burló.

—Haakon, si no fuera porque nos conocemos desde críos, ahora mismo tendrías mi hacha clavada entre ceja y ceja —bufó Ake.

—¡Caray, hombre! ¡Qué mosca te ha picado! ¿No me digas que esa esclava tuya es la responsable de tu mal humor? —Gerd le hizo una seña a Haakon para que no siguiera por ahí, pero Ake le pilló.

—¿Se puede saber qué hacéis? ¿Os dedicáis a charlar como alcahuetas cuando yo no estoy? —Ake los miró a ambos con el semblante serio y ambos

hombres se apresuraron a negar.

—No. Es solo que por ahí se comentan cosas —dijo Haakon—. Uno oye y no es sordo.

—¿Y quién se va de la lengua? —Ake sacó un cuchillo del cinturón y lo puso sobre la mesa.

—¿Quieres tranquilizarte, Ake! —le regañó su primo—. Somos amigos, a veces hablamos. No obstante, se te nota a la legua que entre vosotros existe cierta tensión. A nosotros nos da igual lo que hagas con ella, pero ya te advertí que esas dos brujas te iban a dar problemas. Parece que han comenzado a circular rumores de que no consigues que te obedezca.

—¿Qué estás insinuando, Gerd? ¿Qué no sé hacerme respetar por ella?

—No, Ake. Nadie ha dicho eso. ¡Cálmate! Nosotros te conocemos y sabemos cómo eres —le tranquilizó su primo.

—Entonces, explícate mejor —espetó Ake.

—Nada. Es solo que insinúan que la tratas como a una dama, con demasiada consideración —dijo Gerd—. A lo mejor deberías mostrarte más rudo con ella públicamente para acallarlos un poco. Yo que sé, es solo una sugerencia.

Ake se levantó de su asiento de un salto y rugió:

—¡Por Odín! Ahora resulta que la trato con demasiado tacto. No les ataño las decisiones que tome con ella, Sigrid es cosa mía. Mejor me marchó. No quiero discutir de esto con vosotros. Os veo mañana al alba.

Regresó de peor humor del que había salido. Se sentó en el basto salón de reuniones y, al ir a echar unos troncos al fuego, reparó en que la cesta estaba vacía.

—¡Nerta! ¿Quién es el encargado de traer la leña? —rugió.

—Señor, el chico que lo hace habitualmente se ha puesto enfermo —explicó la mujer.

—No hay excusa, Nerta. Tu obligación es encargarte de estas nimiedades. Si no está, pues sales tú —le sermoneó Ake.

—Hay que cortar los troncos, eso es lo que quería decir Nerta —intervino Sigrid—. Voy a ver si queda algo en la leñera.

—¿Y si no hay? —le preguntó Ake.

—Pues tendré que cortarlos.

—¿Con qué si no tienes hacha? Venga, sal, yo te sigo. Vamos a comprobar si queda algo aún. —Se ajustó el hacha en el cinturón y cogió una capa para abrigarse.

Fuera soplaba el viento tan fuerte que tuvieron que resguardarse tras sus manos para poder ver hacia dónde iban. El establo estaba en la parte trasera de la casa y justo había un anexo con un tejadillo donde guardaban la leña. Sigrid abrió la portezuela, pero solo quedaban un par de palos astillados tal y como había dicho.

—Mete esos en la casa. Sal para ayudarme —le ordenó.

Junto a la pared, encontró varias ramas de árboles sin cortar. Sigrid salió al rato y entre los dos cogieron los pesados troncos y los llevaron adentro. La lluvia le había empapado el vestido por completo, pegándosele al cuerpo y marcando sus redondeces. Ake notó su miembro dolorosamente inflamado por el deseo intenso que esa mujer le provocaba. Extrañaba el poder sentirla cerca, besarla y acariciar aquella piel sedosa. En lugar de avanzar en la relación, iban para atrás. Quizá los demás tenían razón y era demasiado condescendiente con ella. Malhumorado, Ake cogió el hacha y comenzó a cortar la leña mientras Sigrid barría el serrín y lo apilaba en un cesto. Cuando terminó, estaba sudando.

—Prepárame un baño, Sigrid.

Mientras ella calentaba el agua, Ake se dedicó a apilar los troncos cerca del puchero y de la chimenea. Con lo que había cortado, tendrían para un par de días. Sofocado, se quitó el sudor de la frente. Parecía increíble el temporal que había en el exterior y el calor que tenían dentro. Se acercó a la puerta y escuchó cómo la lluvia caía inclemente contra el tejado.

—Ya está el baño —le llamó Sigrid.

Se giró y la vio que evitaba mirarlo a los ojos.

—Bien, entremos entonces —dijo con voz resuelta.

Había sido un completo idiota por pensar que podría mantenerse indiferente a ella. Sin embargo, no quería ni suplicarle ni obligarla a que volviera con él. Tenía que haber otra forma sin que su orgullo se viera apaleado. Ambos entraron en silencio. La situación le recordaba a la de la vez anterior, solo que en esta ocasión ella no iba a desprenderse de su ropa.

—Quiero que me enjabones la espalda —le mandó.

Ake se desnudó delante de ella con descaro y se metió en la tina. El agua caliente relajó sus tensos músculos. Sigrid cogió un cepillo y comenzó a frotarle la espalda y el cuello sin oponerse, algo que resultaba extraño viniendo de ella. Entre ellos todo era una pelea continua.

—¿Hoy no tienes nada por lo que replicar? —A Ake comenzaba a molestarle su silencio. La prefería irritada.

—No. No me gusta discutir.

Lo que le sacó una carcajada.

—Vamos, Sigrid, ¿desde cuándo no te gusta discutir? —se burló.

—Desde ahora. No nos conduce a nada, Ake —zanjó ella.

—¿Ya soy Ake de nuevo para ti? —ronroneó de placer al escucharla decir su nombre.

—Mi señor, perdón —rectificó.

Ake se volvió hacia ella para enfrentarla y la cogió de la mano.

—No quiero que me llames «señor».

—Es mejor que me acostumbre a llamaros así. La gente murmura. No me gusta lo que dicen a nuestras espaldas —dijo, soltándose del agarre de su mano.

—¿Y qué es lo que dicen por ahí? —Ake frunció el ceño. Comenzaba a estar harto de los chismes envenenados que circulaban de boca en boca y que comenzaban a resentir su relación, ya de por sí muy inestable. No sabía cómo llegar a ella.

—Que soy tu ramera y por eso te domino. Yo no soy dócil ni sumisa, es verdad, pero puedo intentar cambiar en público. Yo...

—Sigrid, me importa una mierda lo que los demás digan. No quiero que cambies. Me gusta como eres —la interrumpió.

—No, Ake, tu reputación está en juego. Es mejor que los dos tratemos de comportarnos como corresponde delante de los demás.

—¿Y cómo se supone que debo tratarte? —Su mirada se oscureció.

—No lo sé, tú sabrás. —La entristecida mirada de Sigrid le dolió.

No iba a consentir que la lengua viperina de Brynja afectase de forma tan negativa sobre ella. Había rebasado el límite de paciencia del que era capaz de tolerar. No obstante, ya se encargaría de Brynja más tarde. Ahora debía arreglarlo con Sigrid y que volviera a ser suya.

Cogió el delicado mentón con un par de dedos y pasó el pulgar con suavidad por él.

—Yo no soy de tratar mal a mi gente y menos a mis súbditos. Acallaré esos rumores, no te preocupes —prometió.

Ella siguió con la mirada perdida sin decir nada.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones? —le dijo de pronto Ake.

Sigrid le dirigió una mirada extraña.

—¿Perdonarte? ¿Por qué? No comprendo.

—Por no saber llegar a ti. ¿Qué he hecho mal? —preguntó con creciente

interés.

—Ake, hay cosas que no se pueden conseguir por la fuerza. Si encierras en una jaula a un pájaro que siempre ha sido libre, deja de cantar y se muere de tristeza. Un perro al que apaleas, no te será fiel. Huirá de ti. Hay cosas que no se pueden comprar —dijo con la cabeza gacha.

—¿Es así como yo te hago sentir? —Sintió que algo se rompía en su pecho.

—Me gustaría ser libre para poder elegir dónde, cuándo, cómo y con quién quiero estar —farfulló más para sí.

Sus palabras le hicieron preguntarse si se refería a ese hombre al que decía amar. ¿Tal vez quería reunirse con él? Aquellos sombríos pensamientos vomitaron unos celos enfermizos e irracionales que le provocaron un repentino sentimiento de posesión. Frunció el ceño y apretó los nudillos de sus manos con rabia. Jamás la dejaría ir. Ya no se imaginaba una vida sin ella. Nunca le daría la libertad para que así no pudiese abandonarlo. Con el tiempo le amaría.

—El agua se está enfriando, ¿traigo más? —le preguntó Sigrid.

—No. —Ake salió del agua bruscamente y cogió una piel para secarse—. Puedes irte. Prepárame algo para cenar.

Pero después de aquella conversación, el guiso de patatas con venado se le atragantó y prefirió irse a dormir. Sentirla tan cerca y no poder tocarla le estaba costando un mundo, pero su agriado carácter no le permitiría ser gentil con ella. Así que procuro poner distancia y descansar. Ya que al día siguiente tenía un largo camino.



Ake despertó con el canto del gallo. Cogió sus cosas después de ponerle los grilletes a Sigrid y bajó a por su espada. Un guerrero debía dormir con ella bajo la cama, el problema es que no se fiaba de su esclava. En las dos ocasiones que había tenido un arma en la mano, no había dudado en blandirla contra él y si quería tenerla cerca, no debía correr ningún riesgo. No fuese a ser que se despertase con ella al cuello.

Al salir, contempló el cielo. Había nubes. No sabía cuánto tiempo de tregua les daría. Cogió una capa para protegerse en caso de lluvia y se dirigió

hacia donde se encontraba su primo. Este le esperaba montado sobre un rocín marrón mientras sostenía las riendas de su montura. Haakon estaba, como siempre, fiel a su lado y detrás varios soldados más. Al verlo, le saludaron con un movimiento leve de cabeza.

—¿Ya se te ha pasado el mosqueo de ayer? —le preguntó Gerd.

—No —contestó taciturno. Prefirió no ahondar más en el asunto con su primo delante de Haakon. Había decidido que lo que pasara entre su esclava y él no era incumbencia de nadie.

Montó en el cuadrúpedo y los condujo de camino a la aldea vecina. Sus vastos territorios cruzaban un camino arbolado de abetos, hayas y coníferas. La lluvia del día anterior había dejado numerosos charcos que los animales sorteaban a cada rato. El cabalgar le producía un placer intenso. Su montura era un semental negro como la noche, de patas potentes y rápido como el viento, y guiaba a los demás caballos con seguridad. Llegaron al medio día. Ake desmontó con ímpetu y convocó a los ciudadanos.

El anuncio de la celebración tuvo muy buena acogida. Un murmullo exaltado se generó en la plaza con numerosos comentarios acerca de los preparativos. Balder era el hombre que tenía más autoridad allí y tuvo a bien invitarlos a comer en su casa para intercambiar información. Entre otras cosas, hablaron de las cosechas y de las necesidades de los aldeanos. En mitad de la conversación, Gerd le propinó un codazo y le hizo una seña arqueando las cejas para que hablasen del asunto que realmente les había traído.

—Balder, hay un asunto que necesito comentarte y que requiere mi atención. Estaba pensando en buscar ciertas alianzas entre los hombres solteros de por aquí con varias mujeres de mi aldea. El viejo de Stenkil me ha comentado que tenéis un hombre muy adecuado para una mujer que procede de una familia bastante importante de mi aldea. Me han hablado muy bien de Leif. ¿Lo conocéis? —dijo Ake.

—Sí, hombre. Ahora mismo lo mando llamar. Es un poco tosco y parco en palabras. Disculpa al muchacho, no es un gran conversador. Le alegrará saber de su tío. ¿Qué tal está? —se interesó Balder.

—Sinceramente, no muy bien. Se está muriendo —comentó Ake.

—¡Por Freig! ¡Qué lástima! Era un buen hombre. ¡Esperemos que Odín lo acoja en Ragnarok! —Hizo una seña a un esclavo y le pasó el recado.

Ahora solo tenían que esperar para conocer al joven y que la suerte estuviese de su parte para que aceptase la proposición.

Capítulo XIV

Por fin se le había presentado la oportunidad de visitar la herrería. Kaira cogió el cubo de madera roto y lo llevó para que lo reparasen. Exhibió una de sus mejores sonrisas y se apoyó a esperar justo en el lugar que sabía que el herrero colgaba las ganzúas. Con mucho disimulo, se tocó el cuello como para rascarse y apresó el manajo entero que dejó caer por la manga de su vestido. El herrero seguía golpeando el hierro y no era consciente de los movimientos de ella. Kaira dejó caer los pequeños hierrecitos al descender el brazo y con dedos hábiles sacó una que escondió en su corpiño con movimientos disimulados.

—Voy a ponerle un clavo aquí y ya estará reparado —dijo el herrero.

Kaira esbozó una sonrisa falsa y, en cuanto le dio la espalda, devolvió las ganzúas restantes a su lugar.

—Bueno, pues ya está. —Cogió el cubo arreglado que le tendía el herrero y se marchó de allí con una sonrisa triunfal.

Sin embargo, quedó congelada a medio camino. Brynja la esperaba con su inseparable amiga Freda. Quiso ir en dirección contraria, pero se vio bloqueada por dos hombres.

—¿Sabes? Creo que no te han enseñado a comportarte como una esclava. —Brynja chasqueó los dedos y a su señal aquellos dos individuos la apresaron por los brazos con manos de hierro.

—¡Soltad...! —El que tenía barba rubia, le tapó la boca para que no gritara y no llamara demasiado la atención y, con impotencia, se vio arrastrada hacia el interior de una casa dónde fue amarrada a una silla por los brazos.

—¡Yo no estoy bajo vuestra potestad! ¡No tenéis ningún derecho sobre mí! —espetó Kaira cuando se vio libre de la mano que presionaba su boca.

Las dos mujeres se miraron entre sí y estallaron en carcajadas.

—¿Has oído, Freda? Tiene el descaro de rebelarse. —Brynja se acercó hasta ella y le golpeó en la cara con la mano abierta—. Veo que estás muy segura de tu relación con nuestro señor. Veremos si después de esto te vuelve a mirar igual que siempre. Ardo en deseos de sentarme en la fiesta a su lado y ver cómo tú me sirves.

Del golpe, la ganzúa que llevaba escondida escurrió por sus ropas.

—¿Qué me vais a hacer? —exigió Kaira.

—Entre tú y yo no hay gran diferencia. ¿Y sabes por qué? Porque, aunque llevas un vestido sencillo y no tienes joyas, bien podías pasar por una liberta —comenzó a decir Brynja con voz calmada.

—Entonces, los grilletes qué son, ¿decorativos? —le respondió Kaira con enojo.

—Un recordatorio de lo que eres, pero no se ven con la falda —señaló Freda con odio.

—Así que —Brynja le arrancó el pañuelo que llevaba anudado a la cabeza con una sonrisa perversa—, te vamos a cortar el pelo.

Kaira henchida de odio se juró no dejarse intimidar por ellas, no derramaría ni una sola lágrima ni suplicaría piedad, no les daría semejante satisfacción. El pelo ya crecería, sin embargo, jamás olvidaría aquella humillación. Su lado guerrero juró vengarse de todos ellos.

Le dieron un fuerte tirón de pelo para traer su cabeza atrás y pusieron la navaja frente a su rostro. Kaira no opuso resistencia, al contrario, permaneció impávida, como si la cosa no fuera con ella. No obstante, no bajó la vista al suelo en ningún momento para no ver caer los mechones dorados y quebrarse. Los tirones se sucedían bastante a menudo. No sabía si eran con el propósito de molestarla o porque en verdad les estaba costando bastante cortárselo. Había de reconocer que siempre tuvo una preciosa melena, espesa y abundante. Cuando terminaron, ambas observaron su obra con satisfacción y se mofaron de su cabeza calva.

—Ahora sí eres una verdadera esclava. Ya puedes marcharte —dijo Brynja con crueldad—. Que la aldea entera vea lo que eres.

Cogiendo su pañuelo, lo lanzó al fuego con desprecio. Luego, los dos hombres, que solo actuaban ante una orden directa de Brynja, la desataron y el moreno de ojos hundidos la zarandeó con tal violencia que la ganzúa cayó de su vestido al suelo con estrépito.

—¿Y esto? —Brynja la recogió del suelo con maldad—. ¿Pensabas huir?

Kaira no contestó, se limitó a observarla con el semblante inescrutable.

—Bien, en vista que el gato te ha comido la lengua, me la quedo. Así me aseguro de que no puedas escapar.

Kaira con toda la dignidad que pudo, dijo muy solemne:

—No tengo problema. Piensa que la fuerza que poseo no reside en mi pelo.

Las dos mujeres se miraron sin comprender. Kaira les había enviado una clara advertencia. En su aldea había un proverbio: a un hombre herido que ha

perdido una pierna, aún puede montar a caballo; uno sin manos, puede pastorear; y el sordo, puede matar. Solo los muertos no pueden hacer nada. Mientras ella estuviese viva, aún podría cobrarse su venganza.

El frío de la calle le heló el cráneo desprovisto de su mata de pelo. Por el camino, la gente se volvía a mirarla y murmuraban a sus espaldas. Kaira siguió con la cabeza bien alta sin dar muestras de estar afectada, pero aceleró el paso todo lo que pudo. En cuanto atravesó la puerta, Nerta posó su mano en el pecho y ahogó un grito.

—¡Por Freya! ¿Quién te ha hecho eso?

Kaira comprendía su desconcierto. Lanzó un suspiro de resignación.

—¿Hay algún pañuelo con el que me pueda cubrir por el momento? —terció.

—Toma el mío. Han sido ellas, ¿verdad? Esto solo puede ser cosa de Brynja y Freda —conjeturó.

—Da igual, Nerta. Nada va a cambiar este destrozo. —Se señaló la calva y continuó sin mostrar sus verdaderos sentimientos.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —se asombró Nerta.

—¿Prefieres que lllore y monte un drama? No me educaron para eso. —Por no añadir que en realidad aquello no iba a quedar así.

—No quiero imaginarme lo que va a decir el señor... ¡Ay, la que van a liar esas dos! —se lamentó Nerta.

—No va a decir nada porque soy una esclava —repuso con ironía.

—A ese hombre le gustas de verdad, Sigrid —dijo Nerta.

—Creo que te confundes, Nerta. Ese hombre solo siente deseo. El amor es algo más —le contradujo.

—No es lo que yo veo en sus ojos cuando te mira —puntualizó Nerta.

Kaira prefirió no insistir. Aquella conversación tocaba un terreno que prefería evitar. Se anudó la tela y se sintió más tranquila al cubrir su vergüenza. Aparte de más abrigada. El resto del día se lo pasó dentro de la casa. Nerta no la dejó salir ni a tender la colada. Aburrída, se asomó a la puerta cuando hasta sus oídos llegó una conversación que requirió toda su atención.

—Cuentan por ahí que Sigurd Ring regresa. ¿Sabéis que nuestro rey se enfrentó él solo a veinte hombres y los mató de un solo hachazo?

—Pues yo he oído que llegó volando en un dragón blanco de dos cabezas.

La gente escuchaba embelesada las proezas del gran Sigurd Ring. La realidad se mezclaba con el mito sin que nadie se cuestionase la certeza de

aquellas afirmaciones. Era el nuevo entretenimiento de la población. Ensalzar la figura de una nueva leyenda para cundir el miedo entre sus enemigos. Por ende, los grandes hombres inspiraban a los guerreros a no tener miedo en la batalla y a ambicionar a ser como ellos. Pero no era eso lo que más interesaba a Kaira, era que su hermano podría estar de regreso. Y si llegaba y no la encontraba en su aldea, sabía que vendría a buscarla. No quería por nada del mundo un enfrentamiento contra Ake. Su hermano lo despellejaría vivo sin tan siquiera escucharla. De alguna forma tenía que burlar la vigilancia y escapar de allí, antes de que Ivar la encontrase primero.

Ya comenzaba a oscurecer y Kaira tenía ganas de tumbarse a descansar. No había parado en todo el día. Estar ocupada le evitaba recordar la vileza de Brynja. Sin embargo, la ansiedad comenzó a embargarla cada vez que escuchaba una fuerte pisada o una voz masculina. ¿Cómo reaccionaría Ake cuando la viera?

Bostezó una vez más y Nerta la animó a retirarse.

—Si regresa antes de que me duerma, ¿te importaría no decirle nada de esto? —le pidió.

—De eso nada. El señor debe saberlo. Vete a descansar, anda. Por hoy ya has tenido demasiadas experiencias. Yo te aviso si te necesito —la tranquilizó Nerta.

Kaira subió al cuarto de Ake atribulada por haber perdido la ganzúa que tanto le había costado robar. Por culpa de Brynja había perdido una magnífica oportunidad. Sus planes no habían variado, sino que las ganas de llevarlo a cabo de inmediato se habían acrecentado. Sin embargo, debía ser paciente y esperar que la suerte le favoreciese de nuevo. Se sentó en la cama y una lágrima se escurrió por su mejilla. Se acurrucó encima de las pieles y se negó a desprenderse del pañuelo. No quería que Ake la descubriera sin él. ¿Por qué le importaba tanto con qué ojos la mirase? Ella no era más que su juguete.



El sobrino de Stenkil no había sido fácil de persuadir. Parecía reacio a aceptar a Brynja, sin embargo, no perdía las esperanzas, al menos, iría en los próximos días para visitar a su tío. Durante su estancia, esperaba convencerlo para que aceptara a sentarse cerca de ella el día de la fiesta.

Ake hizo una señal a su hueste de guerreros y azuzó las riendas. El viaje no podía haber sido más infructuoso. Necesitaba concertar urgentemente un matrimonio para librarse de esa mujer tan exasperante. Sin embargo, su prisa por volver no tenía nada que ver con las obligaciones. Era más bien que deseaba ver a Sigrid. Quería hacerla partícipe de sus decisiones para a ver si así conseguía ganársela. Añoraba su olor y esa preciosa melena dorada.

Cuando llegó, era ya muy entrada la noche. Los hombres iban cansados. Ake avisó a Nerta de que les preparase algo de comer. Buscó con la mirada a Sigrid, pero no se encontraba a la vista.

—Mi señor —lo llamó Nerta.

—¿Dónde está Sigrid? Llámala para que venga a atendernos a mí y a mis hombres —ordenó.

—Tenéis que saber algo antes, mi señor.

Ake gruñó molesto porque, en vez de obedecerle al instante, le fuese con más problemas. Lo intuía por el tono preocupado de su voz.

—¿Qué sucede, Nerta? —preguntó exasperado.

—Esas dos mujeres, Brynja y Freda, le han rapado el pelo a Sigrid —dijo Nerta con la voz temblorosa.

Ake apretó la mandíbula con fuerza, alzó la vista hacia el piso superior y subió los peldaños de madera de dos en dos, dejando a Nerta con la palabra en la boca. Abrió la puerta de su habitación con violencia y la encontró sentada sobre la cama con un pañuelo sobre la cabeza. En dos zancadas llegó hasta ella y la cogió de la barbilla con rudeza. Sigrid no levantaba la vista. Ahuecó un poco la tela y comprobó con rabia que le habían arrancado lo que más le gustaba de ella.

—Esto no va a quedar así —rugió.

—Yo soy solo una esclava, Ake. Ellas provienen de una familia libre. — El derrotismo que se apreciaba en su voz le produjo un profundo pesar.

—De eso nada. No volverán a tocarte. A riesgo de morir bajo mi acero. A partir de mañana, te escoltará uno de mis hombres a todas horas. —Y suavizando la voz, dijo—: Dime, Sigrid, ¿quién las ha ayudado a retenerte?

Estaba claro que esas mujeres habían contado con la ayuda de algún hombre, cuya vida pensaba cobrarse: su fierecilla se las habría ingeniado para deshacerse de ellas. Nadie tocaba lo suyo.

—No importa. Nada de eso me va a devolver el pelo. Ya crecerá —dijo.

—Esto no lo voy a dejar pasar, Sigrid. No pueden saltarse mi autoridad. Esto es un agravio a mí y no lo voy a tolerar —repuso.

—No sé quiénes eran. Iban acompañadas de un par de hombres. No sabría precisar si eran guerreros o esclavos. Supongo que cumplían órdenes — masculló con la voz apagada.

—Me da igual. Pienso darles una lección. No se desafía al señor que les protege.

Ake salió de la habitación como una fiera y fue en busca de su primo y de Haakon.

—¡Gerd! Quiero que tú y Haakon vayáis a casa de Brynja y Freda, y busquéis a los responsables de haber apresado a Sigrid en contra de su voluntad para maniatarla y raparle el pelo —ordenó.

Gerd tensó la mandíbula y soltó un exabrupto mientras agarraba la empuñadura de su espada con vigor.

—No dudes de que los encontraremos: a quien te ofende, muerte —dijo su primo, golpeándose en el pecho con el brazo en señal de promesa.

—No. Solo pasadles este recado: por el agravio que han cometido contra mí deberán retractarse de su comportamiento en público y raparse el pelo para demostrarme que están arrepentidas. Además, deberán pagarme un tributo o esos hombres tendrán que hacerse cargo de defender el honor de ambas y, por ende, el precio que exigiré será mucho más alto. Al alba tendrán que darme una respuesta. Tienen tiempo de sobra para meditar su decisión —dijo Ake.

—¿Qué harás si deciden usar a esos hombres como escudo? ¿Tienes algo pensado para esas dos arpías? —preguntó Haakon con ojos astutos.

—Por supuesto, aunque me decepcionarían bastante y me obligarían a actuar en consecuencia. En cuanto a Sigrid, cada vez que me ausente, mandaré que la escolten. No pienso volver a dejarla sola. —De hecho, su cabeza estaba en el piso superior. Le había trastornado descubrir aquella tristeza que destilaban aquellos ojos azules. No era propio de ella.

Comieron casi sin resuello y, en cuanto terminaron de llenar el estómago, Gerd y Haakon salieron prestos para cumplir con las órdenes que les había encomendado y Ake por fin pudo estar de regreso en su habitación. Encontró a Sigrid dormitando con los pies fuera de la cama. Si sus hombres iban a custodiarla era absurdo mantenerla con aquellos pesados grilletes. Acercándose lentamente, sacó la llave y se los quitó. Ella despertó alarmada y con la mirada huidiza.

—Tranquila, soy yo. Ya no los vas a llevar puestos. —Posó una mano en su mejilla para tranquilizarla y la acarició con suavidad. Le dolía que reaccionase con miedo. Su instinto protector le hizo cubrir la distancia que los

separaba para arroparla entre sus brazos.

—Sigrid, me preocupas. No pareces tú. Apenas dices nada —susurró.
Ella se encogió de hombros y escondió la cabeza en su pecho.

—Ya te dije que me encargaría de ello personalmente. No voy a dejar que esas mujeres te vuelvan a humillar.

—¿Qué más pueden hacerme? No creo que sea necesario que nadie me escolte.

—Ni hablar. ¿Y dejar que tengan otra oportunidad de caer sobre ti? No cometeré el mismo error dos veces —expresó con contundencia.

Entre el calor que desprendía Sigrid y el tiempo que llevaban sin tocarse, aquel contacto tan íntimo provocó que su cuerpo reaccionase. Extrañaba los besos de aquella boca voluptuosa. Su mirada se posó en ella y notó la rigidez palpitante de su miembro. Se debatía entre besarla y tratar de que ella le respondiera o contenerse y no romper aquel momento.

—Ake, ¿por qué te preocupas por mí?

—¿Es que acaso no es obvio? —Posó la mano en el rostro perfecto de ella y recorrió el óvalo de su cara con suavidad.

—Para mí no.

Aquellos ojos cristalinos, que ahora lo observaban con reserva, eran su maldita perdición.

—¿Acaso no te he demostrado ya que no me importa lo que seas? ¿Crees que estarías aquí en mi cama si no me gustases? —Cogió la mano de ella y se la llevó hasta el bulto que amenazaba con salirse de las calzas—. Esto no se me levantaría si no fuese porque me atraes. ¡Si parezco un perro en celo ansioso por una de tus caricias!

—Eso es querer calmar una necesidad básica —comentó ella seria.

Llevándose la mano al pecho comentó con la voz ronca:

—Esto que late aquí dentro es por ti. Nada opaca tu belleza, ni siquiera que te hayas quedado sin esa preciosa melena dorada. Me gustas igual. Hasta cuando te enfadas. Si, según tú, tan solo quisiera calmar esa necesidad, no tendría en cuenta tu opinión ni te escucharía. Vendría, nos acostaríamos y no me preocuparía de más.

—¿Solo quieres eso de mí? —dijo, arrugando el ceño.

—No. Lo quiero todo. Me gustaría no tener que mendigarte un abrazo, una mirada... lo que sea... —respondió efusivo.

—¿Y si no soy quién tú crees que soy? ¿Me querías igual?

Aquellos ojos entrañaban cierto misterio y tenía la amarga sensación de

que era una pregunta trampa.

—No sé de qué estamos hablando —contesto con cautela—. ¿Piensas que si estuvieses en otras circunstancias no me gustarías?

—Tal vez. ¿Qué hubiera pasado si yo hubiese sido como Brynja? ¿Me habrías desposado?

—No lo sé, Sigrid. No sé si tan siquiera me hubiese fijado en ti —confesó—. El matrimonio para mí es un mero trámite de intercambio de bienes gananciales. No sé si me aportaría lo que tú me das.

Los dos se quedaron callados observándose en silencio. A veces tenía la sensación de que con aquellas conversaciones en lugar de acercarse a ella, se distanciaban aún más.

—¿Ya no tienes más preguntas? —repuso Ake.

—No... Bueno, sí —dijo, poniéndose colorada.

—¿Y cuál es esa pregunta?

—No me considero atrevida, cuando has dicho que quieres una caricia mía, ¿vale un abrazo y un beso?

—Vale todo lo que me des. ¿Solo vas a querer eso? —le preguntó con picardía.

El que su cara se volvería del color de la grana fue respuesta suficiente para él. Tardó una fracción de segundo en posar sus labios en los de ella. Cuando Sigrid le rodeó con los brazos por el cuello y exhaló un suspiro de placer, su boca se prendió hambrienta de la de ella, profundizando en un beso fiero, lujurioso, yendo al encuentro de su lengua para entrelazarse y saborear aquel dulce néctar. Nada era suficiente para él, que andaba embriagado de la dulzura que emanaba y aún quería más.

Las manos de ambos comenzaron a recorrerse por el cuerpo entre ávidas caricias, desprendiéndose de sus ropas con impaciencia. Sin embargo, Sigrid no permitió que le quitase el pañuelo.

—No me sentiré segura sin él —suplicó.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Y la cubrió a besos en la punta de la nariz, sacándole una carcajada.

Ake levantó la cabeza para observar el delicioso sonrojo que le cubría el rostro y se deleitó con las vistas. Sigrid era preciosa. Hundió la boca en la curvatura de su cuello y comenzó a recorrer cada recoveco, a saborearla, hasta descubrir aquellas zonas sensibles del cuerpo que escapaban a su control. Pasó el dorso de la mano por los bordes de los senos y la piel de ella se erizó al contacto. Sus pupilas se dilataron al descubrir los pezones endurecidos y

sonrosados. Como si de un imán se tratase, Ake los succionó con los labios en una deliciosa tortura que le arrancó, para su satisfacción, varios gemidos.

Bajó la mano por su vientre laxo y plano, introdujo la pierna entre las de ella para separarlas un poco. Continuó bajando hasta que alcanzó aquellos rizos oscuros y encontró el punto palpitante de ella. Lo frotó con suavidad, lentamente, mientras sus dedos se llenaban de una calidez húmeda que emanaba de su centro. Ella gemía y arqueaba las caderas entre profundos jadeos.

—Mi bella ninfa —la apodó.

La pasión que se desprendía de ella con cada caricia suya enardecía sus sentidos. La tenía completamente postrada a su merced. Abrió un poco la cavidad y entró en ella con un solo dedo. Con movimientos lentos y perezosos, entraba y salía de ella, haciéndola enloquecer. Con una sonrisa traviesa, Ake mordisqueó el lóbulo de su oreja y le susurró:

—¿Paro?

—¡No! —jadeó, agarrándole fuerte por los hombros añadió con vehemencia—: ¡Ni se te ocurra!

—Bien, es que me parecía que no te estaba haciendo gozar —se burló con descaro.

—Como pares, me vengaré —replicó.

—¿Cómo? —se rio.

—Levantándome y yéndome a cocinar —amenazó con una sonrisa pérfida.

—Bajaría desnudo a buscarte.

Sigrid abrió los ojos de par en par y una expresión de horror se reflejó en ellos.

—¿Y dejar que todas vean lo que yo disfruto? No. De eso nada.

Sus celos le divirtieron, aunque una especie de vértigo agradable le sacudió por dentro. Cuando ella bajó una mano para agarrarle de las nalgas y pegar su miembro a sus rizos, le sacó una carcajada.

—No seas impaciente —le regañó.

Sin embargo, con una mueca traviesa, Sigrid bajó la otra mano hasta su miembro y le susurró:

—¿Me dejas que te dé placer?

Ake no atinó a responder, pues su concentración se centró en las inexpertas caricias que le procuraban las manos de ella por su carne dura lo que anuló su capacidad de raciocinio.

—Ponte boca arriba —le susurró Sigrid.

Hizo lo que le pedía y cuando vio que descendía en dirección a su miembro, le enardeció aquel gesto tan espontáneo. Tuvo que cerrar los ojos para luchar contra la lujuria que amenazaba con enloquecerlo. La boca de suaves y rojos labios lamió su glande, saboreó las paredes con dientes y lengua, y comenzó a explorarlo lentamente. Bajó una mano y la posó en la nuca para guiarla. Estaba en el mismísimo cielo. Cuando ya no pudo más, la apartó con dulzura y, apresándola de las blancas nalgas, se la montó encima.

—Muévete, Sigrid —le pidió con ardor.

Ella se introdujo su miembro y cabalgó sobre él, al principio algo insegura, pero pronto comenzó a copular con voracidad y su cuerpo se unió al ritmo de ella. Apresó con las manos aquellos senos sonrosados y los masajeó con audacia. Ella estaba completamente excitada, sus ojos no paraban de devorarlo con descaro. Gimiendo de placer con los movimientos de Sigrid, se abandonó al gozo y, hundiéndose en la calidez aterciopelada de ella con fuerza, derramó su semilla con un gruñido gutural al llegar al clímax. No podía precisar, pero había sentido que ese día se habían unido en cuerpo y alma.

Capítulo XV

Kaira despertó plena y sonriente en el lecho. Había compartido un momento muy pasional junto a Ake y lo había disfrutado. Sin embargo, una sensación agrídulce le embargaba. ¿Qué haría Ake si descubría algún día que ella lo había engañado todo este tiempo y que no era una esclava? Cuando comenzó a interrogarlo, el derrotero de la conversación quedó en tablas. Aunque decía que le gustaba, tenía sus reservas de si de verdad sentía algo más profundo por ella o eran palabras superfluas y carentes de sentimentalismo. Estaba realmente muy confundida, pues sus actos reflejaban algo parecido al amor. Pero, aun así, no se atrevía a profundizar en los verdaderos sentimientos de él por temor a que la realidad le golpease. Anoche se había entregado a él, quizá la pilló en un momento de bajón por culpa de Brynja y consiguió ablandarla. O, tal vez, creía que Ake decía justo lo que ella quería oír. Ese hombre era su debilidad. Cuando aquellos ojos pardos se posaban sobre ella y su voz se enronquecía, perdía la razón. Tampoco tenía voluntad para resistirse a las caricias que le proporcionaban aquellos robustos brazos. Tenía que admitirlo: le gustaba mucho.

Su rostro se enrojeció al recordar lo audaz que se mostró en la cama. Las ganas de experimentar nuevas sensaciones le estaban abriendo un mundo lleno de sensualidad y lujuria hasta ahora desconocido para ella. Alguno de sus movimientos despertó a Ake, que salió desnudo de la cama y se puso las calzas. El gallo cacareó justo en ese momento. Kaira, rápidamente, se visitó y bajó a preparar el desayuno. Pero Ake solo tomó algo frugal. Gerd entraba con cara somnolienta junto a Haakon.

—Buenos días —saludó Gerd, cogiendo una pieza de fruta y llevándosela a la boca.

—¿Sabes si van a presentarse? —fue lo único que preguntó Ake.

Kaira agudizó el oído. Cuando le dijo que pensaba darles una lección, no supo precisar el tamaño de sus palabras, pues no sabía con qué se medía.

—Su familia no se opuso a tu castigo. Pero han mandado a los esclavos a defender su honor —contestó Gerd con la boca llena.

—Entonces van a sacrificar a dos personas que solo cumplían órdenes en lugar de retractarse. ¡Solo un cobarde se escudaría en otros!

—¿Acaso te sorprende? —le dijo Gerd.

—Supongo que no. Bien saben que me están insultando. En fin, acabemos con esto cuanto antes. Saca el cuero. —Volviéndose hacia ella le ordenó—: Sigrid, no te muevas de aquí.

Kaira asintió.

Al rato, entró Aila con su hijo y la buscó en la penumbra. Cuando sus ojos la localizaron, fue hasta ella y la abrazó.

—Me acabo de enterar. Siento mucho que se hayan desquitado contigo. La crueldad de esas mujeres no tiene límites.

Kaira no sabía que responder a las muestras de afecto de ella. No terminaba de acostumbrarse a que la tratara como a una igual, pues no era lo normal, además, las esclavas solían llevar el pelo rapado, que Ake no se lo hubiese pedido no era lo habitual. Aun así, se alegró de verla. Debido al temporal llevaban mucho sin coincidir. Kaira no dejaba de tener sus responsabilidades y Aila, al fin y al cabo, era libre.

—Gracias —respondió Kaira turbada.

Ebbe tiró de su mano para que se agachara.

—Dime, Ebbe —le sonrió Kaira con dulzura.

—Seguro que Ake te defiende. Los va a matar. Mi madre y yo vamos a ver el combate. ¿Vienes con nosotros?

—No puedo salir. El señor no quiere que me mueva de aquí —contestó con cierta tristeza.

—Entonces lo veremos desde la puerta —propuso el niño.

Se giró hacia su madre y le suplicó con la mirada.

—¿Ahí es posible? —Aila se volvió hacia Kaira con una mirada interrogativa.

Kaira no se atrevió a negarse ante la insistencia de ambos. La puerta de entrada tenía solo abierta la parte de arriba. Así se evitaba que el frío entrase, pero dejaba pasar algo de luz natural.

Varios hombres de Ake clavaron unas estacas sobre un cuero sucio de buey que habían extendido previamente en el suelo, ese sería el lugar para enfrentarse, ninguno de los combatientes podía salirse de la piel. Los aldeanos comenzaban a agolparse para ver qué sucedía. Fue entonces cuando Ake habló para todos.

—Cuando traje a la esclava para que me atendiese, dije que nadie debía acercarse a ella. Dos personas de esta aldea, no solo se han acercado, sino que se han atrevido a golpearla y vejarla en varias ocasiones. Insultarla, es insultarme a mí. Las casas de las señoritas Freda y Brynja me han ofendido. Y

estos dos hombres que veis aquí —dijo, señalando a los que la inmovilizaron en contra de su voluntad—, se han ofrecido a luchar para defender su honor.

El silencio, los cuchicheos y las miradas acusadoras se extendieron entre la población aglutinada. Kaira no envidiaba la actual posición de aquellas dos. En esos momentos, eran el centro de atención y no para bien. Habían manchado su reputación. Cometer un agravio contra el señor era insultarles a todos. A partir de aquel día, las puertas se les cerrarían a esas dos familias. Aun así, Brynja seguía con el porte altivo y miraba a todos por encima del hombro. Contrastaba ampliamente con el compungido de Freda, que permanecía con la cabeza gacha y la cara roja.

—El precio por esta afrenta no se resolverá solo con este combate. Exigiré un alto tributo —prosiguió Ake, dirigiendo una mirada de advertencia a los cabezas de familia de ambas mujeres.

El resto de las demás casas influyentes estuvieron de acuerdo y apoyaron a su señor. La genta aplaudió el gesto e hizo un corro alrededor de la contienda que se estrecharía a medida que alguno amenazara con salirse. Gerd le hizo entrega de un escudo y una espada al primer adversario, el hombre barbudo de pelo rojizo y ojos hundidos que la zarandó aquel día. Mientras tanto, Ake preparaba su armadura y se pintaba la cara con pintura negra. Se cubrió la cabeza con un casco, se pasó una cota de malla por encima y desenfundó su espada. Cuando estuvo listo, cogió del suelo un escudo redondo azul y rojo, con el grabado de un dragón y cuyo umbo^[26] parecía de plata. Dio varios golpes en él para avisar de que el combate se iniciaba.

Los dos comenzaron a girar y el esclavo se lanzó a dar el primer estoque de gracia. Se escuchó un golpe seco que rebotó en el escudo de Ake y que este, hábilmente, desvió. Estaba claro que era una lucha desigual. La destreza de Ake no se podía comparar con la de aquel infeliz. No obstante, Ake se compadeció de él y le dejó que lo intentase varias veces sin éxito. El hombre, en el último trallazo que dio, rebotó y amenazó con salirse de la piel. Sin embargo, los hombres cercaron el círculo y le empujaron adentro entre fuertes gritos. Antes de reanudar, Ake observó a su oponente desde el sitio y dio varios pisotones al suelo como indicativo de que estaba preparado, pero solo consiguió atemorizarlo y que diera círculos alrededor de la piel. Los hombres le jaleaban y animaban a luchar. Sin embargo, Ake pronto le alcanzó con la espada en una pierna que comenzó a sangrar a borbotones. El hombre realizó una mueca de dolor, aun así, se protegió con el escudo e intentó defenderse, mas se batía con movimientos torpes que no conseguían provocar ni un

rasguño en el varonil cuerpo de Ake. La debilidad fue patente. Así que Ake prefirió no alargar más su sufrimiento, levantó la espada y le lanzó con toda su fuerza contra el cuello y lo mató al instante.

La población entera gritó de júbilo y sacaron a rastras el cuerpo sin vida para ponerlo a los pies de Freda, pues era a quién servía. Freda se quebró al ver a su sirviente y rompió a llorar. Quiso apartarse, pero su padre no la dejó moverse y la obligó a cumplir con su penitencia.

Cuando fue el turno del segundo hombre que la había apresado, el rubicundo de nariz aguileña y rostro afilado que le tapó la boca, intuía que su destino sería el de unirse al de su compañero. El cuero ya estaba impregnado en sangre y muy pronto se derramaría la suya. Varios hombres empezaron a canturrear una canción de guerra y a dar golpes en los escudos de madera. Eso inquietó más al esclavo que, a la señal de Ake, se tiró sin resuello a lanzarle trallazos sin ton ni son en un último acto de valentía. La falta de técnica de aquel segundo hombre le valió que la espada de Ake se le incrustara por el estómago y lo atravesara hasta la espalda. Ni la vio venir. Cayó desplomado ante la algarabía de los hombres.

Al igual que el del otro hombre, su cadáver fue arrastrado hasta Brynja y se lo pusieron a los pies, la cual ni se inmutó. Ake se acercó a ambas mujeres y les habló:

—Espero que estéis orgullosas de lo que habéis hecho. Ahora dos hombres yacen aquí por vuestra culpa. Al menos, han mostrado valentía y han muerto con la espada en la mano. Odín tiene a dos nuevos guerreros. Ya podéis enterrar a vuestros muertos con honores, pues han demostrado ser merecedores de ello. No puedo decir lo mismo de vosotras.

—¿Creíais que me iba a dejar humillar por una simple esclava que pensaba huir de mi señor? Preguntadle —replicó Brynja con rabia.

—¡Cállate ya, Brynja! ¡Basta ya de mentiras! —le regañó su padre—. Es suficiente. ¿Cuáles son vuestras exigencias?

La cara de Ake era una máscara fría e inexpresiva. Cuando habló, lo hizo con voz segura:

—Una de las condiciones es que a vuestras hijas las caséis con alguien de otra aldea. No las quiero aquí. Y durante un año, la mitad de vuestras cosechas serán mías, siempre y cuando vuestro deseo sea permanecer aquí. Si por el contrario decidís abandonar esta aldea, me quedaré con vuestras tierras —repuso Ake inflexible.

Freda levantó la cabeza entre sollozos y suplicó con la mirada a su

familia. Estos aceptaron sin rechistar. Sin embargo, Brynja alzó la cabeza desafiante y dijo:

—Esto no va a quedar así. Y yo no miento. Esa esclava a la que adoráis pensaba huir. Le quité una ganzúa que llevaba escondida entre sus ropas y si no me creéis, preguntadle a ella.

—Ella no es asunto vuestro —zanjó Ake, acallando a Brynja e imponiendo su autoridad.

—Cumpliré mi parte de este trato tan injusto, pero esto no va a quedar así —amenazó serena.

Luego, se abrió paso entre el gentío con los ojos relampagueando de ira.

Kaira temía las represalias de Ake. ¿Creería a Brynja?

Acabado el espectáculo, la población comenzó a desperdigarse mientras retiraban los cuerpos inertes de aquellos dos hombres. Aila se despidió de Kaira y prometió ir a visitarla otro día.

Ella aprovechó para desaparecer en el interior de la casa y proseguir con las tareas domésticas. No se atrevía a enfrentarse a Ake. Sin embargo, aquella conversación era inminente. Ake entró y la mandó llamar. La esperaba en la sala principal, lo que no era buena señal. Con pasos suaves, se acercó casi sin hacer ruido y carraspeó para hacerse notar cuando estuvo dentro. Ake estaba con la mirada perdida en un punto.

—Entra. ¿Es cierto lo que ha dicho ahí Brynja? No quiero que me mientas, Sigrid. —La voz de Ake sonaba dura.

—Sí, es cierto. Me dolían los pies de los grilletes. Quería estar a ratos sin ellos. —Su cabeza funcionaba a toda velocidad. Esperaba que aquella mentira piadosa fuese suficiente para él.

—¿No pensabas huir? —insistió.

Kaira se mostró ofendida y replicó:

—¿Cómo voy a escapar de aquí? Tus hombres están por todas partes. ¿No crees que ya lo hubiera hecho si hubiese podido?

—No lo sé. Dímelo tú —repuso con frialdad.

—No tengo nada más que añadir. ¿Vas a castigarme? —Alzó el mentón desafiante y lo miró directamente a los ojos.

Los ojos castaños de Ake mostraban algo parecido al dolor o la decepción.

—No. No voy a castigarte. Te daré un voto de confianza. Ahora ya no los llevas. Pero siempre serás vigilada por uno de mis hombres, recuérdalo.

Salió de allí oprimida por los sentimientos encontrados que se

arremolinaban dentro de ella. Su frialdad le dolía más que si le hubiese puesto la mano encima. Así habría tenido un motivo para odiarlo y no sentirse culpable por escapar de él.



El tener que enfrentarse a dos hombres que no eran rivales para él le apesadumbró. En primer lugar porque, al escudarse en ellos, estaban insultándole. Y, en segundo lugar, tendría que matarlos para darles una lección y que nadie más desafiara su autoridad, pues un esclavo era parte importante de la familia. Freda había demostrado que era una chica tonta que se dejaba llevar por Brynja. Parecía mostrar cierto arrepentimiento. La otra era harina de otro costal. La inquina que le tenía a Sigrid era preocupante.

Enterarse en boca de esa arpía que su querida esclava podía estar tramando una huida le atravesó el pecho. Estuvo tentado en no creer en la palabra de Brynja y evitar preguntarle, pero no se consideraba una persona estúpida. Algo le decía que no mentía. Quizá era cierto que le dolían los grilletes. Pero tenía un pálpito que recelaba de su explicación. Desde que la conoció tenía un espíritu guerrero y le combatía a cada minuto. Sin embargo, se le entregaba con absoluta pasión. Algo contradictorio.

Por primera vez, empezaba a considerar seriamente si de verdad le estaba ocultando algo. Si lo hablaba directamente con ella, sabía que lo negaría. Y si sabía que sospechaba, tomaría precauciones, algo que quería evitar a toda costa. Quería que se relajase para pillarla con las manos en la masa.

—¿Puedo pasar? —le interrumpió su primo.

—Adelante. Dime, ¿qué quieres?

—Ya sabes que desde que Haakon mató a aquellos hombres no han vuelto a molestarnos. Sé que hemos reforzado las fronteras y las murallas. No digo que hayan cogido la indirecta, pero creo que debería ir a echar un vistazo y averiguar algo, ¿tú que piensas?

Lo que Gerd le decía tenía bastante sentido. Pronto empezaría la peregrinación de ambas aldeas a esta y debían procurar un ambiente seguro.

—Está bien. Pero quiero que vayáis pocos hombres. Si os descubriesen con un grupo grande pensarían que los estamos atacando.

Gerd estuvo de acuerdo. Por algo le apodaban Ojo de Águila, siempre en

alerta constante.

Su silencio y su mirada perdida, le hizo carraspear para llamar su atención.

—¿Te preocupa algo más, Ake? ¿Crees que deberíamos hacer incursiones por los alrededores?

—No, Gerd, lo siento, estaba pensando en otra cosa. —Cogiendo un cuerno de Ale se sirvió un poco y le ofreció a su primo que aceptó con gusto —. Aún sigo dándole vueltas a lo que dijo esa bruja de Brynja.

—Pero ¿tú la crees? Yo no me fiaría de su palabra —resopló su primo.

Gerd se acomodó en la silla de cuero de al lado y estiró las piernas.

—Sigrid no lo ha negado —continuó Ake.

—¿Entonces es cierto que quería escapar? —se sorprendió Gerd, incorporándose hacia delante.

—Según ella no.

—Pero tú no la creíste, ¿cierto?

Afirmó con un movimiento de cabeza.

—Aun así, tengo la sensación de que hay algo que se me escapa con ella. —Se mesó el pelo reflexivo y bebió ale.

—No sé, Ake, la verdad es que no actúa como una esclava. —De repente, Gerd se quedó callado y frunció el ceño—. Su porte es demasiado orgulloso. ¿Le has preguntado cómo llegó a convertirse en esclava?

—No la estarás comparando con Ingrid, ¿verdad? —Ake arqueó la ceja, sin embargo, no le parecía tan descabellado.

—¿Y por qué no? ¿Y si hubiese sido libre y su familia hubiese contraído una deuda muy alta? Al cambiar de señor, le has quitado la posibilidad de saldarla.

Ake observó a su primo y rumió semejante conjetura.

—La verdad es que me encaja bastante con su comportamiento. Pero ¿por qué huir? La encontraría y sería castigada.

—Puede haber mil motivos, lo mismo quería escapar de ese par de brujas, para buscar a su familia... No lo sé, Ake. No obstante, siempre puedes castigarla por lo que ha hecho. Estás en tu derecho.

—Lo sé. Aún no he decidido qué voy a hacer con ella —dijo, sorbiendo su bebida.

—Esa mujer te está debilitando, Ake. ¿Por qué no le ofreces la libertad? Lo mismo se esfuerza en agradarte para conseguirlo —sugirió su primo con un brillo pícaro en los ojos.

Eso era algo a lo que Ake se negaría siempre por temor a que lo abandonara. Ella jamás hablaba de sus sentimientos hacia él, lo que le llenaba de dudas y le corroían por dentro. Desechó hablar con ella por el momento.

En su lugar, marcharon fuera a entrenarse con los hombres. Ake ordenó que formaran dos grupos de guerreros y que crearan una barrera humana usando los escudos para protegerse y practicar. Cuando llegaron hasta sus rivales, entrechocaron los escudos con estrépito y empujaron con fuerza. Los hombres sudaban, rivalizando por vencer al contrario, haciendo uso de hachas y lanzas de madera. En cuanto que uno caía, lo sustituía otro y seguían avanzando. Era una forma de practicar y estar en forma. En batalla, cada herido o muerto impedía el correcto avance del enemigo, lo que les había procurado numerosas victorias. Ahora los supuestos heridos se retiraban y volvían al ataque.

El ejercicio le vino bien a Ake para despejarse. Cuando regresó y no la vio por la casa, pensó que estaría fuera tendiendo o cogiendo agua, sin embargo, al descubrir dentro al hombre que había destinado a protegerla, imaginó que estaría en la habitación. Subió al piso de arriba y encontró la puerta cerrada. Extrañado, la abrió despacito para ver si estaba atrancada y se topó con la hermosa imagen de ella aseándose. Un sentimiento de lascivia le inundó al instante. Cerró la puerta tras de sí con un golpe seco provocando que ella pegara un respingo al descubrirle.

—No tenía otro sitio dónde lavarme —se excusó. Recogió del suelo una piel junto al cubo de agua y el jabón, y se cubrió—. Ya acabo.

—Por mí no lo hagas. Me encanta verte. —Sigrid tenía un cuerpo precioso. Digno de admiración—. Pero la próxima vez atranca la puerta —gruñó.

Si hubiese subido uno de sus hombres en su lugar, los habría matado por entrar.

—Le dije a tu hombre que necesitaba privacidad. Acabo de subir. No pensaba tardar mucho. Tengo aún cosas por hacer.

Ake la observó consternado escapar de su lado. Aun así, no podía evitar seguir dolido por su traición.

Capítulo XVI

Desde aquel día, se habían vuelto a distanciar y Kaira era consciente de los motivos. Su traición estaba llevando a Ake a presentarse de forma intempestiva a diferentes momentos del día. Kaira tenía la absoluta certeza de que no la había creído y que iba a comprobar que no huía. Un impedimento más para lograr escapar. Su nueva escolta, aunque disimulaba muy bien, no perdía detalle de cada movimiento de ojos que hacía o camino que tomaba. Casi estaba segura de que la vigilaba y que le pasaba informe a Ake. Los remordimientos le hacían sentirse peor y la llevaban a evitarle durante el día, pues ya no se sentía digna de él. Sin embargo, por las noches, ambos se entregaban al otro en cuerpo y alma, y eso le estaba minando por dentro porque ya apenas hablaban, lo suyo había derivado en una relación exclusivamente sexual.

«¡Maldita Brynja!».

Aunque la culpa era toda suya. Que la otra hubiese tenido la desgracia de descubrirla, no era la que le había incitado. Por otro lado, se alegraba de que Brynja y Freda hubiesen partido ya. Desconocía hacia dónde, solo sabía que salieron para buscar marido en otra parte. No verlas, le daba cierta seguridad.

Se giró y descubrió detrás a Gerd mascando una pajita. Le había tocado a él ser su escolta. El primo de Ake no le dirigía la palabra. Es más, a veces tenía la sensación de que la observaba molesto.

Gerd había desaparecido varios días de la aldea. Lo sabía porque era al que más controlaba, pues era la mano derecha de Ake y solían verse casi todos los días. A los pocos días de su regreso, Gerd y varios hombres volvieron a desaparecer, para retornar con un puñado de cadáveres. Ese día, Kaira pasaba por la entrada cuando el hombre de Ake le había obligado a acompañarlo para hablar con ellos de esas muertes. Entre el gentío había un montón de curiosos. Otros, simplemente, estaban allí para tratar de identificarlos. Ella había reconocido a uno de ellos, era un escolta de uno de los muchos pretendientes que había tenido. Lo que quería decir que alguien sabía que estaba allí. Pero como a ella nadie le preguntó, no dio muestras de reconocimiento. Algo que le alarmó bastante. De momento, estaba segura tras esos muros, pero no sería así eternamente. Cada día temía más el momento en que su hermano u otros se presentasen con su hueste de guerreros.

De repente, Gerd la cogió del brazo y la guio hacia la parte trasera de una casa. Por allí no había apenas aldeanos y Kaira se encrespó. Solo tenía el cubo que usaba para coger agua como arma defensiva. Su mente guerrera siempre maquinando.

—Sigrid, te dije que hicieses feliz a mi primo. No solo no lo haces, sino que encima estás tratando de escapar. A mi primo puede que le manejes, pero a mí no me das gato por liebre. O me dices quién eres de verdad o te la sacaré por la fuerza. —Los ojos verdes de ese hombre la taladraban con furia.

—No se puede hacer feliz a alguien cuando una tampoco lo es —replicó con insolencia.

No quería admitir que amaba a Ake. Era un sentimiento que se lo guardaba para ella. Su hermano siempre le había dicho que el amor les hacía débiles en las batallas. Tenía muy presente sus consejos, sobre todo, si quería que Ake no sufriese.

Ivar la había llevado lejos de la aldea. Kaira no entendía por qué se alejaban tanto si nunca antes lo habían hecho, y, mucho menos, desde que abandonaron al bebé. Ella creía que los espíritus estaban vigilándolos y no le gustaba el silencio que se respiraba allí.

Sin previo aviso, su hermano se paró y Kaira chocó contra él. El bosque de pinos se abría a lo lejos en un inmenso claro.

En el centro, estaba el perro guardián de su madre atado a un árbol. El animal se encontraba tumbado con las orejas en alto, vigilando. Kaira quiso correr para soltarlo, cuando Ivar la sujetó y le obligó a esconderse. Justo al otro lado, había un gran oso pardo que no había divisado. Olisqueaba el aire con aquella enorme nariz. Thor, que así se llamaba el can, comenzó a ladrar furioso y a moverse de un lado para otro con agresividad. Sin embargo, el oso dio la vuelta y se marchó. Su hermano entonces la dejó levantarse y le reprendió:

—¿Te has dado cuenta de que no has asegurado el terreno antes? Si no llego a cogerte, el oso te habría descuartizado —le regañó su hermano—. He dejado a Thor ahí porque sabía que ibas a tratar de liberarlo.

—¿Cómo has podido? Podían haberlo devorado —se enfureció Kaira.

—Thor tiene su mecanismo de defensa. Piensa que si en lugar de haber sido el perro de mamá, hubiese sido yo el que hubiese estado atado, no habría tenido ninguna posibilidad de escapar. Porque tú no te habrías

asegurado de si había enemigos.

—¡Eso no es cierto! —replicó Kaira con lágrimas en los ojos.

—Kaira, ahora eres una niña, pero recuérdalo para el futuro. El amor nubla la razón. Hay que tener mucho coraje para separar el corazón de la razón. Un guerrero se guía por su instinto y más si su vida peligra.

Fue una de sus primeras lecciones.

Gerd la observó durante un rato y añadió:

—Porque mi primo no me deja, pero te mereces un buen castigo.

—Adelante, uno más tampoco se iba a notar. —Kaira le provocó a propósito a sabiendas de que se estaba jugando el pellejo. Hasta ahora no había jugado su baza, mas era hora de mover ficha y descubrir quién era en realidad. Puede que fuese la última posibilidad que se le presentase.

Cuando Gerd se abalanzó a por ella, Kaira se agachó para evitar que la agarrase y le golpeó en el estómago con el puño cerrado. Rodó lejos de su alcance y se atrevió a quitarle la espada a la vez que se incorporaba. La cara de Gerd fue de auténtica sorpresa.

—Devuélveme a *Dolor*.

—¿*Dolor*? ¡Qué nombre más interesante para una espada! —se admiró Kaira mientras la empuñaba examinando el exquisito acabado del acero.

Gerd se cruzó de brazos y la estudió.

—Tú no eres una simple esclava. ¿Quién eres? —Gerd frunció el ceño y su mirada se oscureció.

—De momento, sigo siendo una cautiva —contestó enigmática—. Pero os reto a que descubráis mi verdadera identidad si tanto queréis saber quién soy.

Gerd dio un paso en su dirección y Kaira meneó la cabeza amenazadora. Blandió la espada delante de él y cuando le hizo una pequeña demostración de que podía matarle si quisiera, sonrió al ver que el guerrero reculaba, aunque no por ello se amilanó.

—No te conviene enojarme. Entrégamela por las buenas, Sigrid, o será peor para ti. Mira a tu alrededor, no puedes escapar.

—¿Creéis que esa es mi intención? —se burló.

—Sí —contestó Gerd muy seguro.

—Pues os equivocáis conmigo. Solo quería vuestra atención.

—¿No me temes? —Gerd comenzaba a impacientarse con su juego.

—No. Tomad —dijo, lanzándole la espada con una sonrisa cínica—. Así

veréis que a diferencia vuestra, yo solo quería hablar.

—Me da la sensación de que el día que descubra tu verdadera identidad no me va a gustar —replicó, enfundando su arma. Luego, la agarró fuerte del brazo y tiró de ella.

—¿Me has desafiado para que encuentre a tu familia? Nadie sabe que estás aquí, ¿verdad? —comenzó a conjeturar Gerd. Kaira sonrió y negó con la cabeza—. Presumo que no quieres que lo sepa Ake. ¿Por qué yo sí?

—Porque sé que sois muy importante para él y el único capaz de hacerle razonar.

—¿Razonar? ¿Sobre qué? —Gerd arqueó las cejas y meneó la cabeza confundido.

—Sobre dejarme ir. Tenéis que ayudarme a salir de aquí. Cuanto más tiempo paso entre estos muros, más os estoy poniendo en peligro.

Gerd lanzó una carcajada y la observó divertido.

—¿Me tomas por idiota?

Kaira no sonreía. Estaba totalmente seria.

—¿Veis que me divierta? En mi vida he hablado más en serio.

Gerd se paró repentinamente y la obligó a enfrentarle.

—¿Por qué no me dices quién eres y acabamos con esto? —Los dedos de Gerd se cerraban con fuerza alrededor de su brazo.

—Averiguadlo por vuestros propios medios. No es muy difícil cuando algunos de los que habéis matado saben que estoy aquí. Pronto tendréis un ejército a las puertas.

—¿No me vas a dar tan siquiera una pista? —replicó Gerd, zarandeándola bruscamente.

—No —rechinó con los dientes—. Ese es vuestro problema, señor.

—¿No temes que le cuente esto a Ake?

—Si en algo os consideráis inteligente, sé que haréis lo que sea para protegerlo. Solo os creará si le entregáis pruebas de mi verdadera identidad. Esto ha sido un malentendido desde el principio.

Como habían salido hacia las calles. La gente se cruzaba con ellos y Gerd la tuvo que soltar. Su mirada sombría indicaba que esa conversación no iba a quedar así. Lo sentía por él, pero era la única posibilidad que tenía de salir de allí indemne. No podía escapar con los hombres de Ake pegados a su cogote, sería un suicidio y no había nadie más que le pudiese ayudar.

Cuando llegaron a la entrada, Ake hablaba con la mujer del hombre al que visitaron. Solo alcanzó a oír:

—...será enterrado con honores —dijo Ake.

Gerd la dejó taciturno para que continuase con sus tareas, no sin antes enviarle una mirada de advertencia. Cuando por fin entró Ake fue para darles instrucciones. El resto del día se lo pasó en la cocina.

El acontecimiento de una muerte era sagrado. Stenkil había sido un buen señor y todos querían entregarle un regalo que lo acompañaría al más allá.

Los familiares vistieron al muerto con sus mejores ropas y decoraron el cuerpo con joyas de oro y piedras preciosas. Las riquezas que había ganado en vida, le acompañarían en la muerte. Durante el día, se preparó uno de los *drakkar* que serviría para llevar al difunto hasta Asgard.

Por fin, trajeron el cuerpo del anciano sobre un carro que tiraban cuatro hermosos rocines a los que más tarde sacrificarían y a los que sacarían las tripas para comer.

Una esclava también se ofreció como sacrificio para acompañarlo al más allá.

Ake entró adentro y las apremió:

—¿Ya están listas las vasijas con la comida que vamos a poner en la tumba?

—Sí, mi señor —contestó Nerta.

Kaira agradecía enormemente que fuese ella la que diese la cara. Ella se quedaba retraída y apenas se atrevía a contemplar aquellos ojos oscuros que la devoraban con la mirada. Cada una cargó una vasija que Ake izó a la nave junto a los demás presentes.

En el interior del barco habían apilado las armas que habían acompañado a Stenkil durante su época de conquistas. Numerosos utensilios se habían dejado a su alrededor para procurarle una vida próspera y fructífera en el más allá. Hasta el perro de caza que tantas veces lo había acompañado estaba allí.

Mientras tanto, se inició el rito para sacrificar a la esclava, a la que dieron de beber alcohol. Por la noche, varios hombres se la llevaron a una tienda. Era el rito sexual de despedida. Todos le susurraban que le diera recuerdos a su amo y que eso que le hacían era por amor a él. Para que no se escucharan los gritos, los hombres golpeaban los escudos durante el tiempo que duraban las relaciones.

Por primera vez, Kaira lo vivió desde el lado de una esclava y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Como si Ake le hubiese leído el pensamiento, sus ojos se encontraron y ambos se quedaron observándose en silencio.

Cuando sacaron a la esclava de la tienda tenía la mirada perdida, todos lo celebraron, pues creían que ya se estaba comunicando con el más allá. Sin embargo, a Kaira le subió la bilis a la boca y le dio una arcada que reprimió para no vomitar allí mismo. La tumbaron a los pies de una anciana apodada El Ángel de la muerte y esta se acercó hasta la muchacha, a la que dio a beber un brebaje anestésico para evitarle más sufrimientos. Luego, la estranguló y la pusieron al lado del anciano.

Era el momento de prender la nave. Varios hombres lanzaron flechas al interior del barco y acercaron las antorchas a los leños que sujetaban el barco.

El rito para que descansara en paz se había completado. La enorme pira de fuego fue devorando lentamente la nave y todo su interior fue engullido por una enorme lengua de fuego. El olor a carne quemada enrarecía el ambiente, lo que aumentaba la sensación de que su espíritu ya ascendía hacia el lugar sagrado para reunirse con los suyos.

El cielo pronto se vio inundado de puntitos rojizos que desaparecían en la inmensidad de la noche. Kaira se quedó embobada observando cómo la nave quedaba reducida a cenizas. Era el momento de echar tierra por encima y acabar con el enterramiento.

Hechos los honores, todos regresaron en procesión a sus casas. El día había sido agotador. Como Ake se había quedado hablando con Gerd, Kaira se metió en la cama a descansar. Mañana sería un día muy agitado. Los de otra aldea habían comenzado a llegar y había que acomodarlos en las casas. Ake había invitado a algunos nobles a dormir en la suya. Sin embargo, le sorprendió que entrase tan pronto.

—Sigrid —la llamó.

Kaira pensó que querría acostarse con ella, pero cuando lo vio encender una vela, arqueó las cejas.

—¿Ocurre algo? —dijo, tragando saliva con dificultad. ¿La habría delatado Gerd?

—Estos días que va a ver gente por aquí, casi prefiero que te vayas con los demás esclavos —soltó.

—¿Eso quiere decir que ya no me quieres aquí? —No sabía por qué le importaba tanto.

—¿Que si no te quiero aquí? —susurró con la voz ronca—. Claro que sí. Pero con tanta gente que va a estar de visita, creo que vas a estar más segura en el cobertizo con los demás esclavos que aquí. Luego se emborrachan y no me fio. Es por tu bien —dijo, acariciando su mejilla—. No obstante, voy a

extrañarte.

Dejó que Ake posará los labios en su cuello y cerró los ojos para tragarse las lágrimas que caían sin control. Cuando Ake la agarró por la nuca, uno de los dedos masculinos palpó la humedecida mejilla y se separó de ella para mirarla.

—¿Lloras? —masculló sorprendido.

A Kaira le hubiera gustado negarlo, pero era absurdo. Giró la cabeza hacia un lado y observó la tenue luz de la vela con tristeza.

—¿Qué te ocurre, Sigrid? —insistió Ake.

¿Que qué le ocurría? Ni ella misma se entendía. Todo la alteraba. Hasta su estómago estaba revuelto últimamente. Estaba demasiado susceptible. Tenía cambios de humor muy bruscos que ni ella comprendía.

—No es nada. Supongo que me he emocionado. Han sucedido demasiadas cosas en estos días —mintió.

Los brazos masculinos la rodearon por la espalda y la atrajeron contra aquel torso masculino que tan bien conocía. Resignada, apoyó la cabeza sobre el hombro de Ake y soltó un lánguido suspiro.

—Esto no es una despedida —bromeó Ake a su oído.

Pero a Kaira sí se lo parecía. Quería gritarle que estaba cansada de esa situación, mas no podía. Como siempre, habría de reprimir sus sentimientos y fingir.

Ake la giró y se quedó observándole los labios. Cuando la cabeza de Ake bajó al encuentro de su boca, Kaira se sorprendió echando la mano al cuello de él para fusionar sus labios con una pasión desmedida. Las lenguas de ambos se entrelazaron, explorándose con desenfreno. Hoy lo quería todo de él. Se giró un poco para estar más cómoda, pero Ake la urgió a tumbarse sobre la cama y comenzó a desnudarse. Con un gruñido de frustración, le quitó el nudo del vestido, ya que le impedía tocar su piel y se lo sacó por encima.

Kaira solo tenía puestos los sentidos en las manos de Ake que le recorrían los senos con codicia, agasajando a los pezones con un dulce tormento. Arqueó las caderas implorando unirse a ese miembro duro que se frotaba contra la cara interior de sus mulsos y que él ignoraba.

—Oh, Sigrid, mi bella Sigrid —susurró Ake.

¡Cómo le hubiera gustado que la llamase por su verdadero nombre! En multitud de ocasiones tuvo que morderse la lengua para no susurrárselo al oído. Nuevamente, se le desprendió una lágrima que decidió ignorar. No era el momento de romper ese momento tan íntimo. No. Necesitaba sentirlo una vez

más dentro de ella.

Aun así, hoy las caricias de ambos tenían una connotación triste, como si supieran que algo no marchaba bien y quisieran hacerle llegar al otro con cada abrazo y con cada beso un sentimiento mucho más hondo. De alguna forma, sus cuerpos se comunicaban sin necesidad de palabras.

Dejó que las manos hábiles de Ake bajaran por el vientre mórbido y se deslizaran entre los rizos para alcanzar ese punto que tanto le dolía y que ardía en deseos por sentir una de esas caricias que tanto le enloquecían.

Ella también estaba impaciente y quería explorarle con frenesís, sentir la tibieza de su miembro duro y disfrutar de los jadeos que le arrancaba. Deslizó lentamente una mano por la espalda de Ake y desembocó en aquellas nalgas prietas que tanto le gustaba agarrar, para después posar la mano delante y acariciar totalmente desinhibida aquel músculo tieso. Ake no ocultó el placer que le suscitaba. Hasta que amenazó con explotar y la detuvo.

—Hoy quiero probar contigo otra postura —le comunicó Ake.

La colocó de espaldas a él y la obligó a apoyar las manos y rodillas en una postura parecida a la que se ponían los perros. La cogió por las caderas y le introdujo el miembro por detrás. Una vez dentro, comenzó a embestirla lentamente para ir aumentando el ritmo gradualmente y sentirla en toda su plenitud. Kaira se abandonó al placer y le sorprendió disfrutarlo.

Aquello era como estar en el mismísimo paraíso, uno del que no quería irse nunca. Pronto, algo estalló dentro de ella y la gloria dio paso a un gozo desmedido que demostró con fuertes gemidos. Ake siguió penetrándola, hasta que su cuerpo tembló por última vez y llegó al orgasmo.

Ambos quedaron tendidos en la cama completamente exhaustos.

Capítulo XVII

Los invitados ya venían para disfrutar del Høstblót, celebración que coincidía con el equinoccio de otoño. Durante esos días se pedía a los dioses Æsir y Vanir, y deidades menores como Dísir que la cosecha continuara siendo fructífera hasta el final de *væturnætur*^[27] y, en su honor, se ofrecían numerosos sacrificios de animales, que luego cocinaban y se servían en el banquete. El ambiente que se respiraba por la aldea era muy festivo. Los niños reían y cantaban entusiasmados mientras las familias que llevaban tiempo sin verse se saludaban felices de volverse a reunir. La hospitalidad era una costumbre vikinga y si no entraban en una casa, se acomodaban en otra. Tanto Kaira como Nerta no habían parado de trabajar desde que se habían levantado, atendiendo las numerosas demandas de los invitados de Ake. Por suerte para ellas, también habían traído a sus propios esclavos, los que colaboraban con las tareas.

El trasiego no le había permitido moverse de la casa prácticamente ni un segundo. La sala principal estaba atestada de hombres que pedían un cuerno tras otros. En esas fiestas siempre había músicos que amenizaban los banquetes. Hacían concursos de poesías y se retaban a improvisarlas. Lo que más le gustó siempre y que ahora no podía disfrutar era cuando relataban heroicidades de sus antepasados. Para ella, aquellos relatos eran fascinantes. Ahora solo podía escuchar retazos.

Kaira estuvo entrando y saliendo con platos llenos de comida hasta bien entrada la tarde. Todavía no había tenido tiempo de probar bocado y su estómago llevaba rugiendo desde hacía rato. Asimismo, se encontraba especialmente sofocada y necesitaba que le diera el aire con urgencia.

—Te noto muy acalorada, Sigrid —observó Nerta.

Era cierto. No era normal que tuvieses esos calores. Su cuerpo parecía un volcán a punto de estallar.

Se secó la frente con el dorso de la mano y sirvió una fuente de pescado ahumado. El olor le revolvió el estómago y le provocó una náusea. Apurada, se dio prisa en abandonar la sala y se precipitó a la calle. El frío no templó su piel, más bien al contrario, le sobrevino otro mareo y vomitó líquidos, pues comida no había ingerido.

—Niña, ¿no te habrás quedado embarazada? —le dijo Nerta al

descubrirla.

Kaira se volvió hacia ella con la cara pálida.

—¿Có-cómo sé si lo estoy? —No había contemplado esa posibilidad.

—Con la ausencia de la menstruación. Después, empezarás a engordar y las náuseas y vómitos son los primeros síntomas —le explicó Nerta.

—No le digas nada al señor, Nerta, por favor, no hasta que lo confirme.

La mujer le sonrió con ternura y le dio un abrazo.

—Ese hijo que esperas será libre, porque su padre lo es. Aunque sea bastardo, no nacerá con tu misma condición. Alegra esa cara.

Pero Kaira no estaba nada feliz. No podía ser que portara un bebé en su barriga. Aquello era una auténtica pesadilla.

—Venga, vamos adentro no sea cojas frío. Vamos a alimentar a ese niño —repuso Nerta.

Se dejó conducir a regañadientes y comió un poco de pan con queso. Casi ni le entraban. No podía ser que se hubiese quedado encinta. Ella se había tomado unas hierbas que le impedían quedarse embarazada. Era un secreto que se guardaba para sí aunque ya dudaba de su efectividad.

Se dijo a sí misma que podía ser una falsa alarma. Lo mismo estaba trabajando demasiado. También se encontraba algo más cansada de lo normal y con mucho sueño.

Regresó al interior y continuó con sus tareas. Pero a cada rato, se vio asaltada por nuevos calores.

—Vete al río a lavar tú los platos, anda —la conminó Nerta para que saliese.

Cogió el cubo y se alegró de poder sentir la brisa fresca. El pañuelo que cubría su cabeza se ahuecó y sintió alivio. Se pasó la mano por debajo y notó una pelusilla incipiente, pero al ser tan rubia no se apreciaba a la vista. Contenta con el descubrimiento, caminó con arrojo hasta el río.

Casi llegaba a la orilla cuando escuchó voces y risas. A espaldas de las casas descubrió a una pareja muy peculiar. Ella era una mujer rubia muy hermosa, de curvas generosas y, al igual que Kaira, esclava, pues llevaba también el pelo rapado. El hombre tenía pinta de artesano por el martillo que colgaba del cinto. La chica se restregaba al hombre con bastante descaro.

Kaira se alejó lo más posible de ellos y decidió esconderse entre unos juncos para lavar los platos. Se sentía una intrusa, aunque la pareja de enamorados no parecía haberse percatado de su presencia. Y si lo habían hecho, la habían ignorado. Con un cepillo de paja, rascó la comida pegada,

para después hundirlo en el agua helada.

—¡Sigrid! —gritó de repente una mujer con la cara avinagrada.

Kaira se volvió en su dirección cuando la muchacha que estaba con aquel hombre contestó.

—Ya voy señora.

El artesano huyó en dirección contraria mientras la tal Sigrid se alisaba la falda y cogía un cubo.

—¿Qué?! ¿Ya andabas retozando con Berg? —le recriminó la mujer, poniendo los brazos en jarra.

—¿Yo? ¡Qué va, señora! Estaba cogiendo agua como *usté* me dijo.

—Descarada de muchacha. Como te pille su mujer, te muele a palos. Tira para la casa.

Cuando desaparecieron, Kaira se quedó pensativa. Ake la había confundido con otra mujer. ¿Habría sido con ella? No la había visto por la casa principal donde ella se encontraba, pero, igualmente, podría escuchar que alguien la llamaba y atar cabos, lo que acrecentó su miedo a ser descubierta. El cerco se estrechaba a su alrededor y cada vez veía más cercano el momento de que aquella mentira saliese a la luz.

Cuando terminó, regresó a la casa a por más vajilla. Esos días se le iban a hacer interminables. Nerta y ella habían de dormir en los jergones que había junto al fuego, pues los hombres seguían bebiendo hasta bien entrada la madrugada y podían necesitarlas. Ella caía rendida, despertándose a cada tanto sobresaltada con algún grito procedente de la sala principal.

Muchos de los hombres que salían iban completamente borrachos y caminaban haciendo eses. A otros, se los llevaban a rastras. Los gritos y las risas eran habituales al igual que los vómitos. Era algo que le revolvía las tripas. Ya habían limpiado unos cuantos y no podía soportar ni uno más.

La voz grave de Ake la sobresaltó cuando lo escuchó despedirse de sus invitados para retirarse en dirección a su cuarto. Ese indicaba que ya habían decidido finalizar por ese día. La imponente figura de Ake, de hombros anchos y abultados músculos se tambaleaba en dirección a los escalones. Tuvo que ayudarse de la barandilla para coger impulso. Kaira se encontraba en el suelo limpiando los restos que le quedaban del último vómito, así que no reparó en ella. Se le quedó observando embelesada hasta que desapareció.

—Tú lo amas, ¿verdad? —la interrumpió Nerta.

—¿Qué? ¡No! ¡Bobadas! —exclamó.

Nerta abrió los ojos como los de las lechuzas y resopló.

—Lo que tú digas. Anda, espabila, que ahora nos toca limpiar la sala —le recordó Nerta con voz somnolienta—. Me gustaría dormir algo antes de que se levanten.

Kaira quería llorar. No podía más. Odiaba limpiar, lavar y recoger. Con pasos desganados se adentró en la sala con ímpetu cuando se encontró una escena dantesca: varios hombres estaban espatarrados por el suelo durmiendo la mona.

—¿Cómo vamos a adecentar la sala con ellos de por medio? —le susurró Kaira.

—Puedes hablar alto, no se van a enterar. Estás más borrachos que una cuba —indicó Nerta.

El pestilente olor que desprendían sus cuerpos, unidos a los restos de comida esparcida por el suelo hicieron que Kaira creyera que iba a vomitar. Las arcadas le hacían salir cada rato para coger aire.

—Niña, tú estás embarazada. Lo tienes crudo para disimularlo.

Que se lo recordara le puso de muy mal humor. No podía ser. Tenía que estar equivocada. Por un momento, se permitió odiar a Ake por haberle enseñado los placeres de la cama. De imaginarse igual de gorda que su prima Erika le hervía la sangre. ¿Es que Odín no se iba a apiadar de ella nunca? ¿Cómo iba a salir de allí si esperaba un hijo suyo? Nuevamente, la fortuna se ponía de parte de Ake y en contra suya.

Cuando se acostó sobre el jergón de paja, estaba completamente agotada física y mentalmente.



Había sido todo un honor organizar la despedida de Stenkil, sin embargo, no contó con que aquella esclava se ofreciera a sacrificarse. Sus recuerdos volaban siempre a una época feliz de su vida que se veía truncada por la realidad. Los sacrificios eran parte de su cultura para apaciguar a los dioses, aun así, no conseguía acostumbrarse a ellos. Siempre le traían recuerdos amargos que quería olvidar. En el momento en que se inició el rito sexual para despedir a la esclava, buscó a Sigrid con la mirada. A veces temía que se evaporase como Ingrid y que fuese a ocupar el lugar de la esclava que ahora estaba en la tienda. De solo pensar que alguien pudiese tocarla de esa forma le

palpitaba la quijada. No permitiría que ella corriese el mismo destino que Ingrid. Solo de pensarlo le dolía el pecho. Sigrid era suya. Y no pensaba compartirla con nadie.

Cuando la localizó, el semblante de ella tampoco parecía indolente a ese tipo de ritos. A pesar de llevar ese pañuelo en la cabeza era preciosa. Lo que le recordó que debía hacer algo para cuando llegasen los cuantiosos invitados a la fiesta del Høstblót.

Si la obligaba a dormir en su cama, alguno podría colarse en su cuarto. Sabía cómo se comportaban algunos hombres con las esclavas. Debía hablarlo con ella.

—Ake, necesito hablar urgentemente contigo —le interrumpió su primo.

—¿Tiene que ser ahora? —Estaba agotado y quería abrazar el cuerpo tibio y perfecto de Sigrid.

—Sí. Solo te informo de que me llevo a Lars y a Dain para asegurar la zona.

—¿Justo ahora que empieza la fiesta de Høstblót? ¿No voy a poder contar contigo para que me acompañes en las comidas? —preguntó Ake.

—Me temo que no. Puede que tardemos más de dos semanas en regresar según mis cálculos.

—¿Y por qué tantos días? —se extrañó.

—Quiero recorrer bien los alrededores. No quiero pasar nada por alto. Hay algo que no me cuadra en los hombres que hemos matado.

—Está bien. Me fío de ti, Gerd. Ya me contarás qué te traes entre manos. Yo me marcho ya, mañana comienzan a llegar mis invitados. Ya han mandado un emisario para avisarnos de su inminente llegada.

Ake le palmeó la espalda con afecto a su primo y ambos hombres se despidieron, pues Gerd quería salir al alba.

Comunicarle su decisión a Sigrid le costó mucho. No quería separarse de ella, pero era lo mejor. Lo que no se esperaba es que fuese a llorar. Esa mujer tan pronto le rechazaba como que se molestaba porque no compartieran el mismo lecho. No había quién la entendiera. Sin embargo, habían hecho el amor con salvaje pasión y ahora le frustraba no poder tenerla consigo cada noche.

Por la mañana, fueron llegando los invitados y apenas la vio en todo el día. Solo comía y bebía. A última hora, Balder les retó a competir por ver quién era el más rápido en beberse un cuerno de cerveza. Se acostó completamente borracho y se levantó con un dolor terrible y mal sabor de boca. Cuando salió a la calle para airearse, escupió al suelo un gargajo y

regresó para quitarse esa sensación tan desagradable.

Ese era un día muy especial para todos. Había una serie de juegos para demostrar la fuerza y la destreza, y quería estar completamente despejado. Desayunó un poco de venado que quedaba y se lavó la cara. Sigrid estaba por allí trajinando. Se le veía cansada. Ansiaba abrazarla por detrás, pero desechó ese pensamiento. En su lugar, se dirigió a un prado grande en el extremo más alejado de la aldea.

Algunos leñadores ya habían preparado varios troncos. Se acercó hasta ellos y sonrió.

—¿Estáis preparados? —gritó.

Todos contestaron con un «sí» fuerte y dio la señal.

El juego consistía en levantamientos de troncos por un extremo. Era el momento para aquellos mancebos que querían exhibirse delante de las mozas y captar su atención. Los niños reían y las mujeres animaban a sus hombres. Las caras rojas de algunos por demostrar que podían causaban gran expectación y si no lo lograban, soltaban varias exclamaciones de desilusión.

A Ake le hubiese gustado que Sigrid estuviese allí para contemplarle y animarle como el resto de mujeres. Se planteaba hacerla libre para desposarla. Y eso era algo que nunca hasta ahora había anhelado.

—¿Qué tal, Ake? —le saludó Balder.

Sus abultadas ojeras le indicaban que se acababa de levantar.

—Aquí, amigo. ¿Te animas? —le invitó Ake.

—Cuando sea tiro con lanza. Esto se lo dejo a los más jóvenes. —Miró a su alrededor y dirigió una mirada apreciativa hacia las chicas aglutinadas—. Tienes aquí unas vistas preciosas. ¿No te has planteado casarte con alguna de ellas?

Ake rio de buena gana y se giró para comprobar la observación de Balder. En efecto había muchachas muy bonitas, pero ninguna se podía comparar con Sigrid.

—No. No estoy buscando esposa aún —contestó.

—Pues es una lástima, aquella pelirroja te mira con ojos de carnero degollado, siempre puedes invitarla a pasar una noche contigo —le aguijoneó Balder.

Ake prefirió ignorar el comentario y prepararse para coger el tronco. Era su turno.

Se agachó a probar con uno de considerable tamaño. Solo un hombre había podido. Flexionó las piernas e introdujo los dedos por debajo para agarrarlo.

Cuando lo tuvo, tiró de él hacia arriba y apretó la mandíbula con fuerza. Las venas del cuello se le tensaron del esfuerzo, pero consiguió cogerlo. Cuando las fuerzas se le agotaron, lo lanzó al suelo con estrépito entre gritos de júbilo. La pelirroja se acercó a él con un coqueto contoneo y le felicitó.

—¡Increíble! Sois de los más fuertes —dijo, tocándole el bíceps—. Soy Siriana.

—Ake Garras de Oso —se presentó.

—¡Oh, grandioso! He oído hablar mucho de vuestras hazañas. Me encantaría poder escucharlas —le provocó con una leve oscilación de pestañas.

—Puede que esta noche —sugirió para desembarazarse de ella.

—Os tomo la palabra —sonrió coqueta la pelirroja mientras se alejaba.

Balder le dio un codazo en las costillas y se rio.

—Ya la tenéis prendada, amigo mío. ¡Menuda hembra!

Ake asintió por educación y caminaron hasta el lugar donde harían tiros con lanza. La pelirroja no le perdía de vista. Cada vez que sus miradas se cruzaban levantaba una mano para saludarle o animarle.

Las complicaciones surgieron cuando comenzaron con los combates de lucha cuerpo a cuerpo. Todos adoraban la *glima*^[28]. El problema venía con los guerreros berserkers. Cotizados en la guerra, en tierra no se adaptaban a la convivencia cotidiana y eran muy difíciles de controlar. Sobre todo, cuando entraban en trance.

—¡Eh! ¡Basta ya! —ordenó Ake.

Sin embargo, aquellos dos hombres no escuchaban. Solo pensaban en como matarse el uno al otro. Uno de ellos le arrancó la oreja de un mordisco al otro y comenzó a correr con ella en la boca asustando a los críos. Los hombres de Ake tuvieron que reducirlos a ambos y encerrarlos en barracones. Sus gritos enajenados volvían locos a los centinelas, que estaban deseando ser relevados.

La pelirroja se sentó a su lado y no paraba de enviarle miradas sugerentes. Las sonrisas provocativas que se traía con él no pasaron desapercibidas para Sigrid. Su enojo era palpable. A punto estuvo de volcarle un plato de asado por la cabeza si Ake no hubiese visto sus intenciones a tiempo para detenerla. Tuvo que disculparse un segundo con sus invitados para sacarla fuera de la casa prácticamente en volandas.

—¿Se puede saber qué se suponía ibas a hacer? Si no llego a sujetar el plato hubiese tenido que azotarte —le dijo enfadado.

—Hubiera valido la pena con tal de ver la cara de esa zorra llena de salsa —rechinó Sigrid—. Ya veo que otra pronto va a ocupar mi lugar. ¿Para eso me querías fuera?

—¿Estás celosa? —se burló Ake.

—Lo que estoy es harta de... —Pero se calló y en su lugar apretó los labios y le envió una mirada iracunda.

—Termina la frase: ¿De qué estás harta? ¿De mí? —dijo, sujetándola por la cintura y pegándola a él. Fue un error, era bastante consciente del cuerpo de Sigrid. Con un fuego dorado en los ojos, apresó la boca de ella con intención de lastimarla, invadiéndola con la lengua y obligándola a recibirlo. Ella se resistió e intentó separarse, pero Ake no pensaba dejarla. La sujetó con rabia y la besó compulsivamente para saborear su miel. Estar separado de ella le volvía loco y le hacía desearla aún más. Con labios hambrientos buscó su lengua y jugueteó con ella.

—¿Ake? —se escuchó una voz femenina.

Sigrid se apartó de él con agresividad y lo fulminó con la mirada. Luego, le susurró al oído:

—Parece que tu zorra necesita que la atiendas.

Luego, desapareció dejándole completamente trastornado.

—Ah, no, esto no queda así.

Y echó a correr tras ella sin atender a la llamada de la pelirroja. Sigrid al verlo ir en su busca pegó un brinco y cambió de dirección. Se dirigía como una loca hacia los prados. Con mucha agilidad se apoyó sobre el muro de piedras y saltó al otro lado. Luego agarró un palo largo que usaban para sujetar las matas de los cultivos y lo esperó dispuesta a enfrentarlo. El atrevimiento de ella fue la gota que colmó su paciencia.

—Suelta ahora mismo ese palo o te las tendrás que ver conmigo —rugió.

—De eso nada, si quieres cogermelo tendrás que pelear conmigo. —Los ojos de Sigrid tenían un brillo especial.

Como no reaccionaba y ante su sorpresa, ella le atacó y le atizó en la barbilla. Ake arrancó otro palo exactamente igual al de ella y le dijo:

—Tú lo has querido.

Capítulo XVIII

A ke se lanzó a atacarla, pero Sigrid le bloqueaba los golpes uno tras otro y con mucha destreza. Y no solo eso, sino que se permitía el lujo de atizarle en las costillas con furia.

—Veo que no es la primera vez que luchas así. —A pesar de estar enfadado, le salió una nota de admiración. Nunca había tenido un rival tan digno.

Sigrid movió el palo por encima de la cabeza en círculos y comprendió que era más diestra de lo que él pensaba.

—No sabes cuánto —respondió a la vez que volvía a atacarle con precisión.

Los dos giraban, mas la flexibilidad de cintura de la que hacía gala Sigrid conseguía dejarle marcas en las piernas y brazos. Estaba recibiendo una soberana paliza.

—¿Por qué haces esto, Sigrid? —preguntó Ake apenado.

—Porque te odio —respondió ella con rabia.

Sus palabras le atravesaron como dagas en el pecho.

—¿Tan horrible es estar conmigo?

—Sí —aseveró nuevamente.

—¿Cómo puedes ser tan desagradecida? ¿Sabes cómo tratan otros a sus esclavas? Creo que he sido demasiado indulgente contigo. No sé por qué me molesté contigo. Debí haberme casado con Brynja y no me habría complicado tanto la existencia —replicó despechado. Se arrepintió en el mismo momento que pronunció las palabras. Era difícil precisar cuál de los dos se había quedado más asombrado. El rostro de Sigrid se tensó y el odio se hizo patente en su mirada.

—¿Indulgente? No me hagas reír. Me trajiste en contra de mi voluntad —le recordó—. ¿Quieres a Brynja? ¡Pues vete a buscarla! ¿Qué haces que no te marchas ya? ¡Ah! ¡Que ahora está esa pelirroja! Lo mismo te vale como sustituta.

Sigrid agarró su vara y le lanzó un trallazo contra el estómago que él desvió con un golpe seco.

—Creo que nos estamos diciendo cosas que no sentimos —dijo Ake en un intento de calmarla.

—De eso nada —dijo, lanzándole a dar—. Solo sé que te aborrezco por todo lo que me has hecho.

—¿Qué te he hecho? —preguntó totalmente perdido.

—¡Arruinarme la vida!

Ake paró de luchar, se arrodilló en el suelo y se quitó la camisa.

—Pues si tanto me odias, venga pégame si así te sientes mejor. —Prefería que ella le golpeará a seguir escuchando las crueldades que le soltaba.

Como Sigrid no se movía le gritó:

—¿A qué esperas?!

—No. Levanta —demandó, golpeándole en las costillas—. Defiéndete. ¿No eres un guerrero?

Ake se cruzó de brazos y no se movió ni un palmo.

—No pienso defenderme. ¿Qué pasa? ¿Te remuerde la conciencia? A lo mejor es que te estás dando cuenta de que no he sido tan malo contigo.

—Debí matarte el día que te cruzaste en mi vida —rechinó los dientes.

—Pues ahora tienes tu oportunidad. Hazlo si es lo que tanto deseas. —En realidad, quería saber hasta qué punto le odiaba.

La vio levantar los brazos y por un instante creyó que lo golpearía.

—¡No! —gritó para su alivio a la vez que se deshacía de la vara entre lágrimas—. ¡Maldito seas! No puedo.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión, Sigrid? —Las palabras de ella tenían una connotación muy sentida que le llenaron de esperanza. Quería oírle decir que lo amaba. Sin embargo, por el orgullo que destilaba cada poro de su piel sabía que eso nunca ocurriría.

Acercándose a él, cayó de rodillas frente a él entre fuertes sollozos. Cuando levantó la vista, advirtió una ternura en aquellos ojos azules que le conmovió.

—Muchas cosas, Ake. Demasiadas —se lamentó.

—Sigrid, ¿qué te aflige tanto? —Ake le cogió el rostro con las manos y se lo acunó. Intentó besarla, pero ella lo rechazó.

—Y si te dijera que mi lugar no es este. ¿Me dejarías marchar? —imploró con la mirada.

—¡No! —rugió—. ¡No me pidas eso porque no puedo!

Sigrid agachó la cabeza profundamente entristecida y cerró los ojos con pesar.

—Tú no lo entiendes —susurró ella.

—No tengo nada que entender. Tu lugar está a mi lado y no se hable más

—repuso inflexible—. Algún día espero que te expliques mejor para comprenderte.

Se levantó furioso y de un salto cruzó al otro lado de la valla del prado. Regresó a la fiesta que había abandonado sin dignarse a dirigirle ni una sola mirada. Estaba muy dolido con ella. Siempre tan evasiva y distante. ¿Acaso no merecía una explicación? ¿Tan poco significaba para ella que no era capaz de poner algo de interés por su parte? ¿Por qué era tan orgullosa? Prefería tragarse sus palabras antes que ser sincera. Sus largas zancadas pronto alcanzaron la casa.

Al entrar, se topó con la pelirroja retozando en compañía de otro hombre. Ni siquiera le importó. Esa bruja de ojos azules ocupaba su mente a todas horas. De pésimo humor, Ake ocupó su sitio y tuvo que inventarse una excusa para explicar a sus invitados su larga ausencia.

—Fui a mear y creo que me quedé dormido —dijo.

Las risotadas de los hombres le indicaron que lo perdonaban y se vio obligado a brindar con ellos, cuando lo único que deseaba era que se marcharan todos de allí y recuperar a Sigrid en su lecho. Estar separados no les había hecho bien a ninguno. Decidió que lo mejor era olvidarla con alcohol. Al menos ahogaría sus penas.



Kaira permaneció de rodillas incapaz de moverse. El llanto no la abandonaba y le impedía regresar. Todo su cuerpo temblaba de la terrible congoja que le asolaba. Había estado a punto de confesarle que lo amaba, pero no había tenido valor. Solo había tenido fuerzas para suplicarle que la dejara marchar. Necesitaba poner en orden sus sentimientos, pero con él cerca eso era imposible. Encima ahora con la sospecha de que estaba embarazada, sus emociones fluctuaban más que un viaje en barco. Tan pronto se levanta entusiasmada como penaba por los rincones.

Cuando se enfrentó a Ake, no pensó en su hijo. Pero cuando Ake le devolvió la refriega, no dejó que su tripa recibiera ni un solo golpe de él. Aunque en un principio la idea de ser madre le aterrorizó ya había resuelto que quería a ese niño y que él no tenía la culpa de lo que sus padres habían hecho.

Por fin se enjugó las lágrimas y se irguió. Vaciló un instante sobre la dirección que tomar y al final resolvió caminar hacia el río. Necesitaba refrescarse la cara y quitarse las legañas. Cuando se encontraba junto a la valla de piedras apiladas, una punzada de dolor en la tripa la hizo doblarse en dos. El terror se adueñó de ella.

«No», gimió.

No quería perder al bebé. Se acurrucó bajo unos matorrales que había junto a la tapia y adoptó una postura fetal mientras se acunaba para sofocar el dolor.



El resto de la velada no se cruzó con Sigrid. Aunque Ake iba tan borracho que si hubiera estado allí, tampoco lo habría sabido. Se pasó la mano por la cara y se sacudió el pelo hacia atrás mientras reflexionaba sobre la terrible disputa que habían mantenido. Hasta ahora que estaba sereno, no se había percatado en varias de sus frases. Era la segunda vez que le recriminaba haberla traído en contra de su voluntad. ¿Por qué le había suplicado que la dejara marchar? ¿Adónde quería ir? El enfado le había impedido pensar con claridad. Tenía que hablar con ella y aclararlo. No pensaba quedarse con la duda. Se vistió con pereza y bajó silbando.

Nerta ya estaba trajinando con el puchero. Al descubrirlo, se acercó a él con cara angustiada.

—Mi señor, Sigrid está desaparecida desde anoche. No ha dormido aquí tampoco. Temo le haya sucedido algo.

Lo primero que cruzó por su mente es que había escapado. La ira se apoderó de él y salió a buscar a Haakon.

—Buscadla por toda la aldea —ordenó.

Ake se dirigió hacia los soldados que custodiaban las puertas de la muralla y preguntó:

—¿Ha salido alguien?

—No, mi señor.

—Pues que nadie salga sin mi permiso —ordenó.

«¿Dónde estás Sigrid? ¿Por qué me haces esto?», se preguntó desesperado.

Pero los gritos de una mujer hablando con uno de sus hombres, le indicó

que algo más había sucedido. El soldado le hizo una seña, requería de su autoridad.

—¿Qué es toda esta algarabía? —preguntó cuando llegó a su altura.

—Esta mujer dice que su esclava no aparece desde ayer.

—¿Qué pasa hoy que desaparecen todas las esclavas? —rugió—. ¿Desde cuándo está ausente?

—Desde anoche. La he buscado por todas partes y no hay ni rastro de ella. —Bajando la voz y acercándose un poco más, le susurró—: La verdad es que muchas veces la encuentro retozando con algún hombre casado de nuestra aldea. Es muy bonita, mi señor, pero con una cabeza de chorlito tremenda. Ya le decía yo que eso le iba a traer problemas algún día. Aun así, es buena chica y jamás se había ausentado tanto.

—¿Puede ser que haya pasado la noche con alguno de esos hombres? —Ake se estaba impacientando. No estaba para un lío de faldas. Tenía algo más importante de lo que ocuparse.

—No. Nadie la ha visto. Ya he preguntado en privado a todos con los que sé que retozaba últimamente. Este comportamiento no es normal en mi Sigrid.

A Ake le dio un vuelco el corazón.

—¿Cómo habéis dicho que se llama?

—Sigrid —repitió.

Las palabras del viejo Stenkil vinieron a su memoria:

«¿No quieres una jovencita? En la aldea de al lado hay una esclava que según cuentan es preciosa, Sigrid creo que se llama. Yo no la conozco. La describen como una mujer un poco remolona porque suele merodear por el campo en busca de leña, setas o frutos rojos, cuando lo cierto es que la mitad del tiempo se escarcea por ahí en compañía masculina».

—¿Habéis dicho que esa muchacha era muy hermosa? —repitió.

— Sí, mucho. Entonces ¿la conocéis? —dijo la mujer más animada.

Quería haberle dicho que no tenía el gusto de conocerla ni a ella ni a la que decía tener en su casa con ese mismo nombre porque acababa de descubrir que no sabía con quién había retozado en la cama todo ese tiempo. Su cara de desconcierto le impedía hablar. Pero los gritos de Haakon, le alertaron.

—¡Ake! ¡Hemos encontrado el cuerpo sin vida de una mujer junto al río!

Por un instante, se quedó paralizado. Otra vez no, suplicó. Pero el llanto de la mujer que tenía al lado, le hizo reaccionar.

—Dime, ¿se trata de mi esclava? —preguntó a Haakon.

—No, Ake. Se trata de otra mujer. —Con el pulso acelerado, se dijo que

aún había posibilidades de que estuviese viva. Casi prefería que hubiese huido a verla muerta. Cruzaron la aldea hasta el lugar dónde se encontraba y la mujer que iba a su lado comenzó a llorar.

—¡Por Odín! ¿Quién le ha hecho eso a mi preciosa Sigrid? —Destrozada, la mujer cayó de rodillas junto al cuerpo entre sollozos y amenazas de venganza.

La esclava estaba en un inmenso charco de sangre con la garganta seccionada. A eso se le sumaba un problema aún más grande: entre su gente había un asesino.

—Haakon, seguid buscando. Manda a otros hombres a investigar quién ha podido matarla. Interrogad a todos y preguntad por los últimos que hayan entrado en estos días. Que no salga nadie. —Volviéndose hacia la mujer dijo —: Lo siento muchísimo. Daremos con él y será castigado.

Con todo el revuelo que se había montado, los ciudadanos se observaban con recelo buscando al sospechoso. Acusaciones sin fundamento empezaron a crear fuertes dispuestas entre ellos, que tuvieron que ser sofocadas por la fuerza. El ambiente enrarecido estaba haciendo cundir el caos por toda la aldea ante la impotencia de Ake.

—¿Sigue sin aparecer? —le preguntó Nerta preocupada cuando lo vio regresar.

Se veía que Nerta adoraba a esa mujer de la que él ya no sabía ni el nombre.

—Sí. Me temo que ha huido —repuso desgastado. Tenía que asumirlo. Le había abandonado. El rencor se abría paso dentro de él con virulencia. Le dolió reconocer que había amado a una mujer que jamás le había correspondido. Ahora comenzaban a tener sentido algunas de sus palabras.

«...puede que os estéis equivocando conmigo».

¿Quién era ella en realidad? ¿A quién había apresado pensando que era una esclava?

—¿Embarazada? —se extrañó Nerta, interrumpiendo sus cavilaciones.

—¿Qué has dicho? —Ake se giró a mirarla con el ceño fruncido.

—¿No os lo dijo? —La mujer se tapó la boca con la mirada culpable.

De repente, algo en él se rompió. ¿Y si le había hecho algo al bebé? Dejó a Nerta completamente confundida y corrió en dirección al huerto en el que se habían peleado. Cuando le separaban solo unos metros de él, aceleró la marcha y saltó la valla. Comenzó a buscarla entre las matas llamándola a gritos mientras las apartaba con ímpetu. De repente, un gemido ahogado le

guio hasta ella. Se encontraba prácticamente oculta a la vista acurrucada bajo unas ramas. El corazón le dio un vuelco. Se apresuró a llegar junto a ella y le dio unos golpecitos en el hombro. Ella se volteó con el rostro destrozado por el llanto.

—¿Te-te encuentras bien? —Al girarla, descubrió la falda empapada en sangre. Estaba perdiendo al bebé. Temiendo perderla también a ella la cargó en los brazos—. Nerta sabrá qué hacer. No te preocupes, mi amor. Todo va a salir bien.

Quería creerse sus palabras, pero la situación no pintaba bien. La estrechó fuerte contra su pecho y corrió todo lo que le permitieron sus piernas. Aquellos interminables minutos dieron paso a un montón de emociones encontradas. Alivio por encontrarla viva, paz por saber que no le había abandonado, frustración porque no sabía quién era esa mujer que le había robado el corazón, y desazón por saber que habían perdido a un hijo, al que se había imaginado igual de bonito que su madre.

Nerta, al verlo regresar con ella, no necesitó que le diera instrucciones. Empezó a preparar telas y hierbas medicinales mientras Ake la subía a su cuarto y la tumbaba con delicadeza sobre la cama. Junto a Nerta subió otra esclava. Ake prefirió salir y darles privacidad para que la atendiesen. Se paseaba nervioso fuera de la habitación como un gato enjaulado.



Kaira se había quedado en aquel rincón sin atreverse a mover por miedo a perderlo. Tarde o temprano la echarían en falta. Podrían castigarla, pero en ese momento su única preocupación recaía sobre su bebé y estaba por encima de lo que pudiera acarrearle su desacato. Suplicó a Freya que no la abandonara y tuviera piedad de su hijo hasta que cayó rendida del cansancio.

Un calambre terrible fue el responsable de que despertase. Se retorció como una posesa tratando de encontrar una postura que aliviase ese dolor cuando reparó en la enorme mancha oscura que tenía su vestido. Odín la había castigado por no haber deseado a ese hijo en un principio y haberle dicho aquellas cosas tan terribles a Ake, al que imaginaba divirtiéndose con aquella pelirroja mientras ella abortaba. Algo que le estaba bien merecido por no comerse su maldito orgullo, ese que le llevaba a actuar de forma atropellada.

La repentina irrupción de Ake en el prado, la obligó a permanecer quieta y en alerta para detectar el grado de enfado en su voz. Cuando Ake volvió a llamarla, le pareció preocupado. Aun así, Kaira fue incapaz de hablar sacudida por un ataque de hipo y llanto. De igual forma debió oírla, pues enseguida la descubrió. Por la forma tan delicada con la que la cogió, se imaginó que Nerta debía haberle informado de su estado. Un terrible sentimiento de culpabilidad le atenazaba por dentro al no habérselo dicho. Al menos, no parecía enfadado con ella por lo del día anterior.

Una vez en el cuarto de Ake, Nerta entró acompañada por otra esclava y entre las dos la obligaron a quitarse la ropa y la ayudaron a lavarse. Cuando se deshicieron de los restos de sangre seca adheridos a su piel, Nerta introdujo los dedos en su vagina para auscultar por dentro y sacudió la cabeza con pesar.

—Nada, lo has perdido. Tómate estas hierbas —dijo, acercándole un cuenco con un caldo—. Te ayudarán a expulsarlo.

La tocó la frente y le sonrió con ternura.

—No tienes fiebre. Eso significa que no hay infección. Toma —le dijo a la otra esclava—, baja estas ropas a lavar.

Aquello no aliviaba a Kaira: quería a ese bebé que ya no estaba.

—Voy a avisar al señor —dijo.

—Espera, Nerta, quiero saber una cosa. ¿El señor durmió acompañado de una pelirroja? —Las dudas le carcomían.

—Noooo —contestó la mujer con vehemencia—. El señor te quiere, Sigrid. ¿Cuándo vas a decirle que lo amas?

—Él no me ama, Nerta, te equivocas con él. Solo siente lujuria como todos los hombres.

—No sabes lo que dices. Ni te imaginas lo que ha sufrido al descubrir que no habías regresado. Te ha estado buscando como un loco por toda la aldea. Y encima han matado a otra esclava. Cuando se lo han dicho, tenías que haberle visto la cara, era del color de la cera. ¿Por qué le haces sufrir tanto, Sigrid?

—Porque no soy quién cree que soy. Mi sitio está en otro lugar, Nerta. Algún día vendrán por mí y Ake se olvidará de mí, ¿es que no lo ves?

—Siempre supe que no eras una esclava, tenías un porte demasiado altivo y elegante al andar. Tu mirada era orgullosa y directa. Además, se notaba que te costaba obedecer.

—¿Desde cuándo lo sabes? —se sorprendió Kaira.

—Desde el primer día. Sigrid no es tu nombre, ¿verdad?

Kaira negó con la cabeza.

—Llevo muchos años de esclava. También hubo un tiempo en el que añoré la libertad y pensé que alguien vendría por mí, pero con el paso de los años me di cuenta que eso no sucedería jamás y supe que no tenía escapatoria. Así que decidí disfrutar de los pocos placeres que la vida me ofreciese. Y tú deberías hacer lo mismo. Ya quisieran otras disponer de los privilegios que tú gozas —dijo, sentándose a su lado. Las palabras de Nerta le calaron hondo y las dudas se apoderaron de ella. ¿Y si no venían a rescatarla? Ya había pasado mucho tiempo desde que la raptaron. Lo mismo habían desistido. No. Su hermano no lo permitiría, a menos que hubiese muerto en batalla. El dolor le comprimió el pecho. No saber le angustiaba más. Prefería no pensar en esa posibilidad.

—Mi padre violó a mi madre cuando yo era una niña. Odié a los hombres desde aquel día y me dije que jamás dejaría que uno me pusiera la mano encima en contra de mi voluntad. No quiero convertirme en el juguete de nadie. Además, estoy segura de que vendrán a por mí. —Quería creerlo fervientemente.

—¿Y si no lo hacen? Deberías ser más inteligente. El sexo no solo procura placer, también da poder si sabes utilizarlo bien. Deberías contentarle y ganarías más. Es un consejo de mujer.

Nerta salió dejando a Kaira apesadumbrada. Ella no valía para eso. Se sentiría sucia por dentro.



—Ya está, señor —le avisó Nerta.

—Lo ha perdido, ¿verdad? —preguntó apenado.

Nerta asintió con tristeza.

—Avisa a Haakon de que ya ha aparecido. Que se concentre en buscar al asesino de la otra chica.

Ake asomó la cabeza y entró a verla. Se sentó a su lado y acarició la mejilla húmeda.

—Lo siento. —De repente, no sabía qué decir. Entre los dos se había abierto un abismo que no sabía ahora cómo reparar.

Ella tenía los ojos apretados y continuaba hecha una bolita. Ahora no se

atrevía a sacar el tema sobre su identidad. No le parecía lo más adecuado. Ya habría tiempo cuando se recuperase.

—Si quieres, me marcho si prefieres estar sola. —Se dijo que si no contestaba era lo que iba a hacer. Probablemente, primero tuviese que poner en orden sus sentimientos y él no sería de gran ayuda. Una parte de él estaba aún molesto con ella y otra triste por ese hijo que ya nunca tendría en sus brazos. Le habría hecho mucha ilusión que ella le diese un descendiente.

—Yo quería a ese bebé —dijo con un hilo de voz.

Ake se atrevió a recorrer sus facciones con una caricia suave.

—¿He sido yo? ¿Te di en la tripa? —Tenía que saberlo. Era algo que jamás se perdonaría.

—No. No te dejé. Soy muy buena defendiéndome con la vara —contestó con la voz apagada.

—Sí, pude comprobarlo en mis propias carnes —dijo con amargura—. Lo siento. Si me hubieras dicho que estabas esperando un bebé, no se me habría ocurrido pelear contigo. Creo que debemos hablar de esto cuando te encuentres mejor.

—Yo... quiero disculparme. Me acababa de enterar del embarazo y no lo supe digerir. Te vi con esa mujer y me alteré —confesó.

—Entonces ¿no me odias? —Necesitaba saberlo.

—No —sollozó.

Ake dio la vuelta a la cama para tumbarse a su lado y abrazarla por detrás. Era una sensación indescriptible que le llenaba por dentro. Junto a ella se sentía completo. No le gustaba enfadarse con ella, pero tenían que hablar. No podía retrasar la conversación más.

Capítulo XIX

Haakon comenzó a inspeccionar casa por casa buscando en el suelo trampillas escondidas y demás rincones posibles para albergar a una persona. Nadie se negaba, aun así, las miradas huidizas por temor a represalias eran constantes en cada vivienda que entraban. Solo les quedaba la carreta de un comerciante. En cuanto se dirigieron hacia ella, un hombre salió a la carrera y trató de huir. Haakon dio la orden de no matarle para poder interrogarle, pues uno de sus hombres ya le apuntaba con la lanza y no pensaba dejar que aquel bastardo muriera sin antes hablar. En su desesperada huida, les lanzaba todo lo que encontraba a su paso para retrasarlos. Sin embargo, varios soldados que iban por la calle adyacente pudieron adelantarse y sorprenderle de frente. Cuando lo apresaron, Haakon lo golpeó la cara por insurgente, dejándosela completamente amoratada y deforme. Lo maniataron y lo llevaron a rastras hasta la casa principal. Por el camino, los aldeanos lo insultaban y lanzaban cosas.

Ake salió a su encuentro en cuanto lo avisaron. Cuando lo tuvo delante, le contempló con desprecio.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El hombre se rio con descaro mostrando una hilera de dientes amarillentos salpicados de sangre.

—Vaya, así que tenemos a un insolente. —Le hizo una seña a Haakon para que lo sujetara por el pelo y obligarlo así a mirarle—. Yo no tengo piedad con los asesinos. Vamos a empezar cortándote los dedos uno a uno. Tenemos todo el día como verás. No te voy a matar hasta que no nos digas quién te ha enviado y por qué has asesinado a esa chica. Luego, en base a lo que digas será una muerte lenta y dolorosa o una rápida e indolora. Tú decides.

Haakon le pateó por las corvas y le obligaron a arrodillarse frente a un tronco de cortar la leña. A continuación, entre varios hombres le sujetaron un brazo para que lo posara encima mientras uno de los guerreros empuñaba su hacha.

—¿No hablas? —Ake le dio una última oportunidad. Ante su silencio le hizo una señal a su hombre que lanzó el afilado metal contra el primer dedo.

El grito del hombre fue terrible. Soplabá y bufaba como un loco. Cuando dejó de dar alaridos, le cogieron del pelo de nuevo y le volvieron a preguntar.

—¿Quién te manda?

Como no respondía, le cortaron el siguiente.

—Es duro de pelar —le susurró Haakon al oído—. Vamos a tener que usar otras técnicas mucho más agresivas.

Ake asintió.

Tras una hora de torturas, por fin les dio una pista.

—Me pagó una mujer.

Ake frunció el ceño sorprendido y tiró de su cabeza hacia detrás para interrogarle:

—¿Por qué matar a esa chica? Era una esclava.

—Porque la odiaba —contestó al borde de la extenuación.

—El nombre de la mujer —repuso Haakon hastiado de escucharle.

—No lo sé.

—Descríbela —ordenó Ake.

—Rubia, de ojos marrones y cara regordeta.

Haakon y Ake se miraron con el ceño fruncido.

—¿Esa no será Brynja? —dedujo Haakon.

Tras aquella confesión, Ake supo que la muerte de aquella pobre chica fue un error. Se equivocó de Sigrid y a quién realmente buscaba era a la mujer que ocupaba en esos momentos su cama.

—Parece que esa perra no piensa descansar hasta que no se deshaga de tu esclava —le murmuró Haakon al oído.

—Id a la carreta del comerciante. Vamos a interrogarlo a él también —indicó Ake.

Los guerreros se desplazaron hasta allí y, al abrirla, se encontraron con el cuerpo inerte del comerciante. Se había suicidado. Sabía que era el siguiente y que no tenía escapatoria.

—A partir de ahora se revisará la carga de todo comerciante que entre o salga de esta aldea. No pienso arriesgar la vida de mi esclava —les ordenó a todos sus hombres—. Matad a ese asesino lentamente.

—Noooo —suplicó el hombre—. He hablado y os he contado todo lo que sabía.

—No. Has tardado mucho y nos has hecho perder el tiempo —le indicó Ake sin piedad. Aprovechó para subirse en lo alto de una carreta que había junto a él y pidió silencio a la población entera—. A partir de ahora, la familia de Brynja es considerada enemiga. No tendrá cabida en esta aldea ni en sus alrededores. Ella mandó matar a mi esclava, pero por error este hombre se

equivocó y asesinó a una inocente. Desde este momento, será castigado todo aquel que trate con ellos y recompensado con una bolsa de oro el que me diga dónde se encuentra esa víbora.

El murmullo entre exclamaciones de asombro formó corrillos de personas que comentaban la noticia.

Cuando Ake bajó, Haakon se acercó a él y le preguntó:

—¿Crees que aparecerá?

—No. Habrá huido lejos. Pero si alguna vez se le ocurre cruzarse en mi camino, ¡qué Odín se apiade de ella! —contestó Ake. Si llega a matar a la mujer que ocupaba sus sueños, no habría lugar en la tierra dónde esconderse de su furia.

De regreso a la casa, buscó a su pequeña guerrera y se encontró con la cama vacía. Buscó a Nerta y tampoco la halló. Su preocupación fue un aumento. ¿Dónde se habían metido? No quería que se moviesen sin uno de sus hombres. Ya estaba a punto de salir a buscarlas cuando las vio regresar con unas hierbas y varios tallos herbáceos. Las ojeras de ¿Sigrid?, porque no sabía cómo llamarla, estaban muy acentuadas. Su aspecto demacrado era culpa suya. Recordaba cada conversación que habían mantenido:

«Ake, hay cosas que no se pueden conseguir por la fuerza».

«Si encierras en una jaula a un pájaro que siempre ha sido libre, deja de cantar y se muere de tristeza. Un perro al que apaleas, no te será fiel. Huirá de ti. Hay cosas que no se pueden comprar».

A veces creía que era el responsable de que se marchitase poco a poco. Por mucho que le doliese, quería saber si no era feliz allí y qué necesitaba para serlo. Pero si le volvía a pedir la libertad para irse lejos, no sabría si iba a poder dársela. Iba a tratar de retenerla como fuese.

Se acercó junto a ella y le pidió a Nerta que los excusase mientras se llevaba a Sigrid para el salón de banquetes.

—Me alegro de ver que te encuentras mejor. ¿Seguro que puedes andar?

—Sí. Me viene bien pasear para terminar de perderlo —repuso con tristeza.

—Necesito hablar contigo. —Sus ojos la escudaron con interés—. Sé que no eres Sigrid, pues la verdadera está muerta gracias a Brynja.

—¿Brynja? —se sorprendió.

—Sí, mandó asesinarte, pero el asesino se confundió de esclava —explicó.

—Entiendo. Me quiere muerta a toda costa.

—No lo permitiré. En cualquier caso, no te he traído para hablar de eso. ¿Quién eres? ¿Cuál es tu verdadero nombre?



Los abrazos de Ake le hicieron comprender que tenía que tomar una decisión. Tarde o temprano la mentira saldría a relucir por algún lado. ¿Y qué iba a hacer llegado ese momento? No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar.

Como habían requerido la presencia de Ake para atender un asunto, Kaira tenía tiempo de sobra para reflexionar. Se levantó cansada de estar tumbada y fue en busca de Nerta.

—Tienes muy mala cara. ¿Qué tal si vamos a por unas hierbas medicinales al huerto y te hago una infusión? Ya no me quedan aquí —propuso la mujer.

Kaira sabía que quería sacarla a toda costa para animarla, algo que le agradeció, pero se toparon con una turba de aldeanos en los alrededores de la casa aglutinados en torno a los hombres de Ake. Los gritos de un prisionero le erizaron el vello. Le hubiese gustado saber qué sucedía realmente, pero la extrema sensibilidad que tenía debido al embarazo fallido le hicieron desechar por una vez su curiosidad. Así que se alejaron en dirección del río. El resto de las callejas estaban desiertas. Nerta la condujo hasta la vertiente más tupida a orillas de la corriente, donde se encontraban más cantidad de hierbas gracias a los humedales que se formaban. Arrancaron varias matas de menta, melisa y manzanilla, y se las guardaron en el bolsillo del delantal. Una ventisca fuerte arrancó el pañuelo a Kaira y voló lejos de su alcance. Ella tuvo que correr tras él hasta que quedó atrapado contra el tronco de un árbol y pudo agarrarlo.

—Ya te ha crecido algo —observó Nerta.

Kaira se encogió de hombros. Era lo que menos le preocupaba en esos instantes.

—Niña, tienes que animar esa cara. Te va a dar algo.

Kaira se sentó al borde del río y observó la corriente. Añoraba salir a cazar. Aquel no era su lugar. Echaba de menos el paisaje que rodeaba a su aldea. La libertad. Cerró los ojos y por un momento se imaginó de vuelta con su madre. ¿Qué hubiera pasado si la tribu de Brazo de Hierro no les hubiese invadido? ¿Y si su madre y ella no se hubiesen esperado a dejar la granja organizada? Habrían visitado a su prima Erika y estaría buscando un marido.

¿Y si no se hubiese cruzado con Ake? Habría regresado junto a sus compatriotas y no le habría conocido. ¿Se arrepentía? No. Amaba a Ake. Con él había conocido el amor y había superado su miedo a las relaciones íntimas. Y eso era lo que más le dolía. Ya no se imaginaba con otra persona compartiendo el lecho.

—Dime, Nerta, ¿te has enamorado alguna vez?

—Sí, solo una. Era muy joven. Él araba el campo de nuestro señor junto a mi familia. Comenzó a cortejarme y empezamos a vernos a escondidas. Cuando nos atacaron, antes de que me apresaran, le vi morir intentando evitar que me llevaran. Fue un amor fugaz, pero que jamás olvidaré —le contó Nerta muy emocionada.

—¿Echas de menos tu vida anterior?

—¡Qué pregunta! Por supuesto. Ahora estaría casada con él y tendría un montón de hijos, pero no pudo ser. Niña, da gracias a Freya de que él cuida de ti y te ha tocado en suerte un señor que te quiere.

—Nerta, yo no soy esclava. No pienso quedarme como tal. Lucharé para conseguir la libertad, aunque para ello muera en el intento —repuso Kaira.

—Solo vas a conseguir que te repudie y empeores tu situación, ¿es que no te das cuentas? Ahora dispones de muchas ventajas. ¿Por qué perderlas? —Era la primera vez que la veía molestarse con ella—. Algún día descorrerás ese velo de odio que cubre tu mirada y te darás cuenta de que no era como tú lo pintabas. Pero para ese entonces puede que sea demasiado tarde. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Eres demasiado impulsiva.

Kaira no opinaba igual. Prefería morir combatiendo con una espada e ir al Valhalla que no intentarlo. Su hermano le había enseñado que se luchaba por conquistar la libertad y que un soldado jamás se rendía. Ella no pensaba quedarse toda la vida como una vil amante. Se haría respetar. No había aprendido a luchar para ahora quedarse convertida en una simple esclava supeditada a los caprichos de un hombre. Ni hablar. Mas ahora debía cuidarse para recuperar fuerzas. Perder la vida que nacía en su interior le había hecho debilitarse. Necesitaba comer para coger peso. Se estaba quedando demasiado delgada. También las preocupaciones estaban haciendo estragos en ella.

—Cogemos ajos y cebollas en la huerta, y nos vamos —le indicó Nerta. Llevaban desaparecidas demasiado tiempo.

Así que, a la vuelta, apretaron el paso. Ake se encontraba fuera con el ceño fruncido mirando a todos lados. Al descubrirlas, sus facciones se destensaron un poco.

Pero sus temores más internos se hicieron realidad. En cuanto la abordó para saber su nombre, supo que el día había llegado.

—Ake, antes de nada, quiero explicarte algo: ese día yo no debería haber estado ahí —repuso con tristeza.

—Tu nombre —exigió levantando la voz.

Ella levantó la mirada furiosa por no querer tan siquiera escucharla y contestó de malagana:

—Kaira.

—Kaira ¿qué más? —demandó.

—¿No te vale con saber mi nombre? —preguntó molesta.

—No. Según Haakon esos hombres a los que mató buscaban a una mujer. Y yo quiero saber si eras tú y el porqué.

—Seguramente.

—¿Por qué siempre eres tan parca para darme explicaciones?! —le gritó Ake desesperado.

—¿Cuándo lo sepas piensas liberarme? —preguntó inflexible.

—No me pidas algo que no puedo ofrecerte —respondió, apretando la mandíbula.

Esta vez fue el turno de Kaira para bufar de impotencia.

—Entonces no tenemos nada más de qué hablar —repuso dominada por su mal carácter

—No me obligues a usar la fuerza —dijo, agarrándola por los hombros—. ¿Qué hacías allí tú sola?

—No estaba sola. Buscaba un camino que me llevase de vuelta a mi aldea. Pero tú te interpusiste en mi camino —le dijo, apretando el dedo índice en su rígido pecho.

—Sigues dándome evasivas, Kaira.

Ake era insufrible cuando se ponía tan autoritario. Aun así, aquellos ojos marrones y ese rostro cuadrado de facciones viriles le atraían poderosamente. Se humedeció los labios un poco y tragó saliva antes de continuar hablando.

—No te estoy dando evasivas. Te cuento la verdad.

—¿Por qué ibas armada?

Kaira se cruzó de brazos y rodó los ojos en blanco.

—Para defenderme. ¡Maldita sea! Sé luchar, no soy una maldita esclava. ¿Acaso no te lo he demostrado ya? —replicó.

—Sí. ¿Y por qué me hiciste creer que lo eras?

—Para no matarte, alcornoque.

Ake abrió los ojos cogido por la sorpresa.

—¿Todavía tengo que tomármelo como un cumplido? —dijo Ake con resentimiento.

—Si me conocieras, sí. No quería luchar contra ti. Pensé que me dejarías ir si creías que era esa esclava.

—Cerca de allí encontramos un montón de hombres asesinados cruelmente. Empiezo a pensar que tú tuviste algo que ver con ellos, ¿no es así?

Kaira no dijo nada. ¿Para qué? Demasiado había tardado en relacionarlo si disponía de tanta información.

No les dio tiempo a seguir con las explicaciones. Al grito de un centinela se quedaron paralizados:

—¡A las armas! ¡Nos invaden!

Ake se volvió hacia ella y le ordenó con voz firme:

—Quédate aquí y no salgas. Ya seguiremos con esta conversación.

—¿No me das un arma? —solicitó Kaira—. Puedo ser de gran ayuda.

—No —fue su respuesta.

El caos cundió por todos lados. Ake ordenó que las mujeres, ancianos y niños se guarecieran en la casa principal mientras algunos hombres echaban cubos de agua a los techos y maderas para hacer frente a las flechas incendiarias. Los que sabían luchar fueron a por sus armas, cotas de malla los que la tenían y escudo. Kaira, que se había asomado a observar, fue empujada al interior con rudeza. Cuando metió a todas las personas que no sabían defenderse, un hombre trabó la puerta y los dejó confinados a la espera de que diera comienzo la batalla. Al mirar a su alrededor todo eran caras asustadas. Los niños se abrazaban a sus madres en busca de consuelo, pero el resto permanecía en absoluto silencio. Los ancianos se sentaban a esperar donde podían con cara cansina. Ella se sentía impotente. Si al menos tuviese un arma podría defenderlos. Allí no sería de utilidad.

Nerta se acercó a ella y la conminó a ayudarla para acomodar a las personas. A veces olvidaba que seguía siendo una esclava. Unos golpes violentos en la puerta les hizo tensarse.

—¡Abrid la puerta! ¡Rápido! Soy Haakon —dijo el guerrero rubio.

Quitaron la madera y los hombres empuñaron la espada por miedo a que fuese una trampa. Haakon entró con ímpetu como buscando a alguien y cuando fijó su mirada en ella, supo que algo no iba bien. Se dirigió hacia ella con pasos rápidos y la cogió del brazo.

—Tú —le ordenó—. Te vienes conmigo.

Kaira no sabía qué sucedía. El hombre la llevó junto a la empalizada y la hizo subir por unas escaleras que daban a la caseta de guardia. Allí se encontraba Ake con la mirada puesta en el enemigo. Al verla, tiró de ella y la obligó a asomarse.

—¿Es a ella a quién buscas?! —gritó Ake.

A Kaira por poco se le sale el corazón del pecho. Del otro lado estaba su hermano acompañado de miles de guerreros. Una inmensa alegría de saberlo vivo le hizo llorar de felicidad. Le había echado tanto de menos... Estaba deseando correr a abrazarlo.

—¡Entregádmela y dejaré a tus hombres libres! —gritó Ivar.

Al fijarse más detenidamente, Kaira descubrió a Gerd y dos hombres más en el suelo de rodillas y con las manos trabadas a la espalda. Desde donde se encontraba no podía apreciar el estado de aquellos hombres, pero conociendo a Ivar los habría golpeado.

—¿Si te la entrego, me juras que liberarás a mis hombres con vida y te marcharás? —prosiguió Ake.

—Ake Garras de Oso no puedo olvidar la afrenta que le has hecho a mi pueblo. Tendrás que defender tu honor ante mí —tronó Ivar.

Kaira se quedó paralizada. ¿Había oído bien? ¿Su hermano le estaba retando a muerte? Completamente horrorizada, observó a Ake. Todo su cuerpo era una roca de lo tenso que se encontraba. Sabía que aceptaría. Estaba dudando de su honor y un guerrero nunca rechazaba un duelo.

—¿Cuándo?! —gritó Ake.

—¡Ahora mismo! —rugió su hermano.

—¡No! —gritó Kaira.

No pensaba permitirlo. No dejaría que a los dos hombres que amaba se enfrentaran.

—¿Qué crees que estás haciendo? Yo no soy un cobarde —le dijo Ake, empujándola para dentro—. No necesito que me defiendan nadie y menos una mujer. ¿Acaso dudas de mi destreza con la espada?

—No dudo de ninguno, pero no pienso consentirlo si puedo —repuso Kaira con firmeza—. No quiero veros a ninguno muerto.

Capítulo XX

A ke solo quería saber quién era ella. Su nombre era precioso, Sigrid le sonaba muy parecido al de Ingrid, así que se alegró de que no tuviese nada que ver. Pero con sus continuas evasivas le estaba llevando a pensar que era alguien más importante de lo que quería entrever. Y si no era una esclava, alguien podría estar buscándola. Lo que entorpecía sus planes para retenerla junto a él.

A pesar de que Haakon y su primo habían matado a los que la buscaban, bien podían haberse señalado al dejar las cabezas en la entrada para asustar a los hostigadores. Esa mujer era un constante quebradero de cabeza.

Al oír la palabra invasión, su instinto protector se activó y la obligó a permanecer en el lugar que creía más seguro de la aldea junto al resto de mujeres y niños para protegerla. Luego, corrió hacia la empalizada. Al subir, descubrió que había un inmenso ejército de guerreros lleno de berserkers. Contabilizó por encima y supo que no podrían contra tantos.

—¡AKE! —bramó un hombre rubio montado sobre un rocín blanco.

El guerrero hizo una señal y de entremedias salieron entre empujones su primo y dos de sus hombres con las manos trabadas a la espalda. Aquello pintaba muy mal. Los obligaron a arrodillarse y los apuntaron con la espada.

—Estos hombres son tus soldados. ¿Los quieres vivos? —preguntó con insolencia.

—¿Qué quieres? —le dijo Ake desde la caseta.

—A Kaira. Ella a cambio de ellos.

Maldijo por lo bajo. Su más temida inquietud se había hecho realidad: habían venido a por ella. Haakon, que se encontraba a su lado, siempre tan leal, esperó a que impartirá una orden.

—Ve a buscar a mi esclava. A ella es a quien busca —le dictó. Su amigo abrió los ojos con algo de sorpresa, pero no osó preguntar. Obedeció sin replicar.

Cuando la subieron y descubrió al guerrero rubio, la felicidad que embargó a Kaira transformó toda su cara. Tal y como le había dicho desde el primer día, vendría un ejército a buscarla y no había exagerado. Tenía que ser alguien muy importante, lo que le dolió profundamente. ¿Era a ese hombre a quién amaba? ¿Por eso se habría mantenido virgen? ¿Para él? Miles de

preguntas sin respuesta se agolpaban en su cabeza.

Cuando le instó a luchar, no dudó. Si con eso evitaba que su gente muriese, se enfrentaría a ese hombre. Ya le había arrebatado a la mujer que amaba. No tenía nada que perder.

Al grito de Kaira de que no pensaba dejarle luchar, vaciló. Nunca perdía la esperanza de que ella algún día le dijese que le amaba. Pero debía admitir la derrota. Si no se lo decía era porque ya había otra persona que se había adueñado de su corazón.

A su señal, preparó a un grupo de hombres para que lo acompañaran y montó a Kaira en su caballo. Sentir la tibieza de ese cuerpo femenino era un tormento a sus sentidos.

—Haakon, cerrad las puertas cuando salgamos y si la cosa se tuerce, preparaos para defenderos. —Dio instrucciones precisas a su amigo para que protegiese a la gente en el caso de que cayese en combate y no cumplieran con su palabra. Su amigo asintió y se llevó el brazo al pecho para hacerle prometerle que lucharía hasta el final.

Abrieron las puertas y salieron. Cuando llegaron a la altura del gigante rubio, Ake no le encontró ningún defecto, más bien al contrario, lo que aumentó sus celos. Contaba con una constitución similar a la suya, alto y bien entrenado. El pelo lo llevaba trenzado con los laterales rapados mientras que una espesa barba rubia cubría una cicatriz en su mejilla derecha. Aquellos ojos azules igual de fríos que el acero le observaban con desprecio.

—Libera a mis hombres y ella será vuestra —decretó Ake.

El rubio hizo una señal y los soldados que custodiaban a su primo y a sus dos hombres les empujaron para que comenzaran a andar.

Ake deslizó a Kaira por el flanco de su caballo y la dejó marchar. Ella andaba con pasos resueltos sin volver la mirada ni una sola vez. Parecía impaciente por llegar hasta aquel guerrero, que la recibió con el ceño fruncido al reparar en su pelo. La familiaridad con la que se trataban dejaba en evidencia que había una relación muy especial entre ellos. El rubio la subió a lomos de su caballo posesivamente y los dos se fundieron en un abrazo eterno. Ya solo le quedaba luchar y acabar con aquella mísera existencia.



Kaira estaba deseando llegar hasta su hermano. Este, al advertir la ausencia de pelo, contrajo el semblante.

—¡Por Odín! ¿Este bastardo te ha rapado el pelo? —gritó enfurecido, señalándole con la espada cuando ella estuvo cerca.

—No fue él, calma. Es una historia muy larga de contar. ¿Y qué si lo hubiera hecho? Él creía que era una esclava —le defendió Kaira.

Ella se le tiró al cuello y lo abrazó. ¡Cuánto lo había extrañado!

—Dime, Kaira —le susurró Ivar al oído—. ¿Este animal te ha tratado mal?

—No. Te lo suplico, Ivar. No quiero que te enfrentes a él. Pídele otra cosa, por favor, pero eso no.

Su hermano se separó de ella y la observó con una ceja arqueada.

—¿Acaso no te raptó? ¿No quieres que le castigue? —se sorprendió.

—No me raptó. Fue un malentendido. Lo amo, Ivar. No me hagas esto, te lo suplico. Si te enfrentas a él no podré soportarlo.

Su hermano rodó los ojos en blanco.

—¿He oído bien, Kaira?

Con las mejillas sonrojadas asintió.

—¡Umm! Entonces tendré que tomar otra decisión —dijo, mesándose la barba.

Ivar tiró de las riendas de su caballo y lo dirigió hasta donde se encontraba Ake.

—Mi hermana me ha pedido que os perdone la vida —expuso sin dejar de escrutar a Ake—. Por supuesto, como comprenderéis, quiero algo a cambio. Así que antes de que la luna llena llegue a lo más alto espero que me ofrezcáis un pacto para resolver este conflicto satisfactoriamente entre vuestro pueblo y el mío. Si no os presentáis, os declararé la guerra. —Dicho eso, se dio la vuelta y gritó a sus hombres para que regresaran.

—¿Por qué le has dicho eso? —le preguntó Kaira sorprendida en cuanto se internaron en el bosque de pinos.

—He visto el asombro que se ha reflejado en sus ojos cuando le he dicho que eras mi hermana. Sabe que la única forma de resolver este entuerto es ofreciéndose a ser mi vasallo y proponiendo una alianza entre nosotros —repuso su hermano.

—¿Le vas a obligar a casarse conmigo? —se enojó Kaira.

—Sí. Es eso o casarte con Asgern. Él te ha solicitado como esposa.

—¡¿Qué?! No pienso casarme con ese bellaco —replicó Kaira airada.

—Lo siento, Kaira, si ese hombre al que dices amar no se presenta, tendrás que hacerlo. Te dije que te buscaras un marido.

—Y lo hubiera buscado si Ake no se hubiese entrometido. Tuve que escaparme antes de las garras de otra tribu que nos capturaron.

—Sí, lo sé. Ya me puso al tanto de eso Thyre. Me alegro de que les dierais a esos hombres su merecido. Estoy muy orgulloso de vosotras. No obstante, tendré que encargarme de esa tribu, no puedo dejar pasar semejante ofensa a nuestro pueblo. Han tenido suerte porque mi prioridad era encontrarte a ti.

—Con mayor motivo entonces para que me des tiempo para buscarme a otra persona con la que compartir la vida. No me parece justo —le señaló furiosa—. Ivar, por favor, detesto a Asgern. Me da asco —suplicó Kaira.

—¡Basta ya, Kaira! Tienes que cumplir con tus responsabilidades. Rechazaste a demasiados candidatos. Madre tampoco desea que te cases con él, pero ya no podemos ofrecerle más excusas. Reza para que ese guerrero te reclame.

Kaira se envaró encima del caballo y comprendió, muy a su pesar, que su hermano llevaba razón. Pero, tal y como le había tratado últimamente, lo mismo Ake declinaba a ser su esposo. La ansiedad se apoderó de Kaira. Volvía a estar igual que al principio.

—¿Cómo está madre? —suavizó.

—Muy preocupada por ti. Ha envejecido un montón desde que te raptaron. El no saber de nosotros le ha consumido por dentro.

Los días que tardaron en regresar a su apreciada aldea a Kaira se le hicieron insufribles. Estaba deseando ver a su madre y abrazarla, pero también comenzó a extrañar a Ake. Su corazón se había quedado dividido y una parte continuaba con él. Ivar le había sonsacado un poco de lo que había acontecido entre ellos y el cómo fue que la confundió con una esclava. Se había echado a reír.

—¡Por Odín! Con el carácter que tienes ¿cómo no se dio cuenta de que no eras una esclava?

—No le veo la gracia, Ivar —contestó haciendo un puchero.

—Debiste impresionarle mucho para cegararlo de esa manera. ¿Cómo te las has apañado para hacer las cosas de la casa que tanto te han disgustado siempre? —repuso su hermano.

—Haciéndolas, pedazo de asno. ¿Cómo querías que obrase? —replicó Kaira.

Lo que le sacó otra carcajada.

—Kaira Corazón de Hielo recluida en una casa —le hostigó.

Kaira le pegó un golpe en el hombro por burlarse.

—Tengo que ir un momento al bosque. —Notaba que ya tenía empapada las pieles que usaban para absorber la sangre. Su hermano, a pesar de que le dejaba intimidad, se negaba a dejarla sola y la acompañaba junto al riachuelo mientras ella las lavaba.

—Te noto muy cambiada. Diferente. ¿Pasó algo más que no me has contado? Ya te has cambiado en incontables ocasiones esas pieles con sangre. —Era imposible engañar a Ivar con lo observador que era.

—He perdido un bebé —dijo entre lágrimas. Era un tema que le quemaba aún por dentro. No podía hablar de ello sin llorar.

—¿Fue culpa de ese hombre?

—No. Me castigó Odín. En un principio me negaba a creer que estaba embarazada. Me lo quitó por no desear aquel embarazo.

Su hermano la abrazó con cariño y la besó en la frente.

—Ya estás en casa. No pienses más en ello. Si pasó sería porque el bebé no venía bien. A veces los dioses son inteligentes.

Quería creer a Ivar, pero aquella sencilla explicación no la liberó de su angustia. Era una espinita que llevaría clavada para toda la vida.

Ivar mandó desmontar el campamento y subieron a los caballos. El paisaje que se abría para ella comenzaba a serle familiar. Tras aquellos enormes hayedos y pinos silvestres de color negro y rojo, las columnas de humo de su aldea se abrían paso con timidez. Un hombre de Ivar se adelantó para avisar de su inminente llegada, lo que impulso una frenética actividad a la entrada. Su madre y su tía Gerda estaban a las puertas, Kaira se bajó del caballo y corrió a abrazarlas. Las mujeres no comentaron nada sobre su pelo ni su extrema delgadez. Solo la acogieron y le hicieron entrar a casa. Le prepararon un baño con ropa limpia y le obligaron a comer. Al observar el rostro de su madre, Kaira advirtió nuevas arrugas que antes no estaban ahí.

—No voy a preguntarte nada porque Ivar ya habrá hablado contigo, aunque espero ansiosa que puedas contarme algo cuando tú quieras, hija mía.

La prudencia de su madre le hizo sentirse culpable, mas se encontraba agotada y prefirió irse a descansar. Tenían muchos días para ponerse al tanto. Ella también estaba deseando saber qué había pasado en su ausencia.



Ake se había quedado de piedra cuando aquel guerrero rubio se refirió a Kaira como su hermana. Pero si eso le había sorprendido, el pacto que le propuso después le había terminado por desorientar. Regresó adentro y lo primero que hizo fue preocuparse por el estado de su primo y sus hombres, que ya estaban siendo atendidos. La gente regresaba a sus casas entre comentarios de alivio, retomándose la actividad normal.

Gerd tenía numerosas contusiones por el cuerpo. Pero nada grave.

—Me alegro de verte a salvo —le dijo Ake.

—De milagro —ironizó este—. ¿Cómo es que te ha perdonado? Porque ese berserker venía dispuesto a matarte por llevarte a su hermana.

—No me ha perdonado. No sé a qué tácito acuerdo habrán llegado los dos hermanos para que Kaira le haya impedido batirnos.

Su primo arqueó las cejas con sorpresa y preguntó:

—¿Y qué te ha pedido entonces?

—Entiendo que quiere vasallaje por mi parte y una alianza entre ambos pueblos.

Gerd abrió los ojos como platos y le posó la mano en uno de sus hombros.

—Eso significa que has de casarte con ella. ¡Umm! ¿Y ese cambio tan brusco? —receló.

—No lo sé. Supongo que algo ha tenido que ver ella. Ignoro lo que le ha dicho, la verdad. Kaira para mí es un completo misterio. No obstante, también parecía sorprendida con la petición de su hermano.

—He de confesarte algo, Ake, un día antes de que partiera, ella y yo tuvimos una interesante conversación en la que me advirtió que vendrían a buscarla. Me decidí a investigar por ahí para averiguar quién era en realidad cuando nos sorprendieron. ¿Ya te reveló su identidad?

—No me dijo mucho. Justamente estábamos hablando de eso cuando apareció su hermano con las huestes. No tuve tiempo de sonsacarle demasiado. Ella era bastante ambigua y la verdad es que me interesa saber todo lo que puedas contarme —explicó algo exasperado.

—Pues repárate porque no es una simple dama. Es hija de un berserker, apodada Kaira Corazón de Hielo y es conocida por haber rechazado a no sé cuántos pretendientes y haberse enfrentado a otros tanto con las armas,

humillándolos a todos.

—Por eso se mantuvo virgen —caviló Ake.

—Puedes ser. Fue raptada por la tribu de Brazo de Hierro y las «indefensas criaturas» los ajusticiaron. Ya sabes qué hacía en los alrededores y por qué estaban esos cuerpos tirados. Su hermano sirve a nuestro rey Sigurd Ring, es parte de su guardia personal y ha peleado junto a él recientemente. No tratas con cualquier *jarls*. Dime una cosa, Ake, ¿la amas?

Ake hundió los hombros e inspiró profundamente.

—Sí. La necesito como el aire que respiro —confesó.

—Te compadezco entonces. No parece una mujer fácil.

—Nunca hablaba de sus sentimientos. No sé si ella me aceptará como esposo —dudó.

—Hombre, Ake, yo creo que sí y, aún más, después de lo que te ha dicho su hermano, además, no creo que tenga otra opción. No obstante, me da la sensación de que es demasiado orgullosa para mostrar sus emociones. ¿Cuándo vas a contestarle?

—No lo sé aún. Tengo que meditarlo.

—Pues no tienes mucho tiempo. Si vas a aceptar su proposición, deberíamos ir preparándonos para partir lo antes posible. —Gerd hizo una mueca de dolor cuando le echaron un emplasto por encima de varios cortes en la espalda.

—Tú, recupérate, y ya veremos si te dejo que me acompañes. Alguien tendrá que quedarse aquí en mi ausencia.

—Haakon puede quedarse —sentenció.

Ake gruñó no muy convencido y zanjó la discusión obligándole a descansar.

Nerta, que había escuchado toda la conversación mientras atendía al señor Gerd, esperó a que este se marchase para abordarle.

—Ella os amaba, mi señor, pero pensaba que solo la querías para la cama. —Ake hundió los hombros abatido. ¿Tan mal lo había hecho con ella para que no hubiese adivinado sus sentimientos a esas alturas?—. Era bastante terca para reconocerlo —continuó Nerta—, pero puede deberse a lo que me contó de cómo su padre violó a su madre de niña. Parecía bastante afectada por ese suceso.

—Gracias, Nerta. —Aquella confesión le había abierto nuevas posibilidades con Kaira, además de comprender mejor el porqué de muchas de sus extrañas reacciones hasta ahora incomprensibles para él: su reticencia

en la bañera a acostarse con él, su inexperiencia con los hombres, aquellos celos injustificados, esa opacidad para hablar de ella misma... Se daba cuenta de que no sabía nada sobre Kaira. Quizá, obsesionado en retenerla, no había atendido sus necesidades como debiera, a pesar de que siempre le dijo que le gustaba mucho eso no debía ser suficiente para ella. Probablemente, Kaira esperaba otro tipo de declaración, algo para lo que él tampoco estaba preparado, pues hasta hacía bien poco no había querido reconocer que la amaba. Demasiado tarde se había dado cuenta de que quería formar con ella una familia y fue tras perder aquel hijo por el que ella tanto luchó por retener en su vientre.

Recordó el cuchillo que le quitó el día que la conoció y fue a buscarlo. Lo tenía escondido en un armero cerca de la entrada. Lo sacó y, al estudiarlo, reconoció que era un acero bien trabajado. Tuvo delante de sus propias narices todos los indicios de que ella era una guerrera. Decidió guardarlo entre sus cosas para devolvérselo. Seguro que Kaira se alegraba de tenerlo de vuelta. Todos tenían un arma que adoraban y esa parecía ser muy especial. Quería ganársela. Esperaba que no fuese demasiado tarde.

El no verla por la aldea se le hacía insoportable. Aun así, quería asegurarse antes de que ella le aceptaba de buen agrado. Quería intentarlo con ella. Saborear de nuevo esos labios, pero esta vez que se le entregase por amor.

Capítulo XXI

Kaira despertó bastante tarde. Se levantó sorprendida y fue a buscar a su madre.

—¿Por qué no me has despertado? —le dijo.

—Estabas muy cansada. Tu hermano me ha contado lo del aborto. Tu cuerpo necesita reposar. Déjame que te cuide, hija, como cuando eras pequeña.

La mirada suplicante de su madre ablandó su corazón. Esbozó una tierna sonrisa y abrazó a la mujer mayor.

—Madre, no me voy a romper. Siempre he sido fuerte.

—Ya, pero es que creí que nunca volvería a verte. Tengo derecho a darle mimos a mi propia hija.

Ivar entró por la puerta en ese momento envuelto en sudor y saludó a ambas.

—Kaira, tengo un mensaje para ti. —Su tono de voz no daba para discusiones.

—¿Qué ocurre? —Arrugó la frente y esperó a que su hermano tomara asiento enfrente a ella.

—Asgern quiere presentarte sus respetos. —Al ver que iba a protestar, levantó la mano para acallarla—. No puedes negarte. No obstante, ya le he informado de que deberá esperar hasta esa fecha, tranquila. Aun así, insiste en verte.

—No me apetece hablar con él, Ivar.

—Lo siento, pero ya te he dicho que no puedes prohibirle que te salude. Dime cuándo te viene mejor para que estés presentable. ¿Esta tarde? Vendrá aquí, así que no estarás a solas con él.

—No le tengo miedo, Ivar. Se me revuelven las tripas de solo pensar que sus labios toquen cualquier parte de mi cuerpo —espetó.

—Kaira, solo será un momento. Cumples y listo —apoyó su madre a Ivar.

—Entonces ahora mismo.

—No te has aseado siquiera —replicó su hermano.

—Precisamente, no me voy a arreglar para alguien que no lo merece.

—Eso es un desprecio muy grande y no lo voy a consentir. Te comportas como si tuvieses dos años, Kaira —la regañó su madre.

—Kaira, nunca has actuado como una dama. Siempre te hemos dejado a tu aire, pero eso no te ha beneficiado. Ya va siendo hora de que comiences a proceder en consecuencia. No te dejes en evidencia. Demuestra que estás por encima de él. —Los consejos de su hermano, aunque le mortificaban, eran sensatos y llenos de una lógica aplastante.

Con un ademán más razonable se levantó y fue a acicalarse mientras su hermano iba en busca de Asgern. Le dolía tener que hacerlo para alguien que no le importaba lo más mínimo. Se puso un par de broches de oro bellamente decorados con forma de animales en el vestido, para el cuello escogió un collar hecho a base de cuentas de vidrio y placas de oro, y culminó el conjunto con un precioso brazalete también de oro. Como no tenía pelo que recoger, tristemente, no pudo usar ningún pasador de los que tenía.

Asgern ya se encontraba allí cuando bajó, el cual rápidamente, fue a su encuentro y, para el disgusto de Kaira, se llevó su mano a los labios.

—Veo que no os han tratado muy bien. Hay tribus que de verdad son unos salvajes. Espero veros repuesta pronto —acicateó.

—Muchas gracias, Asgern —dijo Kaira, retirando su mano con disimulo.

El asco que le producía aquel hombre arruinaba sus ganas de mostrarse educada con él. El exceso de formalidad con la que se dirigía a ella no era propio de él. De sobra, ambos sabían cómo se las gastaba en solitario. Kaira no había olvidado el día que le quiso robar un beso, por lo que no entendía todo aquel formalismo.

—Pronto espero veros convertida en mi esposa. Para ello, me gustaría que aceptarais este presente. —Kaira abrió los labios dispuesta a replicar, cuando su hermano acudió en su ayuda.

—Asgern, aún no he hablado con mi hermana de un supuesto enlace entre los dos. Disculpadme, pero ¿no sería mejor que os esperaseis a la fecha que hemos convenido?

—No creo que haga falta. Seguro que ese salvaje no vendrá. Huirá como una rata —comentó Asgern con desprecio.

A Kaira le dio ganas de replicar para salir en defensa de Ake, pero prefirió guardarse los comentarios para sí. Si lo que quería era importunarla, no pensaba dar muestras de irritación. Asgern no podía compararse con Ake ni en mil años. Era un hombre de palabra, vendría.

No le quedó más remedio que aceptar el bonito colgante de conchas que Asgern le tendió.

—Espero que lo luzcáis a partir de ahora.

La obligó a forzar una sonrisa, cuando lo que quería es mandarlo a paseo y dejó que aquellos dedos gordos como morcillas le anudaran el colgante al cuello. De esa forma estaba indicando que le pertenecía. Le hervía la sangre.

—¿Os puedo ofrecer algo de beber para refrescaros? —Como ella no pensaba hacerlo, fue su madre la que se mostró hospitalaria.

Esperaba que no aceptase la invitación, pero, para su sorpresa, se sentó y accedió. Los dedos de Kaira tamborileaban impacientes por detrás de su vestido, esperando que no se alargase más su desagradable visita. Le tocó a Ivar darle conversación, una que aburría a Kaira profundamente, pues era solo del interés de ambos hombres. Cuando por fin puso final a su visita, Kaira agitó el colgante con rabia delante de su hermano y le increpó:

—Esto ha sido todo un despropósito, Ivar. Me ha regalado esta baratija para demostrar a todos que le pertenezco.

—Tranquilízate. Tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? —Kaira bufó producto de la frustración—. No me fío de él. Ya has oído lo que ha dicho de Ake. Deberías vigilarle. Es capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—¡Basta, Kaira! No acuses a alguien porque no sea de tu agrado. No hará nada. Asgern ha luchado a mi lado. Me es leal.

Furiosa, Kaira se marchó fuera de casa. Necesitaba despejarse o creía que le iba a estallar la cabeza.

Por el camino, se cruzó con Thyre que se acercó a saludarla. Kaira se alegró de verla y ambas se pusieron al tanto de lo que les aconteció aquel día. Al ver que no aparecía pasada las horas, las mujeres regresaron a la aldea para buscar ayuda.

—Siento que hayan tardado tanto en rescatarte, pero no hubo hombres suficientes hasta que regresó tu hermano. Mandamos varios escuadrones que nunca retornaron —se disculpó Thyre.

—No te preocupes, he estado bien, aunque no lo parezca.

Thora se había casado con un buen hombre y estaba embarazada. No sabían si el bebé que esperaba le pertenecía al hombre que la violó, pero la chica parecía feliz ante su inminente maternidad. Una parte de Kaira sintió envidia de ella. Su vientre plano le recordó la pérdida. Regresó aún más abatida.

Los siguientes días no fueron mejores. Asgern la acosaba cada vez que salía para comprobar que llevaba puesto su aborrecible colgante. Ella solía guardarlo debajo de su vestido para que no estuviera a la vista. Detestaba todo

lo que tenía que ver con ese hombre. Ya quedaba menos para que la luna estuviera en lo más alto y aún no tenían noticias de Ake. Su hermano comenzaba a impacientarse, lo consideraba un insulto, a lo que Kaira se veía impotente para defenderlo, no tenía ningún argumento sostenible. Esa noche salió a la puerta de su casa y observó el cielo con tristeza. Las nubes cubrían parcialmente al astro que iluminaba la aldea con bastante claridad, ahora opacada a ratos. Expulsó el aire de sus pulmones con un suspiro de resignación y las lágrimas afloraron por su rostro. Empezaba a creer que Ake prefería ir a la guerra antes que casarse con ella. Nunca le había dicho que le amaba por temor a que se burlara de ella y le rompiera el alma. O, quizá, ese era el problema, que pensaba que ella no lo amaba. Sea cuales fuesen las razones, tenía claro que ella no pensaba gastar una vida junto a Asgern, antes se sacrificaría a los dioses. Apoyada como estaba sobre la valla que cercaba a los cerdos, no vio como una figura se abalanzaba contra ella por detrás y la taponaba la boca.



Ake se preparó para acudir con sus hombres a la aldea de Kaira. Su partida se había visto retrasada por el empeño de su primo en acompañarlo. Y, por supuesto, no pensaba dejarlo ir si no se recuperaba un poco más de sus heridas, así que proyectó coger una ruta marítima que si el tiempo no se lo impedía, llegarían incluso antes.

—Los caballos no caben en el *drakar* —se quejó su primo.

—Pues tendrán que entrar. No pienso ir por tierra, entonces no llegaríamos a tiempo. Y si el viento nos es favorable, arribaremos más pronto de lo previsto. Vamos, no te quejes tanto.

La vela ondeaba con fuerza al son del viento, Thor debía de estar de su parte, lo que les había hecho ganar bastante terreno. Cuando desembarcaron, era ya muy entrada la noche, aun así, decidieron espiar los alrededores.

—¿Veis esas hogueras de allí? Parece un grupo de hombres armados —observó Dain—. El camino hasta la puerta principal está despejado.

—Vaya, así que alguien nos tenía preparada una comitiva de bienvenida. No se esperaban que llegásemos por mar, bien, pues les sorprenderemos por aquí —indicó Ake—. Avisa a los centinelas de nuestra llegada. Haznos una

señal si piensan recibimos. —Y dirigiéndose a sus hombres—: A cualquier indicio de peligro nos volvemos al barco.

Dain desapareció por el bosque, mientras que ellos se quedaban agazapados. Al cabo de un rato, las puertas se abrieron y su hombre les hizo la señal de que podían ir.

Cogieron sus monturas y entraron con las manos agarrando los escudos y las espadas. No se fiaban de ellos. Ivar los esperaba en la entrada.

—Llegas casi al límite de la fecha —le indicó con el ceño fruncido.

—No me diste mucho tiempo. No obstante, me gustaría que tuvieras a bien explicarme por qué hay un grupo de hombres apostados en el bosque, casualmente, por la ruta terrestre que hubiese escogido para venir aquí —le recriminó.

—No sé de qué me hablas. Pero mandaré a uno de mis hombres a averiguarlo ahora mismo. ¡Bienvenido! Y gracias por acudir. Avisaré a mi hermana de que estás aquí. Venid al salón principal, supongo que queréis tomar algo —dijo Ivar.

Una mujer mayor con el rostro similar al de Kaira salió a recibirlos.

—¿Y Kaira? —preguntó Ivar a la mujer.

—Estaba junto a la cerca —dijo.

El guerrero salió a buscarla para regresar sin ella.

—No se encuentra fuera. ¿Estás segura de que ha salido ahí? —comenzó a dudar Ivar.

Ake observó la cara de preocupación de ambos. Algo no iba bien con Kaira.

—¿Va todo bien? —se interesó Ake.

Observó como el rubio cogía una antorcha y salía fuera. Ake decidió seguirle. Cuando iluminaron la valla, unas pisadas de barro indicaban que había habido un forcejeo para desaparecer más adelante.

—No han podido llevársela muy lejos. ¡Arne! —llamó Ivar a uno de sus hombres—. Que nadie salga de la aldea. Despertad a todos los hombres.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gerd uniéndose a la expedición.

—Parece que alguien se ha llevado a Kaira —indicó Ake.

Sin embargo, no hubo que ir demasiado lejos. Un hombre con la nariz aguileña les salió al paso con una sonrisa torcida con espada en mano.

—Así que este es el que viene a quitarme a mi esposa. —Examinó a Ake con profundo desdén de arriba abajo y luego escupió al lado.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Asgern? ¿Dónde está mi hermana?

—reclamó Ivar.

—Tu hermana está bien. Veo que este desgraciado ha burlado a mis hombres. Pues bien, estoy en mi derecho a reclamar a Kaira como mía. Si la quieres —dijo, dirigiéndose a Ake—, tendrás que luchar contra mí.

—Así que pensabas deshacerte de él. Mi hermana tenía razón al dudar de ti. Debí hacerle caso y vigilarte. Trae ahora mismo a Kaira o te las verás conmigo —manifestó Ivar con desprecio.

—No tengo ningún problema en enfrentarme a él —repuso Ake con tranquilidad—. No me gusta que me insulten. El combate será a muerte y el vencedor se la queda.

—¡Acepto! —rugió Asgern. El tipo hizo una señal y trajeron a Kaira. Un hombre la sujetaba con un puñal al cuello—. Será mi rehén por salvoconducto.

Eso fue algo que no gustó a Ivar. Ake se acercó a Gerd y le susurró al oído:

—Mata a ese tío y libérala. No me fío de su palabra. —Su primo asintió y se escabulló con disimulo.

Ake se deshizo de las túnicas que cubrían su cuerpo, desenfundó la espada y preparó el escudo. Extendieron una piel en el suelo e iluminaron la zona con antorchas.

Los hombres de Asgern rodearon a Kaira y a su jefe armados hasta los dientes, mientras que los de Ivar rodeaban a Ake desafiándoles con la mirada. La tensión era palpable entre ambos grupos de guerreros.

—Ya sabéis las reglas: luchar y vencer. Podéis rendiros deponiendo las armas. ¿Preparados? —indicó Ivar.

Ake asintió al igual que Asgern. Entonces los hombres golpearon sus escudos y ambos combatientes se prepararon para luchar. Asgern se lanzó el primero, parecía tener mucha prisa por acabar cuanto antes, pero Ake prefirió observar a su contrincante para descubrir sus puntos débiles. Las espadas entrechocaban con un sonido metálico que ponía los pelos de punta con cada trallazo. Asgern era bueno luchando, Ake tenía que hacer uso de su escudo para parar los golpes de aquel animal. Sin embargo, pronto alcanzó a Asgern en un costado. Había descubierto que Ake era más rápido y tenía el brazo más largo.

Su contrincante se mostró sorprendido al notar la sangre. Lanzó una mirada ceñuda en dirección del hombre que tenía a Kaira apresada y este hundió un poco más el cuchillo en su cuello.

—Recuerda que ella está prisionera —le amenazó Asgern.

—¿Pretendes que me deje vencer? —Ake arqueó las cejas estupefacto.

—Ella me pertenece. La vi antes que tú —insistió Asgern con sus amenazas.

Ake esbozó una sonrisa torcida y le volvió a alcanzar en una pierna sin rastro de culpabilidad.

—No me amenes. No me conoces —replicó Ake. No pensaba mostrar rasgo de debilidad ante su rival. Si lo creía indiferente, sabía que le infundiría respeto y temor.

—Vaya, así que ella tenía razón. No te importa nada —espetó acalorado. Sin embargo, Ake no le contestó. Su mirada se tornó gélida, esperando que diera un paso en falso.

A continuación, se escuchó el sonido de una flecha caer y el gemido ahogado de un hombre. Todo pasó demasiado deprisa, en torno a Kaira se organizó un tumulto y Ake la perdió de vista. Intentó avanzar en aquella dirección, pero Asgern lo interceptó: no estaba dispuesto a dejar que él fuese a rescatarla. Impotente, se vio obligado a ignorar los gritos de lucha y movimientos de espadas que se originaba a su alrededor para no distraerse.



Cuando unas manos grandes se cernieron sobre su boca y otras la aprisionaron por la cintura, Kaira se revolvió todo lo que pudo para avisar a su hermano. La arrastraron por el barrizal entre fuertes patadas hasta que la alzaron en brazos y la llevaron a la casa de Asgern. En cuanto se vio libre, cargó contra él:

—Mi hermano no te va a perdonar esta afrenta. Él confiaba en ti —siseó furiosa. Los hombres de Asgern la tenían fuertemente agarrada, porque de no ser así le habría escupido en la cara.

—Te habría entregado a mí si no fuese por ese extranjero estúpido que ha decido venir y ha alterado los planes que tenía para ti.

A Kaira se le aceleró el pulso al saber que Ake había venido.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Kaira con desconfianza.

—Nada, por desgracia. El muy bastardo se ha presentado en barco.

—¿Planeabas asaltarle? ¡Qué rastrero de tu parte! —escupió furiosa.

—¿Crees que te iba a dejar ir así sin más? Veremos qué tal se defiende

luchando con la espada —sonrió Asgern con petulancia.

—Mi hermano no lo va a permitir. Ake no se rebajará a combatir con alguien de tu calaña.

—¡Oh, ya lo creo que sí! Y ahí entras tú en el trato. Según he oído, parece que le interesas bastante. —El cinismo que reflejaba las palabras de Asgern le daban ganas de vomitar.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Quién? Me parece a mí que te lo estás inventando y no tienes ni idea de nada —le aguijoneó Kaira.

—Da la casualidad que hay una mujer que te conoce muy bien y asegura que él te ama —contestó enigmático.

—¿Por qué no me dices el nombre de esa supuesta mujer? Porque creo que te ha informado bastante mal.

—No pienso caer en tus tretas. Con saber eso tienes más que suficiente.

—Claro, porque es mentira. Quizá, Ake Garras de Oso viene a rechazarme, así que creo que para nada le conoces —mintió Kaira para despistarle.

—Trabadle las manos a la espalda —ordenó Asgern—. Y tú, quédate aquí con ella. Ponle un cuchillo al cuello.

—Prometiste matarla —dijo la voz de una mujer que conocía demasiado bien.

—Después de que me lo cargue a él. —Saber los planes de aquellos dos le revolvió el estómago.

—¿Qué hace *esa* aquí? —exigió Kaira con desprecio, lo que provocó una carcajada de satisfacción en Brynja.

—Mi padre decidió visitar a parte de la familia con la que ya no teníamos contacto. Ha sido toda una sorpresa enterarme de que tú eras originaria de esta aldea. Un contratiempo al que he sabido sacarle provecho, ¿no crees? Ahora me cobraré mi venganza. Asgern matará a Ake y tú irás después —contestó Brynja con frialdad.

—No os vais a salir con la vuestra. No lo permitirán —se jactó Kaira.

—Eso ya lo veremos. —Brynja se paseó majestuosamente por delante de ella y desapareció en el interior de la casa.

Kaira fue sacada a empujones ante su impotencia. Sin embargo, Asgern había cavado su propia tumba, Ivar lo iba a matar.

Capítulo XXII

La virilidad que exudaba Ake por cada poro, esa seguridad al andar, la fiereza de su mirada dejó a Kaira sin aliento. Sin embargo, la angustia se apoderó de ella una vez que vio que estaba dispuesto a batirse contra Asgern. Rezaba a Odín para que no se lo llevase, pues no soportaría perder a Ake, a pesar de la desenvoltura que este mostraba con la espada. Los cuerpos rudos de aquellos hombres que le atosigaban a cada momento le estaban agobiando e impidiendo disfrutar del duelo. Un golpe en el costado le hizo girarse dispuesta a fulminar con la mirada a quien acababa de golpearle, pero se dio cuenta de que se trataba de Gerd. Al instante, una flecha se clavó en la frente de su captor. Gerd desenvainó la espada, le seccionó las cuerdas con un corte limpio y todo a su alrededor se llenó de hombres que gritaban y luchaban. Kaira se agachó rápidamente para coger la espada del hombre que ahora yacía en el suelo y atacó al primer individuo que se le puso a tiro hasta que consiguió salir de aquella refriega. Con pasos decididos se dirigió a la casa de Asgern: Brynja no se iba a escapar de nuevo.

En la entrada se topó con un guerrero que estaba dispuesto a defender con su vida a los habitantes de la casa. Kaira le asestó una estocada en el cuello y continuó su camino hacia el interior. De frente, la esperaba el padre de Brynja. Kaira esgrimió el metal sin miedo e hizo un giro de muñeca de izquierda a derecha, que se hundió en la carne, salpicándole la cara de sangre.

—¡Nooo! ¡Padre! ¡Muere, maldita! —Brynja se lanzó con un cuchillo por delante y Kaira tuvo que dar un salto hacia atrás para evitar que la alcanzara, consiguiendo que esta se precipitara al suelo.

—Tira el cuchillo, Brynja —le ordenó.

La otra soltó una horripilante carcajada y volvió a empuñarlo. Kaira se vio obligada a defenderse con la espada y golpearle con ella en la mano. Brynja gritó y se tapó el corte con la otra mano y controlar así la sangre que brotaba por la herida.

—Has tratado de asesinarme en dos ocasiones, Brynja. Bien, no habrá una tercera.

—¿Vas a ser tan cobarde de matarme a sangre fría? —replicó con arrogancia.

La mirada que vertió contra ella le heló la sangre.

—No, tú misma me lo vas a rogar. Levántate del suelo ahora —ordenó.

—¿Adónde me llevas? —insistió Brynja.

—Ahora lo verás. —Kaira la pinchó con la punta de la espada en la columna para obligarla a caminar y salieron de la casa.

—No intentes escapar, Brynja —le advirtió Kaira—. Te juro que esta vez no fallaré.

La condujo hasta su casa y, una vez allí, llamó a su madre:

—¡Madre! Esta mujer es la que me rapó el pelo. Átala, por favor. —No tuvo que decírselo dos veces. Sin rastro de piedad, Helga le trabó las manos a la espalda tan fuerte que se las dejó sin circulación. Luego, la obligaron a sentarse mientras Kaira le tendía a su tía una hoja de afeitar—. En primer lugar, te van a rapar el pelo para que sepas lo que se siente y después serás sacrificada en honor a los dioses para acompañar a todos los muertos y guiar sus espíritus.

—¡No! No puedes hacerme eso. Mátame si quieres, pero no me dejes sufrir —sollozó Brynja. Ella sabía lo que implicaba ser la elegida para semejante cometido: que debía pasar por el ritual sexual previo antes de pasar por las manos del Ángel de la Muerte.

—Ya te advertí que mi fuerza no residía en mi pelo. Debiste matarme cuando pudiste. ¡Qué Odín se apiade de tu alma! —dijo, dejándola en manos de su madre y de su tía.



Una lluvia pertinaz comenzó a caer del cielo, por lo que el barrizal y los charcos del terreno dificultaron la pugna. Resbalones y cuerpos ensangrentados eran el resultado de aquel aguacero otoñal. Los muertos se apilaban unos encima de otros sin que nadie hiciera nada por apartarlos. Las gotas de lluvia se escurrían por el pelo y la cara de Ake, dificultando su visión. Notaba las botas de cuero empapadas, pero no por ello le restó fuerzas a la hora de combatir, sino que puso más empeño en deshacerse de su rival. El cielo se iluminó de golpe y un rayo cayó cerca de un árbol.

—¡Fuego! —gritaron varios aldeanos.

Sin embargo, eso no amilanó a los embravecidos guerreros que continuaron combatiendo como si aquel incendio estuviese muy lejos. Ake

observó a Asgern con la espada levantada y corrió a su encuentro. La violencia de esos cuerpos que esgrimían sin esfuerzo aquel pesado metal, dejaba evidencia que eran dos hombres fieros y entregados a Odín. Entremedias, se les cruzó un hombre al que Ake ajustició de un espadazo en el vientre para que Asgern no huyera. Tenía los ojos puestos en él. Sacó la espada del cuerpo y lo lanzó al suelo mientras caminaba en dirección a Asgern, pasando por encima del cadáver.

—¿Nunca te das por vencido? —le preguntó Asgern.

—No. Y mucho menos cuando me han insultado —contestó Ake.

—Eres tú el que me ha ofendido. Kaira estaba prometida conmigo.

—Pues si estaba prometida a ti, ¿por qué su hermano me la ofreció a mí? A lo mejor es que tú no eras de su agrado —se burló.

Asgern apretó la mandíbula, empuñó la espada y lanzó un golpe con rabia. Ake lo paró con su hoja y del choque de ambas escaparon varias chispas. El azote de sus armas se sucedía implacable uno tras otro. Estaban sudando. En un momento dado de la feroz contienda, la cara de Asgern quedó a escasa distancia del escudo de Ake. Este giró el brazo y le sacudió con violencia, obligándole a apartarse de él, pero Asgern no pensaba darse por vencido. Alzó la espada y cogió impulso para lanzar otro trallazo que rebotó en el escudo con un crujido seco y obligó a Ake a perder terreno. Comenzaba a estar hastiado de aquella mole de grasa. Hizo girar la espada con habilidad y se la lanzó como si fuera una lanza. Su sorprendido rival abrió los ojos desmesuradamente antes de caer con el acero clavado en el pecho. Ake la sacó del cuerpo y recuperó a *Adder*, que era así como llamaba a su espada, con una sonrisa de orgullo.

Miró en torno a él y no vio a Kaira por ningún lado. Desesperado comenzó a buscarla entre los hombres que peleaban más arriba. Gerd estaba herido, así que hundió la espada en el hombre que luchaba contra él y le preguntó:

—¿Has visto a Kaira?

—La perdí en cuanto la liberé. Salió como si estuviese buscando a alguien.

Abatido por no saber por dónde empezar, ayudó a derribar a los que quedaban en pie para llegar hasta Ivar y preguntarle.

—No veo a tu hermana. ¿Dónde crees que puede haber ido? —Golpeó en la cabeza a un hombre con la empuñadura y después le cercenó la garganta.

—No tengo ni la menor idea. Tuerce esa esquina, la casa de Asgern sube por allí —le encomendó.

Ake se quitó varias gotas de agua de la frente y corrió en aquella dirección. Pero Kaira subía por otra calle con una espada en la mano y manchada de sangre. Fue a su encuentro con cierta vacilación y cuando llegó a su altura, le recorrió el mentón con el pulgar:

—¿Estás bien?

—Sí. Ahora sí. ¿Y Asgern?

—Muerto.

Kaira destensó las facciones y expulsó una bocanada de aire.

—He apresado a Brynja —le soltó a bocajarro.

—¿Ella está aquí? Pero ¡¿cómo?! ¡¿Dónde?! —exclamó.

—Dijo que Asgern era familia lejana de ella. Es a la última persona que esperaba volver a ver en la vida. —Posó una mano delicada sobre su pecho y continuó con las explicaciones—: Está encerrada, no te preocupes. Mi hermano sabrá qué hacer con ella.

Ake la cogió por la cintura y la estrechó contra su cuerpo, desviando la mirada a aquellos labios tan tentadores. Le acarició la mejilla y, besando la punta de la nariz, la consoló:

—Todo ha terminado ya, Kaira.

—Ake —susurró con voz débil.

—¿Sí?

—Siento no haberte dicho quién era yo, pero no podía seguir siendo una esclava, no cuando mi sitio no era ese.

—¡Shhh! Tranquila, no me importa ahora eso. Tú y yo tenemos mucho más que discutir.

Con cierta vacilación, Kaira se separó de él un poco y se mordió el labio inferior, gesto que a Ake le pareció de lo más seductor.

—¿Puedo saber qué propuesta pensabas hacerle a mi hermano?

—Desposarte, por supuesto.

—Pero yo no quiero que sea por obligación.

—Kaira, ¿crees de verdad que si no quisiera casarme contigo me hubiese enfrentado a ese hombre? ¿Aún dudas de mi amor por ti?

Kaira agachó la cabeza algo turbada y se encogió de hombros.

—Ake, no sé si lo que tú sientes es amor, pero yo sí te amo de verdad. Te quiero.

Aquella confesión consiguió que las pocas fuerzas que le quedaban para resistirse a ella se derrumbaran y, alzando su barbilla, le susurró cerca de los labios:

—No sabes cuánto me alegra por fin oírtelo decir, fierecilla, porque yo también te amo. ¡Mírame! —Los cristalinos ojos azules de Kaira lo observaron con lágrimas en los ojos—. Jamás voy a dejarte marchar de mi lado porque ya no concibo una vida sin ti. No sé qué me has hecho, pero me has embrujado.

Apresó con fiereza aquellos labios voluptuosos y la besó con pasión enredando sus brazos alrededor del cuerpo de Kaira. Ella gimió al sentir cómo su miembro endurecido presionaba sobre su estómago. Ambos se exploraron cada rincón de la boca, como si nunca hubieran pasado por allí. Eran besos cargados de deseo, amor y necesidad. Se recorrían con las manos con auténtica desesperación, chocando con la incómoda molestia de la ropa mojada. Una gota de lluvia se coló entremedias de los dos y rodó por el mentón delicado de Kaira. Ake deslizó su boca traviesamente para saborear la textura de aquella piel tersa y húmeda, la misma que se estremeció de placer al contacto de su lengua.

—Estás empapada, Kaira. Cada vez llueve más. Me encanta el sabor de tu piel húmeda, pero creo que no es el lugar más indicado para hacerte el amor.

Kaira soltó una risa cristalina y tiró de él.

—Ven, antes habrá que ayudar a mi hermano a poner todo en orden. Pero luego, te prometo una noche de amor.

—Eso suena muy tentador. —Ake le guiñó un ojo y esbozó una sonrisa pícaro.

Ninguno se había desprendido de su espada. Subieron de nuevo la calle y encontraron a Ivar dando órdenes.

—¿Te ayudamos en algo? —se ofreció Ake.

—Hay que apilar a los muertos. Llueve demasiado para quemarlos hoy. Kaira, ayuda a los heridos —ordenó Ivar.

Entre ellos estaba Gerd, quien acompañó a Kaira hasta la casona grande donde vivía. Kaira tuvo una noche muy agitada entre coser, poner emplastos y ofrecer infusiones curativas. Ake, por su parte, se la pasó transportando cadáveres hasta un carro para despejar las vías de la aldea. Los traidores se rindieron y fueron encerrados hasta nuevo aviso.

Cuando terminaron de poner en orden la aldea, se marcharon a descansar. Estaba agotado. El día había sido muy largo.

Ake buscó a Kaira por la planta baja y cuando la localizó, se dirigió hacia ella, tenía la cara demacrada.

—¿No descansas? —Ella negó con la cabeza.

—Aún no he terminado. Ven, dormirás en mi dormitorio.

Ella le guio al piso de arriba y le ayudó a quitarse la ropa mojada. Ake estaba completamente incendiado y necesitaba cubrir a esa mujer.

—No te vayas —le susurró, cogiéndola por detrás.

—No puedo. Aún quedan muchos heridos por atender.

—¿No hay otra persona que pueda ocupar tu lugar? —preguntó mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—No me tientes, guerrero —se rio.

Kaira le dio un beso casto y, con mucho pesar, la vio regresar al piso de abajo.

—¿Y ahora qué hago yo contigo? —le dijo a su miembro inflamado.



Un suave empujón sobre su hombro le hizo abrir los párpados con pesadez.

—Vete a descansar, hija mía. Ya nos quedamos tu tía y yo a hacer guardia. Ve con ese guerrero que descansa en tu cuarto.

Con la cabeza embotada, cogió una palangana con agua y la subió para asearse. Ake dormía plácidamente y no quiso interrumpir su descanso. Se desnudó lentamente y se pasó un trapo mojado sobre la piel para quitarse los restos de sangre seca. Buscó el vestido que había dejado a su lado, pero no lo encontró. Al girarse, se percató de que Ake estaba recostado sobre la cama observándola con deseo.

—¿Buscas esto? —preguntó con picardía, sacando el vestido de entre las pieles que lo cubrían.

—Ake, ¿qué haces? —Puso un puchero y se cubrió la desnudez simulando que tenía frío.

—Esperarte. Ven aquí, mi bella. Hay una parte de mi cuerpo que requiere de tus cuidados también —ronroneó.

Con un suave contoneo, Kaira se acercó hasta la cama y se sentó encima de él, dejando los pechos expuestos a su mirada hambrienta.

—¿Así mejor? —se rio Kaira.

—No. Entra ahora mismo dentro de estas pieles, que hoy quiero recorrer tu cuerpo lentamente.

La propuesta de él le aceleró el pulso y, obediente, se metió y se acurrucó junto a su pecho.

—¿No piensas dejarme descansar? —dijo, dando un pequeño bostezo.

—Luego te dejo dormir lo que quieras y al que ose entrar por esa puerta, lo parto en dos.

—No hace falta que uses la violencia, bruto —se carcajeó.

La mano invitadora de Ake bajó hasta sus nalgas y la apretó contra su cuerpo.

—Solo me aseguro de que después de esto, tengas un descanso placentero —repuso Ake tentador.

Las manos grandes de él y varoniles le recorrieron el cuerpo desnudo para posarse en esos montículos que tanto le gustaba acariciar. Le pellizcó los turgentes pezones y bajó su boca hasta ellos.

—¡Umm! Kaira, me encantas, mi amor. No sabes cuánto te deseo y las cosas que me gustaría hacerte.

—Si me dan placer —comenzó a decir—, quiero que me enseñes. Estoy dispuesta a probar nuevas posturas por ti.

—¡Por Odín! Te amo, Kaira. Ponte boca abajo y separa las piernas —la instó.

La postura era algo desvergonzada para ella. Sin embargo, se dejó llevar. Él pasó una mano por debajo de su monte de venus y la otra comenzó a pasarla por las nalgas. Aquellas caricias que frotaban su clítoris de forma insistente, mientras que jugueteaba con los dedos por detrás, le provocaron un calor que sintió por dentro y le arrancó varios gemidos, haciéndola suspirar de placer. No quería que dejara de tocarla. Era algo nuevo para ella, pero que le producía un inmenso goce. Sentía una terrible humedad en su centro. Ake no lo descuidó e introdujo un dedo y luego lo sacó para volver con cierto descaro a ese otro agujero del que nunca hubiera creído que podía hacerle sentir tanto placer. Todo su cuerpo tembló del orgasmo y tuvo que pedir que parara.

—¿Te ha gustado? —preguntó Ake.

—¿Acaso no ha sido obvio? Creo que voy a disfrutar de estar contigo más de lo que imaginé.

Ake se rio y se tumbó encima suyo, le separó bien las piernas y entró en su calidez. Dio un gruñido de satisfacción y la penetró lentamente, no tenía prisa. Entrelazó los dedos con los de ella y le susurró al oído:

—Mi bella, no sabes cuánto te he extrañado estos días. —Su aliento rozó su nuca, estremeciéndola—. Cuando vi a tu hermano ahí creí que era tu

prometido y que jamás te volvería a ver. Estaba dispuesto a dejarme morir.

—Eso no lo digas nunca ni en broma, Ake. No podría vivir sin ti. Quiero un hijo tuyo. —Besó los dedos largos y masculinos, y apoyó la mejilla encima de ellos con cariño.

Ake le mordisqueó el lóbulo de la oreja a modo de respuesta sin dejar de moverse dentro de ella, incrementando las embestidas y el placer de ambos. Se estaban amando, dando y recibiendo, expulsando toda la tensión acumulada de esos días de separación. Ake tenía los brazos apoyados a cada lado de ella y Kaira era muy consciente del roce de esa piel masculina, de la fuerza que emanaban de aquellos poderosos músculos, de las venas que se resaltaban con el esfuerzo realizado, y todo ello aumentaba su excitación y le incitaban a arquearse para ir a su encuentro. Su cuerpo tembloroso se entregaba a él sin reservas en una unión perfecta, complementándose para ser solo uno, hasta que llegaron al clímax entre fuertes jadeos. Ake se quitó de encima y le dio un beso en la nuca sin dejar de acariciarle la espalda.

—Practicaremos hasta que esa tripa plana se vuelva redondita. ¿Cuántos hijos quieres tener? —se interesó Ake.

—Siete —dijo Kaira muy seria.

—¡Por Freya! Me vas a sacar hasta la última gota de sudor. Entonces habrá que ponerse a ello todos los días —replicó con sorna.

—No le pongas tanto entusiasmo —se rio—. Estaba bromeando. Los que quieran venir.

—Está bien. —Los párpados y el cansancio hicieron mella en ella y un bostezó escapó de su boca sin control—. Debes descansar. Mañana será otro día.

Ake la acunó entre sus brazos y, con el calor de su cuerpo, el sueño la inundó enseguida.

Capítulo XXIII

D espertó hacia el mediodía en la basta cama y completamente rejuvenecida. Ake ya se había levantado. Una sonrisa tonta bailó en su boca al recordar los besos y la pasión que se había desatado entre ellos. Aún podía sentir el sexo impreso en su piel como marcas invisibles. Cerró los ojos de nuevo y gimió. Ya echaba de menos a Ake. Kaira se levantó, se vistió con rapidez y dejó de holgazanear. Bajó corriendo las escaleras y buscó a su familia. Su madre se acababa de acostar, así que obligó a su tía a descansar mientras ella se encargaba de los heridos con ayuda de las esclavas.

Lo primero que había hecho su hermano nada más levantarse fue cremar los cadáveres. Por consiguiente, Brynja ya había sido sacrificada, algo de lo que agradeció no ser testigo. A pesar de odiarla y merecerse ese castigo, prefería no haber estado presente mientras se llevaba a cabo. El incendio que se originó debido al rayo, se extinguió rápidamente gracias a la lluvia. Sin embargo, aún había mucho que recoger y reparar. Caras tensas por el desacato de Asgern. Una difícil decisión para Ivar, pues lo que menos querían es que Sigurd Ring tuviese que tomar cartas en el asunto. Su rey había ido a descansar, no a aplastar revueltas sin importancia.

Pero ahora que ya todo había acabado, esperaba que muy pronto su hermano viniese a hablar del enlace, ya que aún no lo habían formalizado ni tenían una fecha cerrada para celebrarlo, algo por lo que ya ardía en deseos de hacer. Lo que más le entristecía es que tendría que abandonar la aldea y separarse de nuevo de su familia para ir a la de Ake. Así la encontró su hermano, cavilando sobre su futuro. Era bastante atractivo, ambos se parecían mucho. Solo que cuando Ivar sonreía le salían unos graciosos hoyuelos en las mejillas.

—¿Cómo estás? —Ivar llevaba en la boca un trozo de zanahoria, lo que le recordó que ella aún no había probado bocado.

—Bien. ¿Y tú? ¿Todo controlado?

—Sí. —Se sentó a su lado y se rascó la barba con incomodidad—. Hasta lo de tu enlace. Madre y yo hemos estado hablando con Ake.

Kaira se agarró los pliegues del vestido con nerviosismo.

—¿Y?

—Ya hemos negociado con Ake tu dote, sabe que eres dueña de varias

tierras de gran riqueza y una granja prolífera. Eso te pertenecerá siempre, incluso si te divorcias. —A lo que Kaira negó con la cabeza—. Bueno, es solo para que lo tengas en cuenta. Él ha sido muy generoso también. Su *Mundr* ^[29] está muy por encima de lo que estipula la ley. Por cierto, Ake está muy dispuesto a casarse contigo, pero no piensa esperar el año que dicta la tradición, así que madre le ha pedido unos días más para celebrar tu enlace y que te llesves un bonito recuerdo. Me gustaría saber tu opinión.

—En realidad, me da igual. Lo único que me fastidia es no tener pelo para poder llevar una tiara de flores. De modo que tampoco quiero una ceremonia muy pomposa.

—Está bien. Luego hablaremos de ello con madre. Te vamos a echar de menos, pequeña. —Su hermano la abrazó y sintió que unas lágrimas escapaban de sus ojos.

—Yo a vosotros también.

—En cuanto te quedes embarazada, avisa a madre, Kaira. Se alegrará de poder ayudarte a alumbrar a tu hijo.

Ella le devolvió una sonrisa franca entre asentimientos de cabeza.

—He pensado que como regalo de bodas voy a darte una colección de joyas de oro —continuó su hermano—. He mandado inscribir tu nombre en el colgante. Espero que las luzcas para ese día.

—Ivar, me encanta. Muchas gracias. Claro que sí. Será todo un honor —dijo con el rostro iluminado por la emoción—. Ya estoy deseando que llegue el día.

—El día ¿de qué? —se interesó Ake, uniéndose a la conversación. Con una sonrisa deslumbrante, se sentó a su lado y le dio un beso casto en los labios.

—De nuestro enlace —farfulló Kaira.

—Bueno, de eso quería hablarte: no podemos quedarnos mucho tiempo —explicó, cogiéndola de la mano—. Siento que todo tenga que celebrarse tan rápido, pero te prometo que te traeré muy pronto a tu aldea de nuevo.

Los ojos ocres de Ake la observaban con intensa calidez. Bastaba con una mirada para derretirla. Estaba completamente enamorada de aquel hombre tan extraordinario.

—Lo comprendo. No hay problema.

—Una cosa más —carraspeó Ake para aclararse la garganta—. Me hubiera gustado haberte pedido la mano de otra forma. Sé que es un poco tarde porque ya está arreglado hasta nuestro enlace. —Ake sacó una piel envuelta y

se la entregó—. Pero traje esto para ti como prueba de mis sentimientos y que me aceptarás.

Kaira lo observó intrigada y comenzó a quitar la cuerda que sujetaba el cuero. Al abrirlo, se le escapó un grito de la emoción. Era su cuchillo, el que le regaló Hans el herrero cuando era niña. Alzó la vista y las palabras se le quedaron atascadas en la garganta debido a la felicidad que la embargaba.

—Sabía que era muy especial para ti —observó Ake.

Kaira se lo llevó al pecho y cerró los ojos con el lagrimal húmedo.

—¡No sabes cuánto! Me lo regaló el herrero de mi aldea cuando tan solo era una niña. Fue la primera arma que tuve —le explicó.

—Yo creo que Hans presintió que te convertirías en una fabulosa guerrera —apuntó Ivar.

Su madre, que había presenciado la escena desde la escalera, se acercó por fin a los novios profundamente conmovida. Abrazó a su hija y lloró.

—Madre, que me vas a emocionar y no me he ido aún.

—Perdona, hija, es que te acabo de recuperar para volver a perderte. —Se secó las lágrimas y luego posó una mano en la mejilla de Kaira con cariño—. Estaba pensando que como hay que confeccionarte un pañuelo para ahuyentar las energías negativas, te lo voy a hacer de lino y de esa forma parecerá que llevas el pelo recogido. Así podrás ponerte una corona de flores.

—¿De verdad? Muchas gracias, madre. —Un nudo se le instaló en la garganta al ver semejante exposición de cariño. Ya solo quedaba organizar la fiesta e invitar a todos.

Los siguientes días se lo pasaron confeccionándole un vestido de color blanco para la ceremonia. El impresionante pañuelo que su madre le había bordado se ajustaba con un nudo en la nuca y caía por la espalda. De esa forma imitaba al cabello recogido en un moño que solían llevar las mujeres el día de la boda y, además, podía ponerse la tiara para decorar el conjunto. Las joyas que le había regalado su hermano, adornarían su busto y brazos. Cogió uno de los brazaletes y lo tocó con cuidado.

—Vas a estar deslumbrante —le dijo Ake. La voz grave acariciaba su corazón ya redimido a él.

—Ya mañana —suspiró Kaira.

Era un manojo de nervios. Se quitó el pañuelo que le cubría la cabeza y se pasó la mano por el poco pelo que ya le había crecido. No era mucho, pues se asemejaba al que tenían los niños recién nacidos, pero ya no le daba vergüenza que Ake la viese sin él. El amor que le profesaba le hacía sentirse

bella a sus ojos. Ake la cogió por detrás y le besó la nuca.

—Vamos a descansar, mañana será un día largo —dijo.



Los novios habían amanecido nerviosos. Cada uno fue llevado a una casa diferente, en la que tendrían que prepararse para la boda. Las mujeres se llevaron a Kaira a la sauna, donde todas se purificarían con un baño, mientras que ellos cazarían un animal, el cual sería ofrecido en el banquete en honor a Frigg, para atraer bienestar y fertilidad, además de una convivencia pacífica a la nueva pareja que se unía.

Las chicas reían y se salpicaban mientras compartían experiencias en la cama. Algo que las novatas que aún no se había estrenado no perdían detalle. Las bromas se sucedían sobre cómo Ake era en la cama. Más de una admiraba a su hombre y un sentimiento posesivo se cernía sobre Kaira, que se negaba a compartir intimidades sobre él. Ciertamente, era posesiva, pero es que era demasiado hermoso como para que otras supieran de sus atributos.

Por fin, llegó el momento de vestirla. Primero, la perfumaron con un aceite de esencia a flores. Después, se puso el traje blanco con las mangas plisadas. Se colocó el pañuelo y la tiara de flores, y las mujeres aplaudieron impresionadas.

—Estás preciosa, hija—dijo su madre.

Helga le ayudó a ponerse las joyas de su hermano para completar el conjunto y se apartó para admirarla al completo.

—Ya es la hora, Kaira, buena suerte, sobrina —dijo su tía Gerda, haciéndole entrega de unas llaves—. Tienes que llevarlas en la cintura como símbolo de que ya estás preparada para administrar tu casa y todas tus pertenencias.

Una de las llaves pertenecía a un precioso cofre ornamentado, que era el regalo de su tía. Allí guardaría todos los presentes que le hiciesen ese día y sus objetos más valiosos a partir de aquel día.

La boda se celebraría en un lugar sagrado para ellos, junto a la linde del bosque, pues se decía que allí estaban más cerca de los dioses y que los espíritus podían escucharlos. La lluvia les había dado un respiro dejando el prado más fresco y verde que nunca. Su hermano estaba subido a una roca muy

antigua repleta de musgo y sería donde oficiaría la ceremonia, mientras que el resto de invitados había traído varios troncos, improvisando así un lugar donde sentarse.

Ake ya se encontraba allí esperándola. Estaba increíblemente atractivo con ese pelo largo rojizo coronado por las mismas flores que la decoraban a ella, la camisa blanca y unas calzas oscuras que se ajustaban a la perfección a sus musculadas piernas. Cuando Kaira llegó a su altura, Ivar los hizo cogerse de la mano y comenzó la unión.

—Hoy estamos aquí reunidos para unir a esta pareja, Ake Garras de Oso y Kaira Corazón de Hielo a los que espero que los dioses bendigan.

Mientras él hablaba, Ake le prodigaba miradas de auténtica arrobación que la colmaban de amor.

—Y con este lazo —Ivar lo ató alrededor de las manos de ambos—, yo os deseo una larga vida juntos y llena de hijos. Puedes besar a la novia, Ake.

Ake tropezó de los nervios, lo que provocó las risas entre los asistentes y la suya propia. Cuando por fin alcanzó la boca de Kaira, los labios cálidos y suaves de Ake cubrieron la suya con absoluto deseo.

—¡Vivan los novios! —gritaron los invitados.

Un montón de pétalos cayeron sobre ellos. Gerd se acercó a felicitarlos el primero. Después pasaron por un sinfín de personas mientras ambos sonreían embobados.

—Venga, a comer —invitó Helga.

Los gritos de los niños llenos de entusiasmo congregaron rápidamente a todos en la sala de banquetes. El brindis nupcial llenaba un cuerno tras otro, lo que pronto achispó a más de uno, que se unió a un baile improvisado entre risas, chistes y poesías.

La noche se alargó en un ambiente divertido y muy festivo hasta el momento crucial de despedir a los novios. Ella fue acompañada primero por su madre y su tía entre risas. La acomodaron en la cama y se marcharon. Al rato, los gritos de los hombres con comentarios obscenos y vulgares risotadas le indicaron que Ake venía a su encuentro. Tuvo que cerrarles la puerta en las narices por querer curiosear a Kaira.

—¿Celoso, esposo mío? —se burló Kaira.

—Bastante, mi amor. No me gusta que miren a mi mujer. Tú eres solo mía y de nadie más —zanjó con un beso ardiente y húmedo—. ¿Lo has pasado bien?

—Mucho.

—Siento que tengamos que partir. Pero el tiempo comienza a revolverse.

—¿Partiremos pronto por la mañana?

—No podemos. No sería correcto. Además, es costumbre que la novia reciba un regalo cuando despierte. —Le guiñó un ojo, lo que consiguió aumentar su curiosidad.

—¿Qué es? —preguntó como una niña ante su primer dulce.

—Tendrás que esperarte a mañana, caprichosa —dijo mientras le pellizcaba una nalga juguetón.

—Pues vámonos a dormir para que llegue ya el día siguiente —repuso.

—¿Sin consumir? —La mirada horrorizada de Ake le sacó una carcajada a Kaira.

Ella lo besó en los labios mientras se pasaba por encima el camisón nupcial y le susurraba al oído sin dejar de mirarle:

—¿Contesta esto a tu pregunta?

—Sí, bruja. Ámame, por favor, ámame, Kaira —suplicó Ake.

—Siempre.



Kaira despertó dando un manotazo a algo que se había posado sobre su nariz. Abrió los ojos asustada pensando que era un bicho cuando descubrió a Ake sofocar una carcajada. Le había hecho cosquillas con una pluma.

—¿Se puede saber qué haces? —le riñó.

—¿No querías tu regalo? —dijo con una sonrisa pícara en el rostro

—¡Sí! —afirmó Kaira. Aprovechó para incorporarse un poco mientras Ake abandonaba el lecho exhibiendo su desnudez, la que ella no dudó en admirar.

Su hombre se agachó y sacó un bulto de debajo de la cama y lo depositó encima de las pieles. Completamente nerviosa, lo abrió y sacó un vestido ricamente bordado de color granate con ribetes de hilo de oro. Pero no fue eso lo que despertó mayor ilusión, fue una espada preciosa en la que Ake había grabado la palabra «Muerte» en honor a la daga de Hans el herrero. La cogió maravillada y pasó un dedo por la hoja afilada.

—Ake, estos regalos son preciosos. Me encantan.

—Veo que te ha gustado mucho más la espada que la ropa —sonrió.

—Lo siento. Me temo que mi debilidad son las armas.

—Ya veo. Gerd me dijo que te gustó mucho el acabado de la saya. Verás que es muy similar —le mencionó Ake con orgullo.

—Es maravillosa. —Después, cogió el vestido y se lo puso por encima—. Voy a ponérmelo. Quiero que lo vea todo el mundo.

—Yo me voy al barco. Quiero organizar nuestra partida. Luego te veo. — Se despidió de ella con un beso y la dejó arreglándose.

Su madre se encontraba vigilando el caldero que humeaba y desprendía un olor a estofado riquísimo. Al levantar la vista, se quedó maravillada.

—Estás muy guapa, hija. Déjame que te vea bien. —Kaira se giró encantada—. ¡Precioso! Siéntate, anda. Mientras que preparan el barco y suben todos los regalos, te alimentas, que estás muy delgada.

Saber que pronto partiría le llenaba de angustia. ¿Cómo se tomarían en la aldea de Ake que era la nueva señora? La única persona con la que quería mantener una amistad sincera era con Aila, su único apoyo allí. Como frunció el entrecejo inconscientemente, su madre se sentó a su lado y la palmeó en el muslo.

—¿Qué te preocupa? Dime.

—Volver como señora, madre.

—No te inquietes por eso, Kaira. Te has librado de tus enemigos, ahora solo debes dejar que salga la mujer que llevas dentro de ti. No vaciles jamás en castigar al que te haga un desaire y agasaja al que creas que merece la pena tener a tu lado. Nadie dijo que fuese fácil llevar un territorio, pero con el tiempo estoy segura de que todos te respetarán. Además, Ake no lo va a consentir. No creo que tengas por lo que preocuparte.

No obstante, se llevaba consigo una escolta de hombres y mujeres fieles a ella por orden de su hermano. Lo que respaldaría su autoridad.

Ake regresó a por ella y le avisó de que ya era la hora de marcharse. Kaira se despidió de su familia entre abrazos y buenos deseos por parte de todos y subió al barco rumbo a Skuldelev. El trayecto se le hizo corto y cuando despertó, ya estaban atracando. Haakon vino corriendo con varios hombres a recibirlos para ayudarles a bajar. Se había puesto el pañuelo que usó durante la ceremonia, lo que le añadía elegancia a su porte, además del favorecedor vestido que Ake le había regalado y las joyas de su hermano. Esperaba que notasen la diferencia.

—¡Bienvenida de nuevo, señora! —El formalismo y caballerosidad de Haakon relajó sus temores.

Cuando Ake y ella entraron en la aldea, fueron recibidos entre presentes y felicitaciones por el enlace. Una emocionada Aila se acercó a ella con vacilación:

—No sabes cuánto me alegra saber que podremos compartir más tiempo juntas. Toma esto de mi parte. —El paquetito que le entregó era pequeño. Al abrirlo, se encontró con una figurita de madera que representaba el martillo de Thor. Era algo que todos los esposos debían poner debajo de las camas para ser protegidos de cualquier mal presagio.

—Muchas gracias, Aila. Es precioso.

—Te deseo toda la suerte del mundo, amiga. —Las dos se dieron un fuerte apretón de manos y, emocionadas, rieron entre lágrimas.

Aunque Nerta fue la que más se alegró de verla regresar. Las lágrimas inundaban aquellos mofletes sonrosados.

—Mi señora, no parecéis la misma —comentó al verla.

—Nerta, ¿ya marcas la diferencia? —dijo, abrazando a la mujer mayor.

—Ahora sois la señora, merecéis respeto. Y no, no pienso trataros de otra forma. Niña, estoy muy orgullosa de veros así. Os ha sentado bien el cambio y el matrimonio —observó.

—Gracias.

Ake, que se había entretenido hablando con algunos nobles, entró a reunirse con ella. Le dedicó una sonrisa y la abrazó.

—Me encanta verte sonreír. ¿Qué te ha parecido todo lo que nos han regalado? —dijo, señalando el despliegue de objetos que había en la entrada: cofres, vestidos, joyas, abalorios, preciosos pañuelos, capas, armas, arcos, puñales con piedras preciosas...

—Es abrumador. Hay demasiados regalos. No esperaba tanto cariño después de todo —confesó Kaira.

—Nos lo merecemos —dijo, besándola en la punta de la nariz—. Lo malo es que aún no podemos descansar. Tenemos que convidar al pueblo para celebrar nuestro enlace. Van a ser unos días un tanto revueltos. Estoy deseando volver a la normalidad.

Kaira soltó un suspiro de resignación, pero Ake tenía razón. No podían eludir sus nuevas responsabilidades. Ya habría tiempo para disfrutar de las noches de invierno.

Epílogo

El cabello rubio de Kaira estaba empapado en sudor. Le apartó varios mechones pegado a ambos lados de la cara y acarició su mejilla. Ake se encontraba muy nervioso.

—Tranquila, tu madre ya sube con Nerta. —No sabía cómo consolar a su esposa.

La abultada tripa de Kaira, se tensaba por la contracción y le agarraba con fuerza de la mano.

—¡Por Freya! No puedo más. El bebé ya quiere salir —jadeó con esfuerzo.

—Ya estamos aquí. —Su madre le puso un trapo fresco sobre la frente y la acomodó.

—Yo mejor espero fuera—sugirió Ake. El alumbramiento era cosa de mujeres y él allí solo estorbaba.

Se paseó inquieto de un lado a otro, mientras que su primo y Haakon se burlaban de él.

—Vamos, Ake, nunca te hemos visto tan nervioso —le reprendió Gerd.

Ake lo ignoró. No quería expresar en voz alta sus mayores temores: que el bebé no viniese bien. ¿Y si salía a él? Estaba seguro de que en ese aspecto Kaira lo amaría. Bueno, ambos iban a colmarle de todo el amor del mundo. Pero es que Kaira tenía la tripa demasiado grande y eso le preocupaba. No era normal según había oído comentar a las viejas del pueblo. Ellas tenían una dilatada experiencia en esos temas debido a su avanzada edad, ya que habían atendido demasiados embarazos a lo largo de su vida. Él era ignorante en esa materia y como nadie le quería explicar qué significaba, había realizado un sacrificio a Odín para pedir que bendijera a ese infante, salpicando con la sangre del becerro las paredes del hogar para bendecirlas, asimismo, dibujó un símbolo en la tripa de Kaira y él bebió de ella para completar el ritual.

El llanto de un bebé le hizo reaccionar.

—¡Felicidades, Ake! Ya eres papá —le palmeó su primo en la espalda.

Pero al rato, el llanto de otra criatura, los hizo girarse sorprendidos.

—Vaya, Ake, ¡enhorabuena!, parece que eres padre de dos niños —manifestó Haakon con sorpresa.

Sin embargo, otro mitigado llanto, les confirmó que venían tres hijos. Ake

se sentó mareado y se cubrió las manos de la cara. Lo que les sacó fuertes carcajadas.

—Mi señor —le llamó Herta—, sois padre de tres preciosas criaturas, dos niños y una niña.

Subió los escalones de madera como flotando y entró en el cuarto. Kaira tenía una sonrisa a pesar del cansancio que sus facciones reflejaban.

—Tienes que hacer tres cunas, querido. Y ahora debemos pensar en otro nombre para tu tercer hijo.

Nerta sujetaba a un pequeñín pelirrojo que gimoteaba de hambre, mientras sus hermanos ya estaban agarrados a los pechos de Kaira. La niña era rubia como su madre, mientras que el tercero, de pelo castaño claro, parecía muy inquieto. Lanzó una patada, alcanzando a su hermana de lleno y provocándole el llanto. Ake agarró al niño que acunaba Nerta y le pareció la cosa más hermosa del mundo. Era simplemente perfecto. Le besó la cabecita y le sonrió.

—Veamos, quedamos que si teníamos una niña se llamaría Astrid; este pequeñín pelirrojo, Corey y... ¿qué te parece Njord a este guerrero de aquí? —dijo, señalando a su hijo, que agarraba el pezón con ansia.

—Njord significa «fuerte y vigoroso». ¡Umm! Me parece muy apropiado —coincidió Kaira.

—Bueno, me temo que vas a necesitar me por otra larga temporada. Tres niños son muchos para ti sola —manifestó Helga.

—Gracias, madre. Espero que a Ivar no le moleste.

—Tu hermano se alegrará saber que tiene tres sobrinos. Pronto vendrá a hacerles una visita.

Ake observó fascinado a los pequeñines, sin dejar de sonreír como un tonto a su esposa. Era muy feliz.

Cuando se quedó a solas con ella, la besó en la frente y sonrió.

—Cuando entraste, vi que las dudas se reflejaban en tu rostro —observó Kaira perspicaz—. ¿Temías que no viniesen bien?

—Una parte de mí sí. Nací con una mano defectuosa. Mi madre creía que fue por el esfuerzo del parto, pero tuve mis reservas. Los hubiese querido igual, con sus defectos y sus virtudes —confesó. Se había quitado un peso de encima al compartirlo con Kaira.

—La perfección no existe, mi bello guerrero. Mi madre también tuvo una criatura que nació con malformaciones. Cuando conocí a Aila me hizo comprender que el amor de madre supera cualquier obstáculo de vida. Me di cuenta que yo iba a querer a mi hijo por encima de todo.

Los dos contemplaron arrobados a sus tres hijos.

—Ake, nunca me has hablado de tu tierra natal. ¿De dónde eres? Gerd me contó que te enamoraste de una esclava que se sacrificó por ti. ¿Echas de menos volver a tu ciudad? —Kaira jamás le había preguntado nada, de modo que la curiosidad de su esposa le hizo preguntarse qué le rondaba por la cabeza.

—No. Uppsala está al otro lado del océano. Solo me trae malos recuerdos. Tú me salvaste de la oscuridad en la que vivía. Mi vida está aquí. Nada se me ha perdido por allí. —La besó en los labios y acunó su rostro—. Te amo. No lo olvides nunca.

No quería dejar ningún rastro de duda.

—Lo sé, Ake. Es por si querías hacer un viaje y visitarla.

—No. No arriesgaré vuestras vidas para atravesar medio mundo. Probablemente, ni mi madre esté viva ya. Aquí soy inmensamente feliz.

Kaira se abrazó a él y arrulló a sus hijos con ternura. Esa estampa era lo único que él quería en su vida. Se había reconciliado con los dioses y había conocido el amor de una mujer maravillosa.

FIN

SOBRE MIS NOVELAS

Todas las explicaciones que se hacen referencia en este libro están sacadas de Wikipedia, de thevalkyriesvigil.com, de Breve historia de los Vikingos de Manuel Velasco y Cómo vivían los vikingos de Susaeta.

Deseo que lo hayas disfrutado, me gustaría saber con cuál de estos personajes quieres que haga una segunda parte como protagonista: Ivar o Gerd. Te agradecería que me lo dijeras, ya sea en Amazon o en *Goodreads*, y dependiendo del que salga más votado, será la que escribiré después de la de Zac. Espero ansiosa vuestros comentarios y muchas gracias por leerla.

Becka M. Frey es mi seudónimo y todas las novelas que saque con bajo este nombre serán para un público adulto y de contenido erótico, próxima novela *Pista ¿a medias?*, segunda parte de *Seduciendo a un salvaje*. Estad atentos. Puedes seguirme en Facebook en: [Becka M Frey](#)

Seduciendo a un salvaje una novela erótica:

Desde hace dos años, Bruno acude cada jueves al The Cage Boxing Club de Miami. A pesar de que nunca falta, no se relaciona con nadie, no sonrío, ni siquiera saluda; solo practica boxeo y se marcha.

Lorene es masajista en el gimnasio. Intrigada por averiguar los verdaderos motivos que lo llevan a comportarse así, decide comentarlo con su mejor amigo, compañero y también monitor, y este le advierte con rudeza que no se acerque a él bajo ningún concepto. Lejos de amedrentarla, esa respuesta hace que aumente su curiosidad, aunque ve muy improbable que haya algún tipo de acercamiento entre ellos.

Sin embargo, tras dos semanas sin aparecer por el gimnasio, Lorene recibe un extraño mensaje. Bruno quiere que vaya a su casa a darle un masaje, pero tiene una condición: nadie de su entorno laboral puede saberlo.

Tentada por la propuesta, ya que, al fin, se le presenta la oportunidad que anhelaba, no piensa desaprovecharla. ¿Qué secretos esconde Bruno? ¿Será

Lorene capaz de abrirse paso a través del muro que él ha construido y poder conocer así al hombre que hay tras esa fachada de indiferencia?

Link: rxe.me/4FN653

El mensajero del más allá una novela para adultos con fenómenos paranormales:

La rutina que devoraba a Arlet (madre, divorciada, sin pareja, con trabajo estable) se ve interrumpida por una serie de fenómenos paranormales en su casa.

Su hija de diez años recibirá la visita de un joven fantasma que trae consigo una serie de mensajes escalofriantes; entre ellos, su muerte.

Tras contactar con un extraño y atractivo espiritista sin pareja ni trabajo conocidos, vivirán una contrarreloj por descodificar los mensajes del Más Allá y evitar la muerte a toda costa. ¿Lo conseguirán?

A veces, el miedo no lo provoca un demonio sino los actos viles de los hombres.

Secretos ocultos, asesinatos, misterios, amor y drama.

Link: <https://t.co/rTB3E8Umb0>

Sin embargo, con mi verdadero nombre **Begoña Medina** tengo otra serie de novelas juveniles que también pueden gustarte, ya que me considero en ese sentido bastante polifacética, nada tienen que ver unas con otras:

Mi dulce infierno te espera. Una trilogía de ángeles y demonios que te seducirá con su magia.

Fraguado desde el abismo del Inframundo, hay un destino que nada ni nadie podrá cambiar. Las sombras del mal acechan al cielo, pero no todo está escrito.

Maya vive en la Tierra camuflada como una adolescente más. Tras esa

máscara artificial, esconde un secreto que le avergüenza: pertenece a una peligrosa estirpe de demonios, LOS INNOMBRABLES. Condenada a vivir bajo la atenta vigilancia de los ángeles, será recluida en el Infierno si pone en peligro a la humanidad.

Una noche se cruza en su camino un misterioso muchacho. Atraídos e incapaces de estar separados, deberán luchar contra ellos mismos y descubrir qué misterios se ocultan para que su relación sea considerada una amenaza.

Link: rx.me/ZN456R

El príncipe de Arabia es una novela juvenil de fantasía.

En el colegio Maravillas andan revolucionados por un concurso de una famosa editorial. Fátima ansía hacerse con él. Pero pronto se dará cuenta que escribir un libro no es tan fácil. Decepcionada y frustrada por no encontrar una idea original para sus escritos, agita un extraño reloj de arena mientras expresa su deseo de vivir una aventura. De repente, se aparece en medio de un desierto bajo un sol abrasador.

Y ahí es donde comenzará realmente esta aventura de alfombras voladoras, lámparas mágicas y genios, hechizos y encantamientos. ¿Preparado para sumergirte en este mundo de tules, dunas y secretos?

Una saga de genios de la lámpara que te seducirá con su magia:
relinks.me/B076PKRCFX

Y si la quieres leer en inglés, también traducida, *The Prince of Arabia*:
relinks.me/B07B6SM6C4

En Amazon tengo publicado cuatro relatos junto a otros escritores:

40 relatos de terror (Tempestad en Medio de la Noche): [40 relatos de terror](#)

40 relatos de amor (El Lazo Roto): [40 relatos de amor](#)

Dragones de Stygia (Hay vida más allá): [Dragones de Stygia](#)

Sensaciones divinas (La valquiria): [Sensaciones Divinas](#)

¡TE ESPERO!

SOBRE LA AUTORA

Becka M. Frey es el pseudónimo que usa Begoña Medina para sacar novelas exclusivamente para adultos, una línea de novelas eróticas que espera que os gusten.

Para encontrar a la autora, puedes contactarla en:

Gmail: beckamfrey@gmail.com

Facebook: [Becka M Frey](#)

[1] **Frigga** es una de las diosas mayores en la mitología nórdica y germánica. Esposa de Odín, reina de los Æsir y diosa del cielo. Es la diosa de la fertilidad, el amor, el manejo del hogar, el matrimonio, la maternidad, las artes domésticas, la previsión y la sabiduría.

[2] **Freya** es una diosa de la mitología nórdica y germánica, descrita como la diosa del amor, la belleza y la fertilidad. La gente la invocaba para obtener felicidad en el amor, asistir en los partos y para tener buenas estaciones.

[3] **Berserker** es un guerrero nórdico que combatía con furia ciega, semidesnudos, cubiertos de pieles y bajo cierto trance de perfil psicótico, casi insensibles al dolor.

[4] **Randver**, hijo de Ráðbarðr, rey vikingo de Garðaríki y Aud, la hija fugitiva de Ivar Vidfamne. En ambas fuentes, Randver y el rey Harald Hilditonn, eran hermanastros.

[5] **Harald Hilditonn** (655 - 735), fue un rey legendario de lo que hoy es Suecia, Dinamarca, Noruega y parte de Alemania entre los siglos VII y VIII. Según la crónica danesa *Chronicon Lethrense*, su imperio llegaba hasta el Mediterráneo.

[6] Lana de carneros de vellón largo.

[7] **Thralls**, esclavos vikingos que no tenían ningún derecho y se compraban y vendían como cualquier otro tipo de propiedad.

[8] En la mitología nórdica, *Asgard* es el mundo de los Æsir, gobernado por Odín y su esposa Frigg y rodeado por una muralla incompleta, atribuida a un anónimo Hrimthurs, amo del caballo semental Svaðilfari, de acuerdo a *Gylfaginning*. Dentro de Asgard, se encuentra el Valhalla.

[9] **Odín** es considerado el dios principal de la mitología nórdica, así como de algunas religiones eternas. Su papel, al igual que el de muchos dioses nórdicos, es complejo. Es el dios de la sabiduría, la guerra y la muerte. Pero también se le considera, aunque en menor medida, el dios de la magia, la poesía, la profecía, la victoria y la caza.

Odín reside en el Asgard, en el palacio de Valaskjálf, que construyó para sí y donde se encuentra su trono, el Hliðskjálf, desde donde puede observar lo que sucede en cada uno de los nueve mundos. En la batalla blandía su lanza, llamada Gungnir, y montaba su corcel de ocho patas, llamado Sleipnir.

[10] En la mitología nórdica, **Valhalla** es un enorme y majestuoso salón ubicado en la ciudad de Asgard gobernada por Odín. La mitad de los muertos en combate son elegidos por Odín y viajan al Valhalla guiados por las valquirias, mientras que la otra mitad van al Fólkvangr de la diosa Freyja.

[11] Se dice de la hoja del pino, el cedro y el abeto.

[12] La protección de los dioses.

[13] El Dísablót se celebraba en febrero cada nueve años y en él participaban todos los suecos, desde el rey y los nobles hasta el pueblo llano. Los asistentes, venidos de todo el país, llevaban ofrendas para las divinidades. Si alguien no podía acudir debido a una enfermedad, la vejez o cualquier otra circunstancia, les pedía a los vecinos que llevaran sus tributos a los dioses.

Hasta los esclavos tomaban parte del Dísablót... normalmente en forma de víctimas para los sacrificios.

[14] Casa larga.

[15] El *Vegvísir* es un símbolo que utilizaban los vikingos, según parece, como una especie de brújula solar durante sus viajes de navegación, algo así como una rosa de los vientos.

[16] Navío vikingo conocido con la denominación de barco largo y usado para las incursiones guerreras.

[17] Bebida alcohólica.

[18] **Lindisfarne** es una isla con un castillo monasterio, localizada al norte de Gran Bretaña. Fue el primer monasterio atacado por los vikingos el 8 de junio del año 793, fecha considerada como el inicio de la Era vikinga.

[19] Asambleas vikingas.

[20] Postes del sillón de caudillo.

[21] Los **jarls** eran jefes, aristócratas, y solían poseer y gobernar grandes áreas de tierra. Eran los más ricos y poderosos dentro de la sociedad vikinga después del rey. Solían contar con una pequeña banda de guerreros que luchaban por él cuando era necesario. Este título nobiliario no era necesariamente hereditario, sino que los jarls se escogían de entre los hombres libres en las asambleas de gobierno o *Thing*.

[22] **Sigurd Ring** fue un caudillo vikingo, rey de Suecia y Dinamarca que se menciona en diversas fuentes y leyendas escandinavas. Según Bósa saga ok Herraauðs existió una saga nórdica sobre Sigurd Hring, pero no ha sobrevivido hasta nuestros días. Tuvo un protagonismo notable en la batalla de Brávellir contra su tío Harald Hilditonn y por ser el padre del legendario Ragnar Lodbrok.

[23] Se trataba de una especie de bastoncillos con forma de cucharilla en un extremo que servía para limpiarse las orejas.

[24] **Høstblót** (equinoccio de otoño) fecha de celebración el 21 de septiembre. Cuando comienza la época oscura, los vikingos pedían a los dioses (*Æsir, Vanir*) y deidades menores (*Dísir*) que la cosecha continuase siendo fructífera hasta el final de *væturnætur*,

que se refiere a las noches de invierno.

[25] Barco vikingo usado para el comercio y la colonización. Era más lento, pero, al ser mayor, disponía de espacio en el centro para almacenar mercancías y animales. No era tan maniobrable pero sí mucho más estable.

[26] El umbo era una pieza clave en los escudos vikingos redondos. Se trata de una pieza metálica redonda generalmente abombada, situada en la parte central de la cara externa del escudo.

[27] Invierno

[28] Una especie de lucha libre.

[29] Es la aportación que da el novio acorde a la ley vikinga que tenían sobre acuerdos de bienes y pertenencias. Consta de una pensión de un montante fijado equivalente a la dote de la novia.